

**Javier Barros Valero**  
**Rolando Cordera**  
**Javier Jiménez Espriú**  
 Centenario de Barros Sierra

**Jaime Labastida**  
 Roger Bartra académico

**Eugenia Meyer**  
 Cuba y México

**Gonzalo Celorio**  
 Carlos Mijares

**Adriana Malvido**  
 El laberinto de la mente

**Mónica Lavín**  
 René Delgado

**Claudia Canales**  
 Gutiérrez Nájera

**Beatriz Espejo**  
 Agatha Christie

**Felipe Garrido**  
 Lectura y escritura

**Margarita Peña**  
 Cervantes y el teatro

**Joaquín-Armando Chacón**  
 Malcolm Lowry

**Aline Pettersson**  
 Carlos Martínez Assad

**Juan Villoro**  
 Sobre Mordzinski

**Reportaje gráfico**  
 Daniel Mordzinski



José Narro Robles  
**Rector**

Ignacio Solares  
**Director**

Mauricio Molina  
**Editor**

Geney Beltrán  
Sandra Heiras  
Guillermo Vega  
**Jefes de redacción**

**CONSEJO EDITORIAL**

Roger Bartra  
Rosa Beltrán  
Hernán Lara Zavala  
Álvaro Matute

**NUEVA ÉPOCA | NÚM. 134 | ABRIL 2015**

**EDICIÓN Y PRODUCCIÓN**

**Coordinación general:** Carmen Uriarte y Francisco Noriega

**Diseño gráfico:** Rafael Olvera Albavera

**Redacción:** Edgar Esquivel, Rafael Luna

**Corrección:** Helena Díaz Page y Ricardo Muñoz

**Relaciones públicas:** Silvia Mora

**Edición y producción:** Anturios Digital

**Impresión:** Grupo Infagon

**Portada:** Juan Gelman por Daniel Mordzinski

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Fax: 5550 5800 ext. 119

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: reunimex@unam.mx

**www.revistadelauniversidad.unam.mx**

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón,  
01030, México, D.F.

La responsabilidad de los artículos publicados en la **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto. Certificado de licitud de título núm. 2801 y certificado de licitud de contenido núm. 1797. La **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 112-86.

	EDITORIAL	3
JAVIER BARROS SIERRA. SERENIDAD Y VALENTÍA	Javier Barros Valero	5
VIVA LA DISCREPANCIA	Rolando Cordera Campos	7
PENSAR, DECIR, HACER	Javier Jiménez Espriú	13
RESPUESTA A ROGER BARTRA. TRAICIÓN Y TRADUCCIÓN	Jaime Labastida	19
UNA HISTORIA DE ATREVIDOS VUELOS	Eugenia Meyer	22
UN ENCUENTRO FUGAZ CON GUTIÉRREZ NÁJERA	Claudia Canales	31
AGATHA CHRISTIE. LA REINA DEL CRIMEN	Beatriz Espejo	43
MALCOLM LOWRY. INCENDIOS Y NAUFRAGIOS	Joaquín-Armando Chacón	51
DANIEL MORDZINSKI. LAS MUCHAS VIDAS DE UN HOMBRE ÍNTEGRO	Juan Villoro	54
	<b>REPORTAJE GRÁFICO</b>	57
	Daniel Mordzinski Retratos de escritores	
	AMAR A MAR	65
	Miguel Ángel Flores	
CARLOS MIJARES. POÉTICA DE LA ARQUITECTURA	Gonzalo Celorio	66
LECTURA, ESCRITURA Y DESARROLLO	Felipe Garrido	68
CERVANTES Y LA DESTRUCCIÓN DE NUMANCIA. GUERRA Y VIOLENCIA	Margarita Peña	76
	<b>RESEÑAS Y NOTAS</b>	81
SALUD MENTAL Y MEDICINA PSICOLÓGICA. EN EL LABERINTO DE LA MENTE HUMANA	Adriana Malvido	82
RENÉ DELGADO. EL CAZADOR DE LA VERDAD	Mónica Lavín	85
CARLOS MARTÍNEZ ASSAD. ¿QUÉ HAY DETRÁS DE LAS ONCE PUERTAS?	Aline Petttersson	87
DIEZ AÑOS SIN MARÍA LUISA PUGA	Rosa Beltrán	89
A MERCED DEL SILENCIO	José Ramón Enríquez	91
LA FORMA DE LOS SUEÑOS	Sergio González Rodríguez	92
GONZALO N. SANTOS, EL PRI, ¿Y LA PRENSA DE ENTONCES?	Ignacio Solares	94
GUIDO GÓMEZ DE SILVA, HABITANTE DEL BOSQUE DE LAS PALABRAS	Adolfo Castañón	96
LA HIJA DE TU NIÑERA	David Huerta	99
ALGUNOS ATISBOS A PEDRO PÁRAMO: 60 AÑOS	Mauricio Molina	101
VIEJO TRIBUTO A RICHARD ELLMANN	Christopher Domínguez Michael	103
CUADROS DE UNA EXPOSICIÓN	Pablo Espinosa	106
EL CUMPLEAÑOS DE JUAN VICENTE	José de la Colina	109
LA FUNCIÓN DE T.S. ELIOT	Edgar Esquivel	110
JUDAS, DE AMÓS OZ	José Gordon	111

●●● **GRANDESMMAESTROS**  
UNAM.MX



## Mito y oralidad en la tradición mesoamericana

La Coordinación de Difusión Cultural,  
invita al curso que impartirá el

**Dr. Alfredo López Austin**

18, 20, 22, 25, 27 y 29 de mayo  
de 2015, de 17 a 19:00 horas

**SALA CARLOS CHÁVEZ**  
Centro Cultural Universitario

Informes e inscripciones: Secretaría de Extensión / CDC, 10 a 18 horas  
5622 7070 y 5622 6605 • [grandesmaestros@unam.mx](mailto:grandesmaestros@unam.mx)

Cuota de recuperación: \$1,000\* • **CUPO LIMITADO**

Se otorgará constancia de participación con 100% de asistencia.

\*Descuento especial para estudiantes y académicos de cualquier institución educativa,  
ex alumnos, trabajadores de la UNAM y jubilados con credencial vigente.



[www.grandesmaestros.unam.mx](http://www.grandesmaestros.unam.mx)  
[www.descargacultura.unam.mx](http://www.descargacultura.unam.mx)

23 al 26  
de abril

**FIESTA  
DEL LIBRO  
Y LA ROSA  
2015 UNAM**



**CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO**  
Jueves 23 a domingo 26 | 10 a 20 horas

**CASA DEL LAGO JUAN JOSÉ ARREOLA**  
Jueves 23 | 11 a 18 horas

**MUSEO UNIVERSITARIO DEL CHOPO**  
Sábado 25 | 11 a 19 horas

**ANTIGUO COLEGIO DE SAN ILDEFONSO**  
Sábado 25 | 10 a 18

**CENTRO CULTURAL  
UNIVERSITARIO TLATELOLCO**  
Sábado 25 y domingo 26 | 10 a 19 horas

[www.universodeletras.unam.mx/fiesta2015](http://www.universodeletras.unam.mx/fiesta2015)



Cupo limitado

**CASA  
DEL  
LAGO**  
JUAN JOSÉ ARREOLA  
arte + medio ambiente  
UNAM

**POESÍA EN  
VOZ ALTA. 15**  
SI LA LENGUA NO ALCANZA

**ABRIL 2015  
MARTES 14  
A DOMINGO 19**

Talleres • Charlas • Presentaciones escénicas

Bosque de Chapultepec  
Paseo de la Reforma  
Puerta principal al zoológico



Casa del Lago



@casadellago

[www.casadellago.unam.mx](http://www.casadellago.unam.mx)



## Javier Barros Sierra fue el trigésimo cuarto rector de la

Universidad Nacional, entre mayo de 1966 y abril de 1970. Durante los momentos más tensos para la autonomía universitaria, en el contexto del Movimiento Estudiantil de 1968, el ingeniero Barros Sierra dio un ejemplo de dignidad, entereza y solidaridad. Este año se cumple el centenario de su nacimiento, una inapreciable oportunidad para recordar su valiente legado como educador comprometido con la juventud y el futuro del país y para poner de nuevo sobre la mesa de las discusiones públicas su ejemplo vital y sus ideas, como hacen Javier Barros Valero, Rolando Cordera y Javier Jiménez Espriú, quienes participaron en febrero pasado en un homenaje organizado en el recinto de la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería.

Profesoras, investigadoras y escritoras con una brillante y fructífera carrera se han reunidos en las páginas de este número. La historiadora Eugenia Meyer, al ser investida como miembro corresponsal extranjero de la Academia de Historia de Cuba, hace una reflexión profunda y perentoria sobre las formas del discurso histórico en relación con la memoria. La estudiosa literaria Margarita Peña escribe un ensayo sobre Miguel de Cervantes Saavedra, cumbre del Siglo de Oro, y sus vicisitudes con el género teatral, en el caso concreto de *La destrucción de Numancia*. La escritora y periodista Adriana Malvido presenta una lectura sugerente del volumen colectivo *Salud mental y medicina psicológica*, compilado por Juan Ramón de la Fuente y Gerhard Heinze. Claudia Canales, autora del libro *El poeta, el marqués y el asesino*, comparte su inmersión en el mundo plural de la escritura de Manuel Gutiérrez Nájera, una de las figuras mayores de la literatura mexicana del siglo XIX. La cuentista Beatriz Espejo hace una semblanza de la “reina del crimen”, la autora de novelas detectivescas Agatha Christie.

Tres escritores —Roger Bartra, Juan Vicente Melo y Guido Gómez de Silva— ven reivindicada su importancia central en la vida intelectual mexicana. Así, en su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, Roger Bartra, integrante de nuestro Consejo Editorial, fue recibido con un discurso del poeta y filósofo Jaime Labastida, cuyas reflexiones en torno a “la traición y la traducción” viajan a las raíces mismas de la cultura occidental, en la fuente de la lengua griega. Los últimos tiempos del escritor mexicano Juan Vicente Melo, autor de la perturbadora novela *La obediencia nocturna*, son narrados por José de la Colina en una estampa de emotiva recordación. Un perfil de Guido Gómez de Silva nos es ofrecido por nuestro colaborador Adolfo Castañón.

Tres nombres de referencia de la literatura de lengua inglesa en el siglo XX dan pie a revisiones críticas. Por un lado, las reflexiones de T. S. Eliot, pilar de la poesía moderna, en torno a los elementos de la crítica, permiten a Edgar Esquivel hacer una actualización del poeta y prosista angloestadounidense fallecido hace cinco décadas. La odisea vivencial de Malcolm Lowry, novelista británico indeleblemente ligado a México por su obra *Bajo el volcán*, lleva a Joaquín-Armando Chacón a una operación de relectura. La premiada biografía del crítico estadounidense Richard Ellmann sobre el gigante irlandés James Joyce es el tema del artículo que incluimos de Christopher Domínguez Michael.

Dos autores contemporáneos de muy diverso perfil comparecen a través de la mirada de nuestros colaboradores: el interés temático del francés Patrick Modiano, Premio Nobel de Literatura 2014, por la Segunda Guerra mundial es comentado por José Ramón Enríquez y la novela reciente del autor israelí más reconocido a nivel internacional, Amós Oz, convoca el análisis de José Gordon.

Nuestro reportaje gráfico es obra del fotógrafo argentino Daniel Mordzinski, cuyas dotes de prestidigitador de la imagen son revisadas con entusiasmo por el novelista y cronista Juan Villoro, ganador del Premio Herralde por *El testigo*.

A cierre de edición, la lamentable noticia del fallecimiento del arquitecto Carlos Mijares da pie a una emocionada reflexión de Gonzalo Celorio sobre su imaginación poética.

**¿12 anuncios  
a lo largo de  
24 meses y  
todavía no te  
has atrevido  
a visitarnos?**

**Herder \* Editorial \* Librería**

Tehuantepec 50, colonia Roma Sur  
C.P. 06760, México, D.F.

**Horario:**

Lunes a viernes  
de 9:00 a 18:00 h  
Primer sábado de cada mes  
de 10:00 a 18:00 h

Tels. (55) 55-23-01-05  
(55) 56-69-23-87

ventas@herder.com.mx  
www.herder.com.mx

 @EditorialHerder

 Editorial Herder México



**abril  
ESTRENOS**



**Naturaleza quieta**

Un foro en lugar de una tela. Una obra de arte vuelta televisión. Un reto para los artistas visuales.

Una serie de **Carolina Kerlow y Marcos Limenes.**

- 01-abr *Pablo Elizondo*
- 08-abr *Luis Mario Moncada*
- 15-abr *Carlos Bolado*
- 22-abr *Nicolás de Jesús*
- 29-abr *Pablo Rulfo*

Miércoles · 22:00 h.  
Retransmisión: domingos · 20:30 h.

**El mundo real: Los derechos de los niños**

Cuatro documentales que denuncian el abuso de la niñez en el mundo.

- 03-abr *Conventos de vergüenza*
- 10-abr *Río violencia y ciudadanía*
- 17-abr *Niños del recuerdo*
- 21-abr *Creando un mártir*

Viernes · 21:00 h.  
Repetición: Sábados · 24:00 h.



**Historia: 70 años del fin de la Guerra**

Una programación especial sobre la mayor contienda bélica de la historia (1939- 1945)

- 04-abr *Una guerra necesaria. Dic 1941- Mar 1942*
- 11-abr *Tiempo de miedo. Mar 1942- Dic 1942*
- 18-abr *Lo peor está por venir. Ene 1943 - Jun 1943*
- 25-abr *Cuando las cosas se ponen difíciles. Jul - Dic 1943*

Sábados · 17:00 h.  
Repetición: lunes · 21:300 h.



**El ciclo: Kiarostami**

Una selección de películas del director y guionista iraní.

- 04-abr *El sabor de la cereza (1997)*
- 11-abr *El viento nos llevara (1999)*
- 18-abr *ABC África (2001)*
- 25-abr *10 (2002)*

Sábados · 22:00 h.

Consulta nuestra página: [www.tvunam.unam.mx](http://www.tvunam.unam.mx)

 **TV ABIERTA**     
 Canal 120 Canal digital 30.2 Canal 411 Canal 255 Canal 265  
   

Javier Barros Sierra

# Serenidad y valentía

Javier Barros Valero

*En este 2015 se conmemora el centenario del nacimiento de Javier Barros Sierra. Los hitos centrales de su trayectoria como ingeniero y educador son rememorados por su hijo Javier Barros Valero, mientras que Rolando Cordera Campos y Javier Jiménez Espriú hacen un recorrido por las ideas que articularon la conducta de quien fue rector de nuestra alma mater durante el difícil año de 1968.*

Recordamos a Javier Barros Sierra en el centenario de su nacimiento.

Su figura se asocia con la serenidad y la valentía con que defendió la autonomía universitaria en 1968. Al hacerlo, ayudaría a fortalecer la democracia en México.

Barros Sierra se opuso al autoritarismo rampante, arriesgando su vida para que prevalecieran las garantías democráticas que, al menos formalmente, ofrecía el Estado. Lo impulsaban dos causas: su formación en un medio familiar de patriotas republicanos, cuya figura señera es Justo Sierra, y el ideal de una nación justa, próspera, pacífica y participativa, resumido en la Constitución del 17.

No es fortuito que optara por la carrera de ingeniería civil, cuando urgían al país medios de comunicación y de transporte que estimularan la economía y la cohesión entre sus pobladores. A ello dedicó una parte significativa de su vida.

También construyó de otro modo: educando personas en los niveles preparatorio y universitario, como maestro y en la práctica de cargos directivos, destacadamente al frente de la Facultad de Ingeniería.

Participó en la administración del Estado, invitado a ocupar la cartera de Obras Públicas en el gabinete del último presidente que pudo alternar espontáneamente con las masas. Esa encomienda le permitió organizar el esfuerzo para multiplicar las carreteras, los puentes y las vías férreas; culminar, por ejemplo, el ferrocarril que va de Chihuahua al Pacífico.

Contribuyó, asimismo, a fundar organismos como Ingenieros Civiles Asociados y los Institutos de Ingeniería de la UNAM y Mexicano del Petróleo. Dirigía este último, en 1966, cuando la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México lo designó rector; era un momento muy grave para la institución. No sería el último ni el más exigente.

Restableció el orden. Llamó a la unidad. Puso en marcha una ambiciosa reforma académica y administrativa para actualizar métodos y sistemas, y recuperar la comunicación entre los estudiantes y el profesorado de las distintas áreas del conocimiento, rescatando así la universalidad que define a la Universidad como concepto y como práctica.

Al mediar el año de 1968 asoman en el país signos ominosos. Se desencadena la lucha por la sucesión pre-



Javier Barros Sierra, rector de la UNAM de 1966 a 1970

sidencial de 1970. Los poderosos contendientes hacen de las instituciones de educación superior su campo de batalla. La UNAM encabeza la lista.

A un tiempo y paradójicamente en un ambiente de bonanza económica, surge un clamor por mayores posibilidades de participación política, sobre todo por parte de algunos sectores de la izquierda, los cuales operaban prácticamente en la clandestinidad, constreñidos sus márgenes de expresión.

Junto con ello, la inminencia de los Juegos Olímpicos, ocasión para que el gobierno expusiera el país ante el mundo como una entidad moderna, aunque sin haber hecho su tarea de fondo, la de acompañar al buen desempeño económico con la democratización de la vida nacional.

Era casi imposible enfrentar esa conjunción de elementos —había otros— desde la rectoría de la Universidad, contando sólo con algo más que autoridad moral.

El rector Barros Sierra protestó enérgicamente por la agresión a la Preparatoria Nacional; peligraban la autonomía de la Universidad y, peor aun, la libertad en México. El Estado empleaba la bazuca en contra de sus creaturas.

El rector guió dignamente la memorable manifestación del primero de agosto de ese año aciago. Condujo la protesta liderando a los universitarios y también a los politécnicos, los normalistas, los agrónomos. Los llamó a expresar su repudio ordenadamente dentro de las instalaciones escolares. Pero la mítica tinaja de los males ya estaba descubierta.

En adelante, Barros Sierra hubo de lidiar con la incompreensión y aun con el encono de unos y de otros; debió

caminar solitario “contra los jirones de fuego”, aunque armado con el poder magnífico de los principios.

Tras ocupar militarmente el campus y llegado el conflicto a un punto crítico, el gobierno quiso de todo responsabilizar al rector. Para ello empleó sus vastísimos recursos, desde la abyección de los legisladores hasta el control férreo de los medios de comunicación, quienes abusaron de la mentira, la injuria y la calumnia, provocando que el rector renunciara para no exponer más a la Universidad; una dimisión contundente que señalaba con toda claridad al presidente de la “*dictadura perfecta*” como el gran instigador.

La comunidad, en las calles y mediante cartas y desplegados, respaldó decididamente al rector, hasta convencerlo de revocar su renuncia.

Luego vendría el trágico desenlace de Tlatelolco. La fuerza violentaba a la razón. La democracia real en México tendría que esperar. La Universidad, lo mismo que su rector, ya nunca fueron los mismos. Ambos estaban y eran, pero el ataque a San Ildefonso, la ocupación de la Ciudad Universitaria y la hecatombe del 2 de octubre habían nublado el horizonte.

Al final, aquella gesta promovería un cambio trascendental. Se abrieron cauces inéditos de expresión política. Y aquí estamos los mexicanos, empeñados aún en poder, algún día, decidir nuestro porvenir de acuerdo con el interés colectivo.

Javier Barros Sierra fue sobre todo un gran maestro, pues educó a generaciones a través del único medio inquestionable: el ejemplo. Cuando en México se trate de valores y de valentía, su persona seguirá siendo una referencia obligada.

# Viva la discrepancia

Rolando Cordera Campos

Gracias a los organizadores por honrarme con su invitación para participar en esta mesa del homenaje a un universitario ejemplar en el centenario de su nacimiento. Nos hemos reunido, convocados por Siglo XXI Editores, la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería y la UNAM, en un espacio que seguramente le fue entrañable, para recordar a don Javier Barros Sierra, ingeniero mexicano notable y pionero de una profesión emblemática de la lucha de los mexicanos por el desarrollo y la justicia social.

Un rector magnífico de nuestra Universidad Nacional recordado y apreciado, respetado por los universitarios y amplios grupos de mexicanos que en 1968 descubrieron el valor de la ciudadanía y se convencieron de que, como dijo Miguel Eduardo Valle en su inolvidable discurso en el Zócalo, y Gilberto Guevara intitulara su invaluable memoria, “la libertad nunca se olvida”.

El motivo inmediato de este encuentro es el de glorificar y recordar un importante trabajo testimonial resultante de una conversación del ingeniero Barros Sierra con su colaborador y destacado historiador de las ideas Gastón García Cantú. Es la lectura, en mi caso relectura, de estos recuerdos reflexivos, la que inspira esta comunicación.<sup>1</sup>

Me gustaría, para empezar, citar unas líneas de la carta en la que, poco antes de concluir su periodo como rector, cuatro destacados participantes en el movimiento de 1968 (Luis González de Alba, Eduardo Valle Espinosa, Salvador Martínez Della Roca y Gilberto Guevara Niebla) le hacían saber que:

Por muy distintos caminos, y aunque algunos hayan iniciado el recorrido más temprano, los hombres se encuentran en un punto común, en un cruce de caminos: la rec-

tititud [...] ahora los jóvenes sabemos que para serlo no basta tener 20 años; sino también, muchas de las cualidades que caracterizan al rector de 1968 [...] usted nuevamente viene a confirmarnos que no todo es sumisión ni alabanzas ante los poderosos [...] con su labor en la Rectoría termina un periodo que tuvo para todos una importancia que aún no podemos apreciar [...] en el recuerdo y en el afecto, se cierra un capítulo y se abre otro.<sup>2</sup>

Cierres de periodos, arcón de tiempo, breve pero intenso, quizá vital. “Usted llegó a la Universidad —le interroga García Cantú— cuando nuestra casa de estudios padecía uno de sus más graves conflictos internos y usted salió de la Universidad cuando se había terminado un conflicto externo; en ese proceso y en la expresión de los jóvenes, ¿advirtió usted que todos sus afanes [...] y por qué no decirlo, las alegrías como rector habían tenido cumplimiento y un sitio muy digno?”

A lo que el ingeniero responde: “no obstante el gran sacrificio que significó para mí, sobre todo en el orden personal, el ejercicio de ese difícil cargo en esa época, sí fue satisfactorio encontrar como balance, un balance no hecho por auditores de visera y mangas de lustrina, sino por el pueblo universitario, por la comunidad, muy expresivamente y en la forma más sencilla un balance plenamente aprobatorio. Esa fue probablemente la satisfacción mayor en mi actuación pública” (p. 141).

I

Durante varios meses, Javier Barros Sierra, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1966 a 1970, sostuvo conversaciones con Gastón García Cantú,

<sup>1</sup> 1968. *Javier Barros Sierra: conversaciones con Gastón García Cantú*, Siglo XXI Editores, México, 1993.

<sup>2</sup> Juan Ramón de la Fuente, “Javier Barros Sierra” en *El Universal*, 27 de octubre de 2010.

colaborador suyo durante su rectorado. “Estas conversaciones —señala García Cantú— no tuvieron más propósito que recordar lo sucedido en la Universidad de 1966 a 1970, periodo rectoral de Barros Sierra. No es una memoria dialogada de labores sino repaso de los hechos significativos y testimonio reflexivo en el que predomina el hecho sobresaliente [...] lo ocurrido en 1968. Tampoco es un relato. No se omiten nombres. No se encomia ni se condena. Barros Sierra no fue, en ningún momento, juez de nadie” (p. 15).

En sus diálogos, Barros Sierra y Gastón García Cantú, entonces encargado de información de la Universidad, abordan diversos temas fundamentalmente relacionados con la Universidad, la ley orgánica, la reforma académica, las relaciones entre la Universidad y el Estado, así como las repercusiones dentro de la Universidad del movimiento estudiantil. También, y no podía ser de otra manera, el gran tema de la educación pública nacional.

Barros Sierra era poseedor de una mirada amplia, siempre bien acotada por su proverbial ironía y agudeza, que expresaba sus ideas con gran claridad y convicción:

debe señalarse que es muy difícil concebir que una institución educativa, así sea tan importante como la Universidad Nacional, se reforme a sí misma de una manera completa o total en tanto que el resto del sistema educativo, y desde luego las demás universidades del país, permanecieran en su actual condición [...] Cualquier reforma universitaria debe pensarse como un movimiento nacional [...] como parte de una reforma educativa general; reforma que, a su vez, tiene que ser parte de las metas sociales, económicas y políticas del país (p. 58).

En otra parte (p. 47) toca otro de los asuntos centrales:

sobreelevación de colegiaturas, becas o créditos para la educación son sintomáticos de una actitud que no se expresa, que no se confiesa y que, en el fondo, no es otra que la del abandono progresivo del Estado federal respecto de la educación superior. Al reducirse los recursos que a ello se destinan buscando fuentes de ingreso que no son las indicadas, o sea las del orden fiscal, lo que resulta —y esto no pueden ignorarlo los autores de estos proyectos— es precisamente que disminuya la participación del gobierno federal en el proceso educativo federal.

E insiste en el tema cuando más adelante afirma:

la reforma educativa es inconcebible como una cosa aislada, es decir, fuera del contexto de una reforma social amplia, profunda y total, porque la educación no es, como se ha pensado por muchos, un simple servicio público que en ciertos niveles es gratuito y en otros debe cobrarse. Es muy primitiva la concepción de estos *financistas* y

de algunos políticos [...] La educación debe entenderse en nuestros días, y ¡hay de aquel que no lo entienda así!, como un factor fundamental para el desarrollo económico y social (p. 52).

La vigencia de estos asertos no requiere de mayor énfasis. A la luz de la nada silenciosa tragedia que vive nuestra educación nacional, pública y privada, debería constituir, más bien, la piedra miliar de todo discurso en verdad reformador cuya tarea inicial tendría que ser una profunda revisión de lo muy alardeado y poco realizado, para arribar a una auténtica y urgente “reforma de la reforma”. “Todos creemos —agrega— tener ideas únicas y maravillosas respecto a una reforma educativa; creo que en esto nos faltan la humildad y la sencillez suficientes para replantear el problema sin prejuicios, y traduciéndolo a las verdaderas necesidades del país” (p. 51).

Toca también el espinoso tema, todavía hoy, relativo a la creciente demanda para ingresar a la Universidad, sobre el que opina:

hay que hacer notar que el examen de admisión había sido creado durante la administración anterior. Nosotros pudimos perfeccionarlo sobre todo en cuanto a un criterio estricto para no aceptar a alumnos cuyo índice de conocimientos fuera inferior a un límite fijado. Siempre ha habido una serie de argumentos contra el hecho de que la Universidad seleccione a sus alumnos; algunos son demagógicos [...] la Universidad no es sino una parte del sistema educativo nacional y no ve ninguna razón válida para afirmar que la institución deba recibir a cuanto joven toque a sus puertas, siendo los alumnos de muy diversas procedencias: muchos de ellos no han cabido en otras instituciones [...].

Si consideramos —añade— que nadie puede afirmar, ni en México, ni en el país más capitalista, ni en los países socialistas, que todo joven tenga aptitudes para seguir estudios universitarios, se tiene que llegar a esta conclusión: es conveniente y de justicia ofrecer a todos los jóvenes oportunidades varias para educarse, pero ello no significa que todos los que quieran deban entrar a la Universidad (pp. 61, 62).

Postura que, como es posible suponer, le valió una serie de críticas y ataques, ante las cuales ni recurrió a puertas falsas ni se amedrentó: “fuimos sobre todo a partir de 1968, absolutamente estrictos y podemos afirmar [...] que en 1968, 1969 y 1970 no ingresó absolutamente ningún alumno que no hubiera sido seleccionado mediante el examen de admisión. No valieron presiones, ni recomendaciones; no valieron influencias de ninguna especie. Claro, esto nos creó muchos problemas. Si se quería eliminar el problema político y las

incomodidades hubiera sido más fácil abrir la puerta trasera” (p. 62).

## II

En mayo de 1966, en medio de una crisis compleja que llevó a la defenestración del doctor Chávez y su humillante expulsión, la Junta de Gobierno designó rector a Javier Barros Sierra. El contexto político-social de aquellos años no se caracterizaba por estabilidad alguna, a pesar de que la estabilidad era el timbre de orgullo de la mitología oficial de entonces. Había sustento económico y material para tal presunción, pero a la par de la expansión de la economía y del propio bienestar básico de muchos mexicanos, las relaciones políticas se volvían sombrías.

Tanto en 1966 como en 1967 habían sido ocupadas militarmente las universidades Nicolaíta (Michoacán) y la de Sonora; también estaban los movimientos de los médicos, y la masacre a los copreros en Acapulco (1967).

En su discurso de toma de posesión, el ingeniero Barros Sierra fijó temas centrales. Lo cito:

hay que afirmar que los problemas no son puramente internos sino que reflejan las inquietudes y desajustes de una nación [...] para entender nuestros conflictos y plantear sus soluciones, se requiere que prescindamos de fórmulas rutinarias y de cualquier dogmatismo cambiándolos por el análisis veraz y por una valiente autocrítica institucional [...] debemos sentirnos responsables de los errores y de los males que dañan a nuestra casa de estudios.

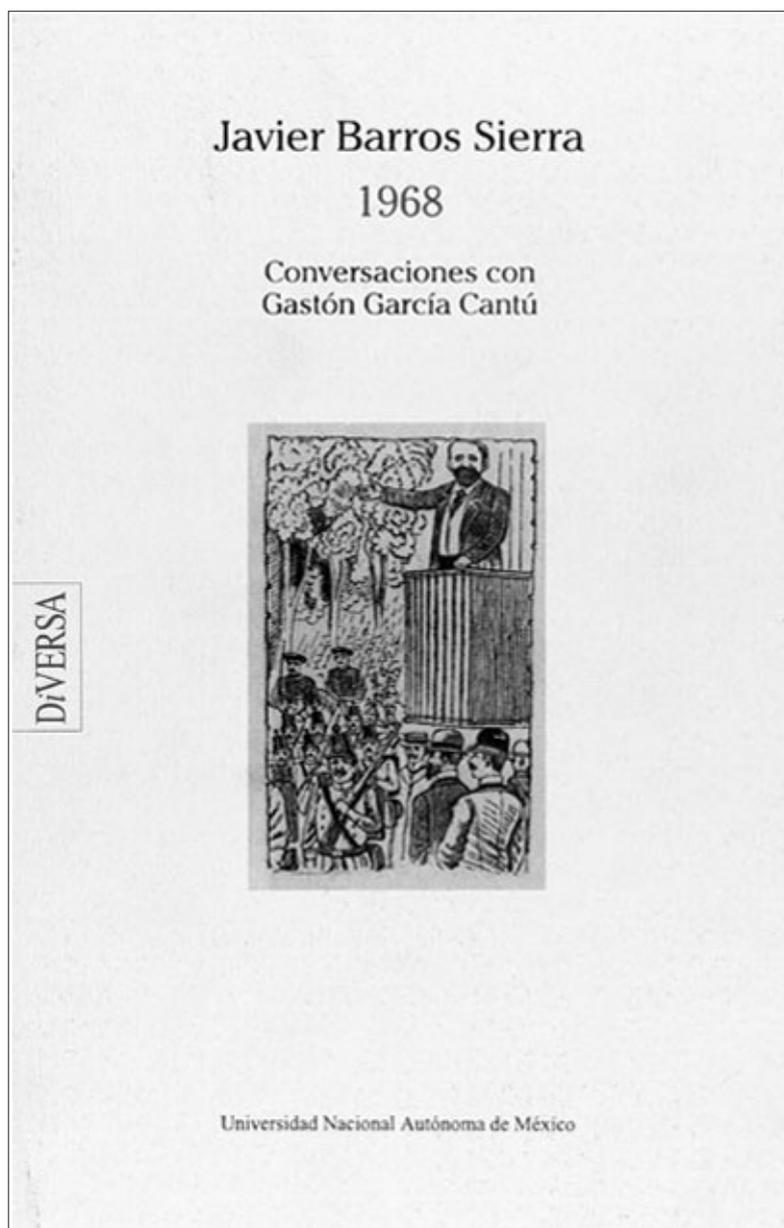
La Universidad no tiene por qué estar en pugna con un Estado respetuoso de la autonomía, el que los actos de gobierno puedan ser objeto del examen y de la crítica, como sucede con todas las ideas, las doctrinas y los hechos no ha de conducirnos a olvidar que nuestros objetivos son comunes a los del Estado, en cuanto al servicio al país [...]

Actualizar a la Universidad no por prurito de marcar sellos personales o forzar demandas irrazonables, sino para que cumpla la gran misión [...] contribuir a un desarrollo nacional basado en la democracia, en la justicia y en la independencia (pp. 165, 166).

Y va, entonces, al meollo de la cuestión al señalar uno de los problemas subyacentes a las, en ocasiones, tensas relaciones entre la Universidad y el Estado: “Mientras el Estado crea que la Universidad es un ente en cierto modo hostil, mientras se empeñe en no comprender sus fines, sus objetivos y los móviles que animan a los universitarios; mientras el Estado no respete [...] la autonomía universitaria [...] tal como se concibió en la ley [...] siempre habrá graves problemas” (p. 72).

## III

En 1968, los hechos se sucedían vertiginosamente. El mundo entero se conmovía con el mayo francés y sus contagios a lo largo y ancho de Europa, como también ocurría con la revuelta estudiantil contra la guerra en Vietnam que en Estados Unidos de América había adquirido ya visos de confrontación nacional. Aquí, al ter-



minar julio, la paranoia acumulada en las altas esferas de mando del Estado, en particular en la presidencia de la República, llevaron al despliegue de una represión cuya violencia se dirigía particularmente contra los estudiantes y llevó a una flagrante violación de la autonomía universitaria en San Ildefonso y a la implantación, en los hechos, de un estado de emergencia en prácticamente toda la capital de la República.

Muy pronto, el rector Barros Sierra optó. Su posicionamiento al lado de los estudiantes y frente al Esta-

do fue claro el 30 de julio, un día después del bazucazo contra la Preparatoria 3. Tras un primer mitin en la Explanada de Rectoría iza la bandera nacional a media asta, llama a guardar un minuto de silencio y le da al movimiento de protesta que emergía una calidad cívica, de pundonor ciudadano, que pocos habían anticipado. En su breve pero contundente discurso, dijo:

Hoy es un día de luto para la Universidad; la Autonomía está amenazada gravemente. Quiero expresar que la institución, a través de sus autoridades, maestros y estudiantes, manifiesta profunda pena por lo acontecido.

La Autonomía no es una idea abstracta, es un ejercicio responsable, que debe ser respetable y respetado por todos [...] debemos saber dirigir nuestras protestas con inteligencia y energía. ¡Que las protestas tengan lugar en nuestra Casa de Estudios! No cedamos a provocaciones, vengan de fuera o de dentro [...]

La Universidad es lo primero, permanezcamos unidos para defender, dentro y fuera de nuestra casa, las libertades de pensamiento, de reunión, de expresión y la más cara: ¡nuestra Autonomía! ¡Viva la UNAM! ¡Viva la Autonomía Universitaria!<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Carlos Monsiváis, "Cuatro versiones de autonomía universitaria" en *Letras Libres*, noviembre de 2004, en <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/cuatro-versiones-de-autonomia-universitaria?page=full>

Todo cambió a partir de entonces y México vivió con intensidad y angustia, así como con entusiasmo y júbilo, un gran ensayo general del reclamo democrático que marcaría la evolución de la sociedad y del Estado hasta el final del siglo XX.

En sus conversaciones con García Cantú, entre muchos acontecimientos y sobresaltos, aventuras y desventuras, Barros Sierra rememora la invasión de la Ciudad Universitaria el 18 de septiembre: "No puedo olvidar el impacto moral que me produjo el saber la noticia de la invasión en la noche de ese día —18 de septiembre de 1968—; después vienen a mi memoria las desagradables impresiones derivadas de la detención de numerosos profesores, estudiantes y hasta funcionarios [...] desde entonces yo intuía que la situación se aproximaba rápidamente a una encrucijada" (pp. 79, 81).

Tal encrucijada llegó el 2 de octubre, como llamada y llamarada para un México ensangrentado que se empeñaba en cambiar y caminar en paz hacia la democracia y el respeto a los derechos y libertades consagrados en la Constitución; los derechos humanos.

Luego, vuelve sobre la cuestión que reclamara sus desvelos, pero también despertara muchos de sus anhelos:

No hay una comprensión de lo que es la educación superior ni tampoco un entendimiento de lo que es la planeación [...] Es muy fácil decir que la educación debe servir para el desarrollo, pero eso nos lleva a plantear ¿qué



Javier Barros Sierra rodeado de sus alumnos de la carrera de Ingeniería Civil, 1944

entendemos por desarrollo? [...] el desarrollo no puede ser, simplemente, el crecimiento económico aunque ese crecimiento se traduzca en un aumento en el ingreso por cabeza, ya que ese ingreso puede estar, como está en México, repartido con una enorme injusticia [...]

Desarrollo político, desarrollo social, desarrollo económico sí; mas lo primero que debe hacerse es definirlo [...] estamos tan en pañales como en la definición de la educación superior y sus objetivos (p. 132).

Hombre probo, funcionario público reconocido y universitario convencido, su gestión al frente de la Universidad se desarrolló en un momento de quiebre de nuestra historia política y social moderna. Su actitud y su verbo le dieron a este histórico punto de inflexión la naturaleza transformadora que suele acompañar a la buena política, la que se concibe como actividad creadora, en palabras de José Carlos Mariátegui.

Lo vivimos y lo recordamos, con emoción pero sin nostalgia. Aquel movimiento convocó espíritus y voluntades colectivas articulados por el ingenio y el valor de los jóvenes estudiantes de educación media superior y superior y sus profesores, pero siempre pudo conservar su aliento cívico y constitucionalista. Se trató de una movilización colectiva en la cual, por primera vez en un México moderno y cada vez más urbano, se dieron cita no sólo los jóvenes estudiantes sino varias generaciones de mexicanos, de profesionistas, comerciantes, amas de casa o empleados.

Fue precisamente al calor de la protesta y el movimiento estudiantil que esas capas empezaron a descubrir la calle como un espacio creativo, no sólo para las diferentes expresiones ideológicas o políticas, sino para las más variadas convergencias de grupos y personas identificados por el reclamo de libertad política, ante un sistema de poder que cada vez era menos capaz de prestar oído a las necesidades de expresión de una ciudadanía cuyo reclamo airado pronto se resumiría en la exigencia de libertades y derechos democráticos.

El 68, así, devino un gran foro polifónico y multicolor de expresión de una conciencia cívica que, si bien incipiente, reclamaba derechos cívicos, rechazaba al autoritarismo, la corrupción y la impunidad, aspectos que solían darse por inconmovibles en la vida pública mexicana. Estas exigencias tenían un indudable carácter político, pero pronto lo trascendieron para conformar un severo reclamo ético.

El país asistía a llamadas colectivas que la imaginación juvenil y la de los artistas que decidieron acompañarlos convirtieron en un auténtico festival de la libertad pero también el del nacimiento de una nueva forma de entender y vivir la política. De poco sirvió tanto ingenio y esperanza; las convocatorias fueron respondidas con jaculatorias y una retórica amenazante que sin más

devino coacción sin límite. Este autismo del poder devino en una nueva imagen del poder en México: un sistema autoritario fuera de control, sin capacidades políticas, ni disposición moral y mecanismos de persuasión capaces de encauzar los conflictos mediante una efectiva y creíble renovación institucional del régimen y su lenguaje. Por ello, también, la enorme autoridad y eficacia del verbo y la razón de Barros Sierra.

“Nunca hubo del lado del gobierno una correcta valoración del movimiento estudiantil, de su verdadera fuerza, de sus objetivos; de ahí que el propio gobierno haya contribuido a establecer la confusión a través de sus múltiples agentes y espías infiltrados dentro del movimiento estudiantil, en el cual, como se sabe, todos querían meter su mano” (p. 131).

El 23 de septiembre, el rector presenta su renuncia ante la Junta de Gobierno de la UNAM: “Los problemas de los jóvenes sólo pueden resolverse por la vía de la educación, jamás por la fuerza, la violencia o la corrupción”. Y añade: “estoy siendo objeto de una campaña de ataques personales, de calumnias, de injurias y difamación. Es bien cierto que hasta proceden de gentes menores, sin autoridad moral, pero en México todos sabemos a qué dictados obedecen. La conclusión inescapable es que quienes no entienden el conflicto ni han logrado solucionarlo, decidieron a toda costa señalar supuestos culpables de lo que pasa, y entre ellos me han escogido a mí”<sup>4</sup>

El presidente contra el rector de la UNAM. La fuerza del Estado despojada de su legitimidad; el enfrentamiento es totalmente desproporcionado, a lo que coadyuva un complejo de inferioridad que busca ser cubierto por el mando.

Con su renuncia, Barros Sierra construye un entendimiento de los hechos radicalmente opuesto al que Díaz Ordaz busca encarnar y volver razón de Estado. La autoridad moral de Barros Sierra se acrecienta. Es como si en él se condensaran los esperanzas de un renacer cívico de la nación.

En 1970, ante varios jóvenes arquitectos, el ingeniero Barros Sierra expresó unas palabras que, en buena medida, sintetizan su confianza y defensa de los estudiantes, su independencia intelectual y su fortaleza ética ante las rabiets del poder: “no sólo lo había predicado, sino lo había vivido con mi conducta. Recuerdo que le di tanta importancia al respeto y al ejercicio del disentimiento, de la discrepancia que hube de exclamar ¡Viva la disidencia! [...] La ocasión era lo menos importante para decir ese último mensaje, totalmente improvisado por lo demás, a la comunidad universitaria” (p. 139).

<sup>4</sup> Carlos Monsiváis, “El ejemplo al respecto”, crónica de 68-VIII en <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/nvas.lecs/1968-monsi/mc0292.htm>



El rector Barros Sierra en un mitin estudiantil en Ciudad Universitaria, 1968

#### IV

No quisiera dejar de mencionar otra de las pasiones del ingeniero Barrios Sierra, quien junto con otros notables profesionales de las ingenierías, tuvo el entusiasmo para servir a la nación. Eran mexicanos convencidos de que mediante la combinación de la ciencia y la técnica se podría reconfigurar al país, construirlo física y nacionalmente.

Esfuerzo que en las tres décadas que siguieron al gobierno del presidente Cárdenas tuvo lugar al llevarse a cabo un vasto esfuerzo nacional de creación y ampliación de la geografía humana, económica y social de México. Todo fue en esos años construcción, diseño, planeación de la infraestructura física y social, inspirada por una generosa invención de un futuro nacional que incluyera a todos.

Así lo refiere el rector:

Debe recordarse que cuando se inició la construcción de grandes obras, especialmente de comunicaciones y de riego, más o menos coincide con la creación, por el general Calles, de la Comisión Nacional de Irrigación y de la Comisión Nacional de Caminos, en 1925 [...] pero fue hasta el sexenio del general Cárdenas que se definió por parte del gobierno un gran apoyo en dos órdenes; primero, en cuanto al diseño o proyecto de las obras, confiándoles a los técnicos que se preparaban en nuestras escuelas de ingeniería, encomendándoles proyectos verdaderamente difíciles, como fue el de la presa de arco de la Angostura

[...] Por otro lado se fomentó y alentó la formación de compañías constructoras nacionales (p. 50).

Compromiso histórico de las ingenierías mexicanas que, hay que decirlo aquí y ahora, muchos quieren mantener a pesar del “castigo” infligido a la industria de la construcción y a la infraestructura física nacional por la necesidad neoliberal. Por eso, Javier Barros Sierra, Raúl Sandoval, Bernardo Quintana, Fernando Hiriart son referencias invaluable tanto para quienes hoy cultivan su profesión, como para quienes pretenden una construcción más democrática de la gran obra que es la nación mexicana.

#### V

Alguna vez en sus recuerdos y anécdotas sobre aquellos años del 68, Monsiváis escribió:

“Meses antes de su muerte, en la ciudad de Viena, mientras conversábamos sobre los efectos de su renuncia, un amigo le dijo: ‘Ingeniero, en donde estuvo la estatua de Miguel Alemán pronto veremos la suya’.

“Barros Sierra se rió y contestó: ‘Si he sabido que se trataba de un relevo de efigies jamás acepto la rectoría’”.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Carlos Monsiváis, “El ejemplo al respecto”, <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/nvas.lacs/1968-monsi/mc0292.htm>

# Pensar, decir, hacer

Javier Jiménez Espriú

Al recibir la amable invitación a participar en esta mesa de recordación del maestro Javier Barros Sierra, con motivo del primer centenario de su natalicio, y hacerlo alrededor de ese libro importantísimo que guarda las conversaciones que, grabadora en mano, tuviera con él Gastón García Cantú sobre su gestión como rector de la Universidad Nacional y su presencia fundamental en los acontecimientos del 68, y recordando a aquel humilde personaje que decía de sus lecturas: “No hay príncipe que se trate tan bien: desayuno con Aristóteles, almuerzo con Cicerón, tomo el té con Helicón y ceno con Séneca”, me permití convocar a la tranquilidad de mi biblioteca, con el enorme respeto que guardo a su memoria, al maestro Barros Sierra y a Gastón García Cantú, para que en mi presencia, silenciosa, atenta y analítica, volvieran a hablar de aquellos momentos trascendentes.

Al releer el libro los oí hablar —porque cuando un lector recorre las páginas que escribieron los protagonistas de una obra, a quienes ha conocido personalmente, los escucha—, los oí hablar, repito, con la serenidad de su personalidad, con la sinceridad de sus verdades, con su decisión de dejar un testimonio válido a la posteridad sobre acontecimientos gravísimos y fundamentales de nuestra historia contemporánea. Sin afán laudatorio o justificativo, sin protagonismos apologéticos, con la parsimonia de su grandeza y con la tranquilidad de una conciencia sin mácula ninguna, reencarnaron ante mí sus pasados encuentros.

Sus conversaciones me permitieron confirmar, desde la atalaya de casi 50 años después, no sólo la claridad y la actualidad de los conceptos de don Javier, sus saberes y sus convicciones éticas, su actitud patriótica y su fe universitaria, su congruencia y su decisión, sino también su visión universal y su sensibilidad, su cultura, su temple y la sencillez y el valor y la firmeza de sus juicios. Hablaron de lo sucedido, pero analizaron sus consecuencias, hablaron del pasado y delinearon el futuro hipote-

cado, que es nuestro presente y que seguirá siendo nuestro porvenir; señalaron lo que iba a pasar y que hoy pasa y seguirá pasando si las cosas continúan sin cambio.

Escuché y vi al hombre que conocí hace 60 años, cuando llegó a la Dirección de la Escuela Nacional de Ingeniería en la que yo estudiaba, con su misma voz pausada, clara y firme, su rictus de cordialidad y su personalidad arrolladora.

Escuchaba en las respuestas que daba el rector a las preguntas y las reflexiones de García Cantú el rigor de su convicción y la sabiduría que dan los largos años de estudio, la experiencia de una vida profesional y de participación social plena y exitosa en la Universidad, en el sector privado y en el servicio público; su lealtad irrestricta a los más altos valores éticos y patrióticos; su congruencia en fin, entre su pensar, su decir y su hacer.

Era la misma persona que, como siempre, dictaba su cátedra de vida, ratificada como siempre también con el ejemplo de sus actos; la que señalaba sin ambages, ejerciendo a plenitud la libertad de expresión que siempre defendió, lo que juzgaba válido o impropio.

Hablaba de la Universidad, de la nación y del movimiento estudiantil, de los jóvenes y de las autoridades del gobierno, de las contradicciones evidentes, de las protestas y de la intolerancia, de la educación necesaria y de la corrupción imperante, de los caminos a seguir y los obstáculos a veces infranqueables, de la incomprensión y la ausencia de diálogo. Lo escuchaba, y a un tiempo recorría en mi pensamiento las etapas previas de su vida, que conocí: la Dirección de la Escuela Nacional de Ingeniería y sus cátedras, la Secretaría de Obras Públicas, el Instituto Mexicano del Petróleo que él fundó con una visión nacionalista que hoy tanta falta nos hace. Todos sus logros extraordinarios, obtenidos pensando siempre en el desarrollo de México y en la mejor formación de los mexicanos.

Aunque todo esto pasaba a un segundo plano durante la conversación con García Cantú, ante la impor-



Javier Barros Sierra al ser investido como rector

tancia de su función como rector. El universitario Barros Sierra, el ingeniero Barros Sierra, el maestro Barros Sierra, el director Barros Sierra, el secretario Barros Sierra, se fundían en una figura única extraordinaria, la del rector Barros Sierra. No en Barros Sierra “el rector del 68”, como algunos lo recuerdan, lo encapsulan, porque supo, sin duda, con su liderazgo inolvidable, dejar ejemplo de dignidad, valor, gallardía y sensibilidad, sino en la figura de Javier Barros Sierra el rector magnífico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Qué lamentable, sí, que sucedieran las tragedias del 68, pero en la tragedia, qué afortunado para la Universidad y para México que en ese momento delicadísimo Javier Barros Sierra fuese el rector.

Reconociendo la excelencia de su actividad profesional toda, estoy persuadido de que es su actuación al frente de nuestra casa de estudios la síntesis de sus ideales y de sus principios, de su valer y de su valor, de su visión y de su inteligencia y estoy convencido de que de su paso por la rectoría quedan aún frutos que cosechar, experiencias que recoger y tesis útiles a la Universidad y a México.

Ahí están contenidas muchas de ellas, en las conversaciones con Gastón García Cantú. El libro que las conserva no es un relato de los acontecimientos de aquellos días aciagos; es un compendio de sabiduría, de lecciones de honestidad, de claridad, de nacionalismo, de respeto a la juventud, de compromiso, de lealtad. Es

un legado de un gran universitario para su Universidad, y de un gran ciudadano para su patria.

Este pequeño libro encierra multitud de propuestas que hay que liberar y hacer realidad en beneficio de los mexicanos.

La edición que ahora es accesible —las primeras se agotaron hace muchos años— incluye un primer capítulo que Gastón García Cantú agregó 25 años después de las conversaciones, que contiene una serie de reflexiones que, surgidas de las mismas y de los acontecimientos de esos cinco lustros desde aquellos momentos transcurridos, subrayan la importancia del pensamiento y la obra del rector Barros Sierra. Rescato sólo algunas de ellas en homenaje también a don Gastón, que tuvo la visión y la sensibilidad necesarias para lograr el espléndido documento que hoy tenemos y porque, ratificando la visión del rector, podemos, lamentablemente, suscribirlas casi 50 años después.

“En nuestro país —dice García Cantú—, ningún conflicto social que tienda a modificar los usos del control político ha sido resuelto, por considerarse un desafío al poder del Presidente de la República”.

“El poder no admite ser discutido, no se apoya en la democracia, así sea parcial y tentativa, sino en las organizaciones que instauran, cada seis años, el poder unipersonal”.

En 68, la protesta universitaria devino en pugna entre dos concepciones políticas: la de la generación que

deseaba la libertad personal y social y la del autoritarismo que no admite ser discutido ni impugnado. Fue el encuentro de quienes aprendían los usos propios de la democracia en dos de sus formas, expresarse y reunirse, y el gobernante que apoya sus decisiones en la indiferente ignorancia de la mayoría y la aprobación cómplice de la minoría.

Fueron dos concepciones de la vida pública: la del derecho a disentir y la de la costumbre a obedecer.

En cierta ocasión —mayo de 1966, días después de ser nombrado rector—, le preguntaron a Javier Barros Sierra (recuerda García Cantú) en qué consistían los rumbos distintos que pretendía crear en la Universidad, a lo que él contestó:

[algunos] piensan que los estudiantes deben ser rigurosamente apolíticos y, en el extremo, yo creo que deben ser profundamente políticos en el buen sentido: tener conciencia cívica, un conocimiento histórico de los problemas nacionales y un conocimiento de la filosofía y la pragmática de nuestras revoluciones históricas (1810, 1857, 1910) y, sobre todo, conciencia de su ubicación en la sociedad y en el deber que les corresponde en el desarrollo económico y social del país. Todo lo que supone, necesariamente, una mentalidad política.

En otro momento del libro, don Gastón recuerda:

Barros Sierra señaló los extremos de la conducta habitual frente a los jóvenes: reprimirlos o corromperlos, anunciando, en momentos en que parecía referirse a una situación ajena a nosotros, que el camino para respetarlos estaba, únicamente, en el más difícil de educarlos. Cuando uno de esos extremos fue desatado con vesania en 1968, él defendió a los perseguidos. Fue un acto coherente con sus principios. No entrañó desafío alguno. [...]

Cerca de Barros Sierra se desprendía un contagio de valor y felicidad por la lucha.

No será posible recordarlo en otra actitud que la de la lucha, que lo levantó por sobre nuestra generación, como un espíritu mejor forjado.

En algunos países, la inconformidad se manifiesta en protestas colectivas como la estudiantil del 68; son actos previos de rupturas más radicales. Si no era explícito lo que los jóvenes deseaban para su país, sí lo era lo que les repugnaba: la dependencia de Estados Unidos, el fortalecimiento de la burguesía mexicana, el sometimiento de los trabajadores, el empobrecimiento de los campesinos, la estrechez de los salarios mínimos, la falta de esperanzas activas en su generación, la burocracia, las formas variadas de injusticia y la prevaricación, la simulación y los intereses creados por una minoría, a costa de los de la nación.

Era clara su convicción de que la educación debe entenderse como un factor fundamental para el desarrollo



económico y social y de que no puede haber una reforma educativa que sea ajena a los objetivos nacionales en esos renglones.

Decía don Javier:

El aspecto de la libertad de expresión, la libertad de pensamiento que campea en nuestras universidades, en especial en la Nacional, ha sido siempre visto con profunda desconfianza en el sector gubernamental.

Parecen ignorar que las universidades en este sentido representan, en una sociedad llena de injusticias, una de las últimas y a veces la última válvula de escape para esas diversas expresiones de descontento, de insatisfacción, de rebeldía, frente a la injusticia del llamado ahora, mediante el término en boga, *el establecimiento*.

A pregunta del maestro García Cantú sobre si no advertía una contradicción o, algo más, un absurdo, entre las ideas propaladas por el entonces regente de la ciudad de que en nuestra casa de estudios se había gestado, auspiciado o protegido un movimiento de subversión contra las instituciones del país, y el hecho de que en la División de Estudios Superiores de Ingeniería se estuvieran haciendo, por ese tiempo estudios para la construcción del Metro, Barros Sierra contestó: “Por supuesto que hubo contradicciones. Si nosotros les exigimos a los funcionarios públicos inteligencia, hones-



En Rectoría con el retrato de Justo Sierra al fondo

tividad y a veces somos tan exagerados como para demandarles cultura, ¿quiere usted que llevemos las cosas hasta el extremo, verdaderamente utópico de pedirles congruencia? Creo que esto sería demasiado”.

“La ironía —decía don Gastón— fue para él una forma de leve sanción”.

En 1998, en un seminario que organizó la Fundación Barros Sierra sobre los acontecimientos del 68, García Cantú nos relató la expresión del rector Barros Sierra, durante el mismo movimiento, y que no se recogió en las conversaciones: “hoy empieza la democracia en México”.

Escucho un último momento de su diálogo:

Creo —le dijo García Cantú— que los jóvenes reconocieron en la gestión de usted como rector la semejanza entre lo que decía y lo que hacía. A nadie se persiguió por la forma de manifestar sus ideas, aun por desaforadas y contrarias que fueran no solamente a sus actos de rector, sino a su persona misma. Además, llevó usted todo esto a los límites más razonables, pero más enérgicos, durante todo el conflicto del 68. ¿Podría decirse que entre su grito de ¡Viva la discrepancia! y su enunciado en la antigua Escuela de Minería, respecto de lo que cabía hacer con los jóvenes de México, están los límites teóricos en los cuales usted cifró su conducta como rector?

Respondió don Javier:

Creo que está usted muy cerca de lo cierto y no sobraría recordar que mi tesis, en aquella ceremonia de la Facul-

tad de Ingeniería, a fines del año de 1967, significativamente era que de las tres actitudes o conductas posibles frente a los jóvenes: la de la corrupción, la de la represión y la de la educación, el camino más arduo y más difícil era el último, pero el único que las autoridades universitarias y la institución como un todo podían seguir; desgraciadamente, al paso de unos meses se vio que, en las esferas gubernamentales, se pensaba de modo totalmente diferente.

Quienes por su edad no tuvieron experiencia excepcional del 68 y que sin embargo gritan todos los años “el 2 de octubre no se olvida”, sin saber exactamente lo que esto significa, pero han vivido en cambio tiempos de otras crisis y ejemplos de mediocres liderazgos, podrán en la lectura de estas conversaciones, un libro pleno de sabiduría, de reflexiones, de experiencias múltiples, como ya dije, darse cuenta de que esta Patria, que sufre de injusticias sin límite, ha tenido sin embargo en momentos de luz —lo señalo con sinceridad y esperanza— legiones de jóvenes que luchan por sus ideales de libertad y hombres como Javier Barros Sierra, guía moral indiscutible de aquel movimiento, que eran ciertamente de otra estatura.

Permítaseme ahora una acotación personal, al señalar que me estimula enormemente que la conmemoración de este primer centenario de su natalicio se dé en este Palacio de Minería, cuna, sede y símbolo de la ingeniería mexicana, lugar en el que el maestro Barros Sierra cursara sus estudios profesionales, sitio en donde pronunciara algunos de sus más importantes discursos

como rector y que esta recordación coincida con la celebración de la XXXVI Feria Internacional del Libro, que es ciertamente, herencia del rector Barros Sierra.

Lo explico: fui, como antes dije, alumno de la Escuela Nacional de Ingenieros cuando él fue director, y me convertí no en su alumno sino en su discípulo. Recibí de él las primeras lecciones de política universitaria cuando fundamos la Sociedad Cultural de la Escuela y cuando me desempeñé como delegado de la misma ante la Federación Estudiantil Universitaria.

Cuando él fue rector de nuestra casa, yo trabajaba en el Departamento de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, del que fui jefe durante su gestión, incluido el periodo del movimiento del 68 y participé activamente en la reforma de los planes de estudio que él abanderó.

El rector Barros Sierra conocía como hombre culto el valor de la cultura y buscaba el nuevo paradigma del estudiante universitario resolviendo la disyuntiva de las ciencias o las humanidades, ya en desigual competencia por la preminencia del pragmatismo y el *eficientismo* económico.

Barros Sierra apuntaba en su rectorado la alternativa viable, apoyó la creación y las manifestaciones artísticas y culturales y las disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales con clara convicción, y promovió la

inclusión de materias humanísticas en las carreras técnicas, no como solución sino como camino para la formación moderna de los profesionales y propició la convivencia democrática.

Convocó —y aquí empleo expresiones tanto personales como de otro discípulo de don Javier, Antonio Alonso—, convocó, repito, a educar en la libertad y para la libertad; para la duda y la rebeldía; para crear y para imaginar; para la convivencia, para la discrepancia y para la razón; para buscar la equidad y disminuir las diferencias; para sobrevivir, para vivir y en algunos casos para revivir; para hacerlo en la globalidad y en la mexicanidad; en la universalidad y en la soberanía (que no es concepto caduco ni borroso), en la identidad individual y colectiva, en la nacionalidad; para ser hombre del planeta sin dejar de ser mexicano; para politizar; para la verdad, la crítica y la tolerancia; para saber y para saber ser; para aprehender y aprender de manera permanente.

De esa enseñanza surgen, entre otras cosas, durante la gestión que me encomendara la Junta de Gobierno al frente de la Facultad de Ingeniería, la fundación de esta Feria Internacional del Libro, los murales de Federico Silva que arropan el Auditorio Javier Barros Sierra de la facultad y la Academia de Música del Palacio de Minería y su Orquesta Sinfónica; las letras, las artes plás-



Con Lázaro Cárdenas

ticas y la música, elementos en la formación de los ingenieros, ropajes de los que no se deben desprender para alcanzar la excelencia profesional. Ambas son fruto de lo que sembró el rector Barros Sierra.

La función y la misión de la Universidad eran para don Javier complejas pero claras; difíciles pero viables, para lo que señalaba como condición fundamental, indudable, la reafirmación cotidiana de nuestra autonomía, no sólo como norma legalmente vigente sino como derecho en ejercicio pleno, auténtico y cabal, porque sin libertad, que es la consecuencia primera de la autonomía, no resultan factibles ni la función ni la misión de la Universidad.

Cómo hacen falta hombres como él en momentos como los que vivimos, en que el mundo se encuentra trastornado por la violencia, la intolerancia, los dogmas y los fundamentalismos, que obligan moralmente a las mujeres y los hombres de buena voluntad a hermanarnos en la angustiada identidad del *Je suis Charlie*, y cuando vivimos un México convulso, asolado por crímenes indescriptibles, por la corrupción, la impunidad y la ineptitud; por el cinismo, la connivencia y la insensibilidad; un México que hoy sintetiza su estado de ánimo con un grito moral de *¡Todos somos Ayotzinapa!* y un indignado *¡Ya me cansé!*, cuando son los ejemplos de honestidad —en el más amplio espectro de su acepción— como el de Javier Barros Sierra los que deben imponerse como paradigma del mexicano.

Hace algunos años asistí a una ceremonia en el Colegio Nacional, en la que se celebraban los cien años

de vida de don Andrés Henestrosa. Él nos señaló, con el fino humorismo que lo caracterizaba, que, como al leer sus escritos se había dado cuenta de que no lo iban a inmortalizar, había decidido ser inmortal por naturaleza.

Lo traigo a cuento, porque al celebrar el centenario del natalicio de don Javier Barros Sierra, sin su presencia física, pues lamentablemente se ausentó en forma prematura, revisando su obra y leyendo sus conversaciones con García Cantú, podemos estar seguros de su inmortalidad entre los justos.

Termino mi homenaje al rector Barros Sierra y celebro el feliz acontecimiento que se diera hoy hace cien años, leyendo la primera página del libro de las conversaciones:

Lo que más profundamente molesta a los enemigos de la Universidad es el ejercicio de las libertades democráticas de reunión, de pensamiento y de expresión dentro de nuestra comunidad.

Ciertamente, la Universidad aún no ha dado al pueblo todo lo que debe darle pero su marcha es ascendente y eso no sólo se dice sino que se comprueba diariamente.

¡Viva la discrepancia porque es el espíritu de la Universidad! ¡Viva la discrepancia porque es lo mejor para servir! **U**

---

Los artículos anteriores fueron leídos en el homenaje a Javier Barros Sierra que, con motivo de su centenario, se realizó en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería el pasado 25 de febrero. Agradecemos a Cristina Barros Valero por su valiosa ayuda para la edición de estos textos.



*Respuesta a Roger Bartra*

# Traición y traducción

Jaime Labastida

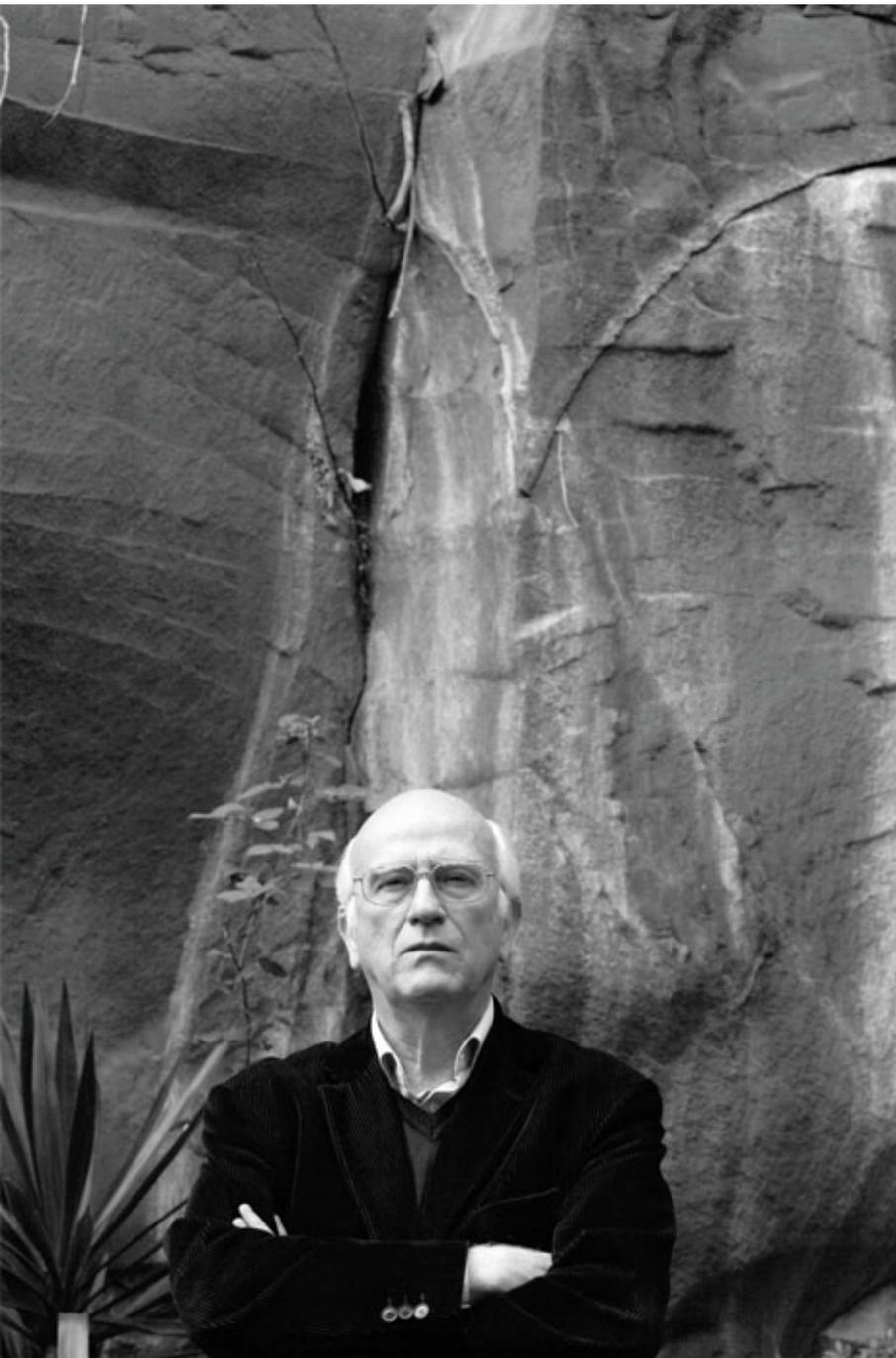
*En 2014, Roger Bartra, antropólogo y sociólogo, ingresó como miembro de número a la Academia Mexicana de la Lengua. En su discurso disertó sobre el polémico tema de la traducción como traición. El poeta y filósofo Jaime Labastida en su respuesta recordó los orígenes y la condición bilingüe del recién nombrado doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional Autónoma de México.*

Permítanme iniciar estas palabras, queridos amigos, por una anécdota personal: conozco a Roger Bartra desde que él era adolescente. Fui amigo de sus padres, el poeta Agustí Bartra y la escritora Anna Murià. Añado que tengo una deuda, poética lo diré así, que nunca podré saldar, con Agustí Bartra: prodigaba su tiempo con el poeta en ciernes que yo era, apenas un joven de 18 años de edad. Roger y yo estamos separados por tres años, pero por entonces yo lo veía como si fuera niño. No me asombra que aquel adolescente sea ahora un investigador de gran mérito, un ensayista maduro, por cuyas causas ingresa en nuestra institución. Estoy cierto de que rendirá en ella su mejor esfuerzo y le brindará las pruebas de su talento.

Añado, con brevedad, otro rasgo más. Roger Bartra es, desde su más tierna infancia, hablante de dos lenguas. Escribe en español y se podría decir que esta es su lengua materna. Sin embargo, no es posible olvidar que en su casa se hablaba en catalán y que sus padres se comunicaban, entre ellos y con sus hijos, en esa lengua. Tiene, por lo tanto, el privilegio de ser bilingüe. Acaso

en la intimidad se expresa en la lengua que heredó de sus padres. Pero es cierto que su lengua de comunicación, si me pudiera expresar así, su lengua científica, es el español.

No intentaré hacer una biografía intelectual por la que reconstruya los hitos que ha seguido el desarrollo de Roger Bartra. Me limitaré a trazar algunos rasgos, a mi juicio esenciales. Antropólogo de formación, Bartra pronto encontró caminos más amplios para sus inquietudes de investigador: se doctoró en sociología en la Sorbona. Sus intereses son vastos y complejos. Uno de sus libros iniciales sometió a la discusión la posible vigencia del *modo de producción asiático* en las sociedades mesoamericanas (hizo una antología de ensayos sobre ese tema que arrancaba por los textos clásicos de Marx y Engels). Continuó luego en esos empeños y publicó un breve libro con ensayos a propósito del mismo asunto. Pronto desplazó su interés hacia las formas de la práctica política. Publicó un libro sobre la estructura agraria y las clases sociales en el México actual y examinó el ejercicio del poder político.



Roger Bartra

No omito decir que sus críticas al llamado socialismo real y a lo que se llama izquierda mexicana le ocasionaron no pocos descontentos. Creo que su honestidad intelectual lo obligó a ser leal con su propia conciencia, antes que con la ortodoxia de una doctrina. Dejó de creer, si alguna vez lo hizo, de modo fideísta o dogmático, en las propuestas de un partido, para someter a una duda rigurosa el conjunto de sus tesis. *Se hizo amigo de la verdad, no de Platón.* La ruptura con nuestro pasado ideológico es, a un tiempo, una fractura con nosotros mismos. Se pierden amigos, acaso convicciones, pero se obtiene, a cambio de ello, congruencia y sensatez.

Su campo reflexivo, por consecuencia, se amplió. Discutió las ideas forjadas alrededor de la supuesta identidad del mexicano, en un libro que pronto fue objeto de discusión académica. Sin embargo, a mi juicio, sus

afanes encontraron una vía más sólida aun en un ensayo ejemplar, *El salvaje en el espejo*. Este libro supone una investigación de largos años. Hay en él, gracias a una iconografía pertinente y por supuesto amplia, la expresión de preocupaciones que tienen estrecha relación con la teoría y la práctica de los mayores antropólogos contemporáneos, los decisivos: un Marcel Mauss, un Claude Lévi-Strauss, un Mircea Eliade, un Georges Dumézil.

Pero entremos ahora en aquello que nos propone en su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua. Sin duda, advirtieron ustedes la paradoja en la que desea sumergirnos. Bartra desarrolla el antiguo adagio italiano que sostiene la equivalencia entre *traductor* y *traidor*. Si traducir es traicionar, la comunicación debe apoyarse, por necesidad, en su contrario, en una suerte de incomunicación. Jamás podremos lograr una traducción completa. La tesis me recuerda, de súbito, la propuesta de Martin Heidegger que indica la necesidad de escuchar el silencio. De acuerdo con el filósofo de la Selva Negra, toda palabra en verdad profunda debe estar apoyada en el silencio. ¿En qué medida son ciertas estas proposiciones?

El asunto es demasiado complejo y está lleno de aristas. Un concepto pone el acento en apenas un rasgo de lo que intenta designar. La vieja ilusión de lograr una lengua matemática, totalmente nítida y precisa, ¿es posible? En la tradición grecolatina, se le dice *Luna* al satélite nocturno. En griego, *σελήνη* y en latín, *Luna*, aluden a *luz*: la Luna es la luminosa; este es el rasgo que se pone en relieve. Se trata de un sustantivo femenino. Antes, su nombre era masculino y estaba asociado a las cuatro fases de su movimiento. *Luna* y *Mens* designaban al satélite nocturno, pero una palabra ponía el acento en su luz, en tanto que la otra mentaba el cambio de sus fases. De la voz *Mens* se deriva nuestra palabra *mes*. Recordaré que los pueblos nómadas y pastores miden el tiempo por lunaciones y que los sedentarios lo hacen a través del movimiento aparente del Sol por equinoccios y solsticios.

Lo que deseo subrayar es que todo sustantivo pone en relieve sólo alguno de los aspectos del objeto que designa, mientras hace abstracción de los restantes. Es un modo de evocación o, para decirlo como lo dice Bartra, es una traducción (de lo que es real a la palabra) que traiciona. No sólo toda traducción es, y no puede ser de otro modo, una traición. También es una traición que le demos una palabra a los hechos de la realidad: traducimos los hechos reales a sonidos articulados: le damos una voz a lo que carece de palabras. Pero toda traición verbal es una creación.

Permítanme aducir algunos ejemplos de lo que he dicho. La palabra latina *sapientia* traduce la voz helena *σοφία*. Sin embargo, *σοφία* guarda relación directa con la capacidad manual, de suerte que un buen constructor de naves es un *σοφοσ*, no solamente Sócrates.

La palabra *sapientia* es un neologismo que se debe a Ennio, que la construyó a partir del verbo *sapio*, *-is*: saborear, gustar, degustar. En latín y en las lenguas romances, el verbo y el sustantivo *saber* están asociados a la lengua como órgano anatómico de la fonación y como instrumento que saborea la comida. En latín se *saborean las palabras*. Aun más, en tanto que *pensar* tiene la misma raíz de *pender*, en español *sopesamos* las palabras. La palabra posee peso, es grave. Así, en tanto que en griego la sabiduría se vincula a la mano y a los oficios manuales, en latín, como dije, a la lengua. La diferencia es grande y la traducción de Ennio es, por ello, una verdadera audacia, el fruto de la creatividad pura.

Veamos lo que sucede con la palabra griega ζῷον, de prosapia filosófica y política. Aristóteles sostiene que el hombre es un ζῷον πολιτικόν, sintagma que en español suele traducirse como *animal político*. ¿Qué dice Aristóteles que, empero, en la traducción española se empaña? ¿Acaso que el hombre es un animal que, por definición (o *por naturaleza*), se dedica al oficio que hoy se denomina la *política*, lo que alude a los asuntos públicos? Examinemos, con brevedad, el concepto ζῷον: está formado por dos raíces; de un lado, el verbo ζῶω, que significa *vivir*; de otro, el concepto filosófico extremo: ὄν, *ente*, *ser*. ζῷον quiere decir, llanamente, *ser vivo*. Los latinos trastocaron el concepto y lo tradujeron por *animality*, así, los libros de la *Física* aristotélica que se dedican al examen de vegetales, animales y humanos, los seres vivos, fueron llamados *De anima* (*Del alma*). Si Aristóteles hubiera querido llamarlos así, los habría denominado Περὶ ψυχῆς. Ciertamente, igual la voz ψυχή que la palabra *anima* tienen relación con el *hálito*, el *aire*, la *respiración*, el *aliento vital*. El vegetal es también ζῷον. Aristóteles dice que el hombre es el *ser vivo* que habita, *por naturaleza*, en la comunidad llamada Πόλις; conoce que la Πόλις es un producto social. Sin embargo, para él, *naturaleza*, φύσει, no significa lo mismo que para nosotros, ya que *lo último en el orden de la generación es primero en el orden de la naturaleza*: se acerca a su *causa final*. A diferencia de nuestra manera de pensar, Aristóteles no opone sociedad y naturaleza; opone φύσει a νόμος.

He aquí, pues, que a Bartra le asiste la razón. Hay terrenos sombríos que el lenguaje es incapaz de traducir. No sólo de una lengua a otra existen traiciones. Del campo de lo *real* al espacio de la palabra, abundan las *líneas de sombra*, imposibles de colmar. El error hace que resplandezca la verdad. Acaso el mayor de los errores de *traducción* sucede en el nivel orgánico. Establece Jacques Monod, Premio Nobel de biología:

la física nos enseña que, salvo en el cero absoluto, límite inaccesible, ninguna entidad microscópica deja de sufrir perturbaciones de orden cuántico cuya acumulación, en el seno de un sistema macroscópico, alterará la estructu-

ra de modo gradual pero inexorable”. Y añade: “los seres vivos, pese a la perfección... de su maquinaria, que asegura la fidelidad de la traducción, no escapan a esta ley.

Por esta causa, “La muerte de los organismos pluricelulares se explica”, pues, “por la acumulación de errores accidentales de traducción que... degradan poco a poco... la estructura de los organismos”.

A la vida le es necesaria la muerte. Los errores de traducción se presentan, pues, en el nivel básico de toda organización material. Lo que sucede en el habla es consecuencia, quizá, de lo que acontece en la física, la química y la biología. Acaso no pueda servirnos de consuelo, pero conviene asumir nuestra condición de seres frágiles y perecederos, para gozar, de modo pleno, los escasos instantes de delicias (y terrores) que significa estar vivos. Bienvenido, querido Roger Bartra, a tu nueva casa académica. Tus iguales te recibimos con los brazos abiertos. **U**



# Una historia de atrevidos vuelos

Eugenia Meyer

*Profesora emérita de la UNAM, Eugenia Meyer es una de las principales exponentes del estudio de la historia social contemporánea de América Latina. Su trayectoria y dedicación a un campo del conocimiento de tanto peso y trascendencia la facultan para una reflexión puntual, sosegada y profunda sobre las fronteras y conflictos de la memoria, el pasado y la investigación histórica.*

HABÍA UNA VEZ...

Así solían y suelen arrancar las historias y narraciones que de niños, sin importar épocas, lugares o circunstancias, escuchamos, nos leyeron o leímos, sabiendo que concluirían con una moraleja y un final feliz.

En el caso de la historia compartida entre Cuba y México, el había una vez se remonta al año de 1519, cuando Hernán Cortés zarpa de Trinidad para iniciar la travesía que lo llevaría a realizar la formidable empresa de conquistar el territorio que hoy conocemos como México.

Desde entonces —y quizá desde antes, aunque no tengamos un registro preciso—, se estableció una permanente comunicación que dio como resultado una gran afinidad entre nuestros pueblos. De ello dan cuenta los viajes de hombres —pocas o ninguna mujer— que constituyen un constante y continuo intercambio a lo

largo de más de cuatro siglos. Pero ese permanente ir y venir de cubanos a México y de mexicanos a Cuba tiene sin duda características diferentes, acordes con los tiempos y las circunstancias. Y como en los cuentos, la moraleja persiste: aquella de la solidaridad, de caminar por la historia acompañándonos, y en tanto que el final feliz aún no se vislumbra, seguimos bregando, construyendo una historia entrelazada.

Recordemos, por ejemplo, que al arrancar el siglo XIX, recién lograda la Independencia, llegó a tierra mexicana José María Heredia, cuyo padre, el regente José Francisco, fue asesinado en ella, y que por azares del destino el poeta nacional de Cuba, muy joven aún, moriría en Toluca. En México estuvo también el maestro Antonio José Valdés, editor de *El Iris de Jalisco* y luego de *El Águila Mexicana*, quien totalmente integrado al quehacer nacional sería también diputado al congreso independentista y luego colaborador de Agustín de Iturbide.

Otro caso singular fue el de Pedro Santacilia, el santiaguero yerno de Juárez, quien no obstante sentar sus bases en México jamás olvidó la causa anticolonialista, y en suelo mexicano habría de seguir luchando hasta su muerte a favor de las ideas libertarias.

Y, sin duda, el arribo y la presencia de José Martí en México se cuecen aparte. Se ha dicho que los años mexicanos marcaron a Martí, pero habría quizá que agregar que la presencia del cubano marcó igualmente la historia de mi país en su permanente enfrentamiento con Estados Unidos, ante el hecho irrefutable e irreversible —sea fortuna o infortunio— de tenerlo como vecino. Luego de vivir en Nueva York, y conocer las *entrañas del monstruo*, Martí reconoció poco antes de su muerte que si no “fuera Cuba tan infortunada, querría yo más a México que a Cuba”, y como canto del cisne nos legó aquello de:

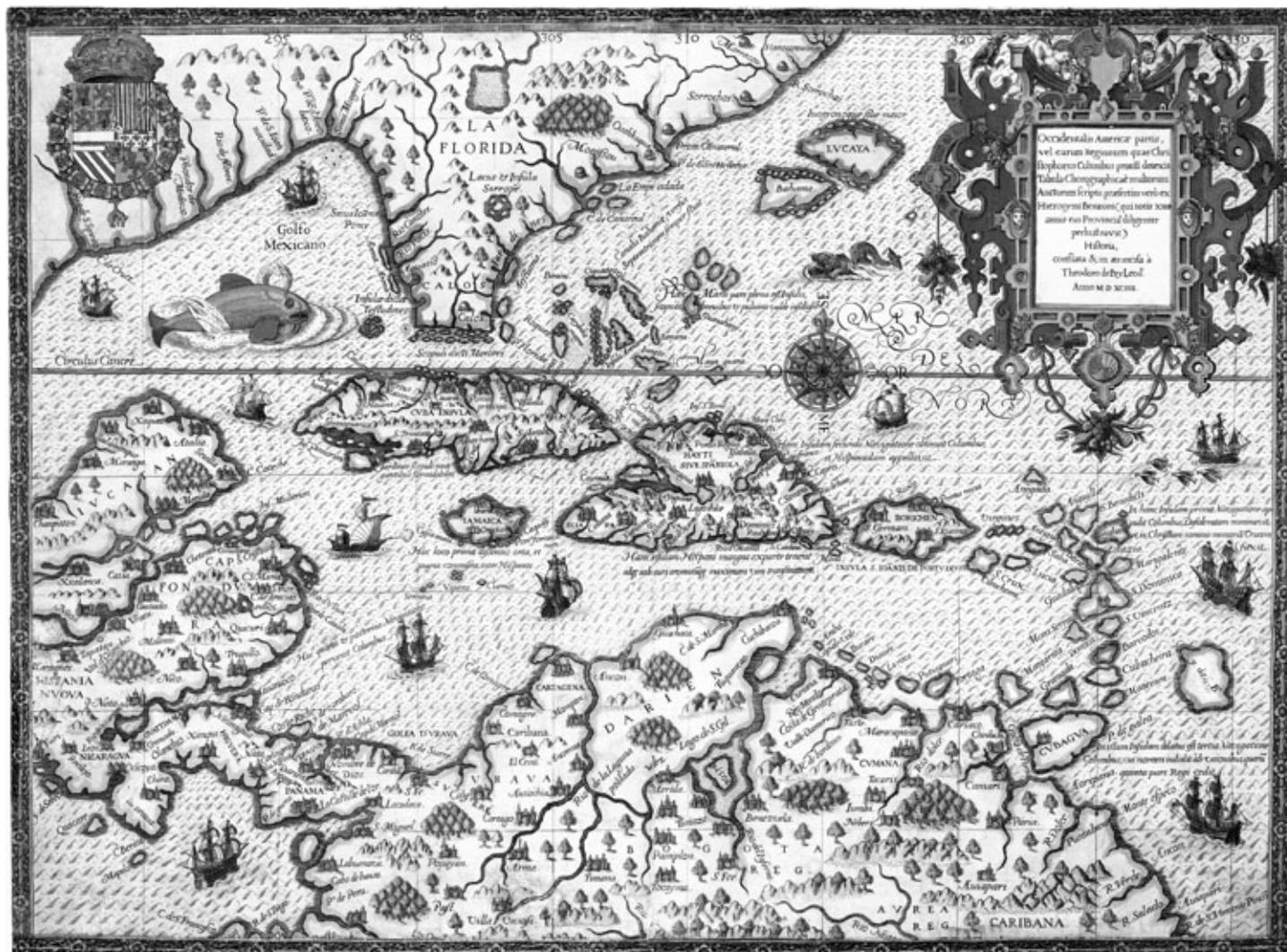
¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peliros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás: tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo

lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas.

A manera de augurio de una relación tan sólida como fraternal y permanente, Martí precedió a una pléyade de poetas, intelectuales y luchadores sociales para quienes México habría de convertirse en refugio y hogar. Desde tierras mexicanas, lucharon por la libertad, la justicia y la dignidad en Cuba.

Esa historia común no soslaya la presencia de Julio Antonio Mella, como tampoco sus roces y el enfrentamiento ideológico con la “derecha” del Partido Comunista Mexicano, así como su misterioso y jamás aclarado asesinato en la Ciudad de México en 1929.

Mención especial merece la gesta de los revolucionarios cubanos que fraguaron y se lanzaron a la extraordinaria aventura de derrotar a la dictadura de Fulgencio Batista. Una vez más, en suelo mexicano, se organizó y entrenó la expedición que desembarcaría en la provincia de Oriente el 2 de diciembre de 1956. Era México, a decir de Fidel Castro, el “país ideal” para organizar en los años cincuenta la expedición que partiría hacia Cuba, toda vez que ofrecía la cercanía geográfica y cultural, y



El Golfo de México y el Mar Caribe en un mapa de Theodor de Bry, 1590

un gobierno estable emanado de la revolución “más radical que hasta entonces se viviera en la región”. Según advirtiera el propio comandante, cuando llegó a tierras mexicanas las cosas no eran como se anunciaban. Sin embargo, la experiencia en este país sería determinante para los objetivos de aquellos barbudos que cambiarían el destino de la isla. Fue en México donde se encontraron por primera vez con Ernesto Guevara, el Che; de allí partieron los expedicionarios: Fidel y Raúl Castro, Ramiro Valdés, Camilo Cienfuegos, Faustino Pérez, Juan Almeida... en fin, todos aquellos que se dispusieron a iniciar la epopeya latinoamericana y caribeña que marcaría la segunda mitad del siglo xx.

En aquel tiempo y después, México daría pruebas fehacientes de solidaridad y apoyo a la Revolución cubana, jugándose el pellejo y enfrentándose al vecino del norte en muchas ocasiones, sin importar las represalias y los sobresaltos que implicó tal apoyo, ni reparar en los

refugiados o desterrados, ha sido distinto y variado. Desde el siglo xix, quizá por cercanía, por afinidad, por encontrar en la isla una mayor empatía con nuestra idiosincrasia, cultura e idioma, un número importante de mexicanos volvió los ojos a Cuba, en ese entonces todavía bajo el dominio español. Antonio López de Santa Anna, Benito Juárez y Porfirio Díaz, entre muchos otros, se exiliaron en la isla, y son prueba de que el territorio cubano ha sido siempre un hito en la historia de México.

Capítulo significativo han sido las relaciones singulares entre Yucatán y Cuba, siempre estrechísimas; por algo se las llamó “la llave y el cerrojo” del Golfo de México. La península yucateca gozaba del privilegio de comerciar con la isla en su carácter de posesión española, lo que sin duda generó el interés de Estados Unidos por Yucatán, al considerar el territorio mexicano como un trampolín para hacerse del caribeño. En su oportunidad, los estadounidenses consideraron apostar con entusiasmo por la posible anexión tanto de Yucatán como de Cuba.

Con todo, entre 1848 y 1862 tuvo lugar uno de los hechos más oprobiosos de la Guerra de Castas, al generarse un intenso tráfico de indígenas mayas y sus familias a las plantaciones azucareras de Cuba, con contratos de trabajo aparentemente legales. Sin embargo, una vez que los mayas arribaban a la isla, se encontraban totalmente desprotegidos por el contubernio entre los propietarios de los ingenios y las autoridades y los hacendados yucatecos, quienes encontraron sin duda una manera fácil de deshacerse de los indígenas rebeldes. Esta situación oprobiosa concluyó en 1862, con el decreto de abolición de esta práctica que expidió el presidente Benito Juárez. Poco se sabe de esos mayas que vivieron siempre como esclavos, sujetos a cadenas y grilletes, aunque cabe suponer que ninguno regresó a México.

Ya en el siglo xx, al caer el gobierno de Porfirio Díaz, hubo una importante emigración de políticos en desgracia, como Teodoro Dehesa, Aureliano Blanquet, Querido Moheno y Olegario Molina, y también de escritores y poetas como Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina y Francisco Bulnes, *l'enfant terrible* del Porfiriato, quien desde costas habaneras pudo proseguir con sus catilánicas y feroces textos contra los insurrectos.

Las luchas intestinas durante el agitado periodo de la Revolución mexicana continuaron expulsando ciudadanos inconformes. Allá por 1914, según advertía *El Diario de la Marina*, al concluir el oscuro gobierno huertista, buena parte de sus operadores y también de sus intelectuales y escritores llegaron a las costas cubanas para afincarse. Entre ellos se cuentan hombres como Federico Gamboa, quien se convertiría en subdirector de la revista *La Reforma Social*.



Paseo del Prado, La Habana

costos políticos, económicos y sociales que le representó. Fue así que nos negamos a acatar el injustificable bloqueo; fuimos el único país que votó en contra de la exclusión de Cuba de la Organización de Estados Americanos. Luego, una larga, larguísima serie de acciones dan cuenta del respeto, amistad y reconocimiento a la lucha de los cubanos por una patria libre.

Ahora bien, el fenómeno a la inversa, o sea el de los mexicanos que han viajado a Cuba, ya fuese como

Como puede observarse en este apretado recorrido a vuelo de pájaro, mientras Cuba “nos enviaba” a sus revolucionarios, el fenómeno de vuelta era totalmente distinto. A Cuba llegaron como exiliados, en diferentes épocas y circunstancias, un buen número de mexicanos lo mismo conservadores que contrarrevolucionarios.

Esta condición se modificó a partir de los años setenta de la centuria pasada, gracias a las buenas relaciones entre ambas naciones y la injerencia indiscutible de Fernando Gutiérrez Barrios, el hombre que contribuyó discretamente —o al menos se hizo de la vista gorda en la Dirección Federal de Seguridad— a la partida del Granma, al alentar o proteger a los expedicionarios durante los preparativos previos. Posteriormente, ya en cargos de mayor responsabilidad, fuese como subsecretario de Gobernación en el periodo de 1970-1976, o bien ya como secretario, durante la administración de Carlos Salinas de Gortari, el mismo Gutiérrez Barrios propició que empezáramos a exportar rebeldes, guerrilleros y disidentes del régimen imperante, los cuales recibieron apoyo y trato humanitario en tierra cubana.

Cierto es que con el paso del tiempo también hemos visto empañado parte de este historial, algunas veces por culpa de intereses mezquinos, otras por torpezas políticas de una y otra parte, pero la realidad es que hoy, en pleno siglo XXI, las relaciones siguen siendo sólidas y fraternales. Todo ello forma parte de una vivencia análoga que recupera la memoria en esa lucha permanente en contra del olvido de nuestras historias, elementos presentes en un quehacer comprometido.

## MEMORIA, OLVIDO Y SILENCIOS

Por simple o complejo que pueda parecer, tanto la memoria como el olvido constituyen el sustento de la conciencia histórica que determina el trabajo y el compromiso del historiador, a fin de cuentas testigo-observador de su tiempo, a la vez que crítico del pasado.

Hace unos años el escritor español Javier Cercas, quien recurre permanentemente a la memoria para representar el pasado en sus novelas, se adhería a la convocatoria que hicieron Pierre Nora y Élie Barnavi ante el falso debate sobre la llamada memoria histórica, cuando lo que debería estar en el centro de la discusión es la historia misma y no la memoria. Tradicionalmente, la memoria ha sido entendida por los historiadores como una fuente más. Sin embargo, nos encontramos en el centro de una batalla que se antoja artificial y fútil: conquistar la historia, de tal suerte que esta última tendría que ponerse al servicio de la memoria, si no es que dejarse apropiarse por ella. Cercas concluye que la historia “no puede estar al servicio de la memoria sino de la verdad, y la memoria es por definición lo opuesto a la verdad,

porque es parcial, personal y subjetiva, mientras que la historia debe aspirar a ser, si no total y universal, sí al menos objetiva”.

En principio la propuesta suena bien, pero los historiadores debemos plantear ciertos reparos, toda vez que reconocemos —espero y supongo— que no hay una sino múltiples verdades, y que el oficio de historiar, al fin humano, es parcial, personal y subjetivo.

Tiempo y espacio definen el oficio de historiar, ya que a partir de estas coordenadas procedemos a realizar



El Malecón, La Habana

nuestra tarea, sin evadir la realidad o realidades en las que estamos insertos en nuestro doble papel de protagonistas e intérpretes de la historia. Y con ello, hay que insistir en que los combates por la historia continúan, lo cual nos obliga a recurrir a una especie de lámpara de Diógenes en busca de nuevos procedimientos que nos ayuden a descubrir las huellas del pasado y construir con ellas historias diversas, múltiples.

Es indudable que en el arranque de este siglo enfrentamos nuevos conflictos y paradigmas. Corresponde a los historiadores, noveles o experimentados, encontrar, descubrir o inventar las vías por donde transitar, en el permanente propósito de comprender la acción humana y con ello, dentro de lo posible, contribuir al cambio. Por obvio o reiterativo que resulte, es importante insistir en que la mirada del historiador no está dirigida al pasado sino que, como protagonista de su tiempo, debe contribuir a fraguar el futuro.

Expuesto a un panorama inédito, el discurso histórico se ha visto obligado a cambiar. Si recurrimos al planteamiento original de Aristóteles en su *Retórica*, y retomamos los tres elementos integradores del discurso:

*pathos*, que da cuenta de la emoción, de los sentimientos; *logos*, que apela a la lógica y la razón; y *ethos*, que alude a la ética y la moral; de lo que se trata, siempre, es de recuperar emoción, lógica, razón, ética y moral. Todo ello complica nuestra tarea, la hace más preciada y reconoce que el historiador no puede ni debe mantenerse ajeno a su propio acontecer, porque de hecho nos es imposible despojarnos de nuestro carácter de protagonistas para transmutarnos en simples analistas e intérpretes del acontecer.

Los historiadores que nos formamos en los tiempos aciagos de la segunda mitad del siglo XX tuvimos que asumir el desafío de redefinir formas y normas establecidas para revolucionar el *statu quo* a partir de consignas como “prohibido prohibir” y “la imaginación al poder”, lemas del fundamental proceso que el mundo vivió en 1968. Las circunstancias, la violencia y quizá la inicial sensación de derrota ante la brutal represión nos obligaron a buscar caminos diferentes y también nuevos propósitos en los que no se soslayaran, precisamente, la emoción, la razón y sobre todo la ética.

Se derrumbaron también ciertos principios intocables y hasta estériles, como aquello de la objetividad, la imparcialidad y, me atrevo a agregar, el respeto casi dogmático por formas de historiar que, en última instancia, se nos antojaban como razón fundamental de la deshumanización de la historia. Bajo la premisa positivista que pretendía dejar de lado sentimientos, lógica y hasta la propia moral, había que aproximarse con pinzas, lupa y guantes estériles a observar el objeto histórico, a fin de aplicar la sentencia de Ranke de narrar los hechos “tal y como sucedieron”. El pensador alemán se oponía a que una teoría histórica, con esquemas previos, se impusiese sobre el pasado como se hacía anteriormente. Para él, el pasado debía hablar por sí solo a partir de la frialdad de los datos recabados. De esta forma el historiador se convertía en un testigo mudo, sin voz, ya que únicamente los documentos daban cuenta de la “verdad”, y con ello se cortaba de tajo la posibilidad de este como sujeto histórico.

Para darle razón y sentido a nuestra profesión tuvimos que hacer caso omiso de la historia tradicional, académica, enunciativa y sobre todo abocada a la práctica mnemotécnica. Ya no pretendimos buscar la Verdad con mayúsculas sino atender, escuchar, observar las diferentes posibilidades narrativas, de recuperación de memorias pasadas, de luchar contra el olvido impuesto o voluntario, con la intención de construir nuevas historias, igualmente parciales, igualmente fraccionadas, en las cuales el historiador pudiera ser también protagonista.

Desafiamos el sentido de trascendencia del cual estaba dotada la historia, mismo que dejaba de lado el hecho de que el ente histórico es mutable, pues se transforma a lo largo de la vida y por ello su ser se va moldeando de

acuerdo con las circunstancias. Sin remedio concluimos que nuestras historias varían siempre, que están sujetas a cambios fuera de nuestro dominio, a causas y efectos que están determinados por circunstancias que, aunque no nos son ajenas, ciertamente no podemos controlar. De ahí la necesidad de no olvidarnos de los fundamentos basados en la experiencia que reafirmen, aseguren y justifiquen las investigaciones exhaustivas. Se trata pues de una suerte de revelación, que nos permite apoyarnos en nuestra experiencia vital como historiadores.

Y esta lucha por la historia nos obligó a reconocer en la memoria un verdadero desafío. Recordar, evocar, recapitular, tener presente, traer a la vista los recuerdos, el pasado lejano y distante, o bien próximo, se traducen en armas primordiales contra el olvido, en un esfuerzo esencial por luchar contra los espectros que se apropian indebidamente de la memoria.

Entonces, como ahora, la intención era y es subrayar la importancia de la memoria individual, colectiva y social, expresada en representaciones diversas, con las cuales se logrará acceder a una deconstrucción del pasado y evitar con ello el revisionismo, entendido este como la negación o la tergiversación de los hechos que, por razones políticas, aparecen de tiempo en tiempo y obstuyen la labor del historiador.

Esta posición conlleva, desde luego, la aceptación de que la historia está siempre en construcción. Entiéndase por ello la insatisfacción permanente y la certeza de una búsqueda constante para atender y escuchar las voces múltiples y las expresiones diversas de quienes reclaman atención y justicia. Son las historias de los sin historia, historias que vienen a contradecir, negar e incluso rebatir posiciones oficiales e institucionalizadas. La mirada y los recuerdos de los protagonistas anónimos se tornan, quizás involuntariamente, en fuentes primordiales de la lucha por desvelar pasados turbios, olvidados o simplemente enterrados. Como bien advertía Pierre Nora, la historia ordinaria de una vida en tiempos y circunstancias específicas, perdida entre tantas otras, permite salvaguardar los “sitios de la memoria”.

Indudablemente, la memoria del sujeto histórico se transmite siempre luego del tamiz que él ha hecho de sus recuerdos y del proceso al que está sujeto al socializar e integrar dichos recuerdos a la memoria colectiva, e incluso al confrontar esta con la memoria oficial del proceso que le tocó vivir.

Bien es cierto que la memoria no es la historia, y que entre una y otra puede haber tensión y hasta oposición. Sin embargo, de lo que se trata es de impedir la muerte de esa memoria. Recordar y olvidar son acciones muy complejas, más aun cuando la memoria y el olvido se tornan colectivos. Al pensar en un pueblo que recuerda, que no olvida, somos conscientes de que esa memoria pasada ha sido transmitida de generación en

generación gracias a los canales y refugios evocadores de nuestras culturas y civilizaciones. De ahí los esfuerzos permanentes por recuperar tanto la memoria individual, subjetiva, como la colectiva, traducida en representaciones sociales.

Frente a ello es menester hacer referencia a la verdadera dimensión del olvido, el cual se debe confrontar y contra el que hay que luchar. En consecuencia, habrá que aludir a las formas que este adopta, a los abusos a los cuales nos habituamos y, en especial, a aquello que permite filtrar, preservar o afianzar la permanente cimentación de la memoria. Para no olvidar es imperativo un ejercicio pleno del recuerdo. Expurgado este, existe la

los silencios, relegar a los muertos y seguir caminando de frente, sin remordimientos, libres de toda culpa. Hemos estado dispuestos a afrontar dificultades y sorpresas, vencer obstáculos, torpezas, fracasos, venturas y desventuras, para valernos de nuevas formas de ver el mundo, entender nuestro pasado y conspirar en el presente por el cambio y un futuro diferente.

La construcción de la memoria colectiva corresponde como tarea prioritaria a los historiadores. Se trata, como bien decía el sociólogo francés Maurice Halbwachs, de un proceso que recupera las experiencias en su conjunto y define parámetros sociales hasta lograr la articulación de la memoria histórica, asumiendo la plu-



Mapa de la ciudad de La Habana

posibilidad de la negación o el olvido, representado en ocasiones por la amnistía o, peor aún, por la amnesia. En un mundo dominado por la cibernética, nos encontramos ahora con la disputa por el “derecho a olvidar”, suprimir datos y hechos, a la manera de esos “agujeros de la memoria” planteados en 1984, la antiutopía futurista de George Orwell, donde su protagonista, Winston Smith, tenía como misión en el Ministerio de la Verdad borrar los hechos pasados para reescribir la historia.

Al rescatar y recuperar las vivencias podemos analizarlas, interpretarlas y comprenderlas, y quizá también ayudamos a que los protagonistas, al elaborarlas luego del tiempo, puedan perdonar y con ello asumir un pasado irrefutable. Lo que no podemos, no debemos, es ignorar esas historias, evadir el pasado, coadyuvar con

realidad de los tiempos, así como la diferenciación entre el tiempo cuantitativo y el cualitativo que hoy en día nutren de manera puntual el trabajo propiamente histórico.

Los imaginarios comunes alcanzan dimensiones diferentes cuando se expresan, y una consecuencia es que esos recuerdos adquieren fisonomía propia. Al proponernos descartar cánones que por trillados se antojan obsoletos —“de eso no se habla”, “callar para olvidar”, “recordar duele”—, tenemos que encauzar el permanente esfuerzo mnemotécnico en contra del olvido. El carácter del testimonio como revaloración autobiográfica adquiere dimensiones excepcionales cuando las condiciones de vida trascienden lo rutinario, o bien cuando la cotidianidad y los individuos se enfrentan, en circunstancias concretas, a los cambios, las catástrofes y las re-

voluciones sociales que vienen a transformar en lo fundamental su modo de vida.

Cada uno de nosotros tiene un relato que contar y compartir, sólo así venceremos el olvido y el silencio. El conjunto de historias fortalece la perspectiva y el horizonte del historiador. Ya no podemos pensar en la historia con mayúsculas, única y científica. Tendríamos, al fin, que volver a aquella maravillosa sentencia que Julio Cortázar pone en boca de su protagonista en *El perseguidor*, cuando asegura contundentemente que “nadie sabe nada de nadie”.

Al narrar sus historias, los actores van recordando, revalorando y, quizá sin protagonismo, son capaces de transmitir y compartir circunstancias por demás dramáticas o violentas. Quienes escuchamos descubrimos otras dimensiones del dolor y el esfuerzo por no olvidar. Así sucedió, por ejemplo, con Esterlina Milanés, una de esas heroínas de la lucha contra la dictadura de Batista, quien, a sus casi cincuenta años, se enfrentó con valor inusitado a la agresión, la tortura y la violación. Esterlina tuvo la enorme generosidad de recordar y compartir experiencias muy penosas. Lo hizo con una tranquilidad asombrosa, y luego de la conexión logró liberarse de una añeja carga de dolor, liberarse del pasado:

Yo estaba horrorizada, no dije ni media palabra, y entonces me da con el codo en el pecho, que me dejó doblada. Y no hablé ni media palabra más ni dije más nada, con un dolor que me reventaba; entonces cuando llegamos a la estación de policía [...] me llevan por las axilas, me jalan [...] se me cayó un zapato, en la hierba se quedó [...] Entonces estaban el capitán, el superior ahí, un hombre joven y buen mozo, y me dice:

—Conque usted es la vieja que tiene tantos amantes niños.

—Creo que está usted equivocado.

—¿Estoy equivocado? —y me da una trompada en el maxilar, unos salvajes [...] y viene uno y me lleva [...] con aquello que me acababa de romper, no echaba sangre, pero tenía un dolor desesperante, y cuando estaba en el descanso de la escalera me da una patada que me caigo de rodillas para el piso de abajo, era un dolor [...] Entonces me arrastró y me llevó a un cuarto donde tenían una luz eléctrica muy baja, que casi no se veía [...] y me doy cuenta [...] eso estaba lleno de heridos y presos, una especie de calabozo [...] estuve presa y me estuvieron torturando. Y los presos del 26 de julio y los estudiantes me decían:

—Que no se le olvide esta cosa, profesora, que no se le olvide.

Como en tantos otros casos, para ella y para sus jóvenes alumnos, víctimas de innumerables horrores, era menester no olvidar y en consecuencia mantener la me-

moria siempre fresca, a manera de denuncia. Callar se entendía como sinónimo de indiferencia y hasta de complicidad. De no ser así, ¿qué podría haber guiado la pluma de autores como el italiano Primo Levi al legarnos *La tregua*, o del húngaro Imre Kertész al dejar un testimonio como *Sin destino?*, con la finalidad de no olvidar los horrores del nazismo y el Holocausto, que aún hoy ciertos autores revisionistas insisten en negar, bajo la premisa de que fue una “construcción histórica falsa”.

Y, en verdad, como decía Víctor Hugo, la vida es un laberinto que debemos ir transitando hasta encontrar la salida. La memoria nos juega a veces malas pasadas. En apariencia no registra o no quiere registrar lo que sucedió, sino que va elaborando una idea aproximada de ese acontecer. Con ello se recuperan formas primitivas de la historia, como el mito con su propia lógica interna, y la crónica, cuya propiedad, que no siempre cualidad, relata los hechos desde el punto de vista de intereses concretos o específicos.

En esa refriega permanente para no olvidar nos hacemos de todo tipo de recursos, incluso los inventamos, de tal suerte que la memoria esté presente y viva para poder seguir con la creación de historias diversas y plurales. Para ello hay que insistir en la permanente interrogante: ¿cuál es la responsabilidad del historiador? ¿Desentrañar los discursos que concurren en el espacio público y contribuir con ello a la democratización de las reglas narrativas con las que construimos nuestras identidades colectivas?

Así de simple, esto concreta en buena medida la razón por la que muchos de nosotros hayamos optado por la estafeta de la historia oral desde hace tanto tiempo. En el empeño por construir un corpus que nos permita reflexionar sobre el quehacer del historiador comprometido con la oralidad y las narrativas de vida, por fuerza se debe enunciar el qué, el por qué, el para qué y el cómo de nuestra tarea y su inherente compromiso social. La investigación fría y aislada no responde a las ciencias sociales. Quizás, y sólo quizás, a las ciencias duras que surgen de la observación precisa.

La experiencia me ha llevado a concluir que no existe manual que nos diga verdaderamente cómo realizar una entrevista de historia oral, cómo alcanzar resultados óptimos, porque cada historiador lo hace de manera diferente y cada sujeto entrevistado reacciona de manera distinta y particular. A fin de cuentas, ni los libros ni los documentos muestran los sentimientos, las impresiones y aflicciones del sujeto historiado. Sólo la práctica y la observación permiten apreciar los silencios que sirven de contención temporal a una cascada incontenible de lágrimas, o bien los suspiros, los enojos y hasta los arrepentimientos súbitos, así como también algo que con el tiempo he llegado a apreciar e incluso añorar: compartir los recuerdos, contribuir a rescatar la me-

moria, apreciar la existencia vivida, ser cómplices de profundas catarsis o bien recuperar el pasado, revalorarlo y comprender, en cada caso, en cada circunstancia, que ha valido la pena el recorrido, el esfuerzo y el profundo intercambio emocional entre entrevistador y entrevistado.

Confesarnos vulnerables y subjetivos ayuda a realizar un trabajo más profundo, más comprometido. Estamos obligados a tasar, respetar y entender la afectividad del narrador, renuencias, disimulos, enojos y frustraciones. Atendemos un mar de sensaciones, ciertamente desconocidas, que habrán de conducirnos a una mayor comprensión de los hechos, toda vez que muchas veces la verdad de estos hombres y mujeres poco tiene que ver con la verdad impuesta por las versiones oficiales de los hechos, mucho menos aun con lo que los textos nos dicen. Sin duda, siempre toma tiempo entender la realidad de los otros.

Sólo entonces comprendemos la importancia mayúscula de considerar, respetar y aprender de otras formas de pensar y actuar, justipreciando a cada uno de esos individuos que generosamente compartieron con nosotros su pasado como querían recordarlo, como el tiempo y la distancia contribuyeron a edificar.

Así se generan, voluntaria e involuntariamente, sentimientos de solidaridad, empatía, confrontación y hasta de indignación al reparar en la forma en que cada testimonio logra deshacer los nudos del complejo entramado que se constituye a partir de la memoria y los usos del olvido. Hombres y mujeres se arriesgan a compartir sus recuerdos, a permitirnos la complicidad de la recuperación del pasado contra el paso inexorable del tiempo, para contradecir la conseja popular de que el tiempo lo borra todo.

De hecho, llevamos a cabo el ineludible proceso de investigación: acudimos a las fuentes, las leemos y “escuchamos” sin asumirlas como dogmas de fe o verdades absolutas. Nos cuestionamos sobre las razones y los motivos tanto de los hechos como de quienes los “historian”, tras lo cual sacamos nuestras propias deducciones, es decir, procedemos a la tarea propia de nuestro quehacer: construir interpretaciones que nos permitan alcanzar conclusiones, quizás igualmente subjetivas y parciales.

Creo que todo ello está dado por un aprendizaje forzoso y forzado, a contracorriente, que vamos adquiriendo al paso y el ritmo que nos marcan los informantes, porque escuchar sus historias finalmente nos ayuda



Plaza de la Catedral, La Habana, 1928

a crear las nuestras personales y, sobre todo, a participar en la fantástica aventura de proceder a una historia de resistencia y oposición.

Parafraseando al historiador y filósofo francés Michel de Certeau, quien concluye que nos pasamos el tiempo viendo en lo visible lo que no sabemos que vemos, agregaría que pasamos el tiempo escuchando en el silencio lo que no sabemos que escuchamos, o bien lo que no queremos saber. En consecuencia, nos toma mucho tiempo aprender a escuchar y observar, para luego analizar e interpretar los pasados individuales y también, por qué no, a partir de ellos, nuestras vivencias personales.

Incluso asumo que ello complica y cambia nuestras vidas, esas otras historias nos hacen confabular con cada uno de los hombres y mujeres con los que nos relacionamos. De ahí también que se genere una verdadera necesidad de buscar nuevos caminos, usar instrumentos de trabajo inéditos para proceder al análisis y la interpretación propiamente históricos. Cabe insistir en que, además de la tarea histórica, nos enfrentamos a una realidad que quizá nos llega de sopetón: aceptar la categoría complementaria de protagonista porque, a fin de cuentas, uno no puede despojarse de su ideología, maneras de pensar y actuar, educación, parámetros sociales en los que se ha formado y la ética a la que se referían los clásicos y no clásicos. Todo cuenta, y cuenta con claridad en ese propósito siempre inalcanzable de llegar a las verdades, que no a la Verdad.

Si bien la historia se define sobre los modelos de escritura, los hechos que la motivan pueden ser interpretados de muy diversas formas. En ese tenor, la historia oral recoge el factor testimonio como una constante de la presencia humana, tanto en los acontecimientos históricos como en los procesos cotidianos, y redescubre la otredad, la condición de ser otro.

El testimonio individual es por definición subjetivo. Y no escapa a nuestra atención que por el mero hecho de serlo es asimismo parcial, en ocasiones hasta partidista y voluble, lo que implica de antemano la cautela con que este material debe manejarse. El olvido voluntario o involuntario, y la muy difícil reconstrucción de ciertos hechos pasados, constituyen elementos cuya naturaleza es conveniente estudiar. Cada narración de vida enriquece el conocimiento en el cual nos inspiramos para allanar nuestro camino personal como individuos e historiadores. Insisto: allanarlo, no borrarlo o ignorarlo. Y sí, en efecto, siempre hay que agradecerles a ellos, los informantes, la capacidad de sorprendernos, de entregarnos enseñanzas singulares, y su contribución, involuntaria o inconscientemente, para cambiar nuestro presente, nuestra percepción de las cosas y, sobre todo, una más precisa y justa apreciación de la historia.

Resulta esperanzador que prevalezca la necesidad imperiosa de salvaguardar la memoria, de oponernos al imperio del olvido para así aprender a vivir en tolerancia. Día a día comprobamos, con cierto temor y quizás azoro, que a nuestras tareas se les adjudican funciones alternativas en un tiempo irremediamente concluso. Esto nos obliga a no cejar e impedir que nuestros esfuerzos se vean fragmentados.

El trabajo de historiar es complejo, y la responsabilidad del historiador, determinante. Por lo tanto, tenemos frente a nosotros la posibilidad inmensa de ayudar a la comprensión y el entendimiento, de buscar respuestas y soluciones tanto para los problemas cotidianos como para los trascendentes. Alejados del bullicio y la ostentación que siempre caracterizan el poder, o los poderes, no cabe duda de que el quehacer del historiador se distingue por la soledad en el que se realiza y la inmensa carga de responsabilidad que llevamos a costas. Sí, hay que comprometerse, pues actuaremos de acuerdo con nuestra forma de pensar, sin despreciar a quienes opinan y actúan de manera diferente a nosotros. Frente a las otredades cabe incluir como temas fundamentales la tolerancia y el respeto.

Es entonces cuando recurrimos a la simbología que determina nuestro trabajo y permitimos que los imaginarios temporales sean sustituidos por realidades trascendentes, en tanto se configuran nuestros tiempos, sean personales, sociales o colectivos.

En el deber inalterable por recuperar el pasado, el historiador pugna por representaciones realistas —y agregaría creíbles—, a fin de colaborar con la revelación y denunciar las injusticias en aras de una defensa de los valores éticos en los cuales cree. Sin quedar al margen de los procesos que nos corresponden como testigos y protagonistas, habrá que continuar con las operaciones sustantivas del discurso histórico: la prueba documental, la explicación clarificadora y la representación historiadora, a partir de un lenguaje comprensible. Se ha insistido con frecuencia en que la alocución histórica es, finalmente, la rememoración de los hechos humanos. Por ende, persiste ese tránsito de la realidad fáctica al discurso social.

A manera de testamento intelectual, Edmundo O’Gorman, maestro de muchas generaciones de historiadores mexicanos, aseguró que tememos a los fantasmas del esencialismo y la causalidad, así como a la desconfianza en la imaginación. Como él, yo también ambiciono una historia imprevisible, susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras, una historia de atrevidos vuelos. **U**

---

Texto leído en La Habana, Cuba, el 28 de febrero de 2014, en la ceremonia en que Eugenia Meyer fue investida como miembro corresponsal extranjero de la Academia de la Historia de Cuba.

# Un encuentro fugaz con Gutiérrez Nájera

Claudia Canales

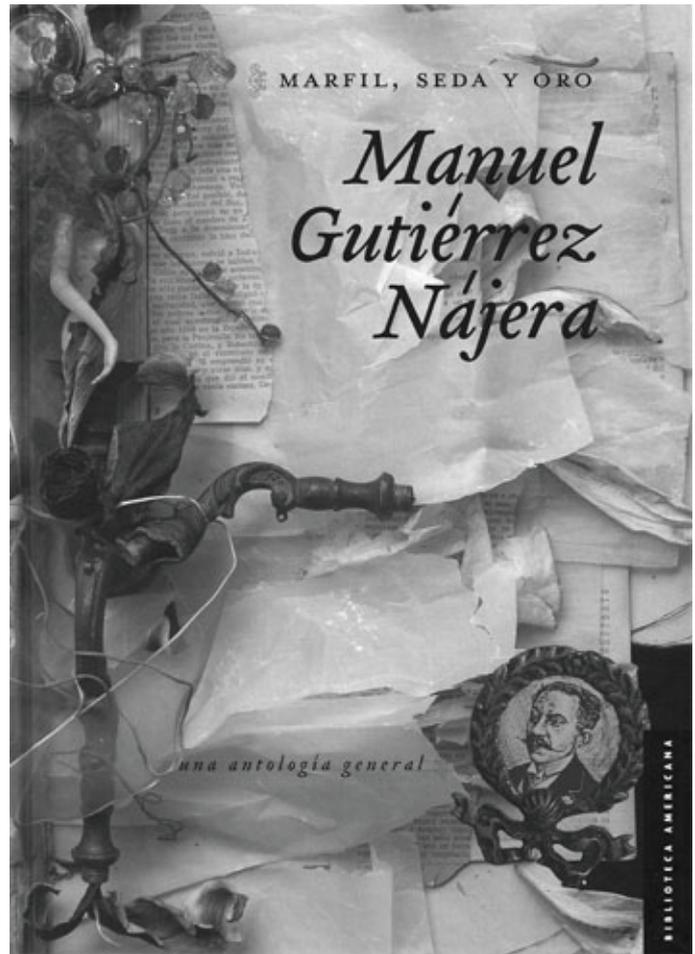
*Un autor de autores que nutrió la prensa del último tercio del siglo XIX mexicano con diversos seudónimos y textos de numerosas afiliaciones genéricas: ese es el caso del emblemático Manuel Gutiérrez Nájera. Acaba de aparecer el volumen Marfil, seda y oro: Manuel Gutiérrez Nájera, una reciente antología general, en una coedición de la UNAM, el FCE y la Fundación para las Letras Mexicanas, en la colección Biblioteca Americana, y de cuyo estudio introductorio retomamos un fragmento.*

Caudalosa y laberíntica es la producción literaria de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), a quien hoy nos acercamos con el mismo placer que provoca siempre su escritura, pero también con la cautela a la que obliga la inmersión en un río cuyas fuentes, bifurcaciones y meandros no han acabado de explorar, en más de setenta años, ni los más diestros navegantes. Estos nos han legado desde luego un trazo cartográfico esencial para no extraviarnos en ese cauce al parecer inabarcable, así como distintos instrumentos todos necesarios, todos perfectibles para orientar la travesía de nuestra lectura. Sin embargo, el cotejo de las antologías y estudios realizados a partir

de la labor seminal del estadounidense Erwin K. Mapes en los años treinta del siglo pasado; los significativos hallazgos que siguen haciendo los especialistas en las colecciones hemerográficas que se han conservado más o menos completas hasta nuestros días; la libertad inherente a Nájera para escapar de los cánones genéricos, pudiendo hacer una sátira de una evocación histórica o un relato fantástico de una crónica teatral; su destreza para transfigurarse en *otro* mediante el uso obligado a la vez que lúdico de más de una veintena de seudónimos, y su desinhibida y deliberada apropiación de una multitud de autores y obras, todo esto, digo, aunado al



Manuel Gutiérrez Nájera



hecho de que parte de su producción carece todavía de ediciones fiables, sugiere que aún no hemos tocado fondo en esas aguas profundas que constituyen un hito insoslayable en el paisaje literario mexicano: la frontera de la modernidad, el advenimiento del modernismo en nuestras letras. Ante esa vastedad bien podemos preguntarnos, como lo hizo él frente a la dimensión de Victor Hugo: “¿Qué vamos a hacer nosotros, con nuestros débiles esquivos, en ese inmenso océano?”.<sup>1</sup>

En el caso de una edición como esta, concebida para formar parte de la serie Viajes al Siglo XIX de la colección Biblioteca Americana, la respuesta a ese interrogante parece sencilla a simple vista: proporcionar al lector una visión topográfica general —y, por eso mismo, claramente insuficiente para los más ávidos y sin duda esquemática para los iniciados— del inmenso territorio que abarcó Gutiérrez Nájera en sus escasos veinte años de vida productiva. Años, por cierto, consagrados casi de manera exclusiva a su vocación de escritor compulsivo y a nutrir por todos los medios a su alcance la sustancia heterogénea, y por momentos inasible, de que están hechas sus páginas. Sin embar-

go, la tarea de perfilar el conjunto de una obra como la suya nos enfrenta por fuerza a ciertos problemas metodológicos y conceptuales que si bien han abordado, madurado y resuelto muchos estudiosos de prosapia desde diferentes perspectivas teóricas, no nos exime de volver a formularlos de manera explícita, en un afán de compartir con el lector la complejidad y la emoción de este reto editorial.

El primero de tales problemas es sin duda la dificultad para determinar, entre el cúmulo de aspectos y temas que la suma de la obra najeriana ofrece a la reflexión, aquellos que resultan prioritarios para una verdadera aproximación al autor, sin caer al mismo tiempo en una repetición más de datos biográficos y definiciones reduccionistas que han devenido lugares comunes. La condición proteica de su escritura —evidente sobre todo en más de dos mil crónicas, pero también en las obras narrativas e incluso en los artículos ensayísticos de largo aliento— sugiere desde el primer momento tal variedad de asuntos que parece imposible establecer una jerarquía que no pase por las preocupaciones individuales de quien la emprende. La visión de Gutiérrez Nájera sobre el arte y las letras, “criaderos de perlas que no ha podido todavía agotar la codicia insaciable de los explotadores”;<sup>2</sup> su

<sup>1</sup> El Duque Job, *El Partido Liberal*, “Humoradas dominicales. Marzo 31 [de 1888]”, primero de abril de 1888, Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras I* (en adelante *Obras*), “*Tristísima nox*, Carta a Manuel Puga y Acal”, p. 319.

<sup>2</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “*Romeo y Julieta*”, *El Nacional*, 3 de enero de 1883, *Obras V*, p. 3.

naturalidad para aceptar la impronta que dejan en él los autores recién leídos; su concepción de la belleza, asociada tanto al deleite sensorial como al estremecimiento del espíritu; las ideas, a veces contrastadas, sobre la función que el dramaturgo, el cronista y el poeta deben asumir en la sociedad; su advertencia de la futilidad de los apuntes periodísticos, tan deleznable como el papel en que se vierten, y su definición política de cara al régimen de Porfirio Díaz, cuyos inicios y consolidación corren casi paralelos a la trayectoria literaria del Duque Job, son sólo algunos de los temas que obligan, cada uno por separado, a un concienzudo análisis de la obra najeriana. Un análisis, conviene subrayarlo, que es menester hacer extensivo a la vasta nómina de escritores y filósofos cuya asimilación refleja el autor, igual que reflejan los objetos “las planchas fotográficas untadas de colodión”.<sup>3</sup> La alusión a un proceso como la fotografía, indisociable de la acción de la luz, no resulta gratuita en este contexto dada la asiduidad de Gutiérrez Nájera a las metáforas lumínicas con diverso significado, pero sobre todo en vista de la propia naturaleza de la imagen fotográfica que, contrariamente a la creencia más difundida, siempre es una reinterpretación o recreación de su referente.

Muchos otros asuntos de primer orden habría que mencionar, cuando menos a vuelapluma, para cubrir el primer horizonte problemático que aquí esbozamos. Varios de ellos se refieren al lugar transicional que ocupa el autor en el panorama más amplio del modernismo hispanoamericano, al que arribó, en su condición de pionero, aún con una clara herencia del romanticismo tardío. Fue tal vez ese residuo el que determinó su inmutable aversión al positivismo prevaleciente en amplios sectores del medio cultural de su tiempo, así como a lo que podríamos denominar su versión literaria, es decir, la paulatina conversión del realismo en naturalismo. Y si bien muy pocas cosas pueden calificarse de inmutables en el arte de un prestidigitador de la talla de Nájera, no deja de llamar la atención que en una fecha tan avanzada de su corta vida como el año 1894, evocando con admiración a Zola a propósito de la novela *Lourdes*, matizara su propio entusiasmo al declarar: “Y sin embargo, no reniego de mi credo artístico ni mudo de canon”.<sup>4</sup> Aludía así a una postura ante el arte en general y las letras en particular que había empezado a definir muy tempranamente en su vida, privilegiando con juvenil vehemencia, por encima del escepticismo materialista, “todo aquello que revela los sentimientos del

poeta, ya sea por la mística meditación, ya por el ardor guerrero, ya por el lánguido suspiro”.<sup>5</sup>

No obstante lo que parece un apego tenaz a ciertos principios, en Gutiérrez Nájera confluyen corrientes de muy diverso signo; lecturas e intereses plurales y cambiantes; un gusto sofisticado y exquisito que, sin embargo, jamás lo lleva a encerrarse en su gabinete o en la estrechez de los altos círculos sociales que tanto le gustaban; la vocación universal y metropolitana con el arraigo permanente a la ciudad que lo vio nacer; el optimismo ante el progreso, materializado en la rugiente locomotora, junto a la conciencia amarga de la fugacidad y fragilidad de la vida. Aunque esta conciencia no lo lleva a refugiarse en la religión o el misticismo, de los que tomaba nada más los elementos externos del rito y los aspectos legendarios de la tradición para enriquecer sus crónicas y relatos, es evidente que su devoción por el arte y su amor a la belleza en cualquiera de sus formas alcanzan por momentos niveles extáticos que lindan con el anhelo de trascendencia. Pese a ello, reniega de los estados hipnóticos y alucinatorios que en los años noventa sentía que habían hecho presa de la literatura europea, la cual, “atropellada por el forzado naturalismo fue a caer en la escalinata de una iglesia gótica”.<sup>6</sup>

Transitaba el Duque con cierta soltura por el pequeño margen que dejaba lo que le parecía un cientificismo de cartabón, una herencia romántica de peluca desteñida, y los *excesos* parnasianos y simbolistas, por franceses que estos fueran. De igual manera conciliaba su filiación republicana liberal y su reconocimiento a la figura de Benito Juárez con la profunda animadversión que profesaba al jacobinismo y a la Constitución de 1857, a la que no perdía ocasión de denostar. Las fuerzas opuestas que jalonan las posturas del autor comprenden asimismo la grave exaltación del ideal —encarnado hacia el final de su vida por Lohengrin, el héroe germánico de la ópera wagneriana—,<sup>7</sup> y la agilidad, el desparpajo y la agudeza que destilan centenares de crónicas suyas, tan livianas en sus temas, tan ligeras en su prosa, que dan la impresión de haber sido escritas en un acceso de buen humor y especial lucidez. De todo esto se desprende por supuesto cierta inasibilidad de Gutiérrez Nájera, el riesgo permanente de intentar reducirlo a un casillero

<sup>3</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, *El Correo Germánico*, 5 de agosto de 1876, *Obras I*, p. 52. Meses antes había escrito en un extenso comentario crítico al volumen *Páginas sueltas*, acaso un primer esbozo de las mismas ideas: “Y sin embargo, ni la opinión de literatos de merecidísimo renombre [...] han podido convertirnos a esa escuela que pudiéramos llamar positivista, y de la cual hemos sido siempre acérrimos enemigos”, Manuel Gutiérrez Nájera, “*Páginas sueltas*”, de Agapito Silva, *La Iberia*, 12 de mayo de 1876, *Obras I*, p. 111.

<sup>4</sup> Puck, “Crónica”, *El Universal*, 11 de marzo de 1894, *Obras inéditas*, p. 60.

<sup>5</sup> Véase al respecto El Duque Job, “Lohengrin”, *El Partido Liberal*, 12 de noviembre de 1893, *Obras VIII*, pp. 177-181.

<sup>3</sup> El Duque Job, “*Tristísima...*”, *loc. cit.*

<sup>4</sup> Puck, “Crónica”, *El Universal*, 9 de septiembre de 1894, *Obras inéditas. Crónicas de Puck* (en adelante *Obras inéditas*), p. 160. Antes de matizar su postura, el autor invoca en esta crónica a Zola, diciendo: “¡Ah, gran maestro: yo no soy de vuestros devotos más fervientes; pero cuando hincáis la garra, ¡qué león sois!”.

en el que no cabría nunca la polifonía de sus registros ni la iridiscencia de su potencia creativa. Un escritor que se define a partir de una corriente literaria, escribió él alguna vez, “es como el fatuo que para hacerse valer dice que pertenece a una familia noble. El escritor debe decir: —¡Soy yo!—”.<sup>8</sup> Y Gutiérrez Nájera es, en efecto, él mismo: único en sus géneros.

Es tiempo ya de abordar lo que consideramos un segundo horizonte problemático, derivado este de la naturaleza periodística de toda la obra najeriana. Autor de un solo libro (*Cuentos frágiles*, 1883), su escritura se derramó en cambio en las páginas de los incontables diarios y semanarios de una época que había hecho de la prensa periódica la expresión privilegiada de la modernidad. Y es que la prensa no sólo era el vehículo que en cierto modo acercaba al país al “gran concierto de las naciones civilizadas” —como rezaba la retórica oficial— y creaba vasos comunicantes entre la élite política y la reducida clase media, a la que pertenecía la mayor parte de la escasa población letrada. También ofrecía a los escritores en ciernes, e incluso a los ya consumados, una alternativa para mantenerse cerca de los lectores y un medio de ganarse la vida. A diferencia de muchos otros, siempre quejosos de la tiranía del periodismo, Gutiérrez Nájera parece haber encontrado en él su medio natural; el espacio idóneo donde vaciar día a día su pluma prolífica y cubrir, mediante el recurso de los múltiples seudónimos, la variedad de tesituras que lo caracteriza. No en vano escribió en una de sus reflexiones sobre la prensa que el escritor que renegaba de ella era como “un hijo que reniega de su madre”.<sup>9</sup> La frase pone de manifiesto los estrechos vínculos que existían entre el quehacer literario y el quehacer periodístico en esa última época del diarismo decimonónico, cuando el oficio no requería aún de especialización alguna y los lectores y lectoras esperaban, sí, “devorar en una página la historia diaria del mundo”,<sup>10</sup> pero también una buena dosis de amenidad, lirismo y estilo.

Muchos se han preguntado si la eterna presencia de Nájera en las mesas de redacción no fue más que producto de apremios económicos, sobre todo a partir de su matrimonio y el nacimiento de la hija primogénita. Sin embargo, ciertas pistas en la producción najeriana sugieren que es precisamente la profunda identificación del autor con el medio periodístico y su ritmo vertiginoso uno de los elementos que, al lado de su cultura y aspiraciones cosmopolitas, definen su condición mo-

derna. El paso acelerado que exigían los periódicos y la completa dedicación a estos por parte de Gutiérrez Nájera determinaron una forma de trabajo de la cual se desprende el segundo problema que deseo abordar. Me refiero a la dispersión de sus colaboraciones en numerosos medios impresos —pues aunque fue la firma preferida de algunos no por ello dejó de publicar simultánea u ocasionalmente en varios otros—, así como también al inevitable reciclaje textual, gracias al cual podía ganar la carrera contra reloj de cada entrega e incluso ir depurando su estilo o redondeando algunos conceptos.

Esta combinación de premura y transformismo que él parangonó con la orden de última hora que recibe un cocinero provisto de escasos ingredientes (“Con lo que ha quedado de la carne fría, haga usted para mañana unos riñones”),<sup>11</sup> la consigue Nájera no sin malicia y sentido lúdico, ya ocultando a menudo el material de reuso bajo un seudónimo distinto del original, ya refiriéndose a uno o dos de sus avatares o *alter egos* cual si fueran personas diferentes y por supuesto reales, ya echando mano de otros artificios tras los que asoma cierta voluntad de confundir a sus coetáneos mediante el juego paradójico de esconderse y mostrarse. Aunque puede decirse que cada seudónimo implica una especie de alteridad literaria, esto es, la adopción de una voz y un tono específicos, la afirmación también merece matizarse: no podemos esperar que Récamier asuma nunca un aire severo, pero sí que El Duque Job y *otros najeras* nos salgan al paso con registros más diversos.

Dada su extensión, es sobre todo en las crónicas semanales donde dichos registros suelen coexistir en una misma colaboración, de manera que una anécdota cotidiana se convierte de manera gradual en una descripción lírica; una reseña teatral en una evocación mitológica; una reflexión erudita en un apunte de frivolidad aristocrática, y un ensayo crítico en un ejercicio de ensañación. La pretendida mutación de Manuel Gutiérrez Nájera en *otro* no opera de manera primordial por vía del seudónimo —recurso, por otra parte, muy frecuente a la sazón entre los periodistas, aunque llevado al extremo en el caso que nos ocupa—, sino por la habilidad para producir piezas tan bien trabajadas desde el punto de vista estilístico, tan sabias en soluciones retóricas, que al terminar de leerlas la primera vez nos dejan con la perplejidad de no saber del todo qué fue lo que pasó: ¿cómo llegamos y volvimos de Oriente en unas cuantas páginas?, ¿qué rumbo inadvertido tomó la escritura para ir a recalar en los amores de Chopin?, y por último, de manera inevitable, ¿a qué género pertenece “esto”?

Los rasgos aquí esbozados explican en parte el destino que ha tenido la obra del autor al ser rescatada de

<sup>8</sup> El Duque Job, “*Táide*, de José Mérida” en “Humoradas dominicales”, *El Partido Liberal*, 20 de noviembre de 1887 en *Obras I*, “*Táide*, de José Mérida [J. Peón Contreras]”, p. 307.

<sup>9</sup> M. Gutiérrez Nájera, “Los Dumas”, “Correo de México”, *El Nacional*, sin día, sin mes, 1882, *Obras IV*, p. 386.

<sup>10</sup> Ignatus, “El periódico moderno”, *El Universal*, 4 de octubre de 1893, *Obras IX*, p. 414.

<sup>11</sup> El Duque Job, “¿Sobre qué puedo escribir?, Crónicas color de... ¿qué?”, *La Libertad*, 24 de septiembre de 1882, *Obras IX*, p. 148.

los periódicos donde vio la luz, con el fin de reunirla y presentarla al público en forma de libro. Los criterios empleados desde las primeras ediciones que realizaron los propios modernistas (Justo Sierra, Amado Nervo y Luis G. Urbina) resultan tan cambiantes como arbitrarios, problema muy comprensible en vista de la complejidad aquí expuesta. Esta situación es por demás evidente en las crónicas, cuyos abundantes pasajes narrativos a menudo se han desprendido de su contexto general para presentarse como relatos aislados o bien, en vista de la variedad de asuntos tratados en una misma entrega, se han seccionado y agrupado por temas sin previo aviso, perdiéndose así la unidad textual original y obligando al editor a titular o subtítular de manera discrecional los fragmentos escogidos. No han faltado quienes, tal como hicieron en su día Nervo y Urbina, han publicado las crónicas sin la referencia correspondiente a su lugar y fecha de aparición, lo que desvirtúa a todas luces la naturaleza esencial de la producción najeriana, es decir, el haber tenido como destino, continente y medio de difusión las páginas de los diarios, veloces como las hojas del calendario.

Frente a ese magma constituido por reseñas o críticas literarias, musicales y teatrales; ensayos y artículos reflexivos; poemas y epigramas; cuentos de su propia autoría y adaptaciones o traducciones de relatos extranjeros; novelas cortas, y un cúmulo de crónicas de muy diversa especie, frente a todo esto, digo, la reunión de las obras completas de Gutiérrez Nájera emprendida

en los años cincuenta del siglo pasado por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, a partir del esfuerzo y el camino inicialmente trazado por el investigador estadounidense Erwin K. Mapes, constituye sin duda una aportación de singular trascendencia. Dicha empresa filológica ha implicado la fijación de los textos, el hallazgo afortunado de otros que permanecían en el olvido, el establecimiento minucioso de sus múltiples variantes, estudios introductorios y anotaciones escrupulosas, así como también la identificación de seudónimos no registrados por Mapes en el aún imprescindible catálogo publicado en 1953 por la *Revista Hispánica Moderna*.

A ese trabajo de equipo nos hemos acogido en buena medida tanto para conformar parte de las antologías que acompañan el presente volumen, como para proporcionar al lector la referencia hemerográfica de muchos de los textos aquí reunidos. Es de lamentarse, sin embargo, que la compilación de la obra no haya abarcado aún toda la gama de la crónica, como tampoco la producción poética y las adaptaciones o traducciones de obras extranjeras hechas por el autor. Lástima es asimismo que el investigador contemporáneo no pueda tener acceso a los volúmenes publicados al comenzar aquel proyecto —muchos de ellos agotados hace tiempo—, como ya lo hacía notar José Luis Martínez en 1995, con motivo del Coloquio Internacional celebrado en el centenario de la muerte del Duque.



© Litografía de V. Delany

Antigua Plazuela de Guardiola, 1858

# REVISTA AZUL

TOMO II.

MÉXICO, 10 DE MARZO DE 1895.

NUM. 19.

## EL ÚLTIMO ARTICULO DE MANUEL GUTIERREZ NAJERA

Yo me espanta, como á algunos otros, el repertorio de Vico. Vamos á presentar un desfile, una procesión medioeval como la que describe D. Juan Valera en un cuento que acaba de escribir y al que tituló «La Buena Pama.» El Gran Maestro de ceremonias sin abandonar, por ir á caballo, la áurea pértiga, signo de su autoridad; los otros empleados de la real casa: mayordomos coperos, gentiles-hombres y caballeros; el Montero mayor seguido de ceadores y halconeros, con los halcones presos por la pihuela y poseidos en el puño; catorce damiselas ó meninas de la corte de la reina madre y de las infantas, condusas todas de la más ilustre prosapia, y con diez y seis cuarteles de nobleza la que menos; las damiselas iban con espiñidos atavíos y en palafreñes briosos. En pos de ellas igual número de donceles y muchos escuderos y pajes. El corregidor, los secretarios, los capellanes, algunos consejeros y los ayudantes de campo rodeaban al rey y éste oprimía los lomos de un magnífico caballo árabe, que, inquieto y fogoso, pisaba y hacía corvetas.

Callista cabalgaba al lado derecho del rey. A respetable distancia, cuatro robustos lacayos, muy compuestos y pomposos, llevaban en dos sillas de mano á Doña Eduwigis y á D. Prudencio. El Dr. Teófilo caminaba en su mula, como de costumbre. La procesión terminaba con una

brillante escolta de lanceros y flecheros de caballería.

«El Alcalde de Zalamea.» «La vida es sueño.» Lope de Vega, Tirso de Molina, Hartzembusch, García Gutiérrez, D. José Zorrilla, Echegaray... ¿no evocan tales nombres, lances y paños de épocas caballerescas? ¿Y quién mejor que esos poetas representa, ya como abanderado, ya por valiente capitán de tercios, el arte dramático español?

Echegaray es en los días que corren, el que más vale y el que más puede entre los dramaturgos de su tierra; largo y glorioso ha sido su reinado y nadie, ni en los instantes más obscuros y difíciles que sorteo el monarca, tuvo pujanza para arrebatarse el cetro; pues bien, Echegaray, aunque por las sugerencias del medio moderno, pretendía llevar la vida de hoy y los problemas y pasiones de hoy á la escena, es, péase ó no, poeta romántico, retoño de Calderón y Lope, no prendido á ninguna rama de esos dos árboles frondosos, porque á tal sujeción no se avendría el indómito carácter de él, sino brotado en tronco nuevo, cuyas raíces llegan á las recónditas de la filosofía. Cuando entra á la comedia moderna, pasa los umbrales de ésta con arrogancia de conquistador, sin destacarse para por los salones, y en lo brusco del ademán, en la altivez de la mirada, se le conoce que está por fuerza en tales sitios y que prefiere trepar á abrup-

REVISTA AZUL—II

Hechas estas reflexiones es preciso pasar al análisis detenido de los ensayos sobre historia y asuntos políticos, indisociables a nuestro juicio unos de otros, pero también, dicho sea de paso, del lugar que ocupó Nájera en el periodismo y la sociedad de su tiempo y de las concepciones que tenía de ambos. Si bien como escritor político tuvo escasa resonancia —ya porque su verdadero atractivo para el grueso del público residía en otra índole de temas, ya porque se movió siempre en la ancha y concurrida franja de lo que puede denominarse prensa oficiosa—, seguir sus ideas en torno a la cosa pública arroja cierta luz sobre un aspecto más bien soslayado de su quehacer, al mismo tiempo que contribuye a matizar la estrecha noción del autor modernista en tanto que hombre ensimismado y distante, siempre de espaldas a los asuntos de interés colectivo.

Gutiérrez Nájera escribió, en efecto, sobre algunas de las grandes cuestiones nacionales, mas nunca desde las tribunas de la oposición, a saber, las del liberalismo radical o puro, que denunciaba la traición ideológica a la herencia liberal, o las del catolicismo conservador, adversario contumaz del ateísmo de la Constitución del 57 así como del grupo en el poder, que cerró el paso a los “mochos”.

Los bastiones periodísticos de esas posturas antitéticas en el último cuarto de siglo fueron por un lado *El Monitor Republicano*—fundado en 1844—, y por el otro *La Voz de México* (1876) y, con mayor enjundia, *El Tiempo* (1883). De los tres, el cronista se mofó a placer desde las páginas de los periódicos en los que colaboraba, partidarios estos, con mayor o menor disimulo, del círculo que gravitaba en torno a la fuerza centrípeta de don Porfirio.

Resulta fácil caer en generalidades al hablar del conjunto de la prensa nacional en un lapso tan dilatado; sin embargo, es bien sabido que el periodismo y los periodistas de oposición fueron víctimas constantes del acoso oficial, situación que al menos en la primera mitad de los años ochenta no impidió que surgiera un sinnúmero de publicaciones variopintas, casi todas de corto aliento debido a su naturaleza coyuntural, pero sobre todo por su vocación crítica o combativa. Es incuestionable la importancia que tuvo *El Nacional* de Gonzalo Esteva en la proyección de la estética y los gustos modernistas durante el periodo que va de 1880 a 1884, pero tanto el diario como el semanario dominical simpatizaban con el gobierno. Lo mismo puede decirse de los otros periódicos más favorecidos por la pluma de Nájera: *La Libertad* había dejado de ser lo que fue bajo la dirección de Justo Sierra; *El Siglo XIX*, otrora joya de la prensa liberal, languidecía en la mediocridad; *La Patria*, otro tanto, y *El Partido Liberal*, del que Gutiérrez Nájera llegaría a ser jefe de redacción, destacaba sobre todo por su proximidad al poder. En cuanto a *El Universal*, resulta claro que la personalidad de su artífice, Rafael Reyes Spíndola —más tarde fundador de *El Mundo* y *El Imparcial*— imprimía al diario una orientación más moderna y un carácter más ameno, aunque sin cruzar nunca la frontera de lo políticamente tolerable.

No podemos reprocharle al Duque el haber estado desde su primera juventud con el bando moderado o, para expresarlo con perspectiva histórica, con el bando cada vez más conservador. Procedía de una familia de la reducida clase media y su natural, desde pequeño, había propendido a las lecturas refinadas y los gustos exquisitos. El afrancesamiento completo que no pudo obtener con el aprendizaje de la lengua de Hugo (afrancesamiento, conviene recordar, que era extensivo en mayor o menor grado a todas las élites de la época) acabó de dárselo, al menos de modo simbólico, el matrimonio con Cecilia Maillfert, hija de un editor y librero galo. Para muchos de su generación, formación y posición social los derroteros del país no pasaban más por el romanticismo costumbrista, las inacabables guerras patrias y la perenne desolación rural. Desde la restauración de la República el positivismo había tomado carta de naturalización y las miras de muchos empezaron a estar puestas en esa paz tantas veces interrumpida o aplazada por las urgencias bélicas. Sin embargo, ni siquiera

el prometedor ascenso pacífico de Lerdo de Tejada a la presidencia había conjurado la violencia cíclica, y la Constitución de 1857, orgullo de los liberales puros, se había convertido en bandera de varias intenciones, dada la posición vulnerable en la que había relegado al Poder Ejecutivo. En estas condiciones no es difícil entender que el anhelo de modernidad empezara a asociarse con una presidencia vigorosa, la inversión de capitales extranjeros y un cuestionamiento creciente a la letra de la Carta Magna.

Desde 1879 Gutiérrez Nájera había arremetido contra ella, esgrimiendo la que sería su divisa en esta materia: “Nosotros en política somos enemigos irreconciliables de la utopía”.<sup>12</sup> Así pues, el ideal que se percibe y se persigue en su poesía, sus relatos y en cierto género de crónicas, esa cima inalcanzable que mueve las fibras del artista, se convierte aquí en un pragmatismo que nada pide al de don Porfirio y sus adláteres. Muchas cosas compartía con ellos no obstante los casi treinta años que separaban a Gutiérrez Nájera de la generación del presidente: el rechazo a las constantes asonadas que habían impedido el progreso del país, la convicción de que este dependía del crecimiento estable de la industria y el comercio, y, por último, la certeza de que el pueblo no estaba preparado para ejercer las inmensas libertades que le otorgaba la Constitución. Con argumentos similares, católicos y conservadores habían atacado y seguían atacando el código fundamental; pero a diferencia de los porfiristas, aquellos eran herederos de la facción perdedora en la guerra de Reforma y en la aventura del segundo Imperio, mientras que Porfirio había llegado al poder, si bien por obra de un pronunciamiento contra el presidente Lerdo, también tocado de los lauros que había conquistado para las filas liberales. En otras palabras, era el auténtico heredero del liberalismo triunfante y, a ojos de sus partidarios, estaba legitimado por la historia. No en vano Nájera, transmutado en Ignotus, declararía años más tarde impregnado del espíritu de su tiempo: “El partido del general Díaz no es más que una de las fases que ha tomado en nuestra evolución política el gran partido liberal”.<sup>13</sup>

Ya que apenas corría su primer mandato (1876-1880)—durante el cual se dieron, por cierto, los intentos iniciales de poner coto a ese periodismo militante y doctrinario que había defendido con lucidez la causa de la Reforma y la soberanía nacional—, era quizá demasiado pronto para que Díaz revelara su escepticismo fren-

te a la obra de los constituyentes, así como su toma de distancia respecto de los más rancios principios liberales, sin duda un obstáculo para un gobierno enérgico. No obstante, voces como la de Gutiérrez Nájera a todas luces abonaban el camino que Díaz habría de volver a recorrer de vuelta a la presidencia, aun cuando su bandera tuxtepecana contra Lerdo hubiera sido justamente la no reelección. Si no fuera por sus escasos veinte años y la condición aún bisoña del cronista, cabría pensar en la posibilidad de que ocasionalmente hubiese sido uno de los escritores asalariados de don Porfirio, habida cuenta de la llamativa coincidencia entre lo que, visto en retrospectiva, parecen ser las miras del presidente y la certera oportunidad con que Nájera lanzaba sus dardos.

Uno de sus textos significativos de aquellos años fue la contundente argumentación con que manifestó su malestar ante la no reelección sucesiva, disposición que fue reincorporada a la Carta Magna en mayo de 1878. Al año siguiente, cercano ya el término de la primera presidencia porfirista y palpable el desencanto general por su aparente fracaso, el joven escritor embestía contra la enmienda constitucional, alegando que esta implicaba “una enorme cortapisa a la libertad ilimitada del sufragio”, sin evitar, por otra parte, “la prolongación en el poder de un partido o de una facción personalista”.<sup>14</sup> ¿Estaba convencido a hora tan temprana de que Porfirio Díaz era el “hombre necesario” en el que se convertiría más adelante, o era su respeto al sufragio el que lo llevaba a expresarse de ese modo? Esta segunda posibilidad parece poco viable a la luz de lo que escribiría apenas un año después para *El Nacional*, en un artículo cuyo mero título, “Política racional”, parece estar muy en sintonía con ese cientificismo del que abominaba en el ámbito literario o creativo. A propósito del sufragio, declaró:

Mi conciencia repugna esa supremacía del mayor número sobre el menor; y tan no voy descarriado en esta repugnancia que aun los mismos partidarios de tal doctrina han procedido siempre y constantemente como si la desconocieran, puesto que niegan el sufragio a las mujeres de todas las edades y a los varones de menos de veintiún años. [...] La soberanía del pueblo, tal como está constituida, no es más que la oligarquía de los varones mayores de veintiún años.<sup>15</sup>

Conviene hacer notar que salvo cinco o seis artículos de contenido político firmados por Ignotus o por

<sup>12</sup> M. Gutiérrez Nájera, “A propósito de un aniversario”, *La Colonia Española*, 5 de febrero de 1879, *Obras XIII*, p. 11. Para documentar más ampliamente la postura de Gutiérrez Nájera frente al tema de la Constitución véase también M. Gutiérrez Nájera, “La cuestión política”, *La Voz de España*, 18 de julio de 1879, *Obras XIII*, pp. 17-23.

<sup>13</sup> Ignotus, “El porfirismo”, *La Libertad*, 6 de junio de 1884, *Obras XIII*, p. 198.

<sup>14</sup> M. Gutiérrez Nájera, “La no-reelección”, *La Voz de España*, 27 de septiembre de 1879, *Obras XIII*, p. 26.

<sup>15</sup> M. Gutiérrez Nájera, “Política racional”, *El Nacional*, 18 de noviembre de 1880, *Obras XIII*, pp. 43-44.

Junius, los casi cincuenta que escribió hasta su muerte fueran publicados ya con su nombre completo, ya bajo la firma M. Gutiérrez Nájera, ya con su anagrama, sin duda reconocible para los lectores. El hecho se presta desde luego a varias conjeturas. Una de ellas es la advertencia que tenía el autor de la gravedad de los asuntos que abordaba en esos textos, poco aptos, por ende, para ser suscritos con un seudónimo chusco. La otra se refiere tal vez a la voluntad de sostener con la frente en alto sus posturas políticas, sin querer embozarse tras una identidad ficticia. Sin embargo, existe otra alternativa, esta en sentido inverso, pero también plausible: en una época en que la delación y represión a los periodistas alcanzaban cotas altísimas, tal como sucedió de manera creciente a partir del *interregno* de Manuel González, era imperativo dejar bien claro quién era el autor de esos escritos laudatorios o complacientes con el régimen.

Laudatorio y complaciente fue Gutiérrez Nájera ante el relevo de poderes de diciembre de 1880, razón por la que recibió el nuevo año despidiéndose del “pobre año muerto”, condenado al olvido porque su calendario no se había teñido con la sangre de rebeliones o pronunciamientos.<sup>16</sup> Se trata de un texto de impecable factura, mezcla de reflexión política y emoción lírica, en el que la imaginación desciende a espacios cotidianos e intimistas para adoptar después los tintes épicos que reclama “la República honrada”. La pieza retórica —más bien excepcional en esta clase de artículos donde el autor tiende a desarrollar un hilo argumentativo— puede verse como un elogio inequívoco, aunque tangencial, al presidente saliente, a la sazón ave de paso en la secretaría de Fomento. Sin embargo, la complacencia y el optimismo del joven Nájera no disminuyen ni un ápice durante la gestión gonzalista, cuyas transacciones aplaudió sin miramientos en tanto que estímulos al flujo benéfico de capital extranjero,<sup>17</sup> y cuyas medidas secundó como necesarias para preservar el orden del país, valor que cotizaba a la alta. Ejemplo extremo de esta actitud hacia González es “Los hombres de Estado”, comentario confeccionado con una palabrería tan excesiva y hueca que por momentos parece dictada por la inercia, cuando no por la destreza adquirida para el elogio.<sup>18</sup>

Una de las medidas más importantes del periodo 1880-1884 fue la modificación a los artículos sexto y séptimo de la Constitución y a su ley orgánica correspondiente, con lo cual se restringía de golpe la libertad de imprenta en aras del respeto a la honra y privacidad de los individuos. El tema lo había abordado Gutiérrez

Nájera en cinco o seis ocasiones antes de abril de 1883, fecha de la enmienda, manifestándose desde luego a favor de la libertad de expresión, pero en contra del libertinaje,<sup>19</sup> y dirigiendo incluso invectivas biliosas, poco usuales en él, a quienes abusaban del derecho a manifestarse por escrito. En marzo del año 83, cuando el tema encendía las discusiones en la cámara, el cronista imaginaba lo que sucedería de no ponerse freno a los excesos:

mañana puede llamarse ladrón y asesino al presidente de la República, puede sacarse a plaza la vida íntima de los ministros, puede correrse el velo de todos los templos y el cortinaje de todas las alcobas; nadie está libre de ver hoy o mañana las cosas más secretas de su vida a la luz cruda de la publicidad; todos vivimos en una casa de cristal, y nuestros más ligeros movimientos han de ser conocidos y anotados por ese gran curioso impertinente que espía por el agujero de la llave y se esconde debajo de la cama.<sup>20</sup>

La redefinición de los ámbitos público y privado era sin duda uno de los retos derivados del proceso de secularización característico de la modernidad, de ahí la atingencia del autor para señalarlo a propósito de la libertad de imprenta. Conviene recordar aquí que muchos positivistas de la época, engolosinados con el progreso que ya tocaba a la puerta, habían propuesto sustituir por una moral laica la espontánea contención que brindaba la religión en el estado metafísico de las sociedades, cosa que jamás consiguieron. La actitud de Gutiérrez Nájera, sin embargo, va en ese mismo sentido, además de que parece advertir con clarividencia un futuro en el que las noticias, la publicidad y las comunicaciones ganarían tanto terreno que no dejarían ni un resquicio a la intimidad. Por eso vale la pena detenerse en la lectura de los artículos sobre periodismo, en los que además de frecuentes alusiones a su método de trabajo, él mismo se delata a veces como curioso irredento, entregado con fruición a la pesca de asuntos para airear en los diarios:

Mi amigo Benito Juárez [hijo] es, a todas luces, un hombre inmovible; me lleva galantemente a una tertulia y me prohíbe, bajo pena de excomunión, que diga una palabra acerca de ella. Esto es inaudito. Un periodista no es un hombre, es una publicidad que anda y que mira. Sus ojos no son suyos solamente, son de la multitud que ve por ellos [...] La hambrienta curiosidad del público le pide cada día manjares nuevos, y a falta de ese guisado a la tártara que hemos llamado *escándalo*, y de ese pimientito de

<sup>16</sup> M. Gutiérrez Nájera, “Año Nuevo”, *El Nacional*, primero de enero de 1881, *Obras XIII*, p. 58.

<sup>17</sup> Véase M. Gutiérrez Nájera, “La invasión americana”, *El Nacional*, 21 de abril de 1881, *Obras XIII*, “La pacífica invasión yankee”, pp. 93-94.

<sup>18</sup> Véase M. Gutiérrez Nájera, “Los hombres de Estado”, *El Nacional*, 23 de febrero de 1882, *Obras XIII*, pp. 141-144.

<sup>19</sup> Véase M. Gutiérrez Nájera, “Libertad, no libertinaje”, *El Nacional*, 25 de octubre de 1881, *Obras IX*, pp. 80-83.

<sup>20</sup> Junius, “Cartas de Junius”, 21 de marzo de 1883, *Obras IX*, “La libertad de imprenta”, p. 158.

Calahorra que se llama *insulto*, sirve, para aplacar el hambre pública, una lonja de vida privada en salsa de aventuras.<sup>21</sup>

La actitud del autor para con la administración gonzalista no dejaría de cobrarle factura al término de esta, cuando acusado por *El Nacional* de ser el director fantasma del *Diario Oficial*, así como de sus apasionadas defensas a los errores de González, el cronista hubo de desmentir públicamente que fuese el director del *Diario*, declarar que los artículos que escribía iban acordes con su conciencia y explicar que su salida de *El Nacional* no se debía más que a la exclusividad que le había pedido el director, Gonzalo Esteva: “yo vivo *exclusivamente* de mi pluma —replicó—, y para vivir no me basta un sueldo de cien o ciento cincuenta pesos, razón por la que he escrito en varias publicaciones a la vez”.<sup>22</sup> El intercambio periodístico no pasó entonces a mayores —aunque años después Esteva y Nájera se enfrentarían a duelo—, pero ilustra bien la clase de rencillas que se daban aun entre los diarios de la prensa alineada con el régimen, así como el resultado de la escritura poco comedida del cronista hacia los hombres del poder. Ser tildado de director fantasma del órgano gubernamental constituía un oprobio, en vista del ocultamiento y la deshonestidad que ello involucraba.

<sup>21</sup> M. Gutiérrez Nájera, “Ecos de salón. Cosas del mundo”, *El Nacional*, 7 de noviembre de 1880, *Obras IX*, “No hablaré”, p. 41.

<sup>22</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Al Nacional”, *El Partido Liberal*, 30 de abril de 1885, *Obras IX*, “Motivos de una separación. Al Nacional”, pp. 243-248.

No podemos pasar por alto, antes de analizar otros temas, la inserción de Gutiérrez Nájera en el entramado del sistema político de aquellos años, muy a la manera en que acostumbraba repartirse, desde las cámaras de Palacio, los puestos de “elección popular”. Hasta donde sabemos —aunque no hay que olvidar que parte de la crónica sigue dispersa—, el asunto no lo abordó directamente Nájera en sus páginas periodísticas, pero es un hecho que formó parte del poder legislativo desde el año 85, es decir, a partir de la segunda presidencia de Díaz, cuando ocupó la curul de diputado suplente por el cantón de Tepic, en la XIII Legislatura. Dos años después llegaría a ser diputado propietario por el 15° distrito del Estado de México, con sede en Texcoco, lugar donde suponemos que debe de haber estado por lo menos una vez. La sinecura, acaso una recompensa por los favores recibidos de su escritura, sería vitalicia, lo que significa que a partir de entonces el cronista dejó de vivir exclusivamente de su pluma, aunque quedó comprometido a todas luces con la política del régimen, condición que, como hemos visto, era inocultable desde tiempo atrás. A la manera de quien celebra un acto ritual cíclico, al concluir el año 88 —y con él el segundo periodo presidencial de don Porfirio— el Duque presentó su incensario humeante ante el altar oficial, enumerando con detalle los logros alcanzados en casi todos los ramos de la administración pública.<sup>23</sup> Ninguno dejaba nada que desear. El texto parece escrito por alguien

<sup>23</sup> Véase Manuel Gutiérrez Nájera, “1888”, *El Partido Liberal*, primero de enero de 1889, *Obras XIII*, pp. 221-233.



© Fotografía de V. Dehery

Plaza de Armas de México, 1858

empapado del programa gubernamental y sus prioridades. ¿Lo estaba él acaso, tan sólo siete meses después de haber conseguido una diputación permanente?

Es interesante comparar las posturas del Duque ante la libertad de imprenta y la Constitución vigente con las palabras que escribió a propósito de Francisco Zarco, paladín de la libre expresión durante los años más álgidos del conflicto entre liberales y conservadores —había reglamentado los artículos constitucionales modificados durante el gobierno gonzalista— y, para mayores datos, diputado y cronista del congreso constituyente de 1856; es decir, un liberal de pura cepa. En 1889, cuando Díaz estaba ya bien asido a la silla presidencial gracias a la posibilidad de reelección ilimitada y Nájera, convertido en diputado, espaciaba cada vez más sus artículos políticos, el cronista dedicaría estas líneas al célebre periodista prematuramente desaparecido:

¿Y qué más grandes héroes, qué más grandes lidiadores, que estos héroes y lidiadores de la idea? Un pedestal aguarda en ese paseo [de la Reforma] la estatua de don Francisco Zarco. Que él represente, porque nadie lo ha merecido más que él, en esa guardia palatina de la República, al periodismo. Ser periodista —¡periodista como él lo fue!—, ¿no es ser caudillo?, ¿no es librar una batalla diaria?, ¿no es recibir una herida cada día más? ¡Herida que no se ve, pero de esas heridas a las que puede aplicarse la frase que una inscripción latina aplica a las horas: *Ultima necat!* ¿Ser periodista como Zarco no es dar la vida poco a poco a la libertad y a la República?<sup>24</sup>

Pero no había contradicción alguna entre esta evocación del heroísmo de la pluma y el nuevo estado de cosas. El régimen cumplía con el deber de honrar a *sus* padres aunque estos fueran ya reliquias de un estado social superado por obra de la ciencia positiva; de ahí que Juárez empezara a consagrarse entonces como figura señera del panteón nacional, mediante la solemne conmemoración anual de la fecha de su deceso. En ocasión de la de 1881, la personalidad inmovible de don Benito había sido captada por Gutiérrez Nájera en una breve semblanza que forma parte de sus ensayos de tema histórico. Estos, sin embargo, de ninguna manera agotan las meditaciones del autor en torno al pasado, ya que buena parte de su obra está atravesada aquí y allá con alusiones a la historia, a veces como pretexto para referirse al paso del tiempo en clave melancólica, otras como motivo de especulación filosófica sobre las leyes que la rigen, pero también, sobre todo, como posible objeto de recreación literaria, ya sea en prosa o en verso. En este sentido, sin vacilar se inclina más por el

<sup>24</sup> s/f, “Dos estatuas”, *El Partido Liberal*, primero de febrero de 1889, *Obras I*, “Leandro Valle e Ignacio Ramírez. Dos estatuas”, p. 345.

estilo de Michelet en su obra sobre la Revolución francesa que por el de Taine: esta, una anatomía; aquella, una resurrección. Una vez más, igual que en la literatura, a la precisión del escalpelo prefiere el fuego que reanima a la revolución hasta el grado de hacer sentir “el calor de sus mejillas” y mirar “la palpitación de su seno”.<sup>25</sup> Es evidente que lejos de circunscribir sus meditaciones históricas al pasado mexicano, el Duque se adentró con paso seguro en algunos episodios y protagonistas del europeo, entre los cuales destaca el retrato que dibujó de Giuseppe Garibaldi en “La camisa roja”, texto crítico de cierta clase de héroes que, como el italiano, cosechaban inmerecidas glorias.

Enemigo de “ese patriotismo sonoro que tanto aprovecha a los píndaros de gaceta”<sup>26</sup> y opuesto a las versificaciones septembrinas hechas a modo,<sup>27</sup> el cronista sin embargo nunca desechó a la poesía como medio para expresar el sentimiento de exaltación nacional, ante el cual el poeta debía ser arrebatado y sublime. Aunque muchos de sus ensayos sobre estética literaria están dirigidos a enfatizar la primacía de la inspiración lírica y del vuelo del espíritu sobre los mandatos morales o la tiranía del raciocinio y la realidad, en la “Carta abierta al señor don Ángel Franco” el modernista hace gala de su oficio al explicar, echando mano de una metáfora bélica, cómo puede (y debe) irrumpir el verso en la prosa:

Ajuste su prosa al asunto de que se trate [...] Pero si llega el entusiasmo precedido por los redobles del tambor; si flamean los ideales, si calienta el sol de las bayonetas, que surja de esa prosa el *yambo* fulmíneo, que entre el verso batallador por entre sus filas apretadas, como entra el toque de clarín sacudiendo las soñolientas energías.

Entonces la r se retuerce, retumba el período, relampaguea la frase descarada, raya la pluma el papel en que escribimos; ruedan rugiendo las palabras; y al término, en la cumbre, se clava la bandera, orgullosa, flameante, llena de vida, llena de calor, llena de sol. Poco importa que el verso entre: es un aliado... es la música del regimiento.<sup>28</sup>

En algunos momentos Nájera se entregó a entusiasmos patrios de esa índole, pero también mostró un interés sobrio y reflexivo por los problemas económicos y sociales más urgentes de su tiempo. Así, pese a que aplaudía la llegada de capital norteamericano,

<sup>25</sup> M. Gutiérrez Nájera, “14 de julio”, *El Partido Liberal*, 14 de julio de 1886, *Obras X*, p. 137.

<sup>26</sup> Ignotus, “Dos de abril”, *La Libertad*, 2 de abril de 1884, *Obras X*, p. 97.

<sup>27</sup> Véase al respecto la crónica satírica suscrita con las iniciales G. N. y titulada “Correo de México”, que apareció en *La Libertad* el 19 de septiembre de 1883. *Obras I*, “Literatura patriótica”, pp. 227-229.

<sup>28</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Carta abierta al señor don Ángel Franco”, *El Partido Liberal*, 19 de marzo de 1893, *Obras I*, pp. 95-96.

advirtió del peligro que implicaba no ponerle un contrapeso mediante la protección simultánea a las empresas europeas.<sup>29</sup> Su espontánea filiación al viejo continente lo hizo ver con malos ojos ciertos rasgos de la cultura *yankee* que los mexicanos debían cuidarse de adoptar. Uno de ellos era nada menos que su desenvoltura, a la que definió con sorna como “el impudor de las piernas de pavo frío que nos sirven en las fondas”.<sup>30</sup> Otro de los problemas que supo percibir con gran claridad —él, que pensaba siempre en México como comensal distinguido en la mesa de la gran civilización occidental— fue el escaso conocimiento que había del país en el extranjero, situación que era imperativo subsanar mediante una labor diplomática inteligente, capaz de imprimir en el imaginario europeo una visión de los mexicanos “sin plumas de color en la cabeza, ni rota piel de tigre sobre la recia trabazón de nuestro cuerpo, ni flecha empapada en jugo ponzoñoso, dentro del gran carcax abigarrado”.<sup>31</sup>

Esperanzado en los bienes que aportaría la educación a la gran masa de los mexicanos y opuesto tenaz al militarismo —aunque consideraba utópico pensar siquiera en la sobrevivencia de la nación sin contar con un ejército bien disciplinado—, era sin embargo partidario de la pena de muerte, ya que a su juicio, “el neromismo intermitente [...] es sumamente favorable para el mejoramiento de la raza humana”.<sup>32</sup> Esto nos conduce por fuerza a lo que a la sazón se denominaba con eufemismo “la cuestión social”, la cual no era otra cosa que el obstáculo que significaba la población india para un proyecto estatal modernizador, como era el de Porfirio y los científicos. No es este el lugar para ahondar en un tema tan vasto, cuya genealogía ideológica y filosófica se remonta hasta el orden colonial; aun así, es menester hablar de la posición del Duque respecto a ese amplio sector de la población, parte del cual padeció en aquellos años la dureza represiva del régimen, o bien protagonizó rebeliones locales que revelaban que la marcha de las cosas no era tan halagüeña.

Fácil es adivinar que el cronista compartía con muchos hombres cultos de su tiempo una visión evolucionista de la sociedad, extrapolada de las pesquisas de Darwin sobre el desarrollo y sobrevivencia de las especies en la naturaleza. Dicho *grosso modo* —y a riesgo de

<sup>29</sup> Véase M. Gutiérrez Nájera, “La invasión americana (Al *Heraldo Comercial*)”, *El Nacional*, 26 de abril de 1881, *Obras XIII*, pp. 93-94.

<sup>30</sup> El Duque Job, “Crónicas deshilvanadas”, *La Libertad*, 2 de marzo de 1884, *Obras V*, “Nuestros teatros en manos de los *clowns*”, p. 317. Sobre este mismo tema véase también Junius, “Cartas de Junius”, *La Libertad*, 23 de febrero de 1883, *Obras XIII*, “Manía de hablar inglés”, pp. 165-169.

<sup>31</sup> M. Gutiérrez Nájera, “México en el extranjero”, *El Nacional*, 30 de diciembre de 1880, *Obras XIII*, p. 52.

<sup>32</sup> Puck, “Crónica”, *El Universal*, primero de julio de 1894, *Obras inéditas*, p. 122.



simplificar demasiado un asunto por demás intrincado—, el darwinismo social entendía el desarrollo de las comunidades humanas en función de características raciales que determinaban la capacidad de sobrevivencia en la lucha por la vida; en otras palabras, el dominio del más fuerte era casi un axioma biológico tanto entre sociedades diversas como entre los estratos que componían cada una de ellas.

Varios textos de Gutiérrez Nájera abordan el tema de los indios. Algunos desde una perspectiva histórica, otros con un sentido pragmático no exento de toques de ironía, y los menos como digresión incidental de otros temas. “Los indios y M. Claudio Jannet” y “La raza y el progreso de México” pertenecen a la primera categoría y pueden verse como discursos complementarios aun cuando fueron firmados con nombres distintos y publicados en diferentes periódicos.<sup>33</sup> Se trata aquel de un extenso ensayo cuya tesis principal —opuesta a la del sociólogo francés Jannet y a la del norteamericano J. W. Draper— radica en sostener que fue benéfica para los

<sup>33</sup> Véase M. Gutiérrez Nájera, “Los indios y M. Claudio Jannet”, *El Partido Liberal*, 8, 14 y 21 de septiembre de 1893, *Obras X*, “Los indios y *monsieur* Claudio Jannet”, pp. 247-263 y Junius, “Vuelve *La Revista de Dos Mundos* a ocupar nuestra atención. La raza y el progreso de México”, *El Universal*, 13 de septiembre de 1893, *Obras X*, “La raza y el progreso de México”, pp. 265-269.

indígenas la acción evangelizadora de los españoles y que “amén de inútil es disparatado darse a divagar imaginando qué habría pasado si, en vez de españoles, vienen franceses, anglosajones o venecianos”. La base de sus asertos es la inferioridad inherente a las culturas mesoamericanas al compararlas con otras civilizaciones contemporáneas suyas, así como la condición meramente “imaginaria” del indio como “criatura superior, desposeída de sus excelencias por la conquista española, [...] grande como guerrero, egregio como artista [y] magno como filósofo y legislador”. Aunque cita varios pasajes de Justo Sierra sobre el tema, discrepa del maestro y amigo cuando este afirma que el cristianismo abolió los sacrificios humanos, pero en cambio volvió al indio completamente pasivo. Al respecto, Gutiérrez Nájera revira: “de este mal no resultan culpables los misioneros. Ellos habían venido a predicar esa resignación que constituye la esencia del cristianismo. Eran ellos mismos [los indios] absolutamente pasivos”.

La noción del hombre mesoamericano civilizado en tanto que “ente imaginario” asoma también en una conocida crónica del Duque, esta en tono de amonestación, escrita a propósito del traslado de una deidad teotihuacana a la Ciudad de México. “Con perdón de la diosa” aventura el autor que la pieza monolítica “ha de ser fea, porque todas las deidades aztecas eran feas”, y a continuación —desaprensivo ante la confusión de los aztecas con los teotihuacanos— su mirada crítica y su pragmatismo ponen el dedo en la llaga: la preocupación colectiva volcada en los indios idealizados del pasado contrastada a la indiferencia general hacia el indio

del presente, agobiado por “la ignorancia, el cuartel y la tortilla”.<sup>34</sup> Una prueba de tal indiferencia, por no decir del desprecio que inspiraba el elemento indígena, la ofrece el propio Gutiérrez Nájera en una crónica teatral escrita con motivo de la presentación en México de la ópera *Il Guarany*, obra de un dramaturgo brasileño ambientada en América del Sur:

para la mayoría del público todo indio bárbaro es mexicano. Los europeos ven con deleite la figura de un cacique pintado a la pompeyana; nosotros, no. Nada causa peor efecto en el teatro que una tragedia azteca o una aventura entre los apaches. Los indios están fuera de la comunión teatral, no obstante los esfuerzos muy loables de Alfredo Chavero. Para que el auditorio se conmueva es necesario que los personajes calcen la espuela de los caballeros españoles o vistan el frac de los gomosos europeos. Las indias no saben más que hacer tortillas, y un Abelardo perteneciente a la honorable raza de nuestros peones de tajo, haría reír a los espectadores.<sup>35</sup>

Así pues, fuera del salón de monolitos del Museo Nacional la cultura indígena no tenía cabida en el plan porfirista más que a costa de dejar de existir, esto es, de negarse a sí misma y encaramarse como pudiese a la rugiente locomotora en marcha. **U**

<sup>34</sup> El Duque Job, “Con perdón de la diosa”, *El Partido Liberal*, 13 de octubre de 1889, *Obras X*, pp. 189-193.

<sup>35</sup> El Duque Job, “Crónicas mundanas”, *La Libertad*, 13 de enero de 1884, *Obras V*, pp. 279-280.

© Litografía de V. Debray



La Alameda de México, 1858

Agatha Christie

# La reina del crimen

Beatriz Espejo

*He aquí una escritora que no requiere presentación: la autora más famosa del género detectivesco, Agatha Christie, se convirtió en el ejemplo máximo de la disciplina y la fertilidad creativa con decenas de novelas y relatos que popularizaron la perspicacia y dotes de intuición de los detectives Hercule Poirot y Jane Marple, y llegaron con gran éxito a la televisión y el cine.*

El americano Frederick y la inglesa Clarissa Miller tuvieron a la tercera de sus hijos el 15 de septiembre de 1890, una niña nombrada Agatha Mary Clarissa, sin imaginarse que años después sería una de las más conocidas escritoras de textos detectivescos en la historia de la literatura. Torquay South Devon, donde había nacido, se convirtió en escenario de grandes celebraciones distinguiendo a la ya famosa *lady* y posteriormente *dame* Agatha Christie como una de las más prolíficas y aclamadas personalidades del siglo XX. Los motivos de tan fenomenal éxito se debieron a que vendió billones de ejemplares en diferentes idiomas, lo cual le trajo una enorme popularidad. Contribuyeron reseñas y otros factores recientes —que probablemente no alcanzó a ver, como videos y audiocasetes—, involucraron a gran número de lectores empeñados en dilucidar misterios planteados en crímenes y muertes dudosas y varios millones de alumnos que en sus cursos de inglés, instigados por sus maestros, descubrían costumbres tendientes a desaparecer en el mundo británico y averiguaban enigmas cuando no había contundentes pruebas de ADN ni complicados análisis clínicos y todo se hacía con base en deducciones que se ensamblaban entre sí como rompecabezas.

Suele suceder en tales casos; la suerte toma parte. Amplía u opaca reputaciones y en este favorecieron los contactos, primero con John Lane que, sin estar siempre de acuerdo, la lanzó luego de leer su manuscrito inicial, enviado 18 meses antes y casi olvidado, en el que ya aparece Hercule Poirot, le descubrió posibilidades y mandó llamarla como capitán de barco a que recibiera en su despacho a un marinero medio muerto del susto por la estupefacción causada antes del encuentro. Luego con Allen Lane, sucesor de su tío, quien dirigía la empresa editorial y fue el creador de Penguin, libros de bolsillo y pasta blanda que inmediatamente llegaron a las masas. Agatha fue una de las primeras firmas del catálogo. Esta sociedad sobrevivió entre cuarenta y cincuenta años y resultó fructífera para todos. La impresión inicial con el joven fue vigorosa y de entendimiento inmediato, lo mismo que con sus dos hermanos, que al parecer se amaban entre sí. La hermana no se quedaba atrás. Tenían ideas, el ímpetu necesario para ponerlas en práctica, abrían nuevos horizontes, disfrutaban la vida y pagaban escrupulosamente los derechos de los libros vendidos, eventualmente con algún retraso. Otro factor de éxito resultó Rosalind, que se cambió con su propio

hijo, Mathew, y su segundo esposo, a la mansión de su madre, Greenway House en South Devon, y conjuntamente cuidaron el trabajo de Agatha, intuyeron una empresa garantizada.

Fue determinante también que la BBC comisionara para salir al aire a Dorothy L. Sayers, encargándole seis episodios sobre crímenes. Ella y Agatha eran las únicas mujeres que tomaron parte en ese experimento, donde intervinieron también varios escritores hombres. Se procuró interesar incluso más a la audiencia proponiéndole resolver las adivinanzas planteadas antes de transmitir el final de cada caso. Christie se cansó pronto diciendo que le costaba más esfuerzo el radio que un volumen nuevo. Desertó; pero en 1947, cuando la reina madre María cumplió ochenta años, durante sus celebraciones, en lugar de que se grabara algún concierto que la honrara, pidió que se transmitiera el 26 de mayo su programa radiofónico favorito. Agatha escribió entonces *Tres ratones ciegos*, que luego fue un libro y posteriormente obra teatral: *La ratonera* (*The Mousetrap*) de exitosa acogida. A partir de entonces en Inglaterra se festejaba Navidad con sus obras. Y la televisión participó pronto y obtuvo resultados apabullantes. Ya en 1953 la misma BBC hizo varios episodios de treinta minutos. Posteriormente los crímenes-enigmas pasaron al cine y es asombrosa la lista de actores que tomaron parte, por ejemplo en *Muerte en el Nilo*. Basta citar a Peter Ustinov, Bette Davis, David Niven, Angela Lansbury, Mia Farrow y Marge Smith, entre otros. Y lo mismo se diría de *Muerte en el Expreso de Oriente*, travesía que a Christie siempre le había seducido. Adoraba los trenes y curiosamente conoció sobre esos rieles a su segundo marido, el arqueólogo Max Mallowan, y supo que podía llegar por este medio hasta Damasco. En su primer viaje tuvo tres días excelentes para visitar bazares, y se perdió entre la multitud tratando de entender las voces que oía. Sería reiterativo decir que Max y ella hicieron ese viaje varias veces siempre con el mismo interés y que una de las consecuencias fue la novela *Intriga en Damasco*.

En *Muerte en el Expreso de Oriente*, a mi entender su mejor libro, amalgamó el secuestro del niño Lindbergh, hijo de Charles, que tanto revuelo causó en su momento y salió en todos los periódicos, con una venganza en la que toman parte personajes que desean castigar al asesino. Luego de algunos arreglos, Sidney Lumet accedió a filmar la película, cuyos preparativos empezaron en los años setenta. La galaxia de actores es impresionante: Sean Connery, Lauren Bacall, Martin Balsam, Ingrid Bergman, Jacqueline Bisset, Anthony Perkins, Vanessa Redgrave, Richard Widmark, Michael York y otros un poco menos conocidos. El tren se restauró como en sus días de gloria, se procuró rescatar el estilo, el espíritu y los reglamentos. La película obtuvo varias nominaciones y un Oscar al mejor vestuario. Ingrid Bergman ga-



Agatha Christie

no otro Oscar como mejor actriz de reparto. Fue una de las películas más sobresalientes de la época.

Siempre es interesante descubrir a la autora detrás de la leyenda y las razones de eclosión tan inaudita, difícilmente repetida o por lo menos inigualable en su tiempo. Uno de los retratos infantiles de Agatha la muestra rubia, de cabello largo, boca obstinada, labios delgados y mirada fija, como de quien guarda en sí misma algo que aún no encuentra. Cuando se tomó la foto tendría entre ocho o diez años. A los 75 decidió escribir su biografía y dijo textualmente: “Una de las mejores cosas que puede ocurrirle a un ser humano es gozar de una infancia feliz. Yo la tuve. Y tuve además una casa con el jardín que amaba y una nana paciente. Mi padre y mi madre se amaron y encontraron dicha tanto en el matrimonio como en la paternidad”. Esto lo repitió como firme creencia en varias novelas. A lo largo de su vida, en sus memorias orales o en su autobiografía reconstruyó su magnífica niñez con el placer que ayuda a paliar las contingencias cotidianas.

Pasó estos primeros años en Ashfield, una finca que siempre conservó como grato recuerdo, aunque vivió en muchas otras casas incluso más hermosas y de las cuales se han hecho listados. La familia pertenecía a una cómoda clase media. En palabras de la propia Agatha, el padre era un hombre agradable, amistoso, que gozaba de independencia económica y pasaba sus días en

varios clubes y sus tardes y noches con la familia que lo adoraba. Clarissa tenía una personalidad bastante diferente y, sin embargo, mantuvo con su hija relaciones profundas y cercanas. Era original en sus ideas, despreocupada de sí misma y en el fondo sufría una melancolía crónica que se refleja en sus fotografías, no sólo en una vejez que la estropeó sin remedio sino cuando conservaba encantos que empezaban a menguar y aparecía en un ropaje chinesco, frente a un biombo y tomando con la mano izquierda la tapa de un tibor traídos también de Oriente, donde Inglaterra fomentaba el enorme negocio de vender opio a China.

Esa misma madre leía a sus niños antes de dormir, bajo la luz de los candelabros, historias inusuales relacionadas con venenos que sin duda Agatha nunca olvidó. Algunos biógrafos describen también a la buena señora con características de alguien que poseía cualidades “psíquicas”, por lo menos intuiciones para adentrarse en la mente de sus interlocutores; además, contra lo esperado, conservaba curiosas peculiaridades en lo que respecta a la educación que debían recibir las muchachas; se oponía a que Agatha aprendiera a leer hasta los ocho años; pero ella desobedeció tan equivocada idea y aprendió antes de los cinco. Sin aceptar tal precocidad, Clarissa decidió que la mayor, Madge, tuviera la formación escolar negada a la pequeña, quien aprovecha

ba sus libros y a uno o dos amigos que venían para el té. Tomaba clases de danza, se acompañaba de sus mascotas favoritas (perro, gato, canario), disfrutaba un magnífico jardín que, a base de cuidados y fantasía, transformó en arriates de plantas mágicas y estableció relaciones cordiales con la cocinera que la agasajaba constantemente con pasteles de crema durante las frecuentes visitas de su abuela.

La época protegida y feliz de la niñez empezó a desvanecerse a los once cuando murió su padre de 52 años. Clarissa quedó devastada. Su mentalidad mórbida le restaba energía y tal vez desde entonces padeció problemas gastrointestinales y cardíacos. Madge se presentó en la sociedad neoyorquina, casó adecuadamente y Monty, el hermano varón, se estableció en India. Para recuperarse y soportar su pérdida, Clarissa empezó a viajar con su hija menor; siempre con la certidumbre de que las travesías abren ventanas al mundo y sobre todo unen entre sí a dos mujeres.

Desde un principio Agatha fue amante de la poesía y de la literatura en lengua inglesa. Se deduce al repasar varios títulos de sus novelas que nos hacen citar a Shakespeare, Tennyson, Fitzgerald; pero resulta casi desconocida la publicación de un par de libros titulados *Poemas* y *La estrella sobre Belén*, con los cuales no se hubiera vuelto famosa. Le sirvieron sólo como aprendizaje para



medir sus talentos. Mientras esto sucedía llevaba en Londres la vida correspondiente a una muchacha bien educada y, sin poderla presentar en sociedad como era acostumbrado, a pesar de que la fortuna familiar disminuía por las malas inversiones de Monty y porque Frederick había sido la roca en que se apoyaban todos los Miller, los viajes al extranjero no resultaban demasiado caros antes de la Primera Guerra Mundial. Clarissa tomó la espléndida decisión de gozar el invierno en El Cairo, donde abundaban jóvenes oficiales de buena cuna pues la armada inglesa tenía injerencia con dos o tres regimientos estacionados. A lo largo de tres meses, Agatha asistió a cinco bailes cada semana, ofrecidos en grandes hoteles, y no podía conceder al mismo compañero más de dos piezas. Los festejos comenzaban tarde y casi a la hora de desayunar la orquesta recogía sus instrumentos, se practicaba el polo de manera rutinaria, existían el croquet, el tenis y muchas otras distracciones. Las reglas sociales eran todavía victorianas, las jóvenes necesitaban chaperones incluso cuando frecuentaban carreras de caballos, que en El Cairo eran parte esencial de la temporada, dormían hasta bien entrada la mañana y por las tardes conversaban con las más elegantes compañías. Una foto de Agatha la muestra junto al duque de Connaught y lord Fielding, y estos contactos con la nobleza le permitieron referirse a ella en numerosos escritos. Ampliaron su difusión y el ámbito en que se desarrollaba su obra. Se encargó también de comentar la clase de ropa usada para sentirse glamorosa en cenas y hasta en *picnics* por el Sahara. Era casi obligatorio encontrar un galán adecuado; pero comprendía que a los 17 años no se debían tomar tales obligaciones demasiado seriamente.

El regreso a Torquay se convirtió en una especie de anticlímax porque las reuniones no abundaban y los Miller conocían a escasas personas; sin embargo, los contactos hechos en El Cairo les valieron algunas invitaciones; luego surgió la tendencia eduardiana de aprovechar las mansiones. Aquellos que tenían varios sirvientes y propiedades campestres acostumbraban invitar amigos para quedarse un fin de semana o la semana entera, lo que permitía participar en algún deporte acostumbrado como cazar, montar a caballo o adiestrarse en la pesca. Era esencial que las damas fueran buenas jinetes, vistieran con atuendos atractivos usados en los diversos eventos, supieran jugar bridge y mostrarse entusiasmadas por las diversas actividades ofrecidas. Agatha contaba con un ingreso pequeño que aun así le permitía participar. Afortunadamente, los anfitriones sabían que convocaban a jóvenes para hacer crecer el número de sus huéspedes y alegrar sus reuniones. Le propusieron ir a Florencia. Eso le daba nuevas experiencias y aceptó encantada. Luego aparecieron automóviles que viajaban a 25 millas por hora y acortaban distancias. También implicaba un gas-

to que pudo sortear pues era indispensable un traje para cada actividad. Las señoras usaban largos abrigos de *tweed*, amplios sombreros, velos, mascaradas y con frecuencia impermeables obligados en transportes descapotables; pero a pesar de los apuros que esto representaba Agatha nunca se negó, incluso subió a un aeroplano en 1911, desafiando el riesgo con tal de gozar la placentera vista del paisaje desde lo alto.

Los muchachos estaban bien presentados en uniformes de oficiales pues, según lo habitual, el segundo hijo estaba siempre destinado a la Armada y el tercero a la Iglesia. Todo transcurría en paz. Agatha escribió: no sentí en 1913 la anticipación de la guerra tan próxima a surgir en el panorama europeo. Y la guerra que se suponía corta y casi una contienda caballerescas llegó con todas sus nefastas consecuencias. Murieron miles de hombres pertenecientes a los dos bandos, hubo desaparecidos y mutilados; sólo en Highclere, la abadía donde se filmó la serie televisiva *Downton Abbey*, es fama que quince soldados fueron dados de baja.

Ya en el dominio de sus dotes narrativas aunque no poéticas, Agatha hizo el texto titulado “En un dispensario”, una reflexión sobre su entrenamiento durante la Primera Guerra Mundial en la Cruz Roja de Torquay, donde estuvo como enfermera voluntaria. Mostró aptitudes, porque estaba capacitada para concentrarse en los desafíos, y es probable que el manejo de drogas y venenos y la personalidad de algunos maestros le inspiraran su primera novela o alguna posterior. Poseía un ingenio fértil y un fuerte sentido de la responsabilidad. Allí aprendió datos farmacéuticos y las cantidades que debían usarse con precisión a riesgo de cometer errores irreparables. En *El asesinato de Roger Ackroyd* y otros libros habla del empleo del curare, al que ya nunca recurrieron escritores que trabajan o trabajaron temas similares.

Existe un par de versiones al respecto; unos aseguran que fue su madre, otros que su hermana Madge, quien la alentó a redactar una novela detectivesca usando sus experiencias de enfermería y, aunque tenía mucho que hacer en el dispensario, también contaba con horas libres y decidió redactar una anécdota en que se usaba la estricnina revuelta con un tónico para el cabello, muy de moda en la primera mitad del siglo XX. Detalló el veneno empleado y sus consecuencias con absoluto conocimiento, tanto que *The Pharmaceutical Journal* sacó críticas al respecto; además la novela tenía el raro mérito de estar escrita correctamente. A partir de entonces las revistas especializadas la consideraron la “reina del crimen”. Deducían que tenía entrenamiento y capacitación médica al respecto. Aunque sólo practicó otra vez la enfermería brevemente durante la Segunda Guerra Mundial, pero en su biografía asentó que le habría gustado ser enfermera por vocación y que en esta segunda experiencia los medicamentos eran fáciles de emplear

ya que venían en tabletas con dosis correspondientes; sin embargo, mantuvo las instrucciones recibidas e incluso redactó listas sobre sustancias nocivas y narcóticas, la taxina extraída del árbol del tejo, mortal en *Un puñado de centeno*, la nicotina pura, el cianuro que le servirían después en sus escritos. De sus 66 novelas, 41 recurren al veneno como causa de asesinatos o suicidios; y de sus 147 cuentos, 24 emplean el mismo recurso.

tos que había redactado y propuso un contrato para terminar cinco libros, junto con un recorrido por Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Archie había sido requerido con todo pagado y una cantidad de mil libras extras. Y no obstante que su madre le había enseñado que el lugar de una esposa está junto al marido, Agatha ansiaba viajar, convenció a Archie y Madge se encargó de la hija.



Agatha Christie y Max Mallowan en Greenway



A Agatha la pretendía el hermano de una amiga con la que jugaba tenis y croquet cuando en un baile ofrecido por lord y lady Clifford apareció Archie Christie. Era alto, de cuerpo atlético, cabello ondulado, nariz algo aguileña, ojos azules y determinado en sus decisiones, se había inscrito en el Real Cuerpo Aéreo. Agatha sin pensarlo demasiado aceptó casarse con él. Clarissa insistió en que aguardaran mientras mejoraban sus capacidades económicas. En 1914 Archie fue enviado a Francia y Agatha entró al dispensario. Sin embargo, tres meses después decidieron no cambiar planes. En 1918 lo trasladaron al Ministerio de la Fuerza Aérea en Londres. Se había convertido en coronel. Al finalizar la contienda, Archie consiguió un empleo que le producía 500 libras anuales y con las cien de su esposa tuvieron lo suficiente para decorar y amueblar un departamento en Londres; contrataron además a una cocinera y a una nana que cuidara a su hija Rosalind, ya mencionada, nacida el 5 de agosto de 1919 en Ashfield, adonde regresaban para ver a Clarissa y disfrutar de algunas reuniones que, a juzgar por lo que se comenta, Archie no disfrutaba. Su empleo lo requería y se le dificultaba olvidar sufrimientos horribles en el campo de batalla que le provocaban problemas estomacales y una sinusitis nerviosa. Con todo, establecieron una familia sin importar que Agatha comenzara su carrera. El mismo año en que nació la niña, John Lane entendió las cualidades de los escri-

La expedición fue complicada y a la vez estimulante; pero al regreso Archie necesitaba un nuevo empleo, se sentía preocupado y deprimido hasta que un viejo amigo lo ayudó satisfactoriamente; en cambio, Agatha florecía. Publicó los cinco libros, consiguió un agente literario, compró un auto, aprendió a manejar y en compañía de Archie tuvo los suficientes recursos para comprar una propiedad en Berkshire, cercana al campo de golf en Sunningdale, sin intuir que propiciaba su ruptura matrimonial. Ella, conforme a las tendencias que en parte contribuyeron a divulgar su obra, disfrutaba la compañía, como lo había hecho su padre, de la gente con la que establecía relaciones, y aunque Archie trabajaba largas horas durante la semana, practicaba golf sábados y domingos.

En 1924 Agatha quería mudarse de locación. Archie la persuadía de quedarse y un fin de semana estuvo en Surrey con otros deportistas. Conoció a Nancy Neele. Simpatizaron. No era tan reservada como Agatha ni tan concentrada en un trabajo que requería observación ni tan metida en sus añoranzas, que aumentaron hacia 1926 con la muerte de Clarissa. Los intereses esenciales comenzaron a discrepar. Él ansiaba un hogar pacífico y una esposa feliz. Confesó su enamoramiento con Nancy y se cambió de club. Agatha recibió un fuerte golpe. Trató de entender lo que pasaba. No podía dormir ni comer. Cuatro meses después el sufrimiento intolerable

ble la hizo manejar su automóvil. Desapareció en medio de la noche. La encontraron en un hotel y el doctor dictaminó que se trataba de una fuga histérica. El divorcio sobrevino en 1928. Archie se casó con la señorita Neele. Agatha se refugió en sus escritos y en 1930 volvió a casarse con Max Mallowan. No vio nunca a Archie pero conservó el apellido ya famoso. No obstante, cuando Nancy murió ella le envió una misiva con malas inten-

ciones diciéndole que, como había sido tan afortunada en su segundo matrimonio, podía entender esa pérdida.

Respecto a la maternidad se dio cuenta de que estaba contenta de ver crecer a Rosalind y de respetarle sus inclinaciones sin imponerle obstáculos. Dos obras suyas describen las consecuencias que acarrear las madres posesivas. Consciente de ello con su hija tuvo una relación afectuosa sin ser represiva o chantajista, procuran-



do que conservara su independencia y desarrollara su brillantez y fuerza mental; sin embargo, los contemporáneos la juzgaban “demasiado directa” sin aclarar exactamente qué indicaban. Más parecida a su padre que a su madre y por tanto más atractiva físicamente, la niña, que había recibido el gran amor de ambos y se desarrolló en un cuarto pintado de amarillo pálido con frisos de animales rodeando las paredes, después del divorcio continuó viendo a su padre, le escribía desde Caledonia, su internado en Bexhill y luego desde Benenden. Y jamás se quejó de acompañar a su padrastro durante largas excursiones arqueológicas en las que Agatha participaba como fotógrafa y aprovechaba para describir los recorridos por el desierto hasta llegar a un fuerte protegido entre las dunas.

A los 18 la inscribieron en internados de Suiza, Francia y Alemania. Querían que mejorara los idiomas en que lograba expresarse. Apenas pudo, sin pedir consentimiento se alió a la Fuerza Aérea Auxiliar para Mujeres, se comprometió con Hubert Prichard, oficial de fusileros con el que procreó a Matthew en 1943. Al año, fue declarado desaparecido por lo que se le declaró muerto y cinco años más tarde Rosalind se casó con Anthony Hicks, un académico apegado a los jardines, las bibliotecas y las mariposas por las que Agatha siempre tuvo pasión.

Hercule Poirot resultó el personaje con quien Agatha convivió más tiempo. Lo ideó desde 1920 y lo recreó numerosas veces. Por cerca de cinco décadas tuvo lazos entrañables con su personaje, lazos que iban desde la exasperación a la admiración. Consideraba que era demasiado dominante y pretencioso para llevarlo a la escena teatral pero el público lo adoraba. En un artículo para *The Daily Mail* explicó la forma en que se convirtió en su constante compañero, no obstante que ni sus modales ni su apariencia le parecían demasiado agraciados. Se había cuestionado sobre la clase de detective que debía dibujar. Lo nacionalizó belga, le otorgó grandilocuencia, cabello negro, un nombre rimbombante que contrastara con su pequeña estatura y sus manías ordenadas y meticulosas hasta la exageración, unos grandes bigotes y un interés profundo en los rasgos psicológicos de los personajes que iban apareciendo. Mostraba su apreciación y los procesos mentales de un asesino guiado por su peculiar instinto e imponiendo la inteligencia en cada caso. Eso constituyó el principio. Surgió del misterio y tomó forma en las sombras de la inventiva al irse concretando por sí mismo y sin ella sospecharlo cabalmente. Había épocas de alejamiento entre los dos porque Agatha llegó a detestar la invención de esta tiránica y caricaturesca criatura que desayunaba huevos pasados por agua, hablaba frecuentemente en francés y se dirigía a sí mismo en tercera persona para no menoscabar su talento y había descartado el matrimonio en pos de su gloria detectivesca. Agatha llegó a comentar, con verdad

o mentira, que había pensado darle muerte cuando recibía cartas diciéndole: “Pienso que usted debe adorar a su pequeño detective por la forma en que lo ha descrito”, o se convencía diciéndose: imposible prescindir de Poirot, es muy inteligente. Poco a poco lo volvió más humano y menos irritable. Dejaba que a mitad del relato se apoderara de la escena no obstante su vanidad irreductible, decía que su intelecto era tan grande que no parecía humano, y al final trajera a colación todos los elementos observados y los juntara con precisión matemática para llegar a descubrir la verdad de lo ocurrido gracias a su técnica infalible que vencía a cualquier especialista de cualquier disciplina.

Hercule Poirot ha tenido muchos rostros que le han prestado grandes actores como Peter Ustinov, en *Cita con la muerte*, Albert Finney en *Muerte en el Expreso de Oriente*, Charles Laughton en varias ocasiones, Francis Sullivan y quizás el que mejor ha captado las complicaciones de este inspector de policía retirado ha sido David Suchet, quien filmó para la televisión una serie de episodios iniciados en 1989 y que fueron un éxito instantáneo en 35 países. La segunda serie empezó a rodarse a principios de 1990 y la opinión pública decidió que nadie se había acercado tanto al personaje descrito por Christie con sus oscuros bigotes retorcidos, sus trajes de corte impecable, su bastón con empuñadura de plata rematada por un cisne, sus corbatas de moño, sus guantes imprescindibles, su misoginia apenas disimulada y su absoluta confianza en sí mismo. En una entrevista el actor contó que alguna señora regocijada lo había reconocido y a él no le quedó otro remedio que quitarse el sombrero reverentemente ante la dama no del unicornio sino del supermercado.

Quizá para variar y desprenderse de tan pomposo individuo, Agatha ideó otro personaje. En *Un puñado de centeno* describió a miss Jane Marple como una viejita tan encantadora, inocente, blanca y sonrosada que entraba a todas partes sin despertar sospechas y tenía algunos rasgos de la propia abuela de Agatha, sobre todo en su don de profecía, en su costumbre de husmear y en una pasión por el tejido que no abandonaba ni en los viajes por tren ni en las reuniones de sobremesa cerca de las chimeneas. Contar dos derechos y un revés y después un desliz no le impedía enterarse de cuanto la rodeaba. Solterona, alta, en contraste con Poirot, usaba trajes pasados de moda y sombreros de fieltro; está basada en una serie de señoras que Agatha había visto en poblaciones cercanas. Y hábil como ella sola y conocedora de sus victorias, jugaba con sus entrevistadores diciéndoles que jamás pensó que esta anciana dulce y seductora se convertiría en la rival de Hercule Poirot y su propia compañera a lo largo de la vida.

Nuevamente interpretaron el papel grandes actrices con carreras en el teatro y el cine como Helen Hayes,

Margaret Rutherford, Joan Hickson, quien recibió una carta de la propia Christie invitándola un sábado a comer. Ella perdió la carta y a pesar de ello la televisión británica la hizo interpretar a la dama detective. Entonces mostró a miss Marple como una típica señora del país, muy callada y resuelta pero con los pies en la tierra y que vivía en un pueblo y se enteraba de lo ocurrido debido a su gran intuición. Nadie podría discutir con ella y sin ser justiciera, permanecía del lado de la justicia. Joan interpretó diez episodios y pasó la estafeta a Angela Lansbury.

Algunos opinan que Agatha Christie es más conocida de lo que habría sido por haber conformado a estos dos detectives tan diferentes e imposibilitados para ser amigos entre sí y que pudo escribir tanto porque había encontrado un troquel, una “fórmula” basada en preguntas básicas: cómo, cuándo, por qué y dónde; que siempre usaba recursos parecidos, cambios de identidades y el mismo tipo de personajes: militares, *lords* y *ladies*, sirvientes, mayordomos, viudas, metidos en espacios cerrados, casonas, vagones de ferrocarril, barcos, un hotel en los Alpes suizos o en Turquía, sitios a los que llegaban Poirot y Miss Marple, sin dar mayores explicaciones sobre su intrusión. La inclinación de Christie por los viajes le sirvió para hallar escenarios internacionales. Sin desdeñar una increíble capacidad de trabajo y una obstinación a prueba de balas, asentaban que escribía una literatura para entretener sin anhelos artísticos y con el objeto de ganar dinero: literatura más bien de consumo. Los malos encuentran casi siempre su castigo, salvo en uno o dos casos; los inocentes son absueltos y los finales suelen resultar predecibles. Jamás proponen una segunda lectura y tan pronto como se termina la primera a nadie se le ocurriría pensar en lo ocurrido. No hay hallazgos de estilo y los enfoques lineales se desenrollan como las madejas de Jane Marple. Quizás estas sean varias características del género. A Christie se le censura además por su tendencia a referirse solamente a la clase social, alta o media, en la que se movía. En realidad hablaba de gente que le era familiar y siempre comentó que los escritores debían aprovechar algún aspecto de sus vidas y observaciones para poder describirlos; lo mismo hicieron Sir Arthur Conan Doyle, Dorothy L. Sayers y Gilbert Keith Chesterton, que también dieron a sus detectives peculiaridades para convertirlos en seres de carne y hueso. Baste recordar las mañas del opiómano Sherlock Holmes, con eterna pipa, la afición por los fármacos del doctor Watson, el paraguas del padre Brown que le servía como arma para defenderse del clima o como aditamento para hacer rodar por tierra a los ladrones.

Los personajes de Christie —asentados, como dije, en atmósferas claustrofóbicas: un fin de semana campestre, una celebración, reuniones familiares— quedan implicados en situaciones extrañas gracias a uno o



En su biblioteca en 1946

varios asesinatos. Son sospechosos hasta que se descubra al culpable o los culpables; pero los defensores y estudiosos de esta escritora aluden a la diversidad de protagonistas surgidos al plantearse las historias. Muchos fueron tomados de la vida real. Por ejemplo, en su segundo libro, *El adversario secreto* (1922), Tommy y Tuppence Beresford fueron un par de jóvenes brillantes de antes de la Primera Guerra Mundial: uno trabajaba como voluntario en una enfermería (igual que Agatha) y Tommy en el Real Cuerpo Aéreo (igual que Archie); reflejaban la atmósfera inglesa del momento en que transcurren los acontecimientos, primero en la despreocupación de los viejos años y después al verse desorientados a causa de los cambios ocurridos.

Los lujos, los atuendos costosos, el dinero, los viajes y las satisfacciones no pudieron detener esos horribles cambios físicos de los que nadie escapa ni siquiera los más afortunados. Empezó a notarse demasiado la diferencia de edad de Agatha con su esposo. Luego de haber engordado, Agatha perdió peso y la sonrisa que usaba ante la prensa. Poco antes de morir, en abril de 1976 a la avanzada edad de 86 años, Oskar Kokoschka, que no hacía concesiones, la pintó sentada en un cómodo sillón, con su infatigable collar de perlas y una enorme tristeza reflejada en el rostro. Era como si a pesar de su buena suerte, se hubiera desgastado persiguiendo la fama y no quedara de ella sino la cáscara. **U**

Malcolm Lowry

# Incendios y naufragios

Joaquín-Armando Chacón

*La tragedia era, para el escritor Malcolm Lowry, la forma más adecuada y útil para condensar en un solo haz las contradicciones y dificultades del espíritu humano. El famoso autor de Bajo el volcán tuvo una relación compleja y paradójica con el ejercicio de la escritura, al grado de que perdía manuscritos frecuentemente, como recapitula Joaquín-Armando Chacón en este ensayo.*

*En recuerdo de Alberto Gironella*

Uno de los escritores más interesantes del siglo XX lo fue sin duda Malcolm Lowry, quien escribió una obra maestra de la narrativa: *Bajo el volcán* (publicada en 1947 en inglés y en 1964 en español en Ediciones Era).

Malcolm Lowry perteneció a esa raza de escritores que persiguen la maestría en su obra durante todo el camino de su vida, y que parecen escribir muy poco, ya que lo hacen en forma de círculos, regresando siempre al mismo punto, volviendo continuamente sobre sus pasos, insistiendo en sus repetidos temas y una y otra vez recogiendo los naufragios de aquellos libros que nunca parecen terminar.

En vida, Malcolm Lowry publicó únicamente dos novelas, *Ultramarina* (1933) y *Bajo el volcán*, y dejó algunas otras inconclusas, desperdigadas y con grandes lagunas, que se publicaron póstumamente: *Escúchanos*, *Oh Señor, desde el cielo tu morada*; *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*; *Ferry de octubre a Gabriola* y *Lunar Caustic*, esta última dejada inconclusa y que fue editada por el poeta Earle Birney y Margaret Bonner Lowry, su segunda esposa. Entre sus varios viajes y su

abuso del alcohol, Lowry perdió continuamente sus manuscritos, se le incendiaban los originales, los olvidaba en maletas abandonadas en cualquier lugar y, podemos suponer, él mismo los destrozaba con sus múltiples correcciones.

En todas sus narraciones escribió y volvió siempre a un mismo personaje: ese hombre perdido en busca de la salvación: ese hombre atribulado por los males del mundo como si él solo tuviera que cargar con todos los pecados en su espalda. Escribió siempre sobre su personaje, Geoffrey Firmin, el cónsul, aunque no sabía que iba a escribir siempre sobre el cónsul, su personaje ideal.

Si todos los escritores tienen únicamente unos cuantos temas para barajarlos a lo largo de todas las páginas que escribirán en su vida, Malcolm Lowry es el ejemplo más exacto. Él asumió esta condición con toda su fuerza, con toda su rabia, y llegó incluso a vivir su propio tema. Lowry se fue convirtiendo paulatinamente en su personaje, al mismo tiempo que le fue cediendo a su personaje todo lo que a él le había tocado tener. De to-

dos modos, se hizo el proyecto de realizar una gran obra en conjunto, la cual se llamaría *El viaje que nunca termina*, y esta epopeya comprendería el purgatorio, el infierno y el cielo de la existencia humana. Sin embargo, fue un hombre por entero del siglo XX, donde, como muy bien lo señala Óscar Mata (en su libro *San Malcolm en las cantinas*, UAM, México, 1988), “apenas hay un lugar para el infierno”, y por lo tanto sólo escribió sobre el infierno en la vida diaria de nuestra existencia.

Aficionado al vino y los alcoholes desde muy temprana edad, pudo entrever por medio de ellos la salvación del hombre, hasta llegar a comprender que esa salvación y todo aquello que el hombre desea, sólo es posible perderlo por el hombre mismo. Una fórmula sencilla que, sin embargo, al ponerla en juego para realizar una creación se convertía en una gigantesca máquina de posibilidades. Y, debido a ello, Malcolm Lowry volvió a los orígenes, a la literatura clásica, a los griegos y a su difícil sencillez, ya que ellos habían llegado desde el principio de nuestra tradición occidental a conformar todas las posibilidades de nuestros retos. La tragedia, esa expresión dramática catalogada como la máxima forma del arte de la literatura, fue el reto profundo de Malcolm Lowry en su narrativa. Y esa meta ambiciosa la alcanzó en *Bajo el volcán*, novela en donde se conjuga la unidad del tiempo y el espacio, y donde el héroe trágico lucha contra su destino sin posibilidad de salvación porque desde antes de iniciar su lucha ya ha come-

tido los errores que lo precipitarán a la caída y, por medio de su brillante prosa, consigue producir en el lector esa catarsis final y la expiación de la culpa que sólo el drama perfecto logra.

No era una empresa fácil, quizá nunca se había logrado, quizá nunca más vuelva a conseguirse, y por eso esta novela no admite lectores fáciles. Malcolm Lowry la escribió y la reescribió durante más de diez años y cuando creía tenerla terminada la entregaba a las editoriales, pero al menos doce de ellas se la rechazaron en ese transcurso, así que volvía a ella y la mejoraba, la corregía, le quitaba partes o se las agregaba, y una posible versión final —de la cual antes había perdido partes en cantinas de México, de Los Ángeles y de Columbia Británica y que volvió a reescribirlas—, en 1944, la entregó a la editorial de Jonathan Cape, en Inglaterra, pero uno de sus lectores puso en duda la publicación, aludiendo errores y lenguaje difícil y narrativa tediosa y un despeque lento, proponiendo quizás ajustes al tratamiento, por lo cual Malcolm Lowry se vio en la necesidad de escribirle una larga, muy larga carta como un estudio crítico y sincero sobre su obra para rechazar los cortes propuestos y justificar la integridad de esa trágica obra que se inicia el día primero de noviembre de 1939 con un inicial capítulo, casi como un prólogo, donde un par de hombres, en el Hotel Casino de la Selva, iniciaran la evocación de la pasión y muerte del cónsul Geoffrey Firmin y se nos da noticia de una hermosa e inquietante carta cuya profundidad crecerá en la historia que ha de contarse después, aunque haya ocurrido precisamente un año antes, involucrando al cónsul, a Ivonne, su ex mujer y a Hugo, el hermano del cónsul, así como en un eco lejano a una buena parte de la humanidad (muy al principio de esas hojas de la carta, escribe Lowry):

Es decir que si el libro estuviera ya impreso y sus páginas no contuvieran la muda súplica y el aspecto desesperado de un manuscrito no publicado, creo que el interés del lector sería mucho más vivo al principio, exactamente igual que si se tratara, digamos, de un clásico ya establecido, hacia quienes los sentimientos de un lector son diferentes: es decir que podría comentar: “Dios mío, qué duro es esto”, se esforzaría por chapotear a lo largo de oscuros cenegales —en realidad se sentiría avergonzado si no lo hiciera— porque sabe que los pasajes posteriores van a compensarlo.

Pero desde su publicación inicial, el 19 de febrero de 1947 en Estados Unidos por Reynal & Hitchcock, y ese mismo año, pero el día primero de septiembre por la Editorial Jonathan Cape en Inglaterra, *Bajo el volcán* fue agenciándose una creciente manada de seguidores, de inteligentes lectores que en todo el planeta continuamente se internan en el mundo del cónsul Geoffrey



Malcolm Lowry en la Región de los Lagos, Inglaterra, 1957

Firmin y en la vida de Malcolm Lowry. Infinidad de ensayos y acercamientos a la novela ha generado *Bajo el volcán*, multitud de apreciaciones y críticas, en buceos en busca del origen de la fuente inicial de la creatividad de Malcolm Lowry, porque, como dijo alguien que lo conoció: “ningún otro [escritor] ha estado visible y felizmente iluminado por el genio”.

Muchos escritores tienen talento, y a muchos de ellos su propio talento los ha ido destruyendo. Con Malcolm Lowry ocurrió, y la gran tragedia que es *Bajo el volcán* fue como una imagen doble de su propia tragedia. Lowry se consumía en el alcohol, perdía sus manuscritos y sus casas se incendiaban, y también perdió a su primera esposa, Jan Gabriel, quien lo abandonó en 1938 pues no le pudo soportar el constante beber y beber, (y tal y como lo hace la Ivonne con el cónsul de *Bajo el volcán*). Y es precisamente en ese tiempo cuando Malcolm estaba internándose en la escritura de su gran novela.

Malcolm Lowry visitó todas las cantinas que pudo, en el Viejo Mundo y en América. Llegó a Cuernavaca y se hundió en sus cantinas, en la cerveza oscura, en el tequila y el mezcal, sin desairar ninguna ginebra y ningún whisky (“Vas a pensar que estoy loco, pero también así bebo, como si estuviera recibiendo un eterno sacramento”, dice el cónsul en una parte de esa carta enviada a Ivonne), porque había perdido a Jan Gabriel, su esposa, y porque había perdido la salvación y porque tenía que escribir *Bajo el volcán*, esa novela sobre el últi-

mo día en la vida del cónsul Geoffrey Firmin, que es precisamente el día en que vuelve su esposa, Ivonne, (“por un día al menos”) como el cónsul lo había solicitado ansiosamente, y precisamente ese día, el 2 de noviembre, el Día de Muertos en México, él tenía que beber porque a cada trago bebido iba siendo más lúcido, más brillante, más iluminado, para ir comprendiendo sus errores y los errores de la humanidad, porque la caída de uno solo de los hombres es la caída de toda la humanidad. Y, en ese tiempo, se libra la batalla del Ebro y allá también, en España, se pierde la batalla, la democracia, la libertad, y el terror sube a escena. Es el final de una época, es el fin de una esperanza. Las tragedias nunca vienen solas, bien lo sabía Lowry, y esa época es también la muerte de Sigmund Freud, la muerte de James Joyce, cuando los diccionarios dejan de ser humanistas para convertirse en técnicos, cuando los valores universales comienzan a transformarse, a convertirse en otra cosa, a llenarse de velos, cuando la información comienza a distorsionar a la realidad... Y lo terrible es que ese borrachín inglés que vive en Cuernavaca lo sabe, lo comprende cada vez más lúcidamente a cada trago de cerveza, whisky, ginebra, tequila o mezcal bebido, y por lo tanto no puede detenerse, tiene que beber otro y otro trago más para comprender la tragedia, la suya propia y la de la humanidad de su tiempo, aunque cada trago también le devele que él se acerca al final, a su propia destrucción. **U**



Malcolm y Margerie en Vancouver, 1953



Lowry, 1946

*Daniel Mordzinski*

# Las muchas vidas de un hombre íntegro

Juan Villoro

*Los escritores parecen tener en nuestra época una vida pública mucho más activa que en tiempos pasados, al grado de que sus rostros se han vuelto notoriamente más conocidos, incluso que sus libros. Ante ese fenómeno, ¿cómo presentar de otra forma, con mayor imaginación, la personalidad de los escritores? Esta difícil hazaña la ha logrado el fotógrafo Daniel Mordzinski.*

Ramón López Velarde pedía a la patria que fuera “fiel a su espejo diario”. El fotógrafo Daniel Mordzinski encarna ese reiterado sentido de la identidad. En las más variadas circunstancias tiene una insólita manera de parecerse a sí mismo. Rigurosamente vestido de negro, con barba pelirroja a la Van Gogh —nunca muy corta ni muy larga—, mantiene el temple para encontrar el mejor ángulo en el caos de la vida diaria.

Mordzinski es un solo hombre y muchos fotógrafos. En ocasiones ha utilizado seudónimos para trabajar al mismo tiempo en varias publicaciones, y ha encontrado un sello distintivo para cada uno de esos nombres. Al modo de Pessoa, inventó heterónimos tan genuinos y contrastados que en caso de reunirse se retarían a due-

lo. Sólo el pacífico Mordzinski es capaz de conciliar en su seno a tan variados temperamentos. En él conviven el dramático corresponsal de guerra, el bucólico paisajista del horizonte y sus neblinas, el arquitecto de inauditas geometrías, el cazador de exclusivas noticiosas, el retratista de celebridades y el alocado antropólogo que entiende la costumbre como un *happening*. ¿No son demasiadas personalidades para un solo hombre? Por supuesto que sí. La gracia de Mordzinski consiste en sobrellevar con feliz tranquilidad su copioso mundo interior. No es casual que lleve el nombre de Daniel, como el tocayo bíblico que mantuvo el aplomo ante los leones. Su emblemática sonrisa es el sorprendente resultado de quien lleva por dentro los rasgos de carácter que por lo gene-

ral no encarnan en una sola persona, sino en todo el elenco de la Agencia Magnum.

Aunque esta versatilidad lo distingue en los más agitados confines, ha encontrado un eje inquebrantable, una estable región para mirar que ya pertenece a su metabolismo. Su fecunda dispersión creativa ha sido, en cierta forma, el boxeo de sombra para retratar escritores.

Se trata de una curiosa elección. En su novela *Mao II*, Don DeLillo refiere la historia de una fotógrafa que desea retratar a un autor recluso. Él juzga que este deseo es no sólo invasivo, sino casi inmoral. ¿Qué puede mostrar alguien cuya única “acción” consiste en perder pelo ante el teclado? La vida de un novelista está en sus personajes.

Mordzinski se ha propuesto revertir esta tendencia y entender a los autores como personajes. Suele ser el único que ha leído a todos los novelistas reunidos en un congreso. Es el que primero se levanta (y despierta a quien lo solicita) y el último que apaga la luz. El testigo necesario para que las cosas sucedan.

Sus habilidades para ganarse el aprecio de gente veleidosa son infinitas. Al inaugurar una exposición de Mordzinski en el Palau Robert de Barcelona, Enrique de Hériz dijo que, en el caso de las fotos de escritores, la mirada del fotógrafo depende del oído. Daniel escucha para domar a los leones. Los profesionales de hablar de sí mismos se sienten cómodos ante su cámara. “Es como estar con un pediatra”, comenta Rodrigo Fresán: “no hay modo de no confiar en él”.

El retratista se mueve con soltura entre las neurosis de la vida literaria, pero su capacidad de convencimiento se extiende a todas partes. Coincidimos en París cuando las cenizas del impronunciable volcán islandés Eyjafjallajökull impidieron que los aviones despegaran. En un par de horas los boletos de tren se agotaron y nos encontramos en una ciudad sitiada. La madre de Daniel debía viajar con urgencia. Él se dirigió a la terminal como si fuera a hacer un retrato y convenció a los ferroviarios de que le dieran un sitio a una mujer que no tenía boleto, pero tenía un hijo de irresistible retórica.

He asistido a numerosas sesiones fotográficas con este maestro de la táctica suasoria. Nunca lo he visto forzar a nadie a quitarse la camisa o subirse en un banquito. Después de hablar con él, sus modelos hacen por cuenta propia y con repentino entusiasmo lo que en principio les parecía raro. En el futuro, los psicólogos de la conducta podrán analizar si la resistencia de los escritores era muy baja o la capacidad de seducción de Daniel muy alta. Por ahora podemos decir que no hay fotos de J. D. Salinger porque no conoció a Mordzinski.

Llegamos a una subdivisión de su trabajo. Mordzinski ha logrado retratos de luminosa sobriedad. Sin otro foco de atención que la escritura del tiempo en una cara, ha



Ernesto Sabato

dejado indelebles estampas de Amado, Borges, Mutis, García Márquez, Vargas Llosa y tantos otros.

De manera paralela, practica una travesura visual que llama “fotinski”. Aunque la realidad siempre es arbitraria, no siempre es fotogénica. En tales casos, el retratista recompone el entorno con vistosa dramaturgia. Saca un fusil, un foco, un gancho de ropa, un balde de agua, un capote de torero y crea una “situación”. Estas fotografías van de la ironía a la autoparodia. Tomadas en serio, tal vez representarían un álbum psicoanalítico. Pero no hay el menor afán de escarnio en estas puestas en escena; se trata de un juego: literatura imaginada.

Mi variante favorita de la “fotinski” es en la que no se advierte la intervención teatral. Un ejemplo resume esta habilidad. Al finalizar una cena en Managua, Da-

niel quiso hacer una foto de grupo. Estábamos en el salón de un hotel, idéntico a tantos otros. ¿Qué hacer en ese escenario de platos sucios y autores cansados? El fotógrafo nos mostró una servilleta con la acrecentada gestualidad de un mago. Luego la lanzó al aire. Nos retrató viendo al techo, pero lo decisivo es que la servilleta no apareció en la foto. Al sustraer el pretexto que atraía nuestras miradas, se creó una situación única: la teatralidad no estaba en la prenda al aire; estaba en nuestras caras.

Un rasgo esencial de su trabajo: la velocidad de operación. Incluso en las fotos más elaboradas, que inclu-

yen disfraces, objetos raros y algún caballo, despacha la sesión en cuestión de segundos.

Su colega mexicano Manuel Álvarez Bravo se caracterizaba por la lenta espera de una oportunidad. Nadie sabía que estaba fotografiando; miraba el mundo hasta que un prodigio llamaba su atención y tomaba la cámara. El oportuno lema de esta estrategia era: "Hay tiempo".

Mordzinski pertenece a otro sistema. Su mirada es la impaciencia de un hombre calmado. El saldo de ese trabajo son fugacidades duraderas. El extravío de su incommensurable archivo en las oficinas de *Le Monde* representó un agravio: una eternidad hecha de instantes, la memoria comunitaria, se había esfumado.

Ningún artista se repone del todo a la pérdida definitiva de gran parte de su obra. Una vez más, Mordzinski mostró entereza. Tomó la cámara y transformó el dolor en luz.

Siguiendo el precedente de Cortázar, al que tanto ha evocado en sus imágenes, Daniel Mordzinski dejó Argentina en su juventud para instalarse en París, pero se llevó su país a cuestas. Su interés por los autores de su tierra supera al de los ojeadores de las ligas europeas que fichan *cracks* argentinos.

Con los años, su capacidad de pertenecer a la distancia se amplió a España y toda América Latina. Hoy en día un acto literario sólo parece real si él está presente.

El amigo, el cronopio, el testigo imprescindible, está al otro lado de esta página.

© Daniel Mordzinski



Quino

© Daniel Mordzinski



Leila Guerriero



Natalia Litvinova

# Daniel Mordzinski

## Retratos de escritores



Fernanda García Lao



Lucía Puenzo



Adolfo Bioy Casares



Jorge Luis Borges



Luisa Valenzuela



César Aira



Sandra Lorenzano

# Amar a mar

Miguel Ángel Flores

\*

en el centro de la mirada  
el corazón en sombra  
es su sangre misma

en las terrazas del sol  
donde esparce su grito y su furia  
en la hora cenital

enarbola el cielo en llamas  
y el mar de inmóvil mármol

como dádiva de los dioses

\*

El empañado espejo  
sordo es a la luz  
donde no se reflejan luceros

de sus aguas  
signos luminosos surgen

y el olvido se abre paso  
entre festejos de invierno

hay mariposas hipnóticas

y una hebra de luz  
se enreda con el azul  
del canto solo en pigmento

\*

desfilaban como sombras  
ya sin dioses

y el aguijón del sol  
que horada ojos

se fijó en el templo de la lira  
la soledad sin olvido

y el mar el mar el mar

siempre el mar recomenzando

Carlos Mijares

# Poética de la arquitectura

Gonzalo Celorio

*El 19 de marzo pasado, poco antes de cumplir 85 años, falleció el arquitecto mexicano Carlos Mijares, cuya imaginación constructiva se manifestó de manera tan libre como matemática. Si propone y rompe con beligerante originalidad, también recupera y asimila con profundo respeto, afirma Gonzalo Celorio en esta emocionada reflexión.*

UNO

Carlos Mijares, tan generoso y abundante en sus palabras, en sus referencias, en sus entusiasmos y aun en su fisonomía robusta y barbada, patriarcal, considera que su obra arquitectónica es escasa: un edificio, un par de casas, una iglesia provinciana, una capilla rural y funeraria. Sin embargo, Carlos Mijares es un arquitecto tan prolijo como su discurso, porque la arquitectura no sólo consiste en apuntalar en tierra firme los castillos construidos en el aire. La arquitectura es, también y sobre todo, una poética del espacio, para decirlo en términos de Bachelard: es hablar del espacio y hacerlo transcurrir como si su materia fuera el tiempo (no en vano los conocedores aluden, por ejemplo, a la “danza de los arcos” para señalar la periodicidad, el ritmo con que las columnas irrumpen en las crujías de los claustros monacales); es advertir que el espacio agreste no es otra cosa que un papel en blanco en el que ha de articularse una escritura que nos salve del caos y nos proteja de la intemperie; es leer el espacio transcurrido por el hombre y ver en tal itinerario su historia y su pertinencia: quisiera creer que la palabra *antropo*, que define nuestra

esencia, se refiere a *antro* —la caverna, nuestro primigenio lugar de residencia.

Carlos Mijares es arquitecto, pues, no sólo en la medida en que construye, sino en la que habla: construye en la medida en que su palabra discurre sobre el espacio.

DOS

Como quien narra una corrida de toros o una travesía marítima, Carlos Mijares habla de la arquitectura: con enorme pasión, con la propiedad terminológica del entendido y con el rigor crítico del iniciado.

La pasión primero. Sus palabras sobre arquitectura son entusiastas porque el entusiasmo —ya lo dije— es parte entrañable de su carácter: es el ánimo rebosante que lo envicia en la ópera, la tauromaquia o la gastronomía. Merced a ese entusiasmo, compartimos la relación de sus espacios como si se tratara de un aria, de una faena o de un platillo.

Después, el conocimiento, la precisión de los vocablos y por ende su belleza. Al igual que en el campo semántico de la fiesta brava o de la marinería, la lengua española es rica en palabras arquitectónicas. Y cierta-

mente son palabras bellas y precisas como el arte al que responden. Carlos las sabe y las disfruta. Las utiliza con naturalidad y con placer y, como Adán en el Jardín, construye por el solo acto de nombrar.

Por último, el rigor crítico, que no es otra cosa que la pasión y el conocimiento en equilibrio.

Sí. Uno puede aposentarse en las palabras de Carlos Mijares, vivir en ellas, por ellas transcurrir.

### TRES

Carlos Mijares piensa la arquitectura como un escultor. No se construye un espacio, sino que se le pone límite al paisaje. ¿Cómo hacer que de tal concepto no proceda un sentimiento de clausura, de restricción, de cautiverio? En ello va la sabiduría del arquitecto. Ciertamente Carlos pone límites —tal es su oficio—, pero siempre imprecisos o ilusorios —tal es su talento—. La naturaleza está presente en cada gesto de su obra: en la iluminación natural de los recintos que construye, en el empleo de materiales vírgenes, en la utilización de formas geométricas puras. Así, lo de adentro y lo de afuera se mezclan y se entrecruzan con pasmosa naturalidad: el amor pasa por la ventana que vincula la noche con el dormitorio, la oración trasciende la intimidad de la capilla y se eleva hasta su Destinatario, y el patio, la escalera, el tragaluz favorecen los sueños.

### CUATRO

Sobre los retos constructivos que suponen sus obras religiosas —unas por audaces, como la iglesia de Ciudad Hidalgo; otras por lúdicas, como la capilla del panteón de Jungapeo—, pervive la imaginación primordial que las motivó. Es la de Carlos una imaginación tan libre como matemática, y mucho tiene que ver con la imaginación poética, que es inusitada y convincente, portentosa e irrefutable a un tiempo. No se restringe, no se inhibe, no entra en razón —convencionalmente hablando—, y a la vez es real, tangible, contundente como un pájaro que anidara en la cresta del arco iris, para poner un ejemplo de Vicente Huidobro.

La arquitectura de Carlos Mijares es feliz. Sí; es feliz como se dice que es feliz una imagen poética: feliz por original, por afortunada, por brillante, por oportuna, por exacta. Feliz. Y en esa felicidad, acaso, reside su sentido del humor. Sí; la arquitectura de Carlos Mijares tiene sentido del humor. Ante la iglesia de Ciudad Hidalgo —que es un homenaje entre verbal y arquitectónico al concepto de capilla abierta que Vasco de Quiroga trasladó a Michoacán— o ante el oratorio del panteón de Jungapeo —que es un verdadero juguete de tabiques—, uno sonrío; necesariamente sonrío. ¿Por qué? Por la fidelidad constructiva a la ensoñación primigenia: en el



Carlos Mijares, Christ Church, México, 1988-1990

desarrollo de la construcción —accidentada, expuesta a sobresaltos, a intervenciones diversas, a ritmos incalculados— no se claudicó del impulso poético, hasta cierto punto loco o infantil, que le dio origen; antes bien se enriqueció con tales contingencias, como se enriquece la imagen poética en el discurso mismo del poema.

### CINCO

Culto y sensible y por lo mismo respetuoso, acomoda sus proyectos al lugar donde habrán de realizarse; no sólo al paisaje, urbano o rural, que los circunda, sino a la tradición arquitectónica de la comunidad en la que se inscriben.

Sus obras son el resultado del diálogo persistente entre el arquitecto y los maestros albañiles, entre el papel albanense de los planos y el tabique de la construcción, entre la imaginación y la realidad —a cual más desbordada.

Carlos Mijares tiene en su haber una obra moderna que no habrá de envejecer como suele envejecer la modernidad, porque si propone y rompe con beligerante originalidad, también recupera y asimila con profundo respeto. Su vanguardia —si se me permite el disparate— va lo mismo hacia delante que hacia atrás. **U**

Los artículos periodísticos que dan cuenta de la reciente muerte de Carlos Mijares ponen énfasis en la condición poética de su arquitectura. Gonzalo Celorio señaló esa condición hace más de veinticinco años en un artículo que sirvió de prólogo a un libro sobre su obra que se publicó en Bogotá en 1989.

# Lectura, escritura y desarrollo

Felipe Garrido

*Al iniciarse la X Feria Internacional del Libro de Panamá, el escritor y editor mexicano Felipe Garrido, Premio Xavier Villaurrutia por el libro *Conjuros*, dictó una conferencia sobre las relaciones de la lectura y la escritura con el desarrollo social, en el caso de México y de las comunidades latinoamericanas, a partir del ejemplo arquetípico de José Vasconcelos.*

Comienzo con versos; siempre los poetas deberían inaugurar las fiestas de la palabra; el idioma culmina en la poesía.

Aunque hoy no hablaré de poesía. Mi charla se titula “Lectura, escritura y desarrollo”. Claramente, yo estoy convencido de que la lectura y la escritura son factores decisivos para el desarrollo de los pueblos, en todos los órdenes, y me interesa compartir con ustedes estas reflexiones.

De los escritores y los lectores; de la escritura, la lectura y los libros, se ocupa la feria. Y la voz *libros*, por economía y tradición, engloba aquí todas las formas de preservar y reproducir la palabra, y todos los soportes que le permiten manifestarse; de la piedra al ciberespacio. Cada soporte, cada tipo textual, cada una de sus combinaciones implican peculiaridades; hasta ahora tales diferencias no han sido tan profundas como para que no podamos seguir llamando a lo que hacemos *leer* y *escribir*.

\*\*\*

Con la palabra, que nos permite acumular y transmitir experiencias —más aún cuando está escrita; más ahora, potenciada por las nuevas tecnologías—; con la palabra que leemos y escribimos, con la palabra completa, digo, hemos alzado esta nuestra contradictoria civilización, plagada de miserias y por momentos gloriosa. La palabra ha sido siempre, aún lo es ahora, privilegio de pocos, dueños del poder y la riqueza, del conocimiento y la información. En náhuatl, la lengua de los mexicas, el gobernante supremo es el *tlatoani*, “el que habla”.

Hace no mucho tiempo, cuando la idea de que la educación es un derecho de todos empezaba apenas a extenderse, con enormes trabajos, porque no todo el mundo estaba convencido de que en verdad sirviera de algo estudiar y muchos preferían —todavía hoy lo prefieren— que sus hijos siguieran trabajando en lugar de ir a la escuela; hace no mucho tiempo, digo, escribir y

leer eran en los colegios materias separadas: y mientras en el salón de leer podía haber cuarenta niños y tres o cuatro niñas, al de escribir acudían menos de la mitad. Está claro que en aquellas sociedades había un estrato dueño de la palabra y el poder, que necesitaba y podía escribir, mientras al resto no se le permitía ir más allá de

Un día el vapor fue domado, irrumpió la industria, surgió el proletariado, floreció el comercio, hizo falta más gente que llevara las cuentas, pleitos y estrategias de ventas de aquella nueva sociedad. El mundo comenzó a hacerse urbano y cada vez hizo falta más gente que supiera leer y escribir, aunque fuera de manera elemen-



José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet y Gabriela Mistral

la lectura, de modo que pudiera recibir órdenes y no tuviera la tentación de contestar.

Parece que eso ha comenzado a cambiar. Pero aun donde hay cambios estos no son tan profundos ni acelerados como quisiéramos. Tanto a Panamá como a México les falta mucho para que tengan todos los lectores capaces de escribir que les hacen falta; “No para que todos sean escritores —Rodari—, sino para que nadie sea esclavo”.

\*\*\*

Durante siglos nuestras naciones fueron analfabetas. ¿Cómo podían educarse y progresar, si su gente era incapaz de leer y escribir? Sus economías dependían del trabajo de hombres y mujeres que no tenían ningún derecho, que vivían como esclavos. ¿A quién le podía interesar que escribieran o leyeran?

Los progresos fueron más lentos que un atardecer tropical. Los ajustes, en cambio, fueron violentísimos.

En 1910 estalló la Revolución mexicana. Diez años después, cuando aquel huracán de sangre y fuego se aquietó, el país estaba en ruinas; sin cultivos ni fábricas ni minas ni comercio... Lo más lamentable, porque si falta eso falta todo lo demás, sin escuelas ni maestros. Maestros, que van antes que las escuelas. Una escuela sin maestros es una ruina inútil. En cambio, donde haya un maestro habrá siempre una escuela; un buen maestro lleva en sí la escuela. Un buen maestro quiere decir un maestro lector capaz de producir textos; un maestro que lee y escribe, todos los días, porque debe hacerlo y por el gusto de hacerlo.

Vuelvo a aquel tiempo: la Revolución había terminado y hacía falta remediar el desastre. En 1921 fue creada la Secretaría de Educación Pública (SEP). Su primer titular fue José Vasconcelos: un hombre impaciente. Ya en 1920, antes de que fuera secretario de Educación, des-



Gabriela Mistral

de la Universidad Nacional, de la que era rector, cinco veces había convocado al pueblo para que quienes sabían leer y escribir lo enseñaran a los analfabetos. Hubo mucho ruido, pocas respuestas y resultados pobres. Los “maestros honorarios” eran voluntarios sin paga ni preparación ni organización. Vasconcelos, además, quiso ser presidente, y en el intento se distrajo. Menos de tres años pasó al frente de la Secretaría.

Vasconcelos demostró que, si no coinciden con un trabajo de campo sólido, callado y tenaz, las campañas de alfabetización son una espectacular manera de tirar a la basura tiempo y recursos. Una vez que pasan, todo queda como estaba.

La prioridad era que los mexicanos escribieran y leyeran, pero en el país faltaban libros que a Vasconcelos le parecían indispensables; así que decidió editarlos. Comenzó cuando era rector de la Universidad, y continuó con ellos en la SEP. Compró a diversos editores decenas de miles de libros de geografía, historia, matemáticas, español, botánica y otras asignaturas. Y encargó a colaboradores cercanos la producción de algunos de esos otros libros que son los que en verdad forman lectores y no tienen más propósito —aunque en el camino puedan enseñarnos esto y lo otro— que enamorarnos de la lectura: “el libro del cuento mágico, del verso de luz, de la pintura maravillosa, de la deleitable música; el libro de la fantasía, del milagro, de la hermosura; el libro bello, en suma, sin otra utilidad que su belleza” —dijo Juan Ramón Jiménez, hablando de esa clase de libros, cuando estaba ya transterrado en Puerto Rico.

Vasconcelos encargó a Gabriela Mistral unas *Lecturas para mujeres* que ahora pueden parecernos machistas, pero que entonces eran avanzadas. A un grupo de talentosos poetas y ensayistas casi adolescentes las *Lecturas clásicas para niños*, que buscaron recoger los más hermosos textos que había producido la humanidad. Editó la revista *El Maestro*, que llegaba a los hogares y se ocupaba lo mismo de higiene y cultivos caseros que de poesía. Publicó, y esto fue lo que más llamó la atención, una colección de 17 autores clásicos, en tirajes enormes para la época y el lugar — algunos títulos llegaron a los diez mil ejemplares—. Sus enemigos lo acusaron de dilapidar el erario para poner a autores como Tagore, Dante, Plotino y Platón en manos de gente que no sabía leer: 80 de cada cien mexicanos. Los fines de semana el secretario en persona salía en su automóvil a repartirlos. La influencia de esos clásicos se extendió por todo el continente y vale la pena recordar un posible eco literario: el viejo librero catalán que en *Cien años de soledad* regala libros de Séneca y Ovidio a Aureliano Segundo y sus amigos y del cual dice García Márquez que “su fervor para la palabra escrita era una urdimbre de respeto solemne e irreverencia comadrera”.

Pero para formar lectores no basta con producir y repartir libros. Por supuesto tiene que haber libros en manos de la gente y las campañas no hacen más daño que desperdiciar recursos, pero lo que nos hace lectores es que alguien nos llene el corazón y la cabeza de datos, historias y versos, que nos cuente y nos lea, nos acerque a los libros, nos seduzca con ellos. Lo que forma lectores es la

intervención de quienes se dedican a promover la lectura y la escritura —algunos lo hacen desde algún programa de lectura; otros naturalmente lo son o lo deberían ser: los padres, abuelos, maestros—. Vasconcelos no alcanzó a organizarlos, pero algunos de sus allegados fueron extraordinarios promotores. Cuenta Daniel Cosío Villegas, quien muchas veces acompañó a Vasconcelos a repartir libros y años después creó el Fondo de Cultura Económica:

había que ver el espectáculo que domingo a domingo daba, por ejemplo, Carlos Pellicer [...] Carlitos llegaba a cualquier vecindad de barrio pobre, se plantaba en el centro del patio mayor, comenzaba por palmear ruidosamente, después hacía un llamamiento a voz en cuello, y cuando había sacado de sus escondrijos a todos [...] comenzaba su letanía: a la vista estaba ya la aurora del México nuevo, que todos debíamos construir, pero más que nadie ellos, los pobres, el verdadero sustento de toda sociedad. Él, simple poeta, era ave de paso, apenas podía servir para encarrillarlos en sus primeros pasos; por eso sólo pretendía ayudarles a leer, para que después se alimentaran espiritualmente por su propia cuenta.<sup>1</sup>

Con Frida Kahlo, Diego Rivera, otros artistas, ese mismo Pellicer salió a la calle a protestar y escribió al embajador de Estados Unidos en México cada vez que su país intervino en Centroamérica. Y algún día, en un poema, llamó a Vasconcelos

Sembrador silencioso:  
el sol ha crecido por tus mágicas manos.  
El campo ha escogido otro tono  
y el cielo ha volado más alto.

\*\*\*

Veinte años después de que Vasconcelos hubo dejado su austera, enorme y alargada oficina en la Secretaría, con dos murales esotéricos —Buda, derviches, diademas de estrellas— de Roberto Montenegro en las cabeceras, llegó a ocuparla Jaime Torres Bodet. Ministro de Relaciones Exteriores, director general de la Unesco, embajador en Francia, Torres Bodet es, sobre todo, el mayor de nuestros secretarios de Educación. Fue también un altísimo poeta. “Civilización” parece escrito para el doloroso tiempo que vivimos:

Un hombre muere en mí siempre que en Asia,  
o en la margen de un río  
de África o de América,

<sup>1</sup> Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas*, Hermes, México, 1966, volumen I, pp. 15-16.

o en el jardín de una ciudad de Europa,  
una bala de hombre mata a un hombre.

Y su muerte deshace  
todo lo que pensé haber levantado  
en mí sobre sillares permanentes:  
la confianza en mis héroes,  
mi afición a callar bajo los pinos,  
el orgullo que tuve de ser hombre  
al oír —en Platón— morir a Sócrates,  
y hasta el sabor del agua, y hasta el claro  
júbilo de saber  
que dos y dos son cuatro...

Porque de nuevo todo es puesto en duda,  
todo se interroga de nuevo  
y deja mil preguntas sin respuesta  
en la hora en que el hombre  
penetra —a mano armada—  
en la vida indefensa de otros hombres.

Torres Bodet, que había sido secretario de Vasconcelos en la SEP, encabezó dos veces el ministerio de Educación (1943-1946 / 1958-1964); se ocupó de preparar y organizar a los maestros, puso orden en la Secretaría, aumentó de manera espectacular la cobertura escolar y gracias a eso el índice de analfabetismo se redujo de 48 por ciento (1943) a poco menos de 30 (1964).

\*\*\*

Al llegar a 1970 México tenía 48 millones de habitantes, un índice de analfabetismo de casi 26 por ciento y un nivel de escolaridad de tres años y medio. Para 2010 el analfabetismo se había reducido a 7 por ciento, y la escolaridad había aumentado a ocho años y medio. Una hazaña, mayor aun si se piensa que en esos cuarenta años los mexicanos pasamos de ser 48 millones a 112.

En el camino tomamos conciencia, con alarma, de que la alfabetización es una etapa indispensable, pero que no basta para formar buenos lectores capaces de escribir y, en consecuencia, no alcanza a detonar los procesos de desarrollo que el país necesita. Y, finalmente, de eso se trata; de que la educación y la cultura, la escritura y la lectura, los libros y las nuevas tecnologías nos lleven a vivir mejor. Dice Vasconcelos en “Un llamado cordial”, al frente del primer número de la revista *El Maestro*:

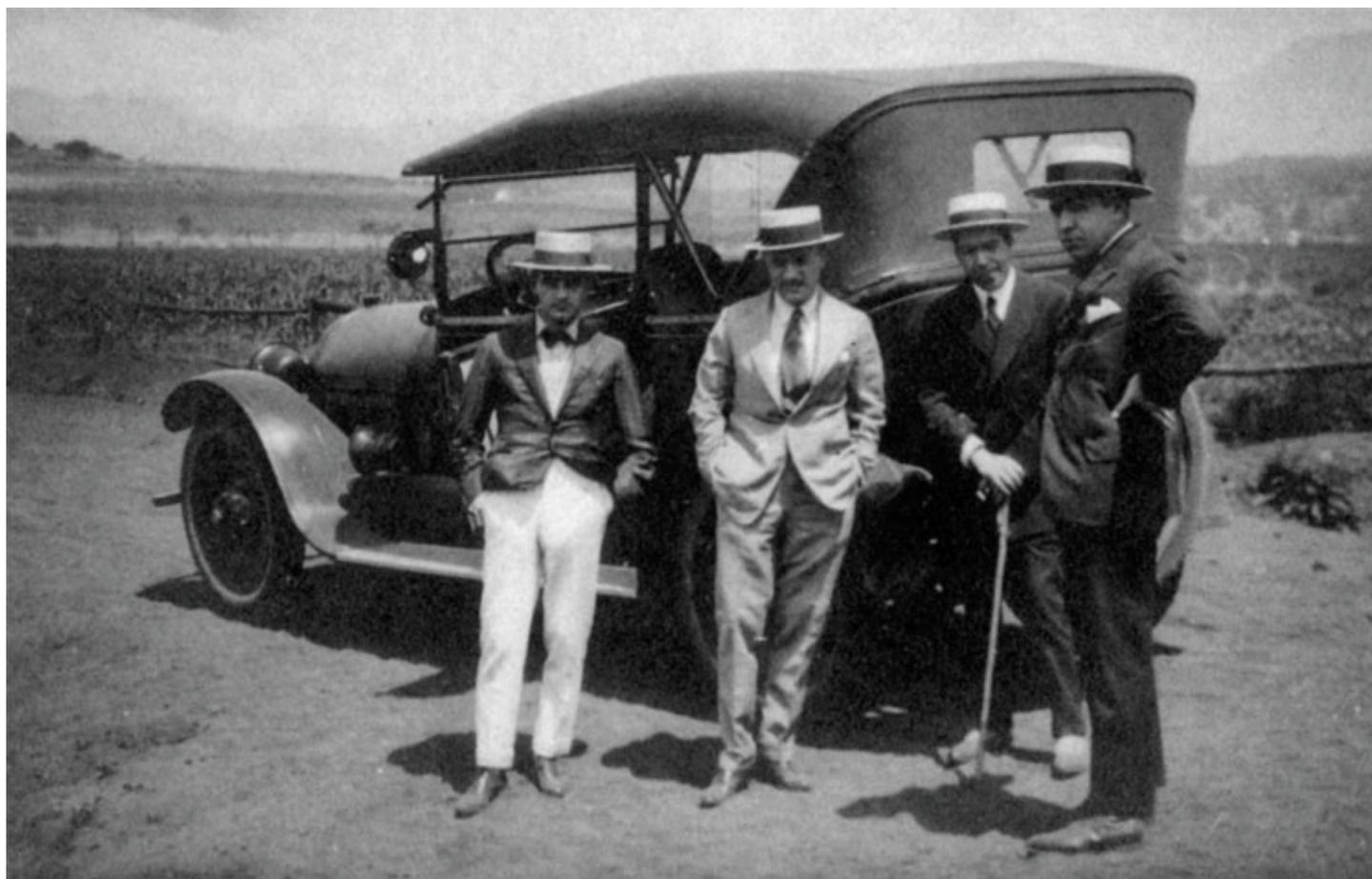
El único principio que servirá a los que aquí escriben y a los que seleccionan el material que ha de publicarse en nuestro periódico es la convicción de que no vale nada la

cultura, de que no valen nada las ideas, de que no vale nada el arte, si todo ello no se inspira en el interés general de la humanidad, si todo ello no persigue el fin de conseguir el bienestar relativo de todos los hombres, si no asegura la libertad y la justicia, indispensables para que todos desarrollen sus capacidades y eleven su espíritu hasta la luz de los más altos conceptos.

No basta pues con que la población sepa leer y escribir. No es lo mismo estar alfabetizado que ser un lector capaz de producir textos. Una persona alfabetizada sabe leer y escribir: 93 de cada 100 mexicanos pueden

Además de leer y escribir por necesidad y obligación todos los días —las lecturas utilitarias son parte de nuestra vida—, los lectores letrados y los autónomos<sup>2</sup> leen y escriben también por el interés y el placer de hacerlo. Y eso es una gran diferencia. Pues para que una lectura sea gratificante, para que nos produzca emociones y sentimientos genuinos, y nos permita formar verdaderas redes de conocimiento, hace falta ir más allá de la superficie. El buen lector aprende a profundizar en la comprensión.

Cuando alguien se forma como un buen lector, aprende a leer con todas sus potencias puestas en el proceso de



José Vasconcelos con Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet, 1922

hacerlo, y en su mayoría lo hacen día con día por necesidad y por obligación, para estudiar, trabajar o buscar información. Esta lectura y esta escritura *utilitarias* tienen un uso práctico inmediato y, hasta ahora, son las que suelen transmitir nuestras escuelas. Pues en la escuela lo común es que no haya lugar para la lectura y la escritura que no son *útiles*, que no están encaminadas a cumplir con las obligaciones escolares.

La lectura y la escritura utilitarias mantienen el nivel de comprensión en umbrales tan bajos que puede hablarse de casi una simulación de la lectura donde se repiten palabras que se entienden a medias, o no se entienden. Y, ya se sabe, sin comprensión no hay lectura ni escritura.

entender más a fondo lo que está leyendo. Y de esa manera leerá también cuando busque información, cuando siga un tema de actualidad, cuando estudie.

\*\*\*

Vuelvo a 2010, para llegar al estado actual del tema que nos preocupa. Para ese año había en México más alfabetos que en 1970. Era natural, pues la población se había más que duplicado. También el número de lectores

<sup>2</sup> Defino los diversos niveles de lectores en mi libro *Para leer mejor*, Paidós, México, 2014.

había crecido, pero en proporción mucho menor. Al concluir la primera década del siglo, la población alfabetizada era de 34 millones y se dividía en dos grupos: cuatro millones de lectores letrados; y treinta millones<sup>3</sup> que habían aprendido a leer y a escribir, pero lo hacían sólo cuando no había más remedio; treinta millones de alfabetos no lectores.

Cuatro millones de lectores frente a treinta millones de alfabetos no lectores son cifras alarmantes. Nos recuerdan al salón de leer y el salón de escribir. Estar alfabetizado y no haber sido formado como lector autónomo capaz de producir textos es como saber únicamente leer y no escribir. Es haber sido educado a medias; haber sufrido un engaño.

La diferencia entre los simplemente alfabetizados y los lectores me lleva a Montag, el bombero de Bradbury que, con sus compañeros, se dedica a quemar libros. Un día, una vieja prefiere arder con su biblioteca antes que abandonarla, y eso cambia la vida de Montag. Los bomberos y Mildred —la esposa de Montag— y el propio Montag están alfabetizados y reciben instrucciones por escrito, pero no son lectores, no han profundizado en la comprensión, no pueden hacer una lectura crítica de lo que sucede. *Fahrenheit 451* cuenta cómo un alfabeto no lector se convierte en lector.

Cuatro millones de lectores frente a treinta millones de alfabetos no lectores implican enormes desperdicios de tiempo, dinero y oportunidades, por parte de los gobiernos, las familias y las personas. Cuatro millones son muy pocos respecto al número de mexicanos alfabetizados y respecto a los que haría falta tener para alcanzar el nivel de desarrollo que el país necesita. Me imagino que la situación en Panamá debe ser semejante.

¿Para qué queremos más lectores? Los lectores que leen por el placer de leer y escriben a menudo encuentran absurda esa pregunta. La lectura es una forma de la felicidad. Se lee para leer. ¿Para qué más?

Para quienes no son lectores, hacen falta argumentos más tangibles.

Existe una relación directa, probada, entre el nivel de lectura de los estudiantes y su rendimiento escolar. Los mejores alumnos son mejores lectores que sus compañeros.

Esa es una buena razón para que nos preocupe ir más allá de la alfabetización y formar lectores letrados.

Existe también una relación directa, asimismo probada, entre el nivel de lectura de un país y su nivel de desarrollo. En las naciones donde se vive mejor se lee más.

Esa es otra buena razón para formar lectores que comprendan mejor lo que leen, que lean y escriban todos

los días; que incluyan en sus lecturas cuentos, novelas, ensayos, teatro, poemas, porque la literatura exige más de los lectores, los pone a prueba, los perfecciona.

\*\*\*

Voy a tratar de explicar por qué sucede esto que acabo de decir. Cuando se lee y se escribe por gusto no es posible conformarse con entender a medias. Esos lectores profundizan en la comprensión tanto como pueden. Ahondar en el sentido y en el significado de lo que se lee y se escribe es un intenso placer.

Así que un lector capaz de producir textos está entrenado para entender. Ha aprendido a muestrear, a anticipar, a inferir, a relacionar datos, a rectificar lo que va entendiendo mientras sigue leyendo —estos mecanismos se adquieren sólo con la lectura misma—,<sup>4</sup> a contener sus prejuicios, a reconocer las lagunas en su formación, a darse cuenta de lo que comprende —un lector incipiente o mal formado no se pregunta si está entendiendo lo que lee— y lo que no alcanza a comprender. Estar al tanto de lo que no se entiende es indispensable para construir la comprensión.

Un lector letrado capaz de escribir termina por contraer la manía de entender; llega el momento en que no acepta explicaciones a medias. Y no sólo sobre lo que lee, sino sobre todo lo demás.

La lectura por gusto ejercita el intelecto y desarrolla tres formas de pensamiento indispensables lo mismo para hacer política que para escribir poesía, llevar un negocio o jugar fútbol. El pensamiento abstracto, que nos permite manejar ideas. El pensamiento utópico, que nos permite imaginar lo que no existe. Y el pensamiento crítico, que nos permite poner en tela de juicio lo que los demás y lo que nosotros mismos sabemos, decimos, creemos, pensamos y, por lo tanto, abre la posibilidad de descubrir, rectificar, disentir, debatir, buscar acuerdos.

A lo anterior hay que agregar que un lector capaz de escribir continúa aprendiendo, multiplicando experiencias, madurando, ampliando horizontes durante toda la vida. A final de cuentas, todos terminamos por ser autodidactos y cada quien sabe hasta dónde cada quien lee. Ejercitarse en la escritura, por su parte, es una manera de adiestrarse en el arte de pensar.

Tomando todo esto en cuenta, ¿qué tiene de extraño que los mejores lectores resulten ser mejores alumnos? Entienden mejor y, por consiguiente, aprenden mejor, olvidan menos, pueden vincular unos conocimientos con otros. Su rendimiento es consecuencia

<sup>3</sup> Expongo las cifras con detalle y cuento cómo llegué a ellas en mi libro *Manual del buen promotor*, Conaculta, México, 2012.

<sup>4</sup> Véase en mi *Manual del buen promotor*, ya citado, “Los mecanismos de la comprensión —o de la lectura—”, pp. 111-116.

de su calidad de lectores letrados, capaces de escribir. Y un día, esos mejores alumnos son mejores trabajadores, mejores profesionales, empresarios y políticos más capaces... y pueden armar sociedades más prósperas y justas, donde se disfruta de un nivel de vida más alto.

\*\*\*

En el último tercio del siglo XX el mayor reto para los mexicanos era lograr que la mayoría supiera leer y escribir. Lo que sigue ahora es formar como lectores a esos treinta y tantos millones de alfabetos no lectores que hay en el país.

¿Quién podrá hacerlo? Creo que esa tarea corresponde a la multitud de salas, clubes, círculos, programas y proyectos para la formación de lectores que han surgido en los últimos tres decenios y que son lo mismo iniciativas de particulares que de autoridades federales, estatales, municipales... Muchos están integrados por voluntarios. Muchos trabajan con las escuelas, porque son espacios bien organizados. En mi opinión, quienes deben ocuparse de la población escolarizada son los maestros.

\*\*\*

Hasta ahora la meta de la educación básica ha sido en México alfabetizar a los estudiantes —32 millones, casi el mismo número que el de alfabetos no lectores—. En el pasado inmediato hubo autoridades y maestros que tuvieron la esperanza de delegar en manos de las organizaciones civiles la responsabilidad de formar a los alumnos como lectores letrados. Gracias a la reforma educativa que la SEP lanzó en 2013 se ha rectificado este camino. La responsabilidad de formar a los estudiantes como lectores corresponde en primerísimo lugar a los maestros y, en las familias en que esto es posible, a los padres.

Para que los maestros puedan cumplir con esta responsabilidad hacen falta dos condiciones. Primero, que los propios maestros sean lectores letrados, y segundo, que la SEP cambie el propósito de los diez o doce años de estudio que abarca la educación básica. En adelante esa meta no debe ser ya alfabetizar a los alumnos, sino formarlos como lectores letrados, capaces de producir textos.

Jamás conseguiremos una población mayoritariamente lectora mientras no logremos hacer lectores a los maestros de educación básica y convertirlos en los más importantes promotores de la lectura y la escritura.



Daniel Cosío Villegas

Una y otra condiciones son obligatorias. Como dice Pennac —cuando es leído con atención— también el verbo leer se conjuga en imperativo —lo que no debe hacerse es conjugarlo sin compañía.

Un maestro, un bibliotecario, un padre de familia, un buen promotor de la lectura y la escritura *tiene que ser* un buen lector autónomo y ejercitarse en la escritura. Esto no es opcional. *Tiene que ser*. Es obligatorio. Lo subrayo porque la visión romántica —en el peor sentido de la palabra— de que la lectura autónoma tiene que estar libre de cualquier tipo de obligación y de presión se ha extendido más de la cuenta. Hay que volver a Pennac y leerlo a fondo.

Cada vez que digo esto hay alguien en la audiencia que en ese momento, entre divertido e indignado, me recuerda el primero de los derechos que Pennac propone para los lectores: *el derecho a no leer*. En el mismo tono en que mi interlocutor lo haya expuesto, le recuerdo que esos derechos son *de los lectores*. Los no lectores *no tienen derecho a no leer*. Sencillamente, para ellos, la lectura autónoma no existe; no tienen que preocuparse por ella. Así que, primero hay que hacerse lector y, ya después, pero sólo *después*, tendremos derecho a no leer.

Pennac no dice que alguien tenga derecho a no ser lector, sino que los lectores tienen derecho a no leer. Tampoco dice —hay que leerlo con cuidado— que jamás deba exigirse alguna lectura. Lo que no debería hacer nadie es mandar a alguien a leer lo que él no ha leído; a leer mientras él se instala frente al televisor. A menudo, para formar a los lectores autónomos, y para iniciarlos en la escritura, será preciso aplicar cierta presión, imponer la lectura de algunos textos, hacer obligatorias ciertas tareas.

Existe el derecho a no ser lector. No todos están obligados a ser lectores autónomos. De acuerdo. Pero si alguien decide ser un promotor de la lectura y de la escritura —un profesor, un padre de familia, un bibliotecario— entonces sí tiene la *obligación* de ser un buen lector y de escribir con frecuencia.

No todos estamos obligados a saber de anatomía. Pero más nos vale que los médicos crean que ellos sí deben conocerla.

\*\*\*

Espero que esté claro para qué queremos lectores letrados capaces de producir textos, de convertir su experiencia en expresión. Los queremos para que nuestras naciones alcancen el desarrollo que merecen y sean más respetadas, más prósperas, más democráticas, más justas.

Muchas veces Panamá y México han tenido que empuñar las armas para defender su territorio, y mu-

chas veces han sufrido tratos indignos. Todos ustedes recuerdan versos de la “Visión de Panamá”, de Demetrio Korsi:

Panamá la fácil. Panamá la abierta,  
Panamá la de esa Avenida Central  
que es encrucijada, puente, puerto y puerta  
por donde debiera entrarse al Canal.

Movimiento. Tráfico. Todas las cantinas,  
todos los borrachos, todos los fox-trots,  
y todas las rumbas y todos los grajos  
y todos los gringos que nos manda Dios.

Diez mil extranjeros y mil billeteras...  
Aguardiente, música... ¡La guerra es fatal!  
Danzan los millones su danza macabra.  
Gringos, negros, negros, gringos... ¡Panamá!

Es tiempo de emprender, con ímpetus nuevos, el camino de la grandeza de nuestras naciones. Y ese camino, la dimensión de nuestro desarrollo comienza aquí donde yo estoy acabando, en la lectura y la escritura; en la voz escrita de los poetas. Esos seres de los que habla Moravia Ochoa López:

nosotros los redimidos por el espíritu, nosotros los  
[espirituales niños y niños tristes  
nosotros los que cantamos al amor y a la tristeza, a  
[la muerte y la vida, a la claridad,  
nosotros, pendencieros, buscapleitos,  
nosotros los que en amor amamos, luchadores,  
nosotros transparentes y calmados  
somos más que un humano, somos dioses

Porque será la poesía la que nos salve; es decir, la lectura y la escritura y la manía de entenderlo todo serán los cimientos de nuestro desarrollo. De manera que, si nos ponemos a leer y a escribir, un día, más próximo de lo que pensamos, serán realidad las palabras de José Franco:

Aún te siguen golpeando,  
Patria mía.  
Sin embargo,  
mañana serás júbilo,  
podré mirarte alegre,  
oler tu casa limpia,  
sentir la aurora libre  
sobre tu patrimonio.

Junto a tu corazón,  
mañana, te lo juro,  
cantaremos un himno  
por la vida. **U**

# Cervantes y La destrucción de Numancia

# Guerra y violencia

Margarita Peña

*El tema del cautiverio estuvo presente en la producción literaria de Miguel de Cervantes Saavedra, en El Quijote y en sus comedias, como un evidente trasunto de su propia experiencia de cautivo de Argel. Sin embargo, el autor alcalaíno aspiró a darle un estatuto superior al tema con la escritura de una tragedia: La destrucción de Numancia, que retoma un episodio del antiguo pasado de los pueblos de la península.*

Año fundamental en la producción literaria de Miguel de Cervantes Saavedra fue el de 1615: aparición de la *Segunda Parte del Don Quijote de la Mancha* (malamente imitada la *Primera* por un tal Avellaneda) y la recolección impresa (finalmente) de su teatro: comedias, entremeses, en un volumen que había ido configurando a lo largo de su vida con la intención de dar cima a su empeño inicial: ser autor de teatro. Volumen que, desperdigado en folios manuscritos, guardaría en algún cajón, según su propio dicho. La redacción de *La Numancia*, en fecha más o menos cercana a la liberación del cautiverio de Argel, marcaba el final del episodio trágico que se prolongó durante cinco años (1575-1580) y el inicio de una trashumancia que caracterizaría su existencia, marcada con eventuales periodos sedentarios. Madrid, en los años cercanos a Argel; Esquivias, casi dos años, tras su matrimonio con Catalina Palacios Salazar; reclusión forzosa, los meses transcurridos en la cárcel de Sevilla, de noviembre de 1597 a abril de 1598; Valladolid, junto con sus hermanas en seguimiento de la corte de Felipe III, durante unos pocos años, hasta

1604, en que según W. F. King pudo visitar Sevilla y participar en el certamen poético de San Juan de Alfarache, en donde se habría encontrado con el novohispano Juan Ruiz de Alarcón, a la sazón recién egresado de la Universidad de Salamanca. A esto seguirían los años madrileños en que se ve cercado por acuciosas necesidades económicas; la desaparición de sus caras hermanas Andrea y Magdalena; los conflictos con Isabel, su hija, paliados apenas por la cercanía de Catalina, la esposa restituida y el empeño de la escritura y publicación de sus obras, entre ellas su teatro. Al morir, en abril de 1616, pergeña una patética dedicatoria al conde de Lemos, mecenas, en el prólogo de la novela *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, carta que empieza con el verso de un romance: “Con un pie en el estribo...”. La obra verá la luz y los beneficios irán a la viuda Catalina Palacios Salazar, como una especie de legado final, siguiendo una costumbre de los escritores de la época.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Lope de Vega legando por conducto de su yerno Luis de Usátegui a una familia de la nobleza hacia 1635, la que se supone versión pa-

Cuando emprendemos la lectura de Cervantes nos enfrentamos frecuentemente a lo autorreferencial, al fenómeno de la experiencia personal del escritor trasvasada en obra literaria. El trasfondo biográfico subyace de manera casi literal en el episodio del Cautivo de la *Primera Parte del Quijote*. Asimismo, aunque menguada por el tiempo, la crudeza del cautiverio se relee en la novela ejemplar *El amante liberal*. No se diga el teatro: comedias que en realidad son tragicomedias, y que en la redoma del verso recogen la dura experiencia del cautivo Cervantes en Argel, al tiempo que intentan ajustarse a las premisas de la comedia nueva en boga.

Como las “comedias” (así calificadas por Miguel de Cervantes) que constituyen lo que podríamos considerar la “saga dramática de Argel”. Como las más características de ellas —*El trato de Argel* y *Los baños de Argel*—, que reproducen, cual si se tratara de una pintura teatralizada, el drama del cautiverio argelino, la tragedia titulada *La destrucción de Numancia*, pese a no relacionarse desde una perspectiva textual con lo que Cervantes viviera a lo largo de casi cinco años (1575-1580), lleva tras de sí la vivencia traumática del encierro del autor y remontándonos más lejos, la de la guerra misma, la ba-

talla de Lepanto (7 de octubre de 1571). Me adelanto aquí a considerar la acción dramática de *La destrucción de Numancia* como ejemplo de “fiesta sangrienta” —tales las “fiestas sangrientas del Renacimiento”, a las que se ha referido Jacques Lafaye en su libro sobre López de Gómara y *La historia de las guerras del mar*—,<sup>2</sup> como un documento no sólo literario sino político, independientemente de su filiación histórica. Adelanto igualmente la evidencia de su modernidad, pues retrata —al igual que piezas muy posteriores en el tiempo, obras de nuestros días, de autores no forzosamente españoles, tal *El estado de sitio*, de Albert Camus (la obra teatral, 1948: el infortunio de un grupo humano avasallado por el invasor y aniquilado en una muerte colectiva)—. Pretendo con esto sólo señalar una coincidencia sorprendente: ambas obras de teatro —de Cervantes y de Camus, cada una en su respectivo contexto— constituyen en cierto modo un alegato contra la violencia, el absurdo de la guerra y la sinrazón de la muerte; en ambas se utiliza el recurso retórico-escénico de la alegoría. De distinta manera a como, con un sentido específicamente teológico, este recurso se utilizaría en el siglo XVII en los autos sacramentales de Calderón de la Barca.

rafraseada de la comedia *Ganar amigos*, de Ruiz de Alarcón, con el título de *Amor, pleito y desafío*. Cfr. A. Millares Carlo, “Noticia” a *Ganar amigos* en Juan Ruiz de Alarcón, *Obras II*, México, FCE, 1959, p. 268 y ss.

<sup>2</sup> Jacques Lafaye, *Sangrientas fiestas del Renacimiento. La era de Carlos V, Francisco I y Solimán (1500-1557)*, segunda edición, FCE, México, 2001.



DE 6/18/1/8692/1

Invnt/80440  
© Biblioteca Nacional de España

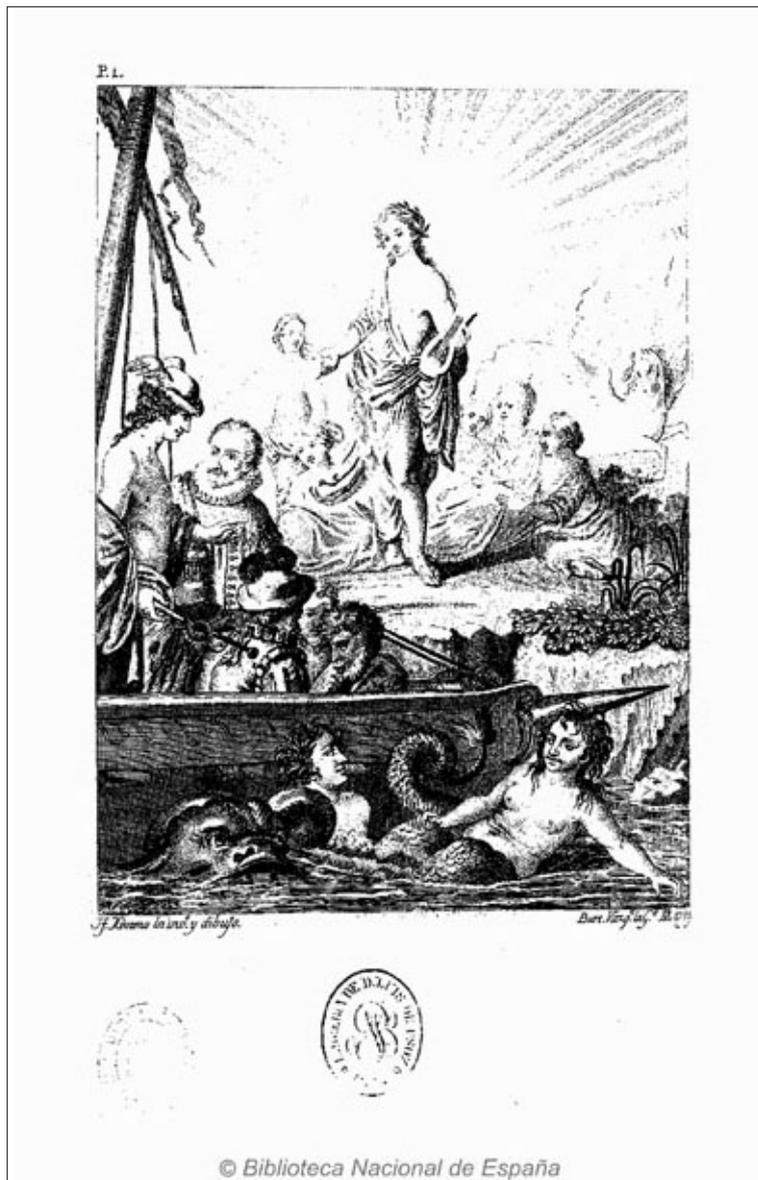


Imagen del libro *Viaje al Parnaso*

Vayamos a aspectos de datación de la tragedia cervantina. En su amplia y excelente introducción a la edición anotada en Castalia,<sup>3</sup> Alfredo Hermenegildo señala como posible época de redacción los años que van de 1582 a 1587, cuando liberado del cautiverio de Argel el escritor “inicia una carrera de dramaturgo que le llevará a participar activamente en la vida teatral de la corte”.<sup>4</sup> Y añade, citando al propio Cervantes en el “Prólogo” a *Ocho comedias y ocho entremeses*: “Tuue otras cosas en que ocuparme, dexé la pluma y las comedias”.<sup>5</sup> Estas “cosas” fueron, además de firmar una especie de convenio de separación de su esposa Catalina Palacios de Salazar y Vozmediano, según ha apuntado Daniel Eisenberg,<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Alfredo Hermenegildo, introducción a *La destrucción de Numancia* en Miguel de Cervantes, *Entremeses/La destrucción de Numancia*, Castalia, Madrid, 2001, pp. 227-271.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 227.

<sup>5</sup> Cervantes, *Comedias y entremeses*, edición de Schevill y Bonilla, tomo I, 1915, p. 7, citado por A. Hermenegildo, *loc. cit.*

<sup>6</sup> Daniel Eisenberg, “El convenio de separación de Cervantes y su mujer, Catalina”: [www.cervantesvirtual.com.servlet/SirveObras/02/12/2005](http://www.cervantesvirtual.com.servlet/SirveObras/02/12/2005).

recolectar trigo y aceite de los labriegos de Andalucía en su función de comisario de abastos para la Armada Invencible, oficio que le causó no pocos disgustos: dos excomuniones —el anuncio de la excomunión aparecía en las puertas de todas las parroquias de Écija—, salarios retrasados y verse obligado a vivir de prestado en la posada de su amigo, el antiguo cómico Tomás Gutiérrez,<sup>7</sup> para sobrevivir, amén de repercutir en el encarcelamiento en Castro del Río pocos años después, en 1592. Siguiendo a Hermenegildo, es muy posible que, precisando la fecha de composición, esta haya tenido lugar entre 1581 —cuando la anexión de Portugal por Felipe II— y 1585, en que firma Cervantes contrato con un tal Porres para escribir varias obras. Según Canavaggio, citado por Hermenegildo (p. 228), las coincidencias en cuanto a estructura, versificación y vocabulario con las tragedias de Juan de la Cueva, aparecidas en 1583 bajo el título de *Comedias y tragedias*, permiten suponer que *La Numancia* se haya escrito posteriormente a estas.<sup>8</sup> Dramaturgos ambos, De la Cueva deambulaba por la Nueva España en los años en que Cervantes sufría duro cautiverio en Argel recolectando datos, mediante la observación directa, sobre la condición humana, sobre víctimas y verdugos, los que vertería casi al pie de la letra en *Los baños de Argel* y en *El trato...*, y en sentido amplio, en *La Numancia*. La amistad con De la Cueva pudo datar del año de 1583 o antes incluso, ya que en 1584 —fecha de aparición de *La Galatea*— Cervantes le dedica una estrofa en el “Canto de Calíope”, que dice: “Dad a Juan de las Cuevas [*sic*] el debido / lugar, cuando se ofrezca en este asiento, / pastores, pues lo tiene merecido / su dulce musa y raro entendimiento. / Sé que sus obras del eterno olvido / (a despecho y pesar del violento / curso del tiempo) librarán su nombre / quedando con un claro alto renombre”.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Melveena Mc Kendrick, *Cervantes*, prólogo de Alonso Zamora Vicente, Salvat, Barcelona, 1986, p. 101.

<sup>8</sup> Valga una digresión para señalar que De la Cueva, poeta sevillano que residiera en la Nueva España de 1571 a 1577 y el segundo poeta en importancia después de Gutierre de Cetina dentro del cancionero novohispano *Flores de baria poesía* (1577), hacia la época de publicación de sus comedias “abominaría” de las composiciones de juventud al modo de Petrarca. Cfr. *Flores de baria poesía. Cancionero novohispano del siglo XVI*, edición crítica, prólogo y notas de Margarita Peña, tercera edición, FCE, México, 2004, 748 pp. *Vid.* pp. 58-59 sobre opiniones al respecto de F. de Icaza y M. Méndez Bejarano. Un dato curioso para la biografía de Juan de la Cueva, desconocido hasta donde sé, es que posiblemente se haya desempeñado como “escribano real” de la Ciudad de México durante su estancia en Nueva España, en la zona de Toluca y en la de Colima, cercana a la ciudad de Guadalajara, en donde se sabe que su hermano Claudio de la Cueva fungía como inquisidor, según consta en una obra publicada en México por El Colegio de Michoacán, la Universidad de Colima, Conaculta y Fonca: *Andariegos y pobladores. Nueva España y Nueva Galicia, siglo XVI*: “Juan de la Cueva. Escribano real de la Ciudad de México, ante quien el vecino de Toluca Pedro Gómez Hidalgo se obligó por cantidad de pesos que debía al mercader vecino de Colima García Rodríguez” (p. 130).

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 55 (“Prólogo”).

Los versos confirmarían también la hipótesis de Jean Canavaggio en relación con la posible influencia de las tragedias de Juan de la Cueva sobre la tragedia de Cervantes, que este escribiría posiblemente por esa época.

Ubiquemos la tragedia *La destrucción de Numancia* en el *corpus* teatral cervantino. Es evidente que en cuanto a fechas podemos relacionarla con sus comedias *El trato de Argel* y *Los baños de Argel*, tanto por ser cercana a ellas en el tiempo de escritura como por la temática de la prisión y el exterminio, llevada a sus últimos extremos en la tragedia. Un resumen sobre la trayectoria teatral de Cervantes<sup>10</sup> cita una declaración del autor, de 1584 (proveniente, como todas sus declaraciones, de alguno de sus prólogos), según la que “se vieron en los teatros de Madrid representar *Los tratos de Argel* que yo compuse, *La destrucción de Numancia* y *La batalla naval*”. Alude entonces también a veinte o treinta comedias por él escritas (*La gran Turquesa*, *El bosque amoroso*, *La confusa*, entre otras). Se refiere al año de 1587 cuando afirma: “Dexé la pluma y las comedias”.<sup>11</sup> Es la época en que, firmando un documento por el que deja en poder de Catalina de Salazar todo lo que posee, se instala en Sevilla o sus alrededores para actuar como comisario en las localidades de Écija, Castro del Río. En 1592 se compromete formalmente con Rodrigo Osorio para “escribir seis comedias como las mejores de sus contemporáneos”,<sup>12</sup> según Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas. Se refieren estos asimismo, en su introducción a *El trato de Argel*, al contrato firmado por Cervantes con el “autor” de comedias Gaspar de Porres, antes mencionado, del 5 de marzo de 1585, en el cual se comprometía a entregar la citada *Confusa* y una comedia titulada *El trato de Constantinopla* y *muerde de Selim*.<sup>13</sup>

A diferencia de la atención que han merecido sus comedias, la crítica se ha preocupado escasamente del embrión de la saga argelina: *El trato*—o *Los tratos*—de *Argel*. La importancia de esta radica en que, como afirma Louise Fothergill-Payne, es la fuente de *Los cautivos de Argel*, de Lope de Vega y de *Los baños de Argel* del mismo Cervantes, en un caso irrefutable de *imitatio*.<sup>14</sup>

<sup>10</sup> Aurelio González, “Las comedias: el proyecto dramático de Cervantes” en *Cervantes. 1547-1997. Jornadas de Investigación Cervantina*, edición de A. González, El Colegio de México-Fondo Eulalio Ferrer, México, p. 76.

<sup>11</sup> *Loc. cit.*

<sup>12</sup> A. González, *op. cit.*, p. 76.

<sup>13</sup> Miguel de Cervantes, *El trato de Argel*, edición, introducción y notas de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alianza Editorial, Madrid, 1996, p. V.

<sup>14</sup> Louise Fothergill-Payne, “Los Tratos de Argel, Los cautivos de Argel y Los baños de Argel: tres ‘trasuntos’ de un ‘asunto’” en *El mundo del teatro español de los Siglos de Oro. Ensayos dedicados a John E. Varey*, edición de J. M. Ruano de la Haza, Dove House Editions Canada, pp. 181, 184 (Ottawa Hispanic Studies, 3). En p. 184: “La respuesta de Cervantes ante la *imitatio* de Lope es idéntica a la reacción instantánea ante

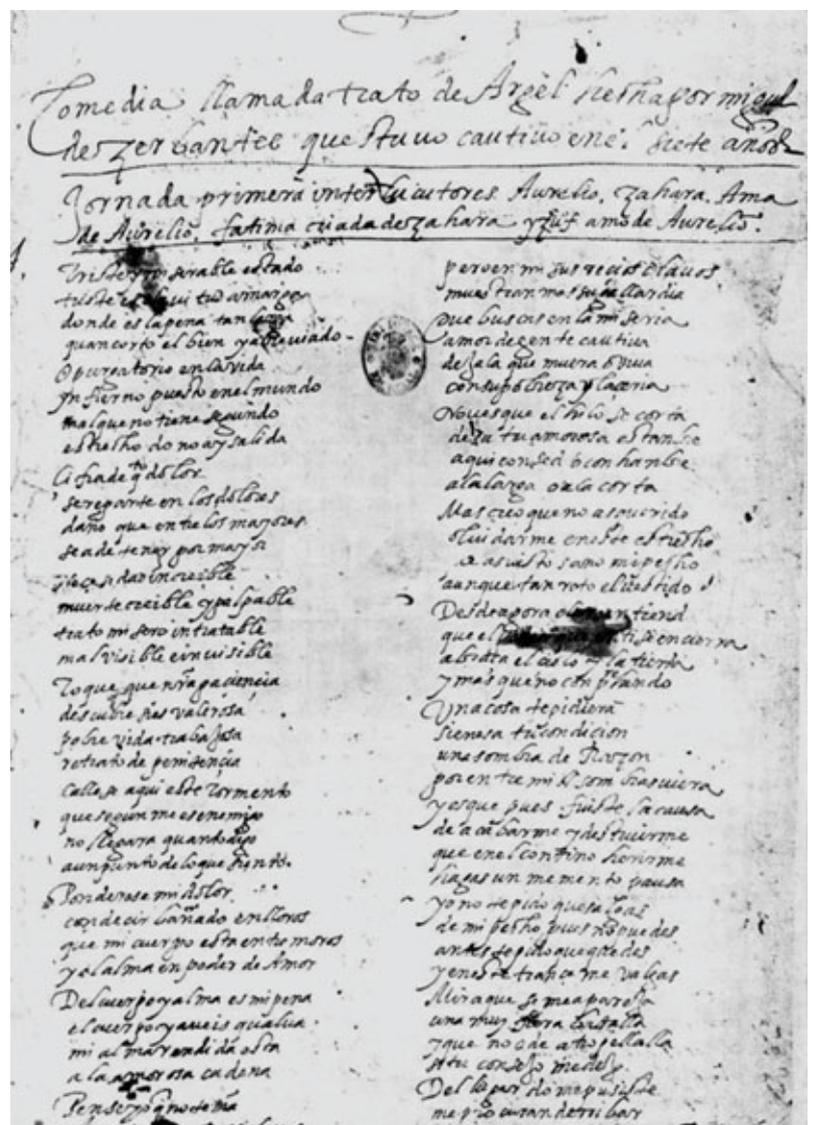
*Los baños*... es obra tardía dentro del ciclo, ca. 1588, según Schevill-Bonilla.<sup>15</sup>

Manteniéndonos en el terreno de la datación de *La destrucción de Numancia*, es posible que la redacción de esta y la de *El trato de Argel* hayan sido igualmente tempranas, contemporáneas: entre 1581-1582, *El trato*... y 1584-1585 *La destrucción*... En esta suposición me asisten las similitudes: el rasgo del carácter predominantemente dramático de *El trato*... y totalmente trágico de *La destrucción de Numancia*. De acuerdo con lo dicho respecto al impacto psicológico del cautiverio en Cervantes, podemos suponer que ambas fueron obras cercanas al fin del encierro y la liberación (1580). Igualmente, que en ambas se utilice la figura retórica, o modo discursivo, de la alegoría.<sup>16</sup>

la audacia de Avellaneda al escribir una segunda parte del Quijote [...]. Cervantes se negó a que otro diera fin a una obra suya”.

<sup>15</sup> A. González, *op. cit.*, p. 79.

<sup>16</sup> Son estas dos acepciones de la alegoría de acuerdo con Jeremy Lawrence. Cfr. “Introducción: Las siete edades de la alegoría” en *Las metamorfosis de la alegoría. Discurso y sociedad en la Península Ibérica desde la Edad Media hasta la Edad Contemporánea*, edición de Rebeca Sanmartín Bastida y Rosa Vidal Doval, introducción de Jeremy Lawrence, Iberoamericana/Vervuert, Madrid, 2005, p. 17.



Comedia llamada *Trato de Argel* de Miguel de Cervantes

Esta hace su aparición en la Jornada Tercera de *El trato...* en los personajes de Ocasión y Necesidad que alternan con Aurelio y Zahara. En *La destrucción de Numancia* comparecen seis personajes alegóricos, como veremos más adelante. A partir de esto es posible asimismo establecer la filiación dramática de Cervantes en lo que se ha considerado “su primera época teatral”. La alegoría era un rasgo “moral” más cercano a la tragedia neosenequista del grupo de dramaturgos al que pertenecían Juan de la Cueva, Jerónimo de Virués, Andrés Rey de Artieda y otros más, que al por entonces naciente teatro de Lope de Vega.<sup>17</sup>

En un trabajo sobre Cervantes me he permitido llamar a *Los baños...* “la comedia imposible”, porque aunque incorpora rasgos de la comedia nueva en lo concerniente al enredo amoroso de los personajes, y del paso a la manera de Lope de Rueda, admirado este por Cervantes, que se recrea la Primera Jornada de *Los baños...* en dos personajes arquetípicos, el sacristán y el judío, la obra es, en mucho, un drama. El drama de los españoles cautivos en el norte de África; del personaje cristiano llamado Sayavedra que insiste en huir mientras tenga pies y es casi inmolado por sus captores (proyección referencial del propio Cervantes, en cuanto al apellido y al hecho de que este intentó la fuga de Argel en cuatro ocasiones). Del mártir-niño Francisquito, víctima de los verdugos moros por negarse a adoptar la fe musulmana y al que se da muerte atado a una columna. De su hermano Juanito que, por oposición, al aceptar la mutación del cristianismo al islam se convierte automáticamente en renegado y en el futuro, objeto de ritos como la circuncisión y actos, tal la sodomización, de acuerdo con los usos locales, aun cuando él aparentemente viva su nuevo estado alegremente, regalado con ropajes por sus carceleros; del padre de ambos, que transita por la escena con las ropas ensangrentadas de Francisquito mártir en las manos y el dolor del extravío de Juan entre la morisma. Por lo demás, lo trágico coexiste en esta obra, un tanto híbrida, con la comicidad propia del paso y del entremés, y los amoríos a lo comedia nueva: Fernando y Constanza, Lope y la mora Zahara, la señora Catalina disfrazada de Ambrosio, y Julio, y la intervención un tanto celestinesca de la mora Alima.

La saga argelina del teatro de Cervantes, que completan las comedias *El gallardo español* y *La gran sultana Catalina de Oviedo*, acepta, dentro de su seriación y sus tiempos, la tragedia de Numancia que resume el drama de la guerra ubicándolo en otro momento histórico muy anterior, ampliando la protesta contra la destrucción y la muerte en el ámbito remoto de la Roma imperial y sus colonias: España, y en ella Numan-

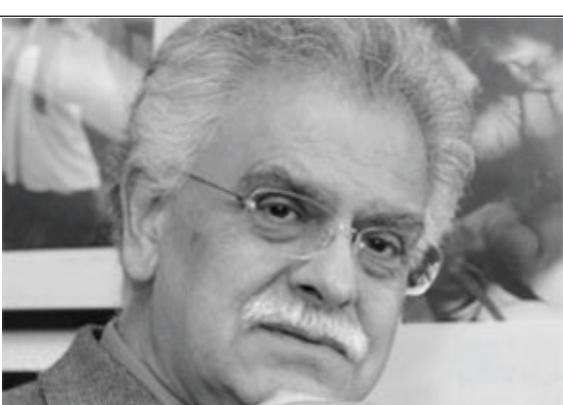
cia (que posteriormente será Soria). Es el fardo de la violencia y la guerra que cargará Cervantes sobre las espaldas desde la “fiesta sangrienta” de Lepanto, los asaltos fracasados a La Goleta y Túnez a lo largo de cuatro años de navegación mediterránea y que culminarán en Argel. Alguien ha dicho —Daniel Eisenberg— que al momento de ser liberado por los padres trinitarios y los redentores de cautivos, Cervantes estaba a punto de volverse loco. Tras los fallidos intentos de fuga y el terror por el castigo consiguiente —muerte por empalamiento o por azotes, que no llegaron a cumplirse—, a Cervantes le esperaba el penoso viaje a Estambul mezclado con los esclavos de Hazán Bajá, o Hazán Veneciano, gobernador de Argel, quien dejaba su cargo y se dirigía a Constantinopla llevando consigo su séquito y sus bienes, hombres incluidos. Casi un milagro lo evitó. La intervención de los frailes redentores de cautivos, en un principio fray Juan Gil, luego fray Jorge del Olivar, que aumentaron 270 ducados a los 230 penosamente reunidos por la familia Cervantes para alcanzar la cantidad de 500 ducados fijada como rescate. Una suma elevada que se determinó al encontrarle, en el momento de su captura, las cartas de don Juan de Austria y del duque de Sessa, lo que hizo pensar a los mercenarios que se trataba de un personaje de calidad. Un golpe de mala suerte, un ramalazo de infortunio que se ceba en el cautivo, semejante a esos hados funestos que se abaten sobre el pueblo de Numancia como una suerte de predestinación. En los años que siguieron a la oportuna y casi milagrosa liberación, mes de septiembre de 1580, al escritor Cervantes no le bastaba con intercalar jirones de drama en el molde de la comedia nueva, escrita con la esperanza de que se pudiera representar en los escenarios madrileños: *El trato de Argel*, *Los baños de Argel*. Había que escribir una tragedia en toda su magnitud. Crea por eso, quizá, *La destrucción de Numancia*, suceso ocurrido en la España avasallada por el enemigo ¿romano, africano, argelino? La tragedia de Numancia y los numantinos era la suya propia y de otros —los benedictinos hermanos Sosa y tantos más, españoles, portugueses, italianos, franceses, hombres de nacionalidad variopinta— en Argel.

Se puede deducir que el tema biográfico del cautiverio pasa a la literatura cervantina por varias razones: 1) necesidad profunda de superar un drama interior, un trauma, mediante la catarsis de la escritura; 2) utilizar un material susceptible de convertirse en novela o teatro, con las ganancias consecuentes; 3) adherirse a las corrientes en boga en materia teatral; 4) integrarse a cenáculos de escritores —los “trágicos”, el propio Lope de Vega— como una forma de reintegrarse a la sociedad tras cinco años de ausencia.

En suma, tomar las riendas de su vida, dar un sentido a su existencia después de Argel. **u**

<sup>17</sup> Cfr. Miguel de Cervantes, *El trato...*, introducción, p. VII.

# Reseñas y notas



Carlos Martínez Assad



María Luisa Puga



Antón Chéjov



Amos Oz



Guido Gómez de Silva



René Delgado

# Salud mental y medicina psicológica

## En el laberinto de la mente humana

Adriana Malvido

Cuando me invitaron a presentar este libro, me pregunté por qué yo si nada tengo que ver con la medicina, la salud mental o la psiquiatría. Cuando vi el tomo de 400 páginas y el nombre de los autores, intenté disculparme y decir que no, pero me bastó con leer el prólogo que escribieron los editores de la obra, Juan Ramón de la Fuente y Gerhard Heinze para quedarme atrapada en el fascinante y misterioso laberinto de la mente humana, y darme cuenta de que el libro, la medicina y la salud mental tienen todo que ver conmigo, con la sociedad, con México y con el mundo.

Decir “nada tiene que ver conmigo” es un absurdo y una irresponsabilidad. En primer lugar, porque todos tenemos algún pariente, amigo o compañero de trabajo cercano que padece alguna adicción, un trastorno bipolar, déficit de atención e hiperactividad, autismo, Asperger, ansiedad, anorexia o bulimia, fibromialgia, demencia senil... o Alzheimer. Y sobre todo, depresión.

El problema es que en nuestras sociedades “sólo el cuerpo tiene derecho a enfermar, mientras que todo trastorno de la mente es locura”, como advierten Berenson y Vargas. Su frase nos indica que a pesar de todos los avances científicos y tecnológicos y de los grandes hallazgos recientes en neurociencias, muchos seguimos cultivando viejas creencias que contribuyen a alimentar el estigma, a discriminar y a excluir a todo aquel que no entra en la idea, tan mercantilista como falsa, de que “sólo las personas sanas pueden vivir felices y plenas”. O bien, pueden llevarnos a confundir la transformación de una jovencita con “anorexia nerviosa”, con el resultado de “un trabajito” de brujería, co-

mo sucede en un caso narrado en el libro. Es decir, la falta de información no sólo conduce al aislamiento de quienes padecen un trastorno sino que les resta la posibilidad de recibir un diagnóstico y un tratamiento a tiempo que le evitaría sufrimiento a la persona, a sus seres cercanos y a la sociedad en su conjunto y le ayudaría a insertarse de una mejor manera en la vida afectiva, social y laboral.

Si bien el libro está dirigido a estudiantes de medicina y especialistas, los temas que tratan los expertos a lo largo de 30 capítulos no sólo son interdisciplinarios sino que nos competen a todos, incluidos los responsables del diseño de políticas públicas. Los trastornos neuropsiquiátricos representan el 14 por ciento del peso global de las enfermedades en el mundo en las que sobresalen las depresiones, los trastornos asociados al uso de sustancias adictivas y las psicosis. Se estima, nos dice el doctor De la Fuente, que cada siete segundos alguien desarrolla una demencia, que el Alzheimer se duplicó entre 1990 y 2010, y que para el 2020 habrá en el mundo un millón y medio de suicidios consumados y entre 15 y 30 millones de intentos de suicidios registrados.

En su texto “Salud Mental Global”, De la Fuente nos introduce a la sala de consultas psiquiátricas donde un nuevo perfil de pacientes irrumpe hoy. Si bien aquellos con depresión son los más frecuentes, aumentan cada día los niños y mujeres maltratados —“signo inobjetable de que la violencia no es sólo patrimonio del crimen organizado”—, gente con crisis de angustia, fibromialgia y fatiga crónica o con trastornos de alimentación. Cuestiona la tiranía del mercado de

salud mental que ha dado pie a psicofármacos para resolver todo tipo de cuestiones, desde las relaciones de pareja hasta el envejecimiento y la insatisfacción de la imagen corporal. No todo sufrimiento es enfermedad, dice. “¿Hasta qué grado nos hemos excedido en ‘medicalizar’ a la sociedad o a ‘psiquiatrizar’ asuntos de la vida?”, se pregunta y menciona como ejemplo “nuevas adicciones” como las relacionadas al uso compulsivo de Internet o el teléfono celular que, más que tratarse de nuevas patologías, son viejos problemas en nuevos contextos “capaces de incidir potencialmente en la salud mental de las personas”. Otros asuntos publicitarios que inciden en la salud mental o que pueden convertirse en patologías son aquellas relacionadas al cambio en la percepción del cuerpo: gimnasios, dietas, obsesión por la delgadez, los bronceados, las celulitis, los implantes, los *liftings*, la ortorexia (obsesión patológica por la comida biológicamente pura), “son parte de un nuevo culto que provoca cambios drásticos en las aspiraciones y actitudes de la gente”.

A nivel global, advierte De la Fuente, la inequidad de servicios es alarmante. Mientras que en Europa hay 200 veces más psiquiatras que en África, en México sólo hay tres por cada 100 mil habitantes y, además, están mal distribuidos. A temas globales como el suicidio o el uso de drogas ilegales y el debate de la despenalización, el autor agrega el de la migración o Síndrome de Ulises, como fenómeno generador de un problema de salud mental de grandes dimensiones. El sufrimiento físico y emocional, el estrés en la lucha por la supervivencia, los abusos, las mafias, las expulsiones, la soledad... son factores que

acosan a los migrantes y que arrojan datos clínicos de depresión que conviene tomar en cuenta.

Una de las grandes virtudes del libro es la inserción del tema de la salud mental en el contexto histórico y social de México y el mundo. En ese sentido, una de las revelaciones más interesantes que se desprenden de la lectura es que las dicotomías mente-cuerpo, biología-ambiente, fármacos-psicoterapia han quedado atrás y en la salud mental de las personas “todo importa” para comprender al individuo como un ser bio-psicosocial. Es decir, que “si bien existe una predisposición biológica en cada individuo, será la interacción de esta con los aspectos ambientales la que de forma a la expresión final de la conducta”. Lo que se resume en la afirmación: “el cerebro se construye socialmente”.

Si las condiciones de la sociedad en la cual las personas se desenvuelven impactan su salud mental, el riesgo de trastornos depresivos es mayor entre las personas con menores recursos económicos. Así, la vulnerabilidad se extiende a niños desatendidos por los padres, con desnutrición crónica y falta de educación; a víctimas de desastres naturales o conflictos sociales; a jóvenes sin oportunidades expuestos al consumo de drogas, al crimen organizado y a la violencia; a los adultos mayores en abandono; a los hijos de padres que han migrado; a mujeres incorporadas a la fuerza laboral que viven estresadas por la multiplicación de roles en el trabajo, la casa y el cuidado de familiares mayores y a hombres desempleados que ven su vida como un fracaso en una sociedad que valora al individuo en función de su producción.

Dentro de las diez principales causas de discapacidad en México, tres son padecimientos psiquiátricos y una gran proporción de personas no reciben tratamiento. Por un lado, debido a complicaciones con los servicios de salud y por otro, debido a la idea de que los problemas de salud mental pueden controlarse sin apoyo médico, o por vergüenza y temor a la estigmatización.

El libro ofrece una gran radiografía de los niveles de violencia que ha alcanzado México desde la perspectiva de género con

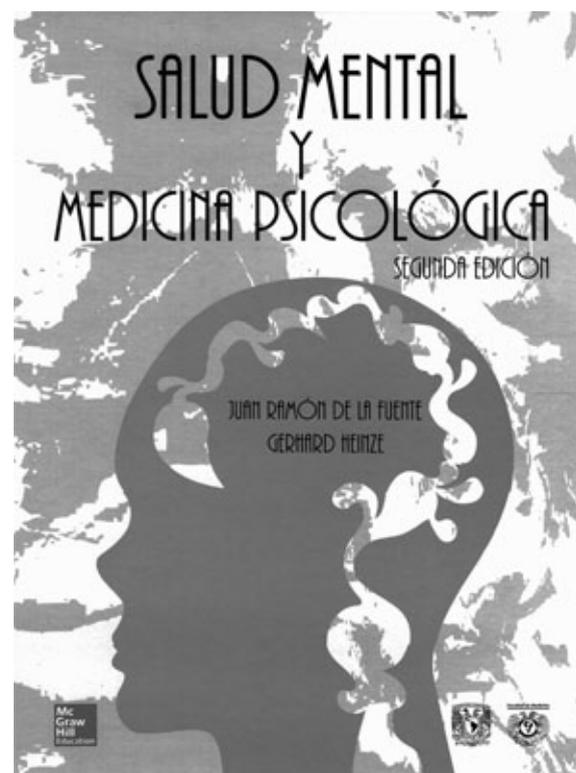
una mirada desde la salud pública. Aborda los homicidios comunes y los vinculados con el crimen organizado, las diferentes formas de violencia contra la mujer y los factores profundos que operan para que eso suceda, como los estereotipos de masculinidad y feminidad, las normas y la falta de leyes contra los que hay que luchar día con día.

La violencia contra la mujer es una causa de incapacidad tan grave como el cáncer, nos advierten. En México, un 60,4 por ciento de la población femenina ha sufrido violencia alguna vez en su vida y un 35 por ciento de mujeres la ha padecido por parte de su pareja. La principal es la violencia psicológica o emocional, le siguen la física, la sexual y la económica. Lo grave no es sólo que pocas mujeres denuncien, sino que asuman el maltrato como algo normal o lo justifiquen. Gracias al libro conocemos las diferencias cerebrales de acuerdo al sexo y el comportamiento de las hormonas en la salud mental de las mujeres en diferentes etapas de la vida, pero también sabemos que en ellas son más comunes trastornos psiquiátricos como la depresión, mientras que en los hombres se observan con mayor frecuencia el abuso de sustancias como el alcohol y los trastornos de conducta.

Dentro de la próxima década, nos informa el doctor Heinze, la depresión se proyecta como la segunda causa de discapacidad por años de vida saludable en todo el mundo. Desgraciadamente, sólo 50 por ciento de los pacientes que la sufren recibe el tratamiento que podría darles la posibilidad de llevar una vida dentro de la normalidad. Nos reitera que este trastorno es mucho más frecuente en mujeres en una proporción de 2 a 1; que a nivel mundial 400 millones de habitantes padecen un episodio depresivo durante el último año de vida; que 800 millones lo sufrirán alguna vez y que cada día más jóvenes, inclusive niños, la experimentan con mayor frecuencia.

La salud sexual es un componente de la salud general y como tal es abordada en este libro a profundidad. Además de las patologías y disfunciones sexuales, sus causas y cómo pueden tratarse, uno de los subtemas más reveladores es la evidencia

de que la orientación sexual se debe a factores de tipo biológico y no psicológico, es decir, que existen diferencias estructurales en el sistema nervioso central y en los niveles hormonales, entre homosexuales y heterosexuales, lo que llevó a la Organización Mundial de la Salud a retirar a la homosexualidad de sus clasificaciones de enfermedades en 1992. Además, estudios recientes evidencian que “los resultados

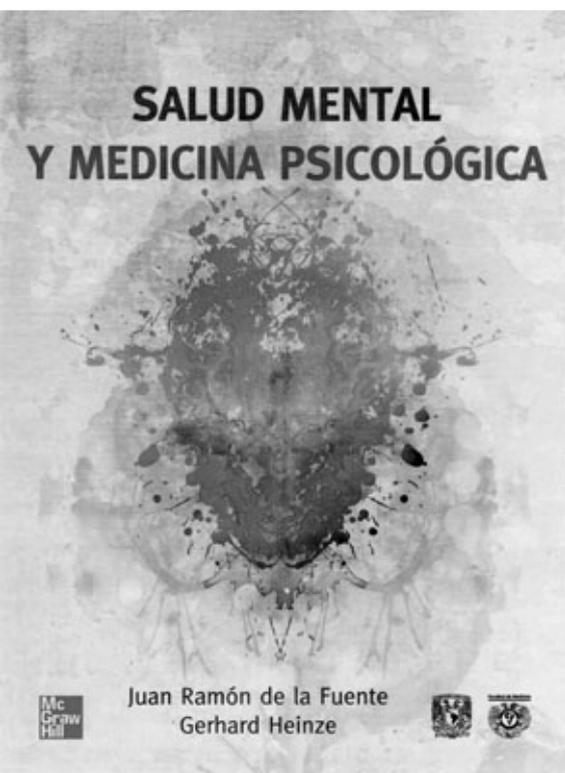


de la crianza son dependientes de la calidad de la relación familiar y no de la orientación sexual de los padres”.

Cómo el ser humano vive y experimenta su salud mental y cómo la pierde en los diferentes procesos asociados con el curso de la vida ambiental y biológica y cuáles son los métodos mediante los cuales el cerebro y sus facultades cognitivas imponen orden en el caos, es un tema fascinante y complejo. Al abordar el libro los eventos clave en el desarrollo cerebral de las personas, entendemos cómo actúa la resiliencia frente al estrés; cómo actúan la serotonina, la adrenalina y diversos neurotransmisores como la dopamina, tan importante en la adolescencia; qué sucede durante la pérdida y el duelo, los padecimientos más frecuentes en el cerebro del adulto, los trastornos de la conducta dis-

ruptiva en la infancia y la adolescencia y cómo el organismo humano lucha por adaptarse y sobrevivir. Visitamos las bases neurológicas de la emoción y la conducta y los rincones cerebrales donde se generan el placer, las adicciones y la empatía, pero también donde se enferman las emociones.

El libro nos revela los secretos de la amígdala como controladora de las emociones y su relación, cuando tiene alte-



raciones biológicas, con la insensibilidad emocional y la psicosis y cómo es que en adultos con trastornos psicóticos graves hay un área del cerebro que le cerró las puertas a la culpa y a la empatía.

Uno de los campos más revolucionarios de la ciencia hoy es el relacionado con el genoma humano y la epigenética que aborda el efecto del medio ambiente en el genoma. El libro nos explica qué tan hereditarios son el alcoholismo, el Trastorno de Déficit de Atención, la esquizofrenia, el autismo, el trastorno bipolar y la depresión, la sociopatía o la demencia senil y qué factores en el ambiente pueden dispararlos o contenerlos.

Esta semana leí en el periódico acerca de Noemí Álvarez, una niña ecuatoriana de 12 años que fue víctima de abuso sexual en México por un grupo de tratantes de

personas. Luego de ser rescatada y conducida a una casa hogar en Ciudad Juárez, se quitó la vida. Si uno quiere entender qué pasó dentro de su cerebro, en el hipocampo y otras áreas del lóbulo frontal en su interacción con la amígdala, hay que leer el capítulo “Trastornos de Ansiedad” en el que se incluyen aquellos provocados por estrés agudo y por estrés post-traumático que deben de estar viviendo, como Noemí, decenas de miles de personas en México víctimas directas de la violencia, pero también viudas, huérfanos o familiares de más de 20 mil desaparecidos. Apenas ayer, una investigación de la UNAM reveló que el 70 por ciento de los periodistas mexicanos sufre ansiedad; 40 por ciento tiene síntomas de estrés post-traumático y un 25 por ciento recurre al alcohol o a las drogas debido a la cobertura de la violencia. Por lo mismo, la prevención y los tratamientos sugeridos por los especialistas deberían tomarse muy en cuenta por quienes diseñan políticas públicas y por la sociedad en general.

El siguiente dato sacude: entre 1980 y 2010 el suicidio en México aumentó en más de 500 por ciento en el caso de niños y adolescentes de 10 a 14 años y en poco más de 180 por ciento para aquellos de 15 a 19 años. Más del 90 por ciento del millón de personas que se suicidan en el mundo cada año sufren algún trastorno mental. En México, el 75 por ciento de los casos de intento de suicidio en adultos y el 85 por ciento en jóvenes lo padecen. De 60 a 70 por ciento de las personas que mueren por suicidio sufren una depresión.

En ningún reporte oficial he leído un informe tan riguroso y profundo como el que encontramos en el capítulo dedicado a las “Adicciones”. Y es que, además de información sobre el tráfico de drogas y las sustancias que van y vienen del país provocando, más que consumidores, altos niveles de violencia, los autores ofrecen un cambio de perspectiva para mirar el problema como un tema de salud pública. Proponen políticas centradas en el bienestar del individuo y la comunidad, con estrategias basadas en la evidencia científica. Y esta nos dice que la dependencia es una enfermedad del cerebro, moldeada por el medio ambiente, de naturaleza crónica,

por lo que es el tratamiento, y no la cárcel, la respuesta adecuada.

A lo largo de este libro cargado de propuestas, se respira sabiduría, reflexión y el afán de una vuelta al humanismo en la práctica médica con gran lugar para la autocrítica, y la idea de que el manejo del paciente psiquiátrico implica consideraciones éticas y jurídicas. De ahí los capítulos dedicados a la Iatrogenia, a los aspectos éticos y legales de la salud mental, al médico y a la comunicación humana, a la Bioética, y al médico ante la muerte.

Para quienes no somos especialistas, el libro está lleno de revelaciones importantes. Ya no se habla del confinamiento como “la patria de la locura” sino de prevención, diagnóstico, tratamiento oportuno y bienestar para el paciente; el término “histeria” desapareció; el de “retraso mental” cambió por discapacidad intelectual y el de demencia dejó su lugar al de “trastornos neurocognitivos”.

Me pregunto qué sería de Camille Claudel, de Nietzsche, de Van Gogh, de Nijinsky o, más cerquita, de Nahui Olin, a la que tachaban de “loca”, si vivieran en el siglo XXI. También me pregunto si podemos seguir hablando de “locos iluminados”, como les dice Homero Aridjis, o si artistas con trastorno bipolar pueden realizar genialidades bajo tratamiento farmacológico. Y, en otro orden de cosas, me pregunto si quienes se convirtieron en clientes volverán a ser pacientes para muchos médicos e instituciones hospitalarias privadas; si la alta tecnología se pondrá al servicio de la salud y no al revés y si, como aspiraba Ramón de la Fuente Muñiz, los valores médicos esencialmente individualistas adquirirán una nueva dimensión social.

Lo que me queda claro es que en la inmersión dentro del misterioso laberinto de la mente humana, este libro es una linterna altamente agradecerable. **U**

---

Texto leído durante la presentación del libro *Salud mental y medicina psicológica*, de Juan Ramón de la Fuente y Gerhard Heinze, en el marco de la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, en febrero de 2015.

Juan Ramón de la Fuente y Gerhard Heinze (coordinadores), *Salud mental y medicina psicológica*, segunda edición, McGraw-Hill, México, 2014, 345 pp.

# René Delgado

## El cazador de la verdad

Mónica Lavín

Celebramos la reciente aparición de la novela de René Delgado *Autopsia de un recuerdo*, publicada bajo el sello Grijalbo, y la reedición de la anterior: *El rescate* (originalmente aparecida en 1992 y, ahora, en Debolsillo). Cabe mencionar que se pueden leer de manera independiente, pero que leer una después de otra enriquece la experiencia porque es el mismo mundo y el mismo protagonista el que hilvana estos dos momentos de lo que apunta a una saga. El protagonista es Juan Lavín, periodista, director editorial de un diario, cancha en la que se ha movido René Delgado y por lo tanto puede legar el detalle, los hilos finos y un modo de vida a su personaje con enorme eficacia. Me llama la atención los muchos años que median entre una y otra historia y la manera en que la lectura de una se desliza en la otra sin que se note el tajo de tiempo. *El rescate* tiene como escenario el final de los setenta y el comienzo de los ochenta, los tiempos de la guerrilla salvadoreña y de las miradas utópicas, cuando Juan Lavín, quien había estado en El Salvador y tiene un grupo de amigos llamado La Guerrilla Plasmimarx, recibe la encomienda de llevar una carta a Miami a los familiares de la chica secuestrada. Juan Lavín es entonces un periodista en el arranque de su carrera, comprometido con la izquierda, en el momento en que aún había luces de utopía, muro de Berlín, antes de que la guerrilla en el mundo se aliara con el narco. La novela nos permite conocer al tío de Sandra Margucían, Héctor, y a su padre Alejandro, ex cafetaleros en El Salvador, millonarios en Miami. Sandra, la chica secuestrada, es simpatizante de la lucha y se desdice de los modos de explotación de su padre. En medio de esa circunstancia conocemos a

Juan Lavín, a Teresa Illanes, de la que se enamora, a Héctor Margucían, que quiere rescatar a su sobrina por encima de los deseos de su hermana y el padre de la chica, y sobre todo entramos en el centro de pactos, lealtades y compromisos, en un mundo de clandestinidades deliberadas que no puede descifrar el periodista. Como lectores aterrizamos en un acertijo final, que presume ya la continuación de la historia.

En *Autopsia de un recuerdo*, veinte años después, Juan Lavín ya es director editorial de un diario, su vida emocional se vuelve a enganchar con la misteriosa Teresa Illanes, ahora modelo, y su deseo por ella habrá de nublar la verdad sobre el mundo que la rodea. Un mundo de ex guerrilleros ahora enganchados en las drogas y su comercio, un mundo donde la corrupción y la compra de favores sigue moviendo el circo hasta sus últimas consecuencias y donde el buscador de la verdad, que subyace en el oficio periodístico, será víctima de su elusión. Paradójicamente la ilusión amorosa es la única redención posible. Ante ese mundo oscuro, René Delgado nos coloca con destreza en el entramado, con agudeza literaria y sobre todo con honestidad escritural; entiendo por ello el respeto por los personajes. Siempre he admirado en los escritores de *thrillers* la capacidad que esgrimen para guardarse el as bajo la manga hasta el final, su habilidad para construir caminos desde el punto de vista de uno o varios de los personajes (que es lo que hace Delgado, aunque el centro siempre está en Lavín), y llevarnos por los meandros de sus conjeturas y búsquedas, de sus aciertos y equívocos. Tal vez en este acercamiento a un mundo que se desliza de los anhelos de justicia a una inevitable forma

de poder donde lo político y lo económico no tienen escrúpulos ni frontera, lo que verdaderamente sucede es la errónea lectura de la realidad, porque la maldad siempre tiene mejores artimañas, supera la imaginación y la capacidad de ficcionalizar.

Juan Lavín vive en el terreno de lo que “de verdad sucede”, porque como periodista tiene que dar cuenta de ello y tragarse mucha diplomacia (“el mundo del periodismo precisaba mucha paciencia y diplomacia en la tarea de lubricar las fuentes”), como padece el propio personaje, y tener que capotear muchas tormentas, pero él aún cree en un mundo de verdades, de transparencia. Él es tal vez el cristal, tal vez lo son todos los periodistas (por algo los asesinan). El problema con Juan Lavín es que ese cristal que quiere aplicar para escudriñar al objeto de su amor no es el mejor instrumento, se nubla por razones del corazón que la cabeza desconoce, o por razones de otra índole que rebasan las argucias de quien ya tiene un colmillo afilado en esa veintena de años que median entre la carta que entrega en Miami y la nueva entrega que también hace en Miami veinte años después y que no revelaremos porque un *thriller* bien urdido como el que ha hecho René Delgado merece nuestra discreción.

Mérito aparte de la tensión dramática que se teje en estas páginas, del mundo de la procuración de justicia, de los altos vuelos empresariales, de la transformación de los guerrilleros, a su modo procuradores de justicia, en rehenes del narco, está la revelación de un carácter y un oficio: el del periodista, ahora director editorial que a su modo ha mudado el trabajo de campo por el de oficina. Y con ello cierta ingenuidad y frescura necesaria para encarar

el mundo por la careta del conocimiento y desencanto que lastima el rostro. Eso es lo que también nos dice René Delgado cuando dibuja los pasos de Juan Lavín, sus paseos en motocicleta para liberar tensión (“a la desnudez de la ciudad se sumaba la sensación de rozarla mucho más cerca”, para “abatir tanto pensamiento sin barandal”, como en algún momento expresa), sus lealtades a amigos de viejas correrías de activismo político, su deseo de desenrañar a una mujer que lo sintetiza todo pues también lo ha encarnado: la riqueza, la militancia, la adicción.

Así como el autor nos coloca en las entrañas del periodista, también lo hace espléndidamente en las del fiscal Sayas (el narrador revela que hay un parentesco entre ambos, pues “viven de la información y a la caza de ella, acosan con o sin inteligencia a quien la tenga”), en las del tío rico Héctor Margucían, que ha querido

librarse de la condena de su origen. Si construir personajes es uno de los retos principales del novelista, Delgado lo hace bien cuando nos permite entrar en las contradicciones de los tres mencionados, cada uno en una esquina distinta del ring, donde en el centro están, por imaginar la geometría de los personajes que pueblan este mundo novelado, Teresa Illanes y El Chuvi, víctimas al fin. El Chuvi encarna ese mundo podrido: “Quien lo viera por primera vez, jamás imaginaría a un adicto atrapado por el consumo y la venta de drogas; a un revolucionario romántico sin campo de guerra presto a lanzarse a la insurrección; muchísimo menos a un hombre hundido en la parafernalia de su contradicción que, desatada, lo tornaba en un pendenciero y, atada, en una persona deprimida”.

Tal vez en las novelas de René Delgado los personajes están haciendo lo que nosotros con nuestra existencia: intentar

darle una altura diferente. Creer en un mundo social más equilibrado, en una justicia bien administrada, en la verdad periodística, en la amistad, en el amor. Dueño del oficio de larga carrera del periodista, sorprendiéndonos con su deseo de ficcionalizar a partir de la realidad que ha documentado, René Delgado nos coloca en el borde de la silla mientras queremos saber qué sigue. Las preguntas de Juan Lavín, las del fiscal Sayas, las de Héctor Margucían, los actores de estas dos novelas, son ahora nuestras preguntas. Hemos entrado en el corazón emocional de la historia, como distingue Delgado a la novela del periodismo en el prólogo de *El rescate*. **U**

Este texto fue leído en la presentación de las novelas en la FIL de Minería el 22 de febrero de 2015.

René Delgado, *Autopsia de un recuerdo*, Grijalbo, México, 2015, 256 pp.; y *El rescate*, Debolsillo, México, 2014, 224 pp.



René Delgado

# Carlos Martínez Assad

## ¿Qué hay detrás de las once puertas?

Aline Pettersson

Hay otras once y otras once y otras once y... Cómo me alegra estar hoy aquí entrando y saliendo por las casi infinitas puertas que se abren al abrir el libro del *habibi* Carlos Martínez Assad. El mismo que cita a Rulfo en cuanto a cómo una buena novela —esta lo es— acaba por establecer una verdad, digamos que verdadera. El lector se deja cautivar por los relatos como lo hizo Harún Al-Rashid hará casi milenio y medio. Y pese a la leyenda de mala fama con las predecesoras de Sherezada, el califa fue un hombre muy destacado en las ciencias y el arte de su tiempo, pero su conocimiento del mundo era más angosto.

En *La casa de las once puertas* hay referencias a guerras, invasiones, treguas, migraciones de la historia moderna y otras referentes a la historia antigua que no sé si Carlos, pero que yo estudié en primaria o secundaria. Nunca olvidé los nombres de Sidón y Tiro, los ríos Tigris y Éufrates, el Nilo, pero no del triste presente, sino de aquel pasado remoto donde se inició la cultura que llegó a Occidente. Sin embargo, para Martínez Assad esos nombres rebasan los libros de texto para ser lugares concretos alrededor de los antecedentes de su familia. El tiempo, o mejor, los tiempos del libro se expanden, además, en la geografía, en las costumbres de regiones lejanas de otro continente que comparan —imposible que fuera de otra manera— rasgos de la condición humana, cercanías y diferencias, empatía y asombro con este continente nuestro, al otro lado del mar. La novela está poblada de voces que van integrando un mosaico tan rico como los minuciosos dibujos árabes o los bordados de la Huasteca. La procedencia de dichas voces es variada en tiempos vitales, es decir, que se incorporan y se dejan

atrás cuando se cumple la estadía en el mundo, pero que se han ido integrando en la memoria del narrador y, asimismo, en la del lector que reconoce (en mi caso) tonos, canciones, modas de nuestro país.

La voz del nieto José describe lo que ha escuchado de su madre, de su nana, de la comunidad familiar, la presencia del abuelo Selim, cuyo nombre transformó en Salvador al llegar de Líbano e instalarse en nuestro país finalmente en la Huasteca hidalguense, en el pueblo de Huejutla. Y su cambio de tierra da pie al relato.

A lo largo del libro aparece otra voz que narra también y que al principio desconcierta, pero que, poco a poco, va dando cuenta de la historia de la región con toda la conocida violencia de sus cacicazgos. Yo puedo pensar en apellidos eternizados en el poder abusivo en ese estado.

*La casa de las once puertas* pone frente al lector asuntos familiares, asuntos privados y públicos de antes, de ahora y también de épocas muy lejanas en una región del mundo y en la otra. El narrador, ávido desde la infancia de escuchar historias, irá haciéndose adulto, tal como lo refleja el cambio de lenguaje, de puntos de vista y el conocimiento que aquel niño fue incorporando al madurar. Y esta imperceptible transformación de quien escucha y ahora relata es un gran logro del escritor y quien lee lo disfruta vuelto su cómplice.

Es probable que la historia de los pueblos se haya pasado de boca en boca a lo largo de los siglos. Es más que probable que la necesidad que hemos tenido de escuchar y narrar historias nos lleve a un conocimiento más entrañable de quiénes somos, de quiénes nos precedieron, de quiénes han formado nuestra comunidad, de “la suma de identidades que todos lle-

vamos dentro”. Y, en este caso, de las diversas lenguas que atraviesan este libro tan ilustrativo como encantador.

La novela se abre con un relato donde se entretujan cada noche la fantasía y la triste locura de un sueño no cumplido. La joven de la narración, a pesar de los datos concretos que se ofrecen, se le transforma al lector en una doncella de *Las mil y una noches*. Y será con esa misma técnica dilatoria que se complete su historia. Quien lee el libro quiere saber más y más de lo que ocurre, como aquel legendario califa o como un niño siempre ávido de historias.

Quien migra abandona su patria forzado un poco o un mucho por las circunstancias políticas, religiosas o económicas que lo llevan a dejar atrás a la gente querida, la tierra querida, las costumbres, la lengua, la comida. Sin embargo, eso mismo enriquecerá la región que lo acoja, ya que la persona trae consigo rasgos de su vida anterior que querría conservar y compartir. De eso habla *La casa de las once puertas*. Carlos quizá sea “el más afortunado —es decir, Assad, con una *a* de menos, porque la segunda se quedó en Líbano— de la fiesta”, es decir, perteneciente a la familia Eid.

El abuelo construyó una casa para él y sus nueve hijos al enviudar por segunda vez. Las puertas eran de madera de cedro, como deben haber sido las que dejó atrás. Huejutla viene del náhuatl *Huexotk*: lugar donde abundan los sauces. Y mientras en su país de origen “había vid, olivos, encinos, higueras y pinos generosos”, en el de acogida había “guayabos, cañas, plátanos, chicozapotes y naranjos” y proliferaban encinos de otra especie.

La familia emigró cuando Líbano aún formaba parte del Imperio Otomano, que

lo fue hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, y logró su independencia apenas en 1947. Líbano fue también protectorado francés, así que cuenta con un bagaje lingüístico variado. El abuelo Selim Assad llegó a Veracruz en 1900 y se asentó en un lugar de población tanto náhuatl, con su lengua incluida, como mestiza. Y aprendió a traducir del árabe *chou helue* a muy bueno y *mero cuali* en náhuatl. Por aquel tiempo de México, las costumbres de los pueblos nativos y las otras eran muy diferentes, como siguen siéndolo hoy en algunas regiones, que todos tenemos en mente. Las de los inmigrantes, libaneses en este caso, con su comida y dulcísimos postres fueron una aportación que, hoy en día, es muy gustada, no entre los amigos de los Assad sino en muchas regiones de nuestro país.

De pronto, en mi lectura, se ilumina la otra voz que narra. En la del nieto, deseoso de historias, somos transportados a la tierra de sus antepasados, a las Cruzadas, al triste guerrear del género humano a través de siglos y milenios. En la otra voz reconocemos el devenir de una época relativamente reciente en México. Volvemos a escuchar el relato de un maestro rural, hoy en día tan presente por los horribles y no esclarecidos crímenes en Guerrero. El hombre, Pedro Hernández, habla de la educación socialista que impulsó el

presidente Cárdenas y de la que yo alcancé todavía a beneficiarme en mis muy primeros años escolares. Habla de la Guerra Cristera. Habla del reparto agrario y los guardias rurales. Habla de las muertes violentas. Habla de los enconados intentos posteriores para que los pueblos originarios se avergonzaran de “la lengua” y ya no la transmitieran a su descendencia. Habla de la voluntad política, en los proyectos educativos, que pretendían, y quizá pretendan, no aceptar diferencias, e igualar a un niño de la ciudad con un niño campesino, cuando su entorno y sus intereses casi no se tocan.

He mencionado algunas de las circunstancias que rodean a los personajes de *La casa de las once puertas*. Me detengo un momento, ya que parecería que mis comentarios pueden llevar a concluir que se trata de un libro que sólo describe costumbres. Que se regodea paladeando con palabras la multitud tan variada y deliciosa de elementos que constituyen la vida, la cocina, los tonos de un lado del mundo y del otro. Que se pregunta, por ejemplo, cómo la población de Líbano, que fue mayoritariamente cristiana maronita, hoy en día sea musulmana. Que relata la lacra de siempre, los abusos del cacique o las autoridades que ejercen la violencia en contra de los pobladores. Que acerca todos los sentidos exaltados del lector al merca-

do semanal de Huejutla. Todo eso suena bien, pero quizá sugiera una trama anecdótica tenue. Pues claro que no, la novela está poblada de historias y los hilos se van trenzando hasta que, al mero final, el lector va a encontrarse con una enorme sorpresa narrativa.

El relato oral que conforma la novela es como eran y son los transmitidos de boca en boca, que se dilatan, interrumpen, recomienzan, dan un salto hacia atrás o hacia adelante. La historia que se organiza, casi tomando al dictado lo que las voces narran, ya sea con pluma de ave, *montblanc*, bolígrafo o ahora con la yema de los dedos. Y seguramente la escritura “oral” de Martínez Assad ha influido estas líneas mías, siguiendo el tono de los relatos de la madre o de la nana que van y vienen repitiendo o agregando. Había un regodeo en ambas que desesperaba al niño, pero que esas entrañables Sherezadas gozaban contando, como el lector gozará escuchando con los ojos.

Sin embargo, dentro de *La casa de las once puertas* aparecen dos textos “realmente” escritos: el primero es una memoria del viaje a Medio Oriente de uno de los personajes y que la madre lee al jovencito. El lector, como la madre misma, o cualquiera que se acerque a esta hermosa novela, lo disfrutará porque se alzan, ante los ojos de la imaginación, el paisaje, la gente, la belleza de las ciudades y sus fantásticas transformaciones a través de los siglos. La carta fue escrita amorosamente por dicho personaje, Eraín, pero él también usó los ojos de la imaginación porque nunca hizo ese viaje.

Muchos años después, José, el narrador, le escribe a su madre: “Sé que te gustaría estar aquí y mirar conmigo este paisaje, ver la bahía de Beirut desde la altura a través de la forma de paraguas de los pinos piñoneros para hacer realidad el lugar de las fantasías que le diste a mi infancia”, fantasías que Carlos Martínez Assad despertará en cada uno de sus lectores. Brindemos con *arak* o con ron, y ahora con mezcal, como lo debe haber hecho el abuelo Selim. ¡Salud! ¡*Sahtain wa Afiyah!* **U**



Los niños de Assad en el interior de la casa de las once puertas

Carlos Martínez Assad, *La casa de las once puertas*, Seix Barral, México, 2014, 232 pp.

Los raros

# Diez años sin María Luisa Puga

Rosa Beltrán

*A las amigas del Taller Diana Morán*

Tenía 23 años y estudiaba Letras Hispánicas. Un día vi un anuncio sobre jóvenes narradores, de la Onda en adelante, es decir, de José Agustín a una serie de escritores que no conocía. Ese día, Margarita Peña presentaba a María Luisa Puga en la Facultad de Filosofía y Letras. Se trataba de una joven de morral y pantalones de mezclilla con un corte de pelo “a lo paje”, como se llamaba entonces a ese casquete que además de estar de moda se asociaba a los jóvenes de ideas liberales. Me impresionaron la frescura y sencillez de la personalidad de la autora en contraste con la profundidad de un pensamiento complejo y reflexivo aunado a una capacidad excepcional de descripción. Daba la impresión de ser una vieja-joven que se hubiera detenido mucho tiempo en las cosas. Compré su libro. Se llamaba *Pánico o peligro* y parecía una extensión de la persona que había escuchado hablar, sin mediación, sin trucos o andamiajes conceptuales que hicieran tropezar la historia, como salida de una conversación casual. En ella, una joven hablaba de su relación con tres amigas, desde la escuela hasta el momento de la adultez en que el personaje protagónico (Susana) parece haber adquirido conciencia del mundo gracias al supuesto diario que escribe para su compañero sentimental, el destinatario, igual que nosotros, de la historia. Una novela de crecimiento, pues. Pero una novela atípica.

Yo no había leído a una autora mexicana que ahondara con ese nivel de detalle en la posibilidad de ser mujer a partir de la observación de los mecanismos que hacen que uno sea quien uno llega a ser. Que tomara conciencia de cómo se construye la conciencia. Que transcurriera por una infancia y adolescencia nada especia-

les, sin otra excepcionalidad que la capacidad del personaje de ver su entorno sin concesiones, descarnadamente y sin escándalo. El personaje, “Susana la pasmada”, era perfecto vehículo para sorprenderse



de todo aquello que damos por sentado. Su no entender nos servía a nosotros, lectores, para darnos cuenta de que la conciencia política, los alardes del activismo, la ideología que entonces, en los setenta, parecía lo natural —“el mundo tal cual era”—, podían ser sometidos, también, a un cuestionamiento. Y que ese escrutinio se podía hacer a través de un personaje que nos cae muy bien, pero que no deberíamos creernos. Me explico. Susana la protagonista tiene otras tres amigas, cada una un estereotipo, una forma de ser mujer, y todas menos una, muy criticables. Era muy fácil criticar a Socorro, que era bella, frívola, interesada en encontrar amantes ri-

cos y con un futuro de lujos como modelo. O a Lola, que era redonda y nutricia, de dulces ojos azules, siempre demandando amor, provocando amor, perorando sobre la importancia de quererse mucho como si eso fuera lo único que importara. Hasta a Susana, la que hablaba, era fácil criticarla por ser, como ella decía de sí misma, una “pasmada”, una joven ingenua que no tiene malicia ni autocrítica.

“Socorro definitivamente era la más bonita de las cuatro. Era la bonita, punto, porque nosotras... Lourdes era bizca, para qué te digo más. Y Lola era... bueno, no sé, como que todas teníamos algo bonito. Lola tenía ojos azules muy lindos, pero era como una papita. Socorro, en cambio, sí era muy bonita. Es la que te digo que le pegaban en su casa. La que quería ser rica. Todo el tiempo se andaba viendo en los escaparates, en los vidrios de los coches. Casi como si no creyera ser ella” (*Pánico o peligro*, p. 12).

Desde el principio sabías como lector que le iría mal a Socorro, que Lola no haría nada con su vida y que Susana representaba lo medianito, lo convencional. En cambio a Lourdes era difícil criticarla, pese a lo estereotipado de sus gestos, porque en los ochenta lo obvio era estar politizada, y ser de izquierda era la única opción moral. Quiero decir: ser de izquierda y ser marxista. Rechazar la comodidad burguesa, lo superfluo, lo cómodo. Lourdes fue, por tanto, el personaje que más trabajo me dio rechazar. Yo venía de alfabetizar en la sierra de Hidalgo, leía a Sartre, a José Revueltas, a Althusser y a Rosa Luxemburgo y pensaba que la única revolución posible era la marxista-leninista y había que hacerla ya. Mis compañeros de banca eran refugiados de las dictaduras latinoameri-

canas: chilenos, argentinos, uruguayos, salvadoreños y estábamos con ellos. Yo había decidido tener una hija a los 19 años y la llevaba a un Montessori progresista donde sus compañeros eran los hijos de esos refugiados. Un día invitaron a mi hija a una fiesta infantil. La niña del cumpleaños se llamaba Inra, que a mí me sonaba como a nombre hindú. Pero cuando le pregunté a su mamá por el significado del nombre, me dijo que quería decir “Instituto Nacional de la Reforma Agraria”, porque era el lugar donde le habían ofrecido trabajo a su esposo. Después de aclarar el asunto, sacó las piñatas, que eran dos. Tenían las caras de Pinochet y de Videla. Cuando las otras madres y yo miramos a la mamá de Inra, sorprendidas, ella nos dijo que debíamos empezar a crear conciencia en nuestros hijos desde chiquitos. Pongo este ejemplo para ilustrar el momento histórico y el contexto en que vivía y el porqué de mi incompreensión en *Pánico o peligro* a la crítica que hace la protagonista de su amiga Lourdes, una militante que todo lo ve a través del así llamado “compromiso social” sin que este represente cambio alguno. Ahora sé que Lourdes representa el esnobismo intelectual: ese tomar postura como una necesidad de control o de aceptación; ese actuar siguiendo un programa, tan típico de la época. Y que no era que la protagonista (o Puga mis-

ma) estuvieran contra la izquierda, faltaba más, sino que eran capaces de distanciarse para hacer la crítica de la crítica.

Me tomó muchos años saber que el azoro de Susana, que su “ser pasmada” o su no entender eran, son, una estrategia narrativa y política que la propia Puga empleó en su vida como método para descubrirse como ser humano y como escritora. Además de libros, tenía cuadernos con marcaciones de todo tipo: lo que se refería a los deberes, lo que tenía que ver con notas para algún posible libro, etcétera. Ahora se la conoce como “la autora de la escritura incesante”<sup>1</sup> por haber escrito sin tregua novelas, ensayos, cuentos y por llevar un diario a todas partes. Incluso en sus años finales, atacada por una enfermedad casi paralizante, tenía una suerte de pupitre adaptado al coche para no tener que suspender la escritura ni yendo por carretera dentro de un vehículo. Inventó una simbología para dividir los apuntes que iba tomando en distintos rubros y trató de no mentir y no mentirse.

Estas son dos de las cualidades que más rescato y más me impresionan de Puga. El escribir incesante y la necesidad de no

<sup>1</sup> María Luisa Puga, *La escritura que no cesa*, edición de Ana Rosa Domenella, ITESM, México, 2006, Colección Desbordar El Canon. Las referencias a los talleres de Puga también están tomadas de este libro.

mentirse. El comprometerse con cualquier cosa que saliera de su mano; no sólo con su obra, sino con sus conferencias incluso. En una época de su vida, después de haberse ido a vivir a Erongarícuaro con su compañero Isaac y dedicarse a dar talleres de literatura para niños y jóvenes, la invitaron a dar una serie de charlas por varios estados de la República. Puga pudo muy bien haber escrito una espléndida conferencia a la que le fuera quitando o añadiendo cosas, como muchos suelen hacer. Pero era incapaz de hacer algo así. Escribió tantas conferencias como lugares en los que las impartió y lo hizo desde su pupitre móvil del coche que alguien más conducía. Otro aspecto que la vuelve admirable es que en los talleres que impartía en Michoacán, al decir de su compañero Isaac, procuraba siempre ser distinta y original. Por ejemplo: ponía una grabadora delante de los niños y les decía “esta grabadora es un...” y ellos tenían que ponerle nombre y empezar a describir con la imaginación ese nuevo objeto o ser recién creado, después de lo cual, para sorpresa de quienes habían dejado volar la imaginación, aparecía grabado el pequeño cuento que habían escrito de manera oral.

La obra de esta autora tiene un solo tema; tema que fui descubriendo después al conocer el resto de su obra. La obsesión por la identidad. La necesidad de saber quién es uno, quiénes son los que nos rodean, hasta dónde lo nuestro es realmente nuestro y hasta dónde es algo erigido por las necesidades de los demás.

Por todas estas razones, más otras que no caben en esta nota, celebro que la editorial Siglo XXI haya reeditado sus cuatro novelas torales. Que haya decidido sacar del desconocimiento a una autora que conocimos en los ochenta pero que ha sufrido la doble muerte a la que parecen estar condenadas las autoras: la muerte física y la segunda, que se da cuando no las reeditan, no las leen, no las conocen. Los lectores se pierden entonces de una experiencia irrepetible, porque si algo hace una buena escritora es escribir como nadie más lo está haciendo. Hoy, a diez años de su muerte, hay que acercarse a la obra de esta autora que está tan viva. **u**



María Luisa Puga

© Rogelio Cuadlin

# Callejón del Gato A merced del silencio

José Ramón Enríquez

Confieso de entrada que no tenía la menor idea de la existencia de Patrick Modiano hasta que le otorgaron el Nobel y, como me suele ocurrir con los altos galardonados, desconfié. Pregunté sobre él y las opiniones resultaron por completo opuestas. No fue fácil encontrar alguno de sus libros en mi ciudad pero, cuando al fin llegó uno a mis manos, confieso que me hipnotizó su lectura. Y uso con propiedad esta palabra: me hizo revivir en el sueño de otro tiempo, me introdujo en ese aparentemente pequeño mundo de la melancolía. De muchos modos, también me puso frente a mí y me hizo entender lo que a él mismo le escribe uno de sus personajes: “vivimos a merced de ciertos silencios”. Silencios que nunca son los propios, qué más quisiéramos. Entendí que Modiano deambulaba también por el Callejón del Gato y se veía inútilmente en un espejo que debía descifrar.

Comencé por preguntar lo que no puedo responder tras leer una decena de sus libros: ¿Modiano se mira al espejo, o el personaje de Patrick Modiano, eterno habitante de sus páginas, es quien lo mira desde cualquier estrecho callejón de la memoria?

Me pregunto si es el suyo un Callejón del Gato aun cuando sé que debo tener cuidado al preguntarlo. Ya he sido acremente reconvenido por meter a cualquiera, o meterme yo mismo, en los laberintos que acceden al Madrid del esperpento y respondo que no, el personaje de Modiano que se mira al espejo es demasiado triste, está demasiado triste, como para ser valleinclaniano. Y, sin embargo, Modiano también ha salido de la Plaza Mayor hacia la calle Mayor, sólo que su reflejo va solo, profundamente solo, y si busca alguna señal de identidad fuera de los espejos está

condenado eternamente a encontrarse a sí mismo. Va tan triste como la *Villa triste* que da nombre a la novela en la cual mira hacia el frente y sabe que “todo aquello era demasiado bueno y que al día siguiente ocurriría una catástrofe. El 12 de julio de 1939”.

Modiano nació en 1945, como yo, y tampoco vivió las guerras que lo obsesionan. Yo viajé a Madrid en los sesenta y, entre la Calle de la Ballesta y la Plaza Mayor, busqué fantasmas para completar historias que, hasta la fecha, continúan llenas de sombras. Y los espejos valleinclanianos del Callejón del Gato me ayudaron a redibujar aun más el panorama. Así que siento vecino de esos rumbos a ese triste narrador empeñado en entregarnos su *Libro de familia* necesariamente lleno de elipsis y lagunas y mentiras y niebla. De niebla, sobre todo.

Tal vez fui a Madrid para completar mi propio libro de familia. Así, transfiguró su Montmartre en mi memoria de una Calle Mayor que recorrí sobrio, ebrio, insomne, hipnotizado, en busca de algo que nunca supe qué. Algo que tampoco encuentro en Modiano. Pero sí encuentro la búsqueda, la obsesión por clavar la mirada en los espejos de algún Callejón del Gato que traigamos grabado a fuego en la memoria.

Nació en 1945, semanas antes que yo, acabadas nuestras guerras formalmente. Su lectura me lleva a caminar entre sombras, obsesionado por batallas que no luchó pero desde cuyo estruendo distingue su propia voz. Lo que para mí se resolvió en la adopción de esa extraña y trágica doble nacionalidad de refugiado que se lleva adonde quiera que se va, para él es algo más doloroso: ser judío en una Fran-



cia que no se quiere recordar colaboracionista pero que en mucho lo fue hasta el tuétano. Así, *El lugar de la estrella*, *La place de l'Étoile*, su primera novela que podría haberse traducido como esa *Plaza de l'Étoile* por todos conocida, es la amarilla de David, que debían llevar todos los judíos en un lugar preciso cosida a su ropa y a su conciencia histórica. Su *Trilogía de la ocupación*, novelas desde el pasmo juvenil, parecen escritas desde una senectud adolorida a la que no ha llegado su autor y en la cual la memoria ya duele porque se va perdiendo.

En cuanto a mí y a mi recuerdo de la Calle Mayor que veía hacia la Plaza Mayor en la muy menor y maloliente Pensión Mayor que era vecina de los Espejos que viera Max Estrella con sus ojos de ciego, me identifico con Patrick Modiano porque el suyo no es su mundo. Es de un otro yo que se pierde en historias que jamás ha vivido.

En *La hierba de las noches*, una de sus últimas novelas o al menos una de las últimas traducidas al castellano, se pregunta el personaje: “¿Por qué ese perpetuo sentimiento de incertidumbre y de culpabilidad? ¿Culpable de qué exactamente?”.

Culpables de no haber estado ahí. Eso lo compartimos con cualquiera que hoy deambule también por algún sitio. **U**

# Tras la línea

## La forma de los sueños

Sergio González Rodríguez

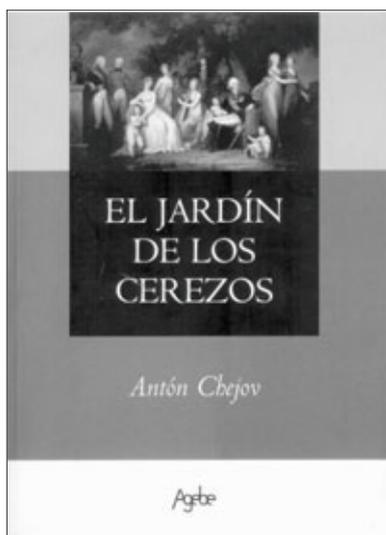
La esquina cercana adonde vivo mantuvo una librería desde muchos años atrás. En la última década comenzó a decaer. Dos otoños atrás, cerró sus puertas. Sus libros eran ya polvo y humo de otra era. Para alguien como yo, a quien el libro ha sido compañía irrenunciable, aquello fue el presagio también de cómo se extinguía una determinación de los sueños.

He soñado que entraba en una librería inserta en medio de un cruce de grandes avenidas, avenida Barranca del Muerto y Anillo Periférico Sur, alguna vez mi zona de tránsito hacia el barrio montañoso en el que viví cerca de una década sobre la Calzada de Las Águilas. La librería era un cubículo de dos por tres metros, con un solo mostrador.

Detrás del mostrador estaba un hombre mayor de cabellera blanca, cordial, de origen argentino. Tenía un asistente joven. Además de pocos libros, ofrecía un puñado de mercancías dispersas, ajenas entre sí, como fármacos, revistas, golosinas. Había una persona en la librería, que el sueño quiso identificar con un amigo, sin nombre, sin rostro, que conversaba con el dependiente. Al hacerlo, tomaba un libro del mostrador y lo hojeaba.

Me acerqué a observar el libro: llevaba una portada a dos tintas, el papel blanco, la tipografía del título en negro, el retrato de un ramaje fino en color carmín pálido que recortaba la figura de un árbol. Su título era: *El vapor rosado en el jardín sereno*. Era un desplante emotivo. Salí de la librería, quizás a tomar un respiro. Sentí que debía irme de allí, pero me intrigaba el libro aquel.

Volví a la librería, quise entrar por la misma puerta que acababa de transponer, pero ahora la entrada, por su estrechez, era



intransitable. Desde allí volví a observar, incrédulo, el título, y lo memoricé: *El vapor rosado en el jardín sereno*. El argentino y mi amigo sin nombre y sin rostro charlaban aún. Evoco en el sueño, que suele tener su propio invernadero de recuerdos distinto al de la vida despierta, otro título apenas entrevisto por mí: *El jardín de los cerezos*.

En ese momento el despertar me llama. Escucho dos, tres golpes, quizás un vecino cierra una puerta o un clóset. Doy un par de pasos atrás, me despido de la librería y del entorno de avenidas y camellones, edificios distantes y un cielo abierto de color gris, la mirada amplia. Y mi cuerpo se alerta y estira. Desarrugo aquel escenario. Al abrir los ojos, el sol que se cuele tras las persianas me conduce a un nombre: Antón Chéjov. Sí, de mi mente debió de salir aquel libro de título tan cargado de emotividad que suscitó mi aversión incrédula.

No sin cierta inquietud, consulto la guía del diccionario sobre *El jardín de los cerezos*: la obra teatral de Chéjov trata sobre la quiebra de una familia que afronta

la pérdida de su patrimonio por deudas de dinero y la tala del bello jardín de su casa. Me estremezco: nunca he leído dicha obra ni he asistido a su representación; sin embargo, refleja la historia de mi propia familia.

Lo que acude a mi mente enseguida, como el eco de una música eventual y críptica, es el recuerdo de la librería real (Nuevos Horizontes) de la esquina que desapareció para dar lugar a una nevería y cafetería que ahora congrega a niños y familias de la mañana a la noche. Su emblema ostenta un rectángulo color de rosa con la efigie de una vaca blanquinegra.

Desde luego, para mí carece de interés el contenido encubierto que originó mi sueño, y que aquí he resumido en sus líneas generales, pero me atrae aproximarme a la forma como se construyen los sueños. El fenómeno de transformación a que acceden el pensamiento, la memoria y el lenguaje en su derecho-revés, lo onírico que influye en la realidad y viceversa. Es decir, me intriga el sueño como un método de escritura.

Si fuera el caso narrativo tal como lo aprecio, a los sueños habría que leerlos para comprender su forma (que es lo que me interesa como dispositivo de la imaginación) y su contenido (sin el cual lo anterior resulta imposible) de atrás hacia adelante, lo que indica, al menos en el ejemplo referido, que cada sueño se realiza bajo el modelo del *taijitu* (yin y yang): los opuestos complementarios, relativos, intercambiables.

Al mismo tiempo los sueños serían, incluso los sueños inconclusos o absurdos, una expresión circular entre la realidad y el deseo, lo concreto y lo ilusorio; al trasvasar ambos, se unen los extremos, por lo

que su modelo reitera el uróboros, el símbolo del animal que engulle su propia forma y expone una circularidad.

Como es obvio, el desenlace del sueño se entrecruza con el despertar y lo mundano, mientras el inicio o desarrollo remite a lo profundo de la subjetividad. Cada sueño procede y crea su forma particular, a la que puede acercarse la conciencia si memoriza durante el propio sueño (o al despertar) algún rasgo, signo, indicio que habrá de convertirse en el hilo de la trama del tapete. Un tapete distinto e irrepetible cada noche, cuyo secreto final resultará un misterio perdurable.

Henry James se aproximó a tal procedimiento en una célebre novela, *La figura de la alfombra*, que narra la historia de los críticos que quieren descifrar el secreto que oculta la novela de un escritor de gran prestigio. El primer crítico, voz narrativa en el relato de James, desiste ante la dificultad del reto, mientras el segundo logra, después de ingentes esfuerzos, descubrir el secreto:

Todas las páginas actuaban en su interior, y un día, en algún lugar, cuando no pensaba en ello, quedaron dispuestas, con toda su soberbia complejidad, de acuerdo con la única combinación correcta. La figura de la alfombra afloró a la superficie.

Sin embargo, ni el narrador ni nosotros que lo leemos sabremos en qué consiste tal secreto, pues la muerte del novelista como la del crítico tenaz impide tal saber. La enseñanza de Henry James, la imposibilidad de conocer el secreto de secretos, delata a su vez la imposibilidad de la interpretación única del texto, tema que cautivó al filósofo Jacques Derrida, y que se extiende también a todos los métodos de interpretación de los sueños.

Así como la muerte es el límite de la experiencia humana, el despertar disuelve las piezas narrativas, su juego, reglas y combinatoria. La interpretación se multiplica y cada una sólo guarda un rasgo del secreto integral. Nos queda el eco de la forma como se construye cada sueño, que ahora se hallaría en extinción.

Así como Jonathan Crary pudo examinar el surgimiento de las máquinas que

fabrican sueños a lo largo de la modernidad, en su obra *24/7* ha logrado estudiar el declive del acto de soñar tal como los humanos lo realizaron durante milenios. El ultracapitalismo o capitalismo de las máquinas, que une a la técnica, las plataformas militares y el gran capital en el nuevo emplazamiento geoestratégico, ha decidido que perder la tercera parte de nuestra vida en el sueño es algo contrario a la eficacia y potencialidad productiva de cada persona.

Desde años atrás, el ejército estadounidense realiza investigaciones acerca de cómo algunas especies animales, como el gorrión coronado blanco, puede volar en viaje migratorio y mantenerse despierto durante siete días. Soldados y pilotos de guerra han realizado sus tareas en diversos teatros de operaciones bélicas mediante el uso de fármacos (anfetaminas) a lo largo de la segunda mitad del siglo XX a la fecha, pero ahora se trata de hallar medios más contundentes. El soñar peligra.

en forma sistemática, y cuyos resultados están reservados. “Por supuesto el sueño”, afirma Crary,

en su profunda inutilidad y pasividad intrínseca, con su incalculable pérdida de tiempo, de producción, circulación y consumo, siempre chocará con las demandas de un universo 24/7 sin pausa, y será lugar de crisis. La mayor parte de nuestra vida que gastamos dormidos permanece como una de las grandes afrentas humanas a la vida económica actual (Cfr. “Sobre los finales del sueño: sombras en el resplandor de un mundo 24/7” en: [http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num5/crary\\_24\\_7.pdf](http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num5/crary_24_7.pdf)).

Poco a poco, el sueño del gorrión se ha convertido en insomnio humano, y el sueño de las personas adviene vigilia de las máquinas, redes y sistemas. Por mera curiosidad emprendí la lectura de *El jardín de los cerezos*. El desenlace, cuando los



Antón Chéjov

Crary recuerda también que un consorcio europeo y ruso desarrolló un proyecto para poner en órbita satélites que reflejan la luz solar sobre territorios específicos, lo cual permitiría ahorrar costos de energía en zonas urbanas o industriales, e incrementar la productividad. Las consecuencias ecológicas y humanas de tal trastorno se mantienen ajenas al cálculo del proyecto.

El último ejemplo “hiperbólico” que el investigador da para documentar el término del orden natural del sueño en la historia humana son los experimentos con presuntos terroristas que fueron torturados con el método de privación del sueño

miembros de la familia deben despedirse de su casa, de su jardín amado, resulta conmovedor. Mi conmoción se vuelve pavor cuando leo las últimas líneas:

Se oye un sonido lejano que parece venir del cielo. Sonido moribundo y triste, semejante al de la cuerda de un instrumento al romperse. Se hace el silencio, escuchando sólo como a lo lejos, en el jardín, el hacha golpear contra el árbol.

Lo que me despertó de mi sueño aquel no fue un vecino y su cerrar de puertas, era el mismo sonido. El tajo aquel contra el mundo de los sueños. **U**

# Modos de ser Gonzalo N. Santos, el PRI, ¿y la prensa de entonces?

Ignacio Solares

Para René Delgado

Dentro de la grisura y la hipocresía que caracterizan los escritos de nuestros políticos —muy especialmente los autobiográficos—, resaltan y brillan por su cinismo las inefables *Memorias* de Gonzalo N. Santos, muy especialmente en relación con nuestros sistemas electorales, hoy por hoy tan desprestigiados.

Prototipo del político bravucón y descarado —“un muertito más, un muertito menos, quién no llega a perder la cuenta”— que se “formó” en plena Revolución, Gonzalo N. Santos alcanzó nada menos que el grado de general de división. Las fotos en que aparece al lado de Obregón, con sus ojos claros y socarrones —presagio de lo que iba a escribir cincuenta años después— son paradigma de esa etapa de nuestro movimiento armado: la reconstrucción nacional y la conciencia de ser puros mexicanos en la amenaza abierta, sin ambages, a lo macho; el poder político y la lucha dizque por la justicia social a punta de balazos y botellas de coñac.

“Todo encuentro casual era una cita”, dice Borges, y Gonzalo N. Santos y el PRI tenían una cita. Miembro fundador del Partido Nacional Revolucionario, fue su secretario en el Distrito Federal en 1929 y secretario general de su comité ejecutivo un año después. Y luego, claro, cofundador del Partido de la Revolución Mexicana y del PRI. Fue cinco veces consecutivas diputado federal entre 24 y 34, senador del 34 al 40 y gobernador de San Luis Potosí de 43 al 49, donde implantó un cacicazgo sin precedentes en el estado. Ahí permaneció, impertérrito y desfachatado —símbolo extremo de los políticos que la Revolución nos heredó—, hasta que López Portillo afectó su latifundio El Gar-

galeote; por cierto, el mayor de la entidad potosina y uno de los más grandes que haya habido en el país. Su enojo fue antológico y un periódico de provincia se atrevió a recoger la más fuerte y directa de sus declaraciones: “La política en México se está volviendo un juego de maricones”.

Sus *Memorias*, póstumas —“dictadas a un amigo”, no identificado—, aparecieron en 1987 y son un testimonio invaluable de las acciones y los sistemas de represión —muy especialmente en relación a lo electoral— que ha llevado a cabo el partido oficial desde su nacimiento. Así, para tener una imagen más o menos completa de este hombre singular hay que recordar tan sólo lo que le dijo Ruiz Cortines —y que el propio Gonzalo rescata en sus *Memorias*— al pedirle ayuda ante las inminentes elecciones presidenciales: “Mi estimado Gonzalo, a ti te debe el país que lo hayas salvado dos veces. La primera, evitando que Vasconcelos llegara al poder, y la segunda, evitando que llegara al poder Juan Andrew Almazán”.

¿Pero cómo fue que evitó que llegaran al poder Vasconcelos y Almazán?

El propio Vasconcelos nos cuenta de la represión que sufrió en la Alameda y que le costó la vida, entre otros, a un joven estudiante, partidario suyo: Germán del Campo:

“El coche de la muerte había pasado como un aletazo fúnebre. La cosecha del Partido Nacional Revolucionario fueron tres muertos: un estudiante y dos obreros. Los tripulantes habían sido reconocidos. El número de la placa, inscrito. El gobierno provisional de Portes Gil no iba a tener más que cumplir con la justicia que tanto prometía... Porque todos, civiles y

policías, reconocieron a Gonzalo N. Santos, miembro prominente del Partido Nacional Revolucionario. Bastó ésa, su condición privilegiada, para que se inventara un complicado embrollo con el objeto de justificar que no había caso para proceder.

“El asesino había sido apresado por aquellos que le habían visto disparar, tenían aún la pistola humeante; el calibre de la bala que mató a De Campo correspondía con un cartucho quemado en el tirador. Sin embargo, hubo manera de desvirtuar esas evidencias, tildándolas de suposiciones. El gobierno no es que no se atreviera a proceder contra el instrumento del Nacional Revolucionario ni contra uno de sus miembros más en evidencia, sino que no podía hacerlo. Hubiera equivalido a castigar a uno de sus propios miembros”.

Nadie como Gonzalo N. Santos para opinar sobre los sistemas electorales en México. En esas inefables *Memorias* nos ha dejado una minuciosa reseña de las dos campañas en que intervino como jefe de la represión: en una, para derrotar a Vasconcelos; en la otra, a Almazán. Su descaro nos ilustra. Los detalles que narra —ametrallar a los almazanistas, por ejemplo, o limpiar la sangre a manguerazos, antes de que llegara el presidente a la casilla a votar— dan una imagen que puede más que cualquier análisis histórico.

“Unos días antes de que se celebraran las elecciones presidenciales insistí con el general Ávila Camacho en que organizáramos varios grupos de choque bien armados y escogidos [...] Podemos reunir a unos quinientos golpeadores de la mejor estirpe y en la víspera de las elecciones asaltar los comités almazanistas, tirotearlos y con ello infundirles miedo, le dije”.

A las siete de la mañana del siete de julio, Gonzalo ya había asesinado impunemente a un almanista en un tiroteo. Con su brigada de más de quinientos “golpeadores” asaltó las casillas a punta de balazos. La gente acudía a votar en grandes cantidades y lo hacía en su mayoría a favor de Almazán y los candidatos del PRUN, pero los “golpeadores” conseguían su propósito, para el que habían sido contratados: hacían huir a los votantes y representantes de las casillas; tumbaban las mesas, rompían las urnas y amagaban pistola en mano. El presidente Cárdenas, nos cuenta Gonzalo, acompañado por el subsecretario de Gobernación, daba vueltas en su coche para ver la votación y en cierto momento constató que la casilla donde debía votar estaba bien custodiada por los almanistas. Por teléfono, el subsecretario de Gobernación urgió a las brigadas de Gonzalo a que intervinieran para que el presidente pudiese votar en condiciones adecuadas...

¿Cuáles eran esas condiciones adecuadas para que el señor presidente pudiese votar? Gonzalo nos lo cuenta sin pelos en la lengua, algo ejemplar y digno de agradecer en un político de su estirpe.

Desde varias cuadras alrededor de la casilla había tiradores almanistas en las azoteas y a todos ellos tuvieron que abatirlos Gonzalo y sus huestes con las ametralladoras Thompson con que se abrían paso. “¡Ábranla que ya llegó el huevos de oro a poner orden, hijos de la chingada!”, gritaba. “Córranle porque al que se detenga lo cazamos como venado”. Poco después, dice, “arribaron los bomberos y a manguerazos de alta presión limpiaron las manchas de sangre que había por todas partes y la cruz roja se abrió paso para levantar cadáveres y heridos. Se arregló la casilla, se puso una urna nueva y así pudo votar, decentemente, el señor Presidente”.

—¡Qué limpia está la calle! —dice Gonzalo que le comentó Cárdenas.

Y la respuesta de Gonzalo es antológica, digna por sí sola de formar parte de la supuesta historia de la democracia en México.

—Donde vota el señor Presidente de la República no debe haber desperdicios ni basurero —contestó sonriente Gonzalo.

(Por supuesto, falta que todo esto sea cierto. Pero con que una mínima parte de lo que cuenta fuera cierta, cuánto nos ilustra, decíamos, sobre la época. Y, sin remedio, uno se pregunta: ¿dónde estaba la prensa de aquel entonces ante estos hechos?).

Y aun cuenta Gonzalo que apenas se hubo marchado el presidente, “ordené a los improvisados miembros de la casilla que pusieran una nueva ánfora de votos, pues iba a ser inexplicable que en la urna

sólo hubiera dos votos, el del propio presidente y el del subsecretario de Gobernación [...] Les dije a los escrutadores: ¡rápido, a vaciar el padrón y a rellenar el cajoncito, y no discriminen a los muertos, pues todos son ciudadanos mexicanos y tienen derecho a votar!”.

Es cierto —y en esto Gonzalo hasta tiene algo de filósofo y de profeta—: hoy más que nunca, los mexicanos reprimidos y asesinados tienen derecho a votar en nuestras elecciones. **U**



Samuel Santos y Gonzalo N. Santos

# A veces prosa

## Guido Gómez de Silva, habitante del bosque de las palabras

Adolfo Castañón

Guido era como un duende misterioso. Nunca se sabía a qué hora había llegado o entrado a las oficinas o a las salas. Parecía deslizarse; quizá materializarse: las suelas de goma de su calzado deportivo combinado con su traje de calle quizás ayudaban. Parece que Guido hubiese estado ahí desde hacía mucho tiempo. Venía, en efecto, de muy lejos; había nacido en Padua, Italia, el 14 de mayo, es probable que años después supiera que había nacido el mismo día en que moría en Londres el popular escritor inglés Henry Rider Haggard, autor prodigioso de *Las minas del Rey Salomón*, novela de la cual quizás habría podido ser personaje. Vino al mundo en la histórica Padua donde habían nacido Tito Livio, el historiador romano en 59 a. C., y el grabador y pintor Andrea Mantegna en 1431 y donde dio cátedra, en la venerable universidad, la segunda de Italia fundada en 1222, Galileo, y fueron estudiantes Dante, Petrarca y Tasso; en Padua, cuyo jardín es el más antiguo de Europa (1545) según recuerda el propio Guido en su *Diccionario geográfico universal* (1997).<sup>1</sup> El nombre de Guido, como recuerda su maestro, amigo y dos veces compatriota Gutierre Tibón, por italiano y por mexicano, 20 años mayor que él, tiene un origen “Germánico, *Wido*, hipocorístico de un nombre cuyo primer elemento era *wid-*, ‘selva, bosque’ (confróntese el inglés *wood*), como Viduquindo, Vitiges, Videmaro (Witimar), Vitiza: los tres últimos reyes godos de España [...]. Francés, inglés, *Guy*”, dice el enciclopedista milanés en su *Diccionario etimológico comparado de nom-*

<sup>1</sup> Guido Gómez de Silva, *Diccionario geográfico universal*, FCE/Academia Mexicana de la Lengua, México, 1997.

*bres propios de persona* (1956-1986).<sup>2</sup> El apellido Silva remite por supuesto al latín “selva”, “floresta” (silvestre o cultivada) según el mismo investigador. Así que nuestro Guido resulta dos veces silvestre y boscoso, para no hablar del Gómez que remite a Guma, nombre gótico para hombre: hombre de los bosques y de las flores-tas. Nada quizá más apropiado para bautizar al que sería artífice de diccionarios cosmopolitas y universales. Llamo la atención sobre el hecho de que la primera lengua de Guido no fue el español sino la variedad del habla itálica hablada en Padua. Luego aprendería francés, inglés y dominaría desde el observatorio de su bóveda craneana el firmamento de las lenguas. Siempre me llamó la atención el hecho de que Guido hubiese escrito y publicado como primer libro un *Breve diccionario etimológico del español*,<sup>3</sup> editado en inglés por la casa holandesa Elsevier en 1985 cuando Guido tenía 60 años. Nuestro Guido dijo que esta obra fue escrita con el propósito de auxiliar al lector no hispanohablante con un instrumento práctico y de fácil acceso para manejarse en español. Una cosa importante: Guido no escribió ni compuso ni este ni ninguno de los otros diccionarios por ningún encargo o encomienda institucional. Como a él mismo le gustaba repetir, los hizo porque eran los diccionarios que a él le habría gustado consultar: “Cuando hice el

<sup>2</sup> Gutierre Tibón, *Diccionario etimológico comparado de nombres propios de personas*, primera edición, UTEHA, 1956; segunda edición corregida, FCE, 1986; tercera edición, 1998; tercera reimpresión, México, 2003.

<sup>3</sup> Guido Gómez de Silva, *Elsevier's Concise Spanish Etymological Dictionary*, Elsevier Science Publishers, Amsterdam, 1985, 559 pp.

*Diccionario etimológico de la lengua* yo pensaba que no había ninguno como el mío. Y en el *Diccionario internacional* me sucedió lo mismo. Pensé que sería muy bueno tener una obra de consulta que reuniera términos literarios y gramaticales. Primero los hice para mí, para tenerlos”.<sup>4</sup>

Años más tarde el Fondo de Cultura Económica tuvo la fortuna de captar para su sello esta obra en la que Guido practicó una de las artes de la que era dueño: la reducción inteligente, la condensación sagaz, la voluntad de alquitarar o de extraer la esencia de las cosas. Este arte de la síntesis y el compendio no podía haberlo dominado sin haberse entrenado durante largos años en la delicada traslación en vivo del fárrago diplomático y burocrático que practicó heroica y abnegadamente durante muchos años en y para la ONU dejando ahí, más que una huella, una escuela. Pero creo que no hay mejor escuela que la que nos dejan sus libros. Guido Gómez de Silva trabajó como intérprete muchos años y en distintos foros nacionales y extranjeros. Cuando se dice intérprete, rara vez se tiene presente la dura realidad cotidiana del que está encerrado en una pequeña cabina sometido a la presión de la traducción simultánea y precisa de un discurso o una conferencia. De esa realidad agobiante sólo se puede escapar con mucho

—, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, primera edición, FCE, México, 1988; quinta reimpresión, 1996; segunda edición, 1998; tercera reimpresión, 2003, 736 pp.

<sup>4</sup> Entrevista a Guido Gómez de Silva, “Edita el FCE, diccionario único de literatura” por Jorge Luis Espinosa, en *unomásuno*, sábado 25 de marzo de 2000, p. 35.

sentido de humor, compañerismo y solidaridad entre los intérpretes, como bien sabían Julio Cortázar, Guido Gómez de Silva y Tomás Segovia. Precisamente este, con el seudónimo travieso de François Segovillon, dejó en la memoria de sus colegas intérpretes unos versos donde se menciona a varias de ellas, como Flora Botton y Rosa Durán Gili, a cuya gentileza y memoria los debemos:

Dictes moy où, n'en quel pays,  
est Flora la belle matrone

Guido, La Porte,  
Jeannine, Rose Mari  
ou bien Simone

Eco parlant au microphone  
grosse bêtise répétant  
Imitation vaine ou poltronne  
Mais où sont les intelligents?<sup>5</sup>

La ironía presente en estos versos habla bien del sentido del humor ambiente en la sofocante cabina del traductor e intérprete que antes de escribir diccionarios tuvo que sufrir durante mucho tiempo, Guido Gómez de Silva.

Guido Gómez de Silva fue el octavo ocupante de la silla número 1 de la Academia Mexicana de la Lengua. Su antecesor fue el filósofo y periodista Jesús Guízar y Azevedo. Fue propuesto por su maestro y amigo Manuel Alcalá, y por José G. Moreno de Alba y Gabriel Zaid. Su discurso de ingreso, titulado “Los diccionarios de ayer y de mañana”, hace una historia, una anatomía y una clasificación de los diccionarios a las que se añaden unas páginas precursoras sobre el diccionario en el universo de los medios electrónicos y de sus inusitadas posibilidades; también da ahí una serie de orientaciones sobre el número idóneo de artículos que puede tener un diccionario, así como un cálculo sobre las cifras de los topónimos y apellidos en el mundo (de Estados Unidos y de Japón a Corea). El discurso fue

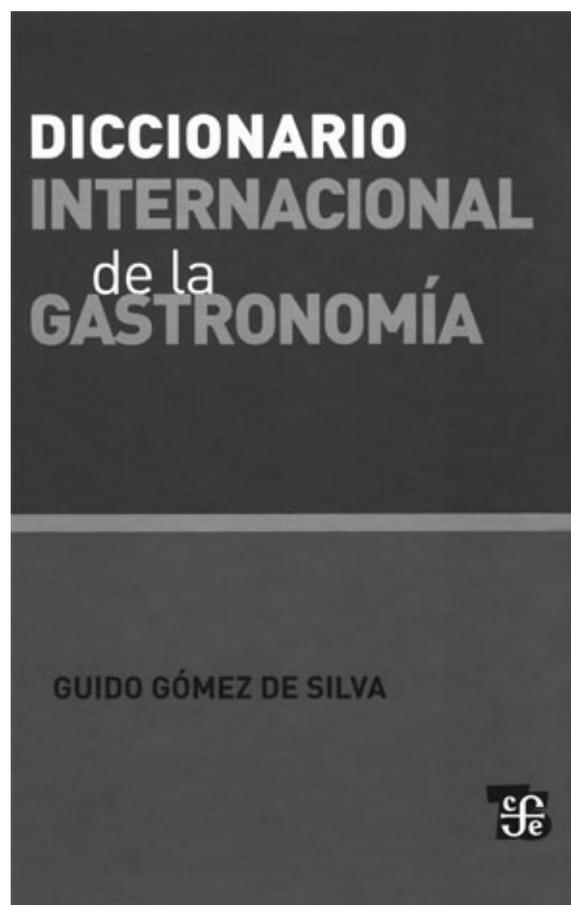
respondido por Manuel Alcalá, quien dio ahí una lección de lo que puede ser una semblanza de académico. El tema de la historia de los diccionarios era el agua en que mejor nadaba el pez llamado Guido Gómez de Silva, como lo prueba su intervención “La historia de los diccionarios y el nuevo diccionario de la Real Academia Española de octubre de 2001”, que se remonta al origen de la escritura. En este artículo Guido cita una frase ingeniosa del doctor Johnson acerca de los diccionarios “que son como los relojes; el peor es mejor que ninguno, y no puede esperarse ni del mejor que funcione perfectamente”. De hecho, sus diversas intervenciones académicas, como las “Consideraciones acerca de los topónimos mundiales en español” o acerca del *Diccionario breve de mexicanismos*,<sup>6</sup> cuyo prelude fue la empresa colectiva en la que él participó del *Índice de mexicanismos* (1997),<sup>7</sup> son capítulos ineludibles en lo que podría llamarse la historia y teoría del diccionario en México. Guido fue uno de los laboriosos participantes de ese notable *Índice de mexicanismos* prologado por José Luis Martínez y articulado en torno a un plan de trabajo presentado por el entonces académico Gabriel Zaid.

Guido tenía una rara aptitud para ejercer sobre sí y sobre los otros el dominio de la atención, la capacidad para la concentración no sólo en lo que se dice sino en lo que se oye. Este raro arte es el aire que recorren sus diversas y notables intervenciones académicas que van desde la memoria de los etruscos (acaso piadoso ejercicio hacia los antepasados de su ciudad nativa hasta el origen de la escritura o la explicación y juego del signo matemático  $\Pi$ , 3.1416, la enigmática cifra que ha servido como palanca del cálculo infinitesimal). Me permitiré citar brevemente de la transcripción de las dos páginas que Guido expuso el 10 de noviembre de 2011 en una sesión inolvidable con su perfecta pronunciación de otras lenguas:

<sup>6</sup> Guido Gómez de Silva, *Diccionario breve de mexicanismos*, Academia Mexicana de la Lengua/FCE, México, 2001, 252 pp.

<sup>7</sup> *Índice de mexicanismos*, Academia Mexicana/FCE/Conaculta, primera edición, 1997; segunda edi-

“Para recordar estos números y una pequeña parte de la continuación se han creado en algunos idiomas ciertas frases y aun poemas mnemotécnicos; cuando son poemas, en inglés hasta tienen el apodo de *piems* (en vez de *poems*)”. Algunos de los ejemplos son los siguientes. Del francés: “Que j’aime à faire connaître ce nombre utile aux sages (3.1415926535...): ‘Cuánto me gusta dar a conocer este número



útil para los sabios”. Del inglés: “How I need a drink, alcoholic in nature, after the heavy lectures involving quantum mechanics! (3.14159265358979...) (sir James Jeans, 1877-1946): ‘Cuánto necesito una bebida, de naturaleza alcohólica, después de las pesadas conferencias acerca de mecánica cuántica’”.

Precisamente este cálculo de lo ínfimo e infinito es quizás una de las lecciones de este austero habitante del bosque de las palabras que cada día se parecía más al legendario Pitágoras. Consta en las actas

ción, Academia Mexicana, 1998; tercera edición, 2000, 696 pp.

<sup>5</sup> François Segovillon (versos de Tomás Segovia parodiando la “Ballade des Temps de Jadis” escrita en francés medieval y que daría luego lugar a diversas canciones populares en nuestro siglo).



Guido Gómez de Silva

de la Academia que la mayoría de sus “textos” recogidos son transcripciones de exposiciones orales improvisadas que sabía ir desgranando con elocuente media voz capaz de sosegar el ambiente hasta hacer sensible la caída de un miligramo prodigioso. Esta imagen no es fortuita: en la página 231 de su *Diccionario internacional de la gastronomía*<sup>8</sup> aparece un “Diccionario básico de gastronomía en cinco idiomas” donde se anuncian las palabras en español, inglés, alemán, francés e italiano. Un asterisco alerta: “esta disposición hace que estas dos partes del libro equivalgan a veinte diccionarios bilingües”. Guido Gómez de Silva sabía que un libro bien hecho vale por muchos. Sus diccionarios, huelga decirlo, lo demuestran.

Me quisiera detener brevemente en el citado *Diccionario internacional de la gas-*

<sup>8</sup> Guido Gómez de Silva, *Diccionario internacional de la gastronomía*, primera edición, FCE, México, 2004; segunda edición, 2010, 262 pp.

*tronomía* que está dedicado a la memoria de su hermana Manuela Gómez de Silva, “muchacha dulce y agradable”. Y dulce y agradable es este compendio instructivo de voces relacionadas con la alimentación mundial. El diccionario trae artículos sobre la cocina en países remotos como Zimbabue lo mismo que se enlista la gastronomía de México o la de Francia o Alemania en artículos ejemplares por su jugosa concisión. En sus páginas se repasa desde la italiana Frangipane hasta la papa o el asado a la *papillote* al que siguen las fichas sobre la *pappardella*, la *páprika* y la cocina del Paraguay o se da el origen de la “salsa Mil Islas”.

No en balde Guido estuvo tantos años trabajando en la ONU como intérprete activo no sólo en las oficinas sino también se diría entre las cocinas y las mesas. Del *Diccionario internacional de la gastronomía* se desprende un arte de vivir entre los hombres al cual no era ajeno el lingüista Gómez de Silva.

Ese arte también se expresa en su *Diccionario geográfico universal*, una joya para los internacionalistas, diplomáticos y curiosos. El arte de vivir no puede desprenderse del arte de soñar, sentir, pensar y expresar. El *Diccionario internacional de literatura y gramática*<sup>9</sup> de Guido Gómez de Silva publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1999 y dedicado a la memoria del padre del autor “doctor José Gómez de Silva, un hombre bueno” es ya no una joya sino, que se me perdone la hipérbole, una joyería: contiene “tablas de latinización para diversos sistemas de escritura”, trece según agradecen los editores, desde los caracteres chinos hasta los jeroglíficos egipcios pasando por el manual de sordomudos. La obra se atrevió a reunir cuatro mil años de escritura en un solo tomo y a concentrar la sabiduría de las decenas de idiomas hablados en el mundo del albanés al yidish pasando por el español, el estonio, el neerlandés. En una entrevista publicada con motivo de la aparición de este libro Guido Gómez de Silva decía lo siguiente al periodista Jorge Luis Espinosa. Me permito reproducir una cita del cuestionario para a través de él escuchar la voz inimitable de Guido Gómez de Silva: “La paciencia es útil para escribir un libro cualquiera, pero indispensable para hacer un diccionario, porque cuando uno empieza y aguarda, dan ganas de pararle, de no seguir. Uno tiene que ser muy terco para llegar al final”.

Guido Gómez de Silva era perseverante y sistemático pero no estaba exento de humor ni de gracia. Por eso sus libros nos acompañan y él nos hace tanta falta. No es casual que gracias a él sepamos reconocer el canto de tantos pájaros. **U**

<sup>9</sup> —, *Diccionario internacional de literatura y gramática*, con tablas de latinización para diversos sistemas de escritura, primera edición en inglés, Elsevier Science Publishers, 1991; primera edición en español, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, 799 pp.

Palabras leídas en la Casa Lamm el jueves 5 de marzo de 2015 en la sesión de homenaje a Guido Gómez de Silva que tributó la Academia Mexicana de la Lengua a un año de su muerte, presidida por Jaime Labastida, director; Gonzalo Celorio, secretario, y Concepción Company Company. En la sesión participaron Margit Frenk, Ascención Hernández Triviño y el autor.

# Aguas aéreas

## La hija de tu niñera

David Huerta

En el primer capítulo de su *Biographia Literaria* (1817), el poeta Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) evoca la figura de un maestro suyo, “muy sensato, aunque también muy severo”. Ese mentor guió al poeta en sus primeros estudios de la literatura antigua, es decir, de los clásicos griegos y latinos, con toda su carga de mitologías, imaginaciones e ideas, diversas y nutritivas, inmensamente estimulantes.

El reverendo James Bowyer —así se llamaba el personaje— fue largos años director de la escuela del Christ’s Hospital, informan los estudiosos. (Con la frase en plural “los estudiosos” me refiero aquí, en realidad, a uno solo: el admirable Jordi Doce, traductor y conocedor de vastas zonas de la literatura inglesa, en especial de la poesía de esa lengua. De él son la traducción y las notas de la *Biographia Literaria* aquí citadas).

La frase “un director de escuela” situada en esos años de principios del siglo XIX puede sonarnos a persona borrosa, a institución del pasado más remoto, a pedagogía extinta, a cachivache *démodé*. Pero la poesía de Coleridge, discípulo del reverendo Bowyer, sigue viva y vigente, y no es descabellado conjeturar esto: a pesar de su severidad, de su rigurosa o rígida sensatez, alguna relación podemos vislumbrar entre ese mentor y el genio poético del alumno célebre, figura cardinal de la literatura en esa lengua. Algo se transfundió de las enseñanzas de Bowyer a los versos diáfanos y misteriosos de Coleridge. No pudo no ser así.

Como tantísimas otras cosas fundamentales en mi vida de lector, las primeras noticias acerca de Samuel Taylor Coleridge se las debo a Jorge Luis Borges, y

en especial a un puñado de páginas de *Otras inquisiciones*, en especial dos textos maestros del ensayo breve: “La flor de Coleridge”, “El sueño de Coleridge”. Con ellos comienza el libro; no sería posible, desde entonces, ignorar al poeta inglés. Luego, muy poco después, llegarían las lecturas de los versos: el extraño “Kubla Khan”, centro de las hermosas disquisiciones o inquisiciones borgesianas; “The Rime of the Ancient Mariner”, “Christabel”, quizá los más presentes en innumerables antologías. El pájaro marino cuyo nombre es *albatros* estará unido, para miles de lectores, al recuerdo de los versos de dos grandes poetas europeos: el inglés Coleridge, el francés Charles Baudelaire. Y, claro, además de los poemas, está la *Biographia Literaria*, con la cual comenzaron estos renglones acerca de las figuras míticas y fabulosas de la antigüedad, tal y como fueron consideradas en el siglo XIX inglés, en una época semejante a la nuestra, en cierto modo ya parte de nuestra actualidad —la parte más distante.

No es difícil imaginar al reverendo a través de las palabras de Coleridge; menos difícil resulta imaginar su voz con los materiales ofrecidos en esta parte de la evocación:

En nuestras propias composiciones en inglés (al menos durante los últimos tres años de nuestra educación escolar), [*el reverendo Bowyer*] no mostraba piedad alguna con toda aquella frase, metáfora o imagen que no tuviera un sentido firme, o cuyo sentido pudiera expresarse con iguales fuerza y dignidad en términos muy sencillos. Palabras como laúd, arpa y lira, musa, musas e inspiraciones, Pegaso, Parnaso e Hipocrene, le resultaban abominables. Casi pue-

do imaginármelo ahora exclamando: “¿Arpa? ¿Arpa? ¿Lira? Dirás mejor pluma y tinta, muchacho. ¿La musa? ¿La musa? La hija de tu niñera, querrás decir. ¿El manantial de Pieria? Ah, la bomba del claustro, imagino”.

En medio de tantos malos humores, hay en estas palabras de la *Biographia Literaria* una serie de temas ricos y sugerentes. Estos renglones no aspiran sino a indicar algunas posibles formas de abordar esos temas.

Estos son los marcos de la evocación de Coleridge: 1) la biografía de un poeta y en este caso la noticia sobre sus años escolares; 2) las costumbres para guiar, en esa época, los primeros pasos en la escritura de la lengua materna (“nuestras propias composiciones en inglés”); 3) el rigor *severo y sensato* del profesor, hombre de iglesia; 4) las actitudes ante cierto tipo de vocabulario; 5) una postura definida frente a la tradición clásica; 6) las vías y maneras para entender esa tradición —extrañamente, quizá, sin el propósito de aprovecharla en las composiciones de los alumnos.

Esa tradición antigua o clásica no parece, en la pedagogía de Bowyer, algo digno de ser explorado; más bien es una entidad compleja y pobladísima para ser estudiada, conocida, reverenciada... y nada más. ¿Escribir sobre musas, liras o arpas? ¡Inconcebible! Pero hay cosas poco claras en esta evocación. Veamos.

No hay ahora —es decir, en la niñez de Coleridge, en el paso del siglo XVIII al XIX— arpas, laúdes y liras como los de la antigüedad grecolatina; Pegaso, Parnaso e Hipocrene son nombres vacíos de sentido: animales míticos y esfumados, topó-

nimos sin sustancia. Las musas y el manantial de Pieria —las musas eran llamadas “Piérides”— merecen un aparte enérgico del reverendo. No hay musa alguna ya; si dices la palabra “musa” o, peor, si la escribes, la imagen surgida en tu mente no tiene ninguna relación con el pasado clásico: se trata de “la hija de tu niñera” —y la fuente de las musas es “la bomba del claustro”. Es decir: las elevadas imágenes antiguas se han rebajado a una miserable existencia secular, cotidiana, prosaica, falsa y traidora de la tradición clásica.

Uno se pregunta, entonces, acerca de las expectativas de Bowyer: ¿deseaba de sus alumnos un acercamiento “correcto”, y por lo tanto necesariamente anacrónico, a la tradición?, ¿o, sencilla y rotundamente, no esperaba nunca de sus estudiantes el tratamiento de esos temas o de temas semejantes?, y entonces, ¿cuáles serían los asuntos permitidos? Eso no lo explica Coleridge; pero el campo abierto a las suposiciones es amplio y sugerente.

En poco más de un siglo, la tradición clásica se transformaría radicalmente. Uno de los monumentos de la literatura del siglo XX se titula *Ulysses* —el hecho se pasa a menudo por alto y la novela de Joyce se enarbola como la negación misma del pasado y la apuesta más radical de la “literatura moderna”. Pero en España, un siglo y medio *antes* de las rememoraciones de Coleridge, la tradición clásica ya había sido motivo de irrisión y de ácida burla; sean testigos estos versos de Quevedo sobre el dios solar, Febo-Apolo:

Bermejazo platero de las cumbres  
a cuya luz se espulga la canalla,  
la ninfa Dafne que se afufa y calla,  
si la quieres gozar, paga y no alumbres.

El poema sigue en ese tono estridente. En prosa quevedesca, escenas y burlas al mundo mítico grecolatino aparecen de modo espectacular en el principio de *La hora de todos y la Fortuna con seso*. Dan ganas de citar todo el principio de ese libro escandaloso: es como para darle un infarto al reverendo Bowyer. O quién sabe: acaso aprobaría el escarnio de los dioses antiguos hecho por un tenebroso caballero español.

Si afinamos la perspectiva histórico-cultural, con Bowyer y su discípulo Coleridge estamos ante un episodio de la “querrela entre los antiguos y los modernos”, estudiada con brillantez inigualable por Marc Fumaroli en *Las abejas y las arañas*, ensayo en cuyo centro volvemos a presenciar la Batalla de los Libros, gran contienda reseñada por Swift.

Releer el *Ulysses* significa reencontrarse en Dublín con los Lotófagos, con Nausícaa, con Circe, y prácticamente con todos los protagonistas del poema homérico, oh manes de Stuart Gilbert. Los personajes homéricos fueron convertidos por Joyce en pueblo llano de Irlanda, encarnados en oficios indignos, antiheroicos, a ras de tierra. Eso en cuanto al fabulador de Dublín, el prodigioso y casi inconcebible James Joyce.

Releer cuidadosamente la poesía de Ezra Pound, desde el primero de los *Cantos*, es adentrarse en una mente poblada con todos los frutos y las cristalizaciones de la cultura europea, manipulados con libertad, metamorfoseados, reinterpretados, investidos con una simbología nueva, reformulados por medio de alegorías inéditas —y todo ello en un marco alternadamente secular, intemporal, clásico, neoclásico, medieval, renacentista—, en un diorama pródigo cuyo eje es la tradición clásica al mismo tiempo venerada y temida por todos los reverendos Bowyer del “siglo de las luces”.

El maestro de Coleridge no habría entendido nunca la divisa de Pound y sus camaradas: *Make it new*. Para él hubiera sido como reconocerles alguna entidad a lo “novedoso” o a lo grosero de todos los días, como esa “hija de tu niñera” o “la bomba del claustro”.

John Bowyer —no sabemos si extravagante o ferozmente convencional— apenas habría podido imaginar una Babel o Babilonia como la “urbe de hierro”: Nueva York. Pero menos se habría imaginado a un personaje como el *Mister Sammler*, de Saul Bellow, trasunto desbaratado de Polifemo.

En uno de sus libros, Roberto Calasso se pregunta dónde han quedado los dioses de la antigüedad; él mismo responde la pregunta: en los libros, entre sus páginas,

como una muchedumbre de huellas de palabras (*La literatura y los dioses*). En ese libro Calasso hace una cala única en el poder de los versos para los videntes védicos: inolvidable.

A principios de este siglo, en 2003, escribí una diminuta reflexión sobre los continuos ataques a cierto tipo de literatura: la de quienes evocan el pasado clásico en sus estribaciones míticas. Un malhadado traductor a quien conocí —contaba yo— torció la boca casi con asco ante la palabra “céfiro” en un poema, y exclamó: “Estas palabras, estas palabras... caray... no sé... Ya no se usan, ya no *deben usarse* en nuestra época”. Era un contrahecho descendiente del reverendo Bowyer, el maestro de Coleridge.

El mismísimo Jorge Luis Borges incurrió en ese desagrado y en esas prohibiciones, no siempre explícitas —forma solapada de la censura—, y escribió lo siguiente sobre unos versos del siglo de oro: “...aparecen [*mencionados en esos versos*] Favonio y Flora. Horrorizado, me aparto”. Uno se pregunta: ¿horrorizarse por esas palabras, por su significado, por su forma, por su bagaje antiguo, al cual prefiero llamar mitopoético? En el fondo se trata de una tontería y en este caso por una forma especialmente irritada (e indocumentada) de la impaciencia: seamos modernos cuanto antes (extraña obediencia de Borges a la consigna de Rimbaud) y olvidémonos de una vez por todas de esos cachivaches de anticuario. En descargo de Borges, debo recordar este hecho de su biografía y de su bibliografía: el texto escandalizado u horrorizado está en un libro de juventud, titulado *El tamaño de mi esperanza*, de 1926. Tuvo tiempo de rectificar, y lo hizo.

En venganza contra aquel traductor enemigo de los céfiros, leí el artículo dedicado a “céfiro” (“*zephi*”) en el gigantesco y maravilloso diccionario de Oxford de la lengua inglesa, el más largo poema de la lengua inglesa, como lo describió Anthony Burgess (el “Borges inglés”, llamado así por el “Borges argentino”). Ese artículo me pareció estupendo, lleno de noticias sobre el viento del oeste, hijo de la Aurora, y del dios que lo preside: eso es el céfiro. **U**

# Zonas de alteridad

## Algunos atisbos a *Pedro Páramo*: 60 años

Mauricio Molina

Publicada originalmente en 1955, la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo ha sufrido múltiples metamorfosis en lo que toca a su interpretación. De clausura de la novela de la Revolución mexicana a relato fantástico y de metáfora de la condición del campesino mexicano a ejemplo de la riqueza simbólica y mitológica de nuestro sincretismo, *Pedro Páramo* ha provocado diversas y a menudo encontradas lecturas. Arduo sería establecer en este breve espacio esas mutaciones. Se trata quizá de la novela mexicana que más diversidad de lecturas ha concitado.

Octavio Paz la sitúa en un espacio muy ajeno al nacionalista cuando ubica a *Pedro Páramo* al lado de *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry y *La serpiente emplumada*, de D. H. Lawrence. En un célebre pasaje publicado en *Corriente alterna* en 1967 el autor de “El cántaro roto” (poema que se ubica en el mismo registro que *Pedro Páramo*) afirma:

“Simbolismo —¿inconsciente?— del título: Pedro, el fundador, la piedra, el origen, el padre, guardián y señor del paraíso, ha muerto; Páramo es su antiguo jardín, hoy llano seco, sed y sequía, cuchicheo de sombras y eterna incomunicación. El Jardín del Señor: el Páramo de Pedro. Juan Rulfo es el único novelista mexicano que nos ha dado una imagen —no una descripción— de nuestro paisaje. Como en el caso de Lawrence y Lowry, no nos ha entregado un documento fotográfico o una pintura impresionista sino que sus intuiciones y obsesiones personales han encarnado en la piedra, el polvo, el pirú. Su visión de este mundo es, en realidad, visión de otro mundo”.

Es importante destacar aquí el uso de la palabra “imagen”. En su ensayo sobre

Rulfo, publicado en el volumen *La sombra del tiempo* (2007), Jorge Aguilar Mora incorpora esta idea para proponernos una lectura vanguardista de la novela de Rulfo al relacionarla con Joyce. Ese cúmulo de imágenes aparentemente inconexas son como un cuadro cubista o imagista: se entrelazan dinámicamente unas con otras hasta proponernos un rompecabezas sin línea de tiempo visible pero perfectamente legible al final. No es casual que Rulfo sea uno de los fotógrafos destacados de nuestro país: la mirada captura una imagen separada de lo real, lo vuelve fantástico o extraño.

En relación con el carácter fantástico de *Pedro Páramo*, Juan Villoro (acaso siguiendo aquella imagen de Borges acerca de que el mayor laberinto es el desierto) escribe lo siguiente:

“En el desierto todo ocurre por excepción; sus terregales sólo producen historias cuando alguien se pierde por ahí. Es en esta región donde Rulfo ubica sus fantasmáticas. Las mansiones recargadas de utilería estimulan la imaginación gótica: el desván con baúles y telarañas, alumbrado por un candelabro de seis bujías, exige un espectro en su inventario. Por el contrario, Rulfo trabaja en una zona vacía; sus escenarios no pueden ser más disímbolos que los de Poe, Wells o Lovecraft (participa de la cruda desnudez de Hamsun o Chéjov); sin embargo, en esas tierras pobres crea un mundo desaforado donde las ánimas en pena no son recursos de contraste (el monstruo tonificante con que Lovecraft busca recuperar la atención de sus lectores) sino la única realidad posible. El proceso de extrañamiento, esencial a la invención fantástica, se cumple en el más común de los territorios. En una co-

rriente proclive al artificio (la máquina del tiempo, la estatua que cobra vida, el robot inteligente) o a las singularidades fisiológicas (la pérdida de la sombra, la aparición de un doble, el sueño profético), *Pedro Páramo* se presenta como un drama de la escasez donde los aparecidos apenas se distinguen de las sombras. No hay efectos especiales: la gente cruza la calle como si no existiera” (*Nexos*, agosto de 1999).

(En este sentido, el cuento “Luvina” sería uno de los más claros ejemplos de resonancias con Machen y su “Pueblo blanco” o con buena parte del relato fantástico en la vena de Ambrose Bierce y su relato “Un habitante de Carcosa”).

El territorio en *Pedro Páramo* es un comal que arde a fuego lento. Los personajes se están cocinando. Recuerda aquel pasaje del *Popol Vuh* en el que los hombres de barro son desechados para dar paso a los hombres de maíz. Personajes telúricos, preadánicos, sin el aliento divino: la disolución de la hermana incestuosa en lodo burbujeante y el desmoronamiento final de Pedro Páramo evidencian esta condición de seres anteriores a su forma definitiva. Los personajes del relato deambulan por sus vidas y sus muertes en un laberinto de imágenes dispersas que recuerdan a *The Waste Land*: “These fragments I have shored against my ruins”.

La novela discurre desde el presente de Juan Preciado, el personaje que hace su telemaquiada (Aguilar Mora) en busca del padre, hasta un pasado remoto y mítico donde Pedro Páramo se va a cruzar de brazos para que Comala se muera de hambre después de que el pueblo entero celebra durante el sepelio de Susana San Juan, esa Ginebra artúrica (eco de *La mort d'Arthur*,

la gran novela medieval de Thomas Malory), cuya locura e indiferencia hacia el cacique de la Media Luna provocan la sequía y la muerte. No es indiferente esta lectura a la visión de T. S. Eliot a través de *La rama dorada*, de James Frazer, esa reliquia de imaginación antropológica que de cuando en cuando nos vuelve a interrogar y no cesa de cuestionarnos.

Juan Villoro, en su lectura de lo fantástico, y Aguilar Mora, en su lectura de la modernidad (relacionándolo con Joyce), aportan importantes interrogantes en estas metamorfosis de la lectura y recepción de *Pedro Páramo*.

Lejos estoy de establecer un recuento: este texto es una vaga digresión, un pequeño exordio sobre la obra rulfiana.

Una resonancia interesante de *Pedro Páramo* la podemos encontrar también en la obra de Samuel Beckett, sobre todo en novelas como *Molloy*, *Cómo es* (cuya traducción por José Emilio Pacheco es fundamental) y en relatos como “El despo-lador”, donde la vagancia por un paisaje laberíntico (por vacío) constituye el eje de la narración —pienso sobre todo en algunos de los cuentos de *El Llano en llamas*, señaladamente el monólogo obsesivo de Macario— o en *En attendant Godot*, donde los personajes esperan en la orfandad y la desnudez absoluta.

Orfandad, miseria, ausencia del padre o su contrario: presencia omnívora, ecos de Kafka, Eliot, Beckett, se entreveran más como ejemplos de la sincronía de Rulfo

con algunas de las obras centrales de la literatura del siglo XX, que como referencias o influencias directas. Acaso sea parte del fantasma de su tiempo (*Zeitgeist*, dirían los alemanes, *Genius Seculi*) el que permea la obra rulfiana.

En su ensayo sobre Rulfo, Roberto García Bonilla ilumina un aspecto del carácter del autor jalisciense, su extranjería frente a la vida literaria, su originalidad intransigente: “Rulfo nunca consideró la escritura como un trabajo profesional y no le interesó lucrar con el oficio de escritor” (*Letras Libres*, mayo de 2013).

Esta afirmación nos propone otra visión de la creación literaria. Esta se ejerce en el vacío, sin la espera del galardón o el glamour. Como en Kafka, como en Walser, como en *Trilce* de Vallejo, la suya es una actitud estoica. Eso es lo que lo convierte en un autor que se proyecta, como sus personajes, como sus palabras, no hacia un presente fugaz, sino hacia el diálogo con sus pares: Cervantes, Shakespeare, Joyce, Eliot, Walser, Kafka, Borges o Beckett. El suyo es un diálogo con la eternidad.

Publicada en el ominoso sexenio de Ruiz Cortines, continuador del proyecto modernizador vertical de Miguel Alemán, plagado de represión, desazón, huelgas, desencanto, la novela puede leerse muy bien desde el punto de vista de un realismo ajeno al lenguaje simbólico: una denuncia, sobre todo en algunos de los cuentos de *El Llano en llamas* (como en “Nos han dado la tierra”, pesadilla del proyecto ejidal) y como una clausura del sueño revolucionario, presente en *Pedro Páramo* con las referencias a la Revolución y a la Cristiada. A sesenta años de su publicación, es evidente que el arte es más largo y poderoso.

Afirmar la vigencia de *Pedro Páramo* es tan inane como decir que el *Quijote* o *La Celestina* se arraigan en la expansión del imperio español, la negación de lo árabe o la expulsión de los judíos. Esta lectura historicista, si bien pertinente, nos aleja de la poesía, de la imaginación de la innegable profundidad de su legado.

Hoy somos, seguimos siendo, hijos de Pedro Páramo. En un país sembrado de muertos, su obra se proyecta hacia el presente y hacia la eternidad. **U**



# La epopeya de la clausura

## Viejo tributo a Richard Ellmann

Christopher Domínguez Michael

I

Se dice que cada escritor debe proyectar su sombra en la caverna de la posteridad a través de un biógrafo que quiera emular su grandeza. Si fracasa es probable que su estatura no haya sido tan alta como la creyeron sus contemporáneos o tan digno de sobresalir como lo desearían sus lectores. Cuatro grandes biografías literarias podrían ser, por orden de aparición, las de George G. Painter (*Marcel Proust*, 1959 y 1964), Richard Ellmann (*James Joyce*, 1959 y 1982), Leon Edel (*Henry James*, 1962-1972) y el inconcluso (*Dostoievski*, 1983) de Joseph Frank.<sup>1</sup> Excluimos, para delimitar la apreciación, libros como el de Max Brod sobre Kafka o el de Leonard Woolf sobre su esposa Virginia, pues ambos conocieron a sus héroes.

Cabe decir que estos libros sólo nacieron a partir de una identificación cabal entre biógrafo y autor. La empresa de Painter (1914-2005) es inevitable y gozosamente proustiana: el biógrafo se mide con *En busca del tiempo perdido*. Leon Edel (1907-1997) es tan majestuosamente victoriano como su víctima y Frank se comporta como un ruso, es decir, su *Dostoievski* no se entiende sin la presencia horrenda y mágica de las desgracias de Rusia.

Richard Ellmann (1918-1987) tomó a un hombre mucho más común que el resto de los grandes escritores. James Joyce no conoció el gran mundo (o su imitación) como Proust, no vivió las prisiones o las conversiones dostoiévskianas ni fue un viajero trasatlántico como James. Muy

<sup>1</sup> Concluida finalmente por Frank (1918-2013) en 2002. En 2010, el FCE culminó, gracias a Juan José Utrilla, la traducción al español de este quinteto fundamental [Nota de 2015].

al estilo de la épica ordinaria de *Ulises* o de *Finnegans Wake*, Joyce fue un hombre de clase media, un apesadumbrado y tierno padre de familia, dublinés amigo de las copas pero absorto en su trabajo. Quien busque grandes descripciones de época en la biografía de Ellmann sufrirá una decepción similar al interesado en una anatomía, allí mismo, de la sociedad literaria europea. Joyce no tuvo grandes opiniones sobre la pesadilla histórica (a pesar de su famosa frase) ni amistades de fama demasiado asiduas. Pero él, quizá con Kafka, penetró como ningún otro en el alma de los ciudadanos de su siglo. Más allá de la perogrullada que acabamos de escribir, tras las no pocas veces fatigosa biografía de Ellmann, concluimos ratificando una de las pocas frases que Nora, su viuda, dijo sobre Joyce en público: “¡Jim!, qué gran hombre era”.

### INTERLUDIO CON CUATRO DUBLINESES

Antes de comentar el *James Joyce* conviene detenerse en una pequeña obra maestra que Ellmann concluyó poco antes de morir y que es lo mismo su testamento crítico que una magnífica introducción a sus grandes biografías. Se trata de *Cuatro dublineses* (1990), reunión de cuatro conferencias dictadas por Ellmann en la Biblioteca del Congreso y que no podían sino estar consagradas a Oscar Wilde, William Butler Yeats, Joyce mismo y Samuel Beckett. En ese orden.

En apenas unas páginas, Ellmann utiliza una suerte de vara mágica para despetar de la inmortalidad a sus personajes y demostrar al lector lo mismo su sapiencia para las empresas de vasto aliento que

su dedicación al detalle. Biógrafo de Wilde (recibió póstumamente el Pulitzer por ese último libro), en la primera conferencia Ellmann recoge su brizna predilecta de ese bosque: los años oxfordianos de Wilde, su conocimiento inicial de Pater y Ruskin, sus bromas tan ingeniosas como legendarias trazan un retrato magnífico. Según Ellmann, nunca se ha comprendido del todo la invariable capacidad de dudar que atormentó a Wilde entre la filantropía fabiana y los salones aristocráticos, entre el catolicismo y la Iglesia anglicana, entre el amor de los hombres y el amor de las mujeres. Vivió dividido tras su desenfadada apariencia y esas contradicciones lo encaminaron hacia su destino trágico. Ellmann cuenta que en una ocasión el joven Wilde se quiso acercar al catolicismo de manera tan insistente que el cardenal John Newman le tramitó una cita con el Papa. El futuro escritor salió del Vaticano felizmente pagano.

Más interesante es el texto sobre Yeats donde Ellmann, quien siempre procede con la postulación de un problema, se pregunta cómo y por qué ese hombre logró ser dos poetas, uno del siglo XIX y otro del XX. No sólo lo fue por su larga vida y su capacidad de adaptación a las novedades, que también las tuvieron Chateaubriand y Valéry, para no hablar de Goethe o Wittgenstein. Ellmann, que trató a la familia de Yeats, adelanta la hipótesis: en la transformación de su lírica mucho tuvo que ver su obsesión con el climaterio durante los últimos veinte años de su vida.

En esa época, la imberbe gerontología consideraba que la operación hoy conocida como vasectomía era útil para prolongar la actividad sexual en el varón. Yeats se hizo la cirugía sin éxito. Ellmann lo in-

sinúa apoyándose en las pudorosas declaraciones de su viuda. Pero si Yeats no recuperó la virilidad, alcanzó una extraordinaria “segunda pubertad”, estado de ánimo que acaso le permitió aceptar a la vanguardia y, en el ocaso de su vida, ser un poeta escasamente relacionado con el simbolismo y con la poesía regional irlandesa, sus temas al comenzar el siglo.

(El final de la erección no implica, naturalmente, la desaparición del deseo y de otras formas reales o imaginarias de satisfacerlo. Kawabata averiguó esa angustia pero hasta donde sé la literatura es algo avara al respecto. Recuerdo a un viejo novelista mexicano que me honró con su amistad en sus últimos días. Era un hombre generoso y amargado que nunca toleró el climaterio. A veces, después de varios tragos era víctima de un deseo febril que lo impulsaba a abalanzarse literalmente sobre las mujeres jóvenes y estas, estupefactas ante la procacidad del viejo, no pocas veces y con razón, lo rechazaban con desagrado. Nunca olvidaré el horror que sentí, cuando tras alguna de esas escenas, me miró con los ojos húmedos y me espetó: “Domínguez, ¿sabe usted lo que significa ser un viejo verde?”).<sup>2</sup>

El tercer dublinés de Ellmann es naturalmente Joyce. Su biógrafo recoge un detalle significativo. Era un escritor cuya imaginación necesitaba de estímulos inmediatos traducidos en hechos. Si Joyce estaba escribiendo unas líneas sobre el coito entre uno de sus personajes y una camarera, y la inspiración no fluía, dejaba la pluma al instante y salía a rondar toda la noche hasta acercarse a la impresión requerida. El novelista revolucionario por excelencia componía (a veces) como un naturalista de la vieja escuela, con una libreta en la mano. Ellmann recuerda varias circunstancias ocurridas en la vida de Joyce que fueron vertidas casi literalmente en su sólo en apariencia caótico universo narrativo.

Ellmann concluye *Cuatro dublineses* con Beckett, que conoció a Yeats alguna tarde y jugó un papel esporádico aunque decisivo en la vida de Joyce. “Nadie de la

<sup>2</sup> Aquel escritor fue Rubén Salazar Mallén (1905-1986) [Nota de 2015].



W.B. Yeats



Oscar Wilde

nada” y decide respetar el profundo velo con el cual quiso ocultar su vida privada. Más vale citar unas palabras de Deirdre Bair, su biógrafa, en su *Samuel Beckett* (1978 y 1990). Cuando la señora Bair pidió al escritor alguna clase de autorización para meterse en su vida, Beckett le respondió: “He repeated that he would neither help nor hinder me and I was free to do as I wished in the matter”. Ese era Sam Beckett y más vale dejarlo en paz.

## II

¿Qué tan minuciosa debe ser una biografía? La información que Ellmann nos proporciona en esta edición actualizada de su *James Joyce* a veces hace extrañar el lirismo narrativo de Painter o las “biografías artísticas” al estilo de Lytton Strachey o André Maurois. Pero una vez más descubrimos qué gran biógrafo es aquel capaz de indagar de la manera más profunda en el estilo de su personaje. Si la obra de Joyce es incomprendible sin el concurso de las miles de palabras cotidianas que le brindan su textura dramática, su vida resulta también inabordable sin la densidad de los detalles. La lección se aprende a través de las ochocientas páginas que Ellmann le dedicó.

Irlanda, cuando Joyce la abandonó en 1904, era el mismo confín geográfico y

exótico de Europa que imaginaron románticos como el crítico Sainte-Beuve en su novela *Voluptuosidad* (1834). Desde Swift, no había tenido una gloria universal en la literatura. Sus autores más célebres (hoy olvidados, como Thomas Moore) se refugiaban en Londres (como Wilde), y con la notable excepción de Yeats, nada anunciaba la aparición de una figura como la joyceana. Era el lejano país de las colinas verdes. No en balde el primer escritor que prestó atención a Joyce fue el noruego Ibsen.

Las infancias son excepcionales sólo para quien las vive y por ello no es extraño que los lectores de biografías, que son legión, aguarden con impaciencia la transformación del niño en personaje. Quizás a ello se deba la inalterable permanencia de la novela de formación o de aprendizaje. Joyce “aparece” al dejar Dublín y viaja a Trieste con su amante, esposa legal tan sólo hasta 1931 y prácticamente la única mujer de su vida. Católico, Joyce fue un hombre de familia, vivió con sus hermanos hasta que estos se cansaron de que los esquilmará y jamás hubiera tenido el atrevimiento de dirigirse a su padre como lo hizo, por carta, Kafka.

En Trieste, entonces bajo dominio de la monarquía bicéfala, con estancias fugaces en París y Roma, dando lecciones de inglés, Joyce, al decir de un amigo, ya ha-

blaba “una lengua muerta que ha resucitado para unirse a la torre de Babel de las lenguas vivas”. En 1915, tras algunos poemas y el *Retrato del artista adolescente*, Joyce está a punto de publicar *Dublineses*. Ha desaparecido su más bien vago socialismo fabiano y su actitud ante el nacionalismo irlandés, siempre ambigua, ha dejado de importarle. La Gran Guerra estalla mientras él lucha contra la censura editorial y la familia se refugia en Zurich.

Ellmann no confunde la biografía con la crítica literaria y su *James Joyce* no es otra guía para la interpretación del *Ulises*, aunque la fuente de la gestación del libro está notablemente desarrollada. Cabe comparar aquí el asedio de Painter sobre Proust, esencialmente toponímico, con la imaginación objetual que Ellmann atribuye a Joyce, quien “se enorgullecía de basar su arte en los hechos como Defoe, pero estaba con Blake a la hora de dar a la mente la supremacía sobre sus objetos”.

El 13 de diciembre Joyce, recibe, gracias a una recomendación de Yeats, la primera carta de Ezra Pound. Como le ocurrió a T. S. Eliot —cuyas relaciones con Joyce nunca pasaron de las formalidades—, es difícil imaginar lo que habría sido del novelista sin Pound, quien logró que *Ulises* empezara a publicarse por entregas en varias revistas europeas y norteamericanas de vanguardia. El último héroe de la Cris-

tiandad, Mr Leopold Bloom, comienza su odisea.

Pound confirmó en Joyce lo que casi todo verdadero genio sabe sobre sí mismo: que la trascendencia estaba más allá de la adversidad de su tiempo. Joyce se comparaba con Shakespeare y Dante y quizá no estaba equivocado. Ya se sabrá en el futuro. Fue más afortunado que Proust —cuyo encuentro con Joyce es famoso de tan inocuo— y que Kafka —a quien nunca leyó— porque disfrutó en vida de una minoritaria pero intensa admiración mundial al menos desde 1920, aunque sabía, como se lo dijo a Djuna Barnes, “que un escritor nunca debería escribir sobre lo extraordinario. Eso queda para el periodista”.

Joyce triunfa en París. Sus míticas editoras, miss Sylvia Beach y madame Adrienne Mounier, imprimen el *Ulises*. Concluía la parte más dolorosa de una vida signada por más de cincuenta mudanzas, abundante en privaciones y esas operaciones del ojo que se contaron, para Joyce, en más de veinte. Ellmann pinta a un Joyce no demasiado excéntrico ni arrogante, preocupado por los frecuentes litigios que su obra provocaba, celoso como escritor y, como hombre, un amable alcohólico. Sus manías sólo dañaban a sus acreedores. Aunque no apreció los dones de muchos de sus contemporáneos escritores, supo dejarlos en paz.

Si *Ulises* era el libro de un día en la vida de un hombre, *Finnegans Wake* (1939) asustó hasta a los más vanguardistas de sus amigos. Se había vuelto loco, creían: semejante disparate políglota no lo llevaría a ningún lado. Entre los pocos que le fueron fieles estaba el joven Beckett, que si bien no fue formalmente su secretario lo ayudó en varias ocasiones. Pero la aparición de Beckett acabó por ser amarga para la familia Joyce. Lucía, la hija, se enamoró de Sam y su rechazo precipitó el colapso psicótico de la mujer.

Ellmann cuenta cómo James Joyce no cejó ante las críticas contra *Finnegans Wake* —llamada al principio *Work in Progress*— pues necesitaba atravesar la frontera de la noche. Pocos lectores y ningún escritor han podido hacer ese viaje con él. Pero gracias a Richard Ellmann nos mira, vestido descuidadamente, esperando su vino blanco servido puntualmente por Nora a las ocho de la noche, mientras se volvía ciego como Homero —cosa que a ratos no le desagradaba— y riéndose de las generaciones de críticos que dedicarían su vida a desenrañar sus acertijos. **U**

---

Rescato, apenas corregido, este artículo aparecido originalmente en junio de 1991 en *Librero*, la revista que hacía Armando Mena para los clientes y amigos de la desaparecida Librería El Parnaso de Coyoacán y más tarde recogido en *La utopía de la hospitalidad* (Vuelta, México, 1993), mi primera colección de ensayos críticos.



Samuel Beckett



James Joyce

# Cuadros de una exposición

Pablo Espinosa

La mirada está perdida. Busca su mente en los confines.

¿En dónde está su mente?

Alguien pasó algún cepillo rudo y levantó, debajo de la comisura oculta de sus labios, sus burdos bigotes y dio un toque de lindo contraste al retrato.

Modesto Mussorgsky posa para el pintor y hay un exceso de óleo sobre el lienzo.

Las terminaciones rubias de su barba ocre, la melena en disturbio de huracán. La mirada perdida.

¿En dónde está su mente?

Hay un detalle que es casi un secreto en este retrato: el pintor, mirada de psicólogo, reprodujo con fidelidad terrible un detalle tierno: un rulo de su cabello cae delicadamente sobre su amplísima frente y le proporciona un aire infantil que contrasta con el aspecto fiero del conjunto fisonómico.

La nariz hinchada, roja casi descarnada, aporta el dato dramático: desde que cumplió 35 años, Modesto Mussorgsky se hizo alcohólico perdido.

A unos meses de morir, esconde tras la mirada perdida, la barba despeinada, el huracán de su melena y la fiereza de su máscara, al joven apuesto que levantaba suspiros frente a las mujeres al pasar: *charmant!, délicieux!*

El padre de Mussorgsky, un hombre rico y próspero, jamás imaginó que su hijo Modesto habría de morir en la miseria. Le impuso el camino vocacional, propio de su estirpe: durante generaciones, los varones de la familia Mussorgsky habían sido miembros de la famosa guardia Preobrazhensky, fundada por Pedro el Grande.

Así fue como ingresó a una escuela elegante de San Petersburgo, donde lo prepararon para ingresar a la Academia de Cadetes de la Guardia.

El informe de la Academia: el joven no cejaba en sus inquietudes musicales y a pesar de carecer de estudios y conocimientos de la técnica musical, se obstinaba en tocar el piano, cantar y componer música.

Graduado, ingresó como oficial al regimiento Preobrazhensky. Un año después conoció a Alexander Dargomyzhsky, Mily Balakirev, Mijail Glinka, Rimsky-Korsakov, César Cui y Alexander Borodin. Los grandes músicos nacionalistas rusos.

Tachado como analfabeto musical, Mussorgsky habría de pasar a la posteridad como el genio natural más grande que haya producido la música rusa. Sus dones innatos remplazaron la educación musical que le faltó.

Todo eso lo dice el retrato.

Su ópera *Boris Godunov* es su logro mayor. Maurice Ravel haría crecer su fama cuando orquestó la suite para piano *Cuadros de una exposición*, que escribió Mussorgsky a la hora de la muerte de su mejor amigo: el arquitecto Viktor Hartmann, cuya exposición póstuma de pinturas quedó inmortalizada de esa manera.

La obra narra musicalmente las escenas que describe cada cuadro. Utiliza una marcha a manera de transición, un *Promenade* (paseo) que conduce de un cuadro al siguiente.

El retrato de Mussorgsky que realizó el célebre pintor ruso Ilya Repin es un tratado de dramaturgia.

Modesto Mussorgsky parece enojado, furioso, león a punto de saltar sobre su presa. Con los pequeños-grandes detalles que el retratista puso sobre el lienzo, como el rulo de cabello y la delicada seda blanca de su camisa con un diseño que anuncia a Matisse, pero sobre todo por el brillo opaco de sus ojos y el peso de su mirada,

sabemos enseguida: el señor Mussorgsky está muy triste.

¿En dónde está su mente?

*Promenade.*

Caminamos por la galería. Visitamos el siguiente retrato:

Triste. Íngrimo. El señor Maurice Ravel tampoco mira al retratista. Basta observar el brillo opaco de su ojo izquierdo para medir el grado de su melancolía.

No fue ninguna credencial de afiliación a ningún club de melancólicos lo que llevó al señor Ravel a orquestar una obra maestra del señor Mussorgsky.

Fue la chispa del genio que lleva entre sus pavesas incendiadas el sistema de vasos comunicantes que confirma pero nunca explica los porqués ni los cómo ni los cuándo.

Lo único que sabemos es que entre las mentes geniales existen bombas de tiempo interconectadas y que estallan en el momento en el que la mirada de uno, su mente inquieta, encuentra el vuelo de la chispa brillante de la mirada invisible del otro y entonces todo se convierte en estilo e idea.

El ángulo que eligió el fotógrafo para este retrato otorga al volumen de su nariz dimensiones colosales. No le importa eso a Ravel. Está seguro de sí mismo. Seguro de su vida en soledad elegida. Cierta de sus convicciones. Dueño de su fama y de un sentido del humor a toda prueba. Aprendió de Erik Satie a dar belleza al mundo y al mismo tiempo humor, bondad, ideas, rebeldía.

Pero algo mira el señor Ravel que no sabemos. Cierta, su mirada es melancólica. No necesitamos ver su ojo derecho para sopesar los alcances de su divagación.

Es un hecho: el señor Ravel está muy triste.

¿En dónde está su mente?

*Promenade.*

Caminamos hacia el siguiente retrato:

Uy, este señor tampoco quiere mirar a la cámara, que captó el instante siguiente, cuando declina, de su mirada. A manera de constelación, tres enormes verrugas acentúan la rudeza de sus gestos. En realidad es una rugosa suavidad: la estereotórea flacidez de la tristeza.

Es evidente: el señor Franz Liszt está muy triste. Su melena, que tantas prendas femeninas interiores hizo volar sobre ella cuando ofreció sus recitales de piano tan orgiásticos, tan desmayadas ellas, tan dotado de lujuria su dulce encanto, ahora es una suerte de escoba fina. Cana.

Viste un traje de cura. La cuellera blanca enluta aun más su traje a la medida del eco del furor sexual que había encarnado a lo largo de su vida.

El abate posa frente a la cámara como escenificando una ceremonia de expiación.

Nada nuevo en realidad en su existencia. Toda ella se significa por una elevada espiritualidad equilibrada por una profunda carnalidad. Carne de cañón de biógrafos hambrientos. Uno de ellos contó 26 amantes simultáneas en un momento de su vida, por igual muchachas campesinas que damas de la nobleza, como madame L'Agoult, una mujer poseedora: de belleza, inteligencia, marido e hijos y que se fugó con Liszt, abandonó a su familia y en Génova formó otra con el músico. Tres hijos. Uno de los descendientes, Cósima, habría de tejer el sistema de vasos comu-

nicantes que sostiene la línea de tiempo de la historia de la música.

Pero no nos adelantemos. Estamos frente al retrato de un abate arrepentido que busca con su mirada la chispa divina que lo conecte con otros de sus iguales, para que a partir de la melancolía, ese motor, nazcan nuevas obras de arte.

Ay, señor Liszt, ya no esté usted tan triste.

*Promenade.*

Caminamos hacia el siguiente retrato.

Helo ahí. Proscrito. Sobre él recaen los más pesados cargos. Quizá por eso su mirada se fuga y, dueño de los enigmas, su férrea mano derecha cierra la mitad de sus falanges menos una, la del dedo índice, que señala hacia abajo, a la manera de un bodhisattva.

Hay quienes quieren ver una paráfrasis de la suástica en mudra tal. La historia también se escribe con la fantasía de anónimos. La mano que mece la cuna del imaginario colectivo.

La comisura de sus labios tiene una inclinación inequívoca, igual a la de la curvatura descendente de su gran nariz, los abismos que bajan de sus pómulos, el río peloso a manera de patillas que se convierten en barba que crece solamente en el cuello, que es la impresión que quiere dar el maestro de los efectismos teatrales, cuando se rasura de manera escrupulosa a diario.

¿Ya notaron? A pesar de que el retrato es blanco y negro, se nota a leguas la irritación en los globos oculares. El conjunto también resulta obvio: el señor Richard

Wagner está profundamente triste. Triste de toda tristeza.

Se dice grande, grandioso, genial. Ha escrito más textos teóricos que música, la suficiente para pasar a la posteridad como uno de los grandes inventores de maneras de hacer estallar las emociones, las ideas, la condición humana en escena y eso forma un tejido monumental para las interconexiones futuras, casi todas inimaginadas, en el devenir de la evolución del arte de la música.

Algo le preocupa, empero. Su esposa, Cósima, hija de Franz Liszt, busca consolarlo pero nada sirve: el señor todopoderoso Richard Wagner está muy triste.

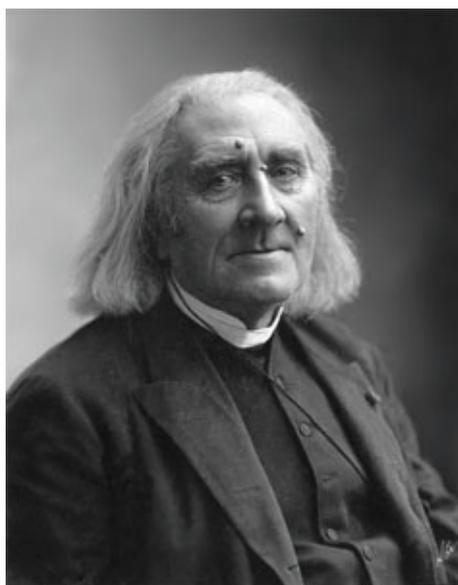
*Promenade.*

Ahora los pasos nos conducen a un cuadro cuya impresión inmediata nos hace sospechar del museógrafo de esta exposición: ¿qué?, ¿se propuso reunir una galería de puros tristes?, ¿cuál es el propósito?: ¿decirnos, de manera tan barata, una obviedad, que la melancolía es también motor del arte?

Un ujier nos indica que no es así. Que el señor Viktor Hartmann pintó estos cuadros antes de morir y su entrañable amigo, el señor Mussorgsky, los puso en música. No hubo idea predeterminada. Eso es un hecho.

Lo demás es producto del azar. Aunque retornó sobre sus pasos el ujier para advertir: recuerde usted que las casualidades no existen, solamente existen las causalidades.

La cuestión es que estamos frente al emblema por antonomasia del delirio ro-



Franz Liszt



Modesto Mussorgsky



George Friedrich Händel

mántico, al artífice de la puesta en sonidos del *Sturm und Drang*, al poeta despiadado que escribe un testamento donde no hay sustantivos ni adjetivos ni vocales ni consonantes. Solamente hay gritos. Muy desesperados.

Y si, en efecto, no hay remedio: también este ser humano retratado en óleo está muy pero muy, profundamente triste.

¡Esto ya es demasiado!, externa una dama que ha visto con detenimiento cada uno de los cuadros anteriores pero al llegar al retrato de Ludwig van Beethoven su indignación la mueve al llanto.

¿Es decir —protesta en medio de su llanto la señora— que si pusieran cualquier otro retrato de un músico, va a resultar que está muy triste?

Quizá más adelante nos encontremos un retrato de Mozart, intenta consolarla su acompañante.

Fue como pronunciar una palabra mágica: ¡Mozart, claro, he ahí todas las respuestas en una sola palabra, mágica: Mozart!

Y las dos amigas se ponen a armar un jueguito de los que aprendieron en las primeras películas de Woody Allen:

- a) Todos los músicos son tristes
- b) Beethoven es un músico
- c) Por lo tanto, Beethoven está triste

Ya en serio, replica una de ellas: Mozart sería un buen ejemplo de músico no triste. Su música es la alegría. Sus carcajadas suenan en sus obras. Su música es profundamente humana, tanto, pero tanto que incluye todas las emociones, incluida la tristeza, por supuesto.

¿Por qué no pusieron en esta galería un retrato de Mozart?

Porque resultaría muy obvio —reaparece de pronto, como salido de una novela de Kafka, el ujier—, además de que no hay retratos de Mozart. Los expertos creen haber encontrado recientemente uno que sí corresponde a la realidad, pero el consenso apunta a que todos los retratos que se presentan como los de Mozart no son tales. Son producto de la imaginación de vaya usted a saber quién o cómo.

—Esos retratos falsos de Mozart nacieron del útero del imaginario colectivo —vuelve a hacer de las suyas el ujier.

*Promenade.*

Nuestros pasos nos conducen ahora a ... ¡por fin, una persona que sonrío!

—No es sonrisa —azuza el ujier desde su escondite.

—¡Claro que está sonriendo! —replica la dama, otra vez indignada—, ¡se ríe de sí mismo porque se está imaginando tan impostado en su retrato, tan fingido y además se siente ridículo con esa peluca blanca, como de borreguito pachón y está a punto de soltar la carcajada, como que le quiere ganar la risa!

El señor Jorge Federico Haendel, experto en derrotas y ascensos-ave-Fénix, es un sobreviviente, un ganador, alguien que se adelantó al descubrimiento de Darwin: no sobrevive el más fuerte, sino el que se adapta. De manera que por su sonrisa, su ejemplo, su férrea voluntad, su actitud tan positiva, debería conocerse como El Señor Estoico porque, en realidad, está muy triste.

Las carcajadas de las damas frente al discurso del ujier retumban en la sala de exposiciones.

Ya, fue suficiente, vámonos a tomar un café y a la sala de conciertos. Allí todo es verdadero: los retratos de los músicos son autorretratos y en ellos vierten lo mejor de sí, nunca su tristeza.

La música, coinciden ellas, las damas que abandonan la sala de exposiciones para dirigirse a la sala de conciertos, es la única de las artes que está a salvo de las subjetividades.

Por más que digan que la *Sinfonía Patética* de Tchaikovsky es triste —esgrimen— es asunto de cada quien creer a pie juntillas lo que dice el título y dejar de escuchar los momentos de luminosidad que hay en esa obra, como hay los claroscuros que completan la naturaleza humana.

La música es la más humana de las artes, afirman convencidas. Y cada humano —rematan— es libre de elegir: ser libre y escuchar música sin detenerse en afirmaciones categóricas, arbitrarias, o bien ponerse triste porque les dijeron que en el programa hay una obra que es muy pero muy triste porque el compositor estaba triste al momento de escribirla.

¡Pamplinas! Gritan unísonas y pronuncian un equivalente del ¡Hi Yo, Silver! del Llanero Solitario o de lo que le dijo una silla a otra silla:

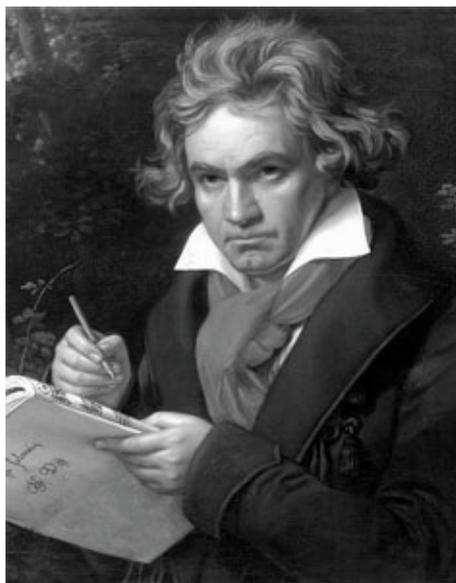
—Silla vámonos...

Y cantaron alegremente:

*Promenade!* **U**



Richard Wagner



Ludwig van Beethoven



Maurice Ravel

# La espuma de los días

## El cumpleaños de Juan Vicente

José de la Colina

Fue quizás a finales de los años ochenta. Tienes que irte inmediatamente a Veracruz, me dijo Juan García Ponce, hay que traer aquí a Juan Vicente, hay que hospitalizarlo, si sigue así se muere. Por un momento pensé que Melo, Juan Vicente, habría vuelto a caerse y a dañarse la cadera, o que en algún bar un marinero rubio, molesto por su acoso sexual, le habría dado una paliza. Pero no va a querer venir, dije, ya otras veces... ¡Tráetelo!, amarrado, cloroformado, a chingadazos, como sea, pero tráetelo, carajo, lo vamos a desalcoholizar, quiera o no quiera.

Sólo podía ser engañándolo y, como en un par de días sería su cumpleaños, ingeniamos una traición “genial”: los amigos ofreceríamos a nuestro jarochón un magno ágape de amistad, nostalgias, ebriedad, música, chismes.

Volé a Veracruz. Por horas Juan Vicente y yo entretajimos recuerdos, me leyó como recién escritas unas cuantas páginas que unos años antes ya me había leído de su novela-tela de Penélope: *La rueca de Onfalia*, y me dijo que le iban a traducir al francés y publicar *La obediencia nocturna*, esa gran novela gótica y lírica y dostoyevskiana, *rara avis* en las letras mexicanas, cuyo título también sonaría bien o quizá mejor en francés: *L'obéissance de la nuit*. Logré engatusarlo con la oferta de la celebración de cumpleaños y tomamos el avión a Esmóxico City. Durante el vuelo yo, culpable, me escondía en un esforzado parloteo, y de pronto, él:

—Pepet, ya sé.

—Sabes qué, Juan Vicente.

—Ya sé que Inés y Juan y Huberto y tú andan diciendo que el maricón borracho Melo ya no puede escribir, que es un escritor acabado.



Juan Vicente Melo

—Nadie dice tal cosa, Juan Vicente.

—Pero lo piensan, y tú también, Pepet.

—¿Nos lees los pensamientos, Juan Vicente?

—Los pensamientos de ustedes los sé como si fuesen míos, Pepet. Ya sabes que soy adivino, que desde niño, en la noche, yo adivinaba desde mi cama qué tranvía o qué auto o qué persona pasaba allá fuera, por la calle. Tengo *la seconde vue*, ya sabes. Ustedes, papacitos, me resultan transparentes, y sé que piensan que como escritor ya me chingué.

—Qué tontería, Juan Vicente. Al contrario.

—Sí, Pepet, no te hagas el *pandesb*.

—No, no me hago pendejo, *Jean Vincent*. Eres el mejor de todos, ninguno de nosotros ha escrito una novela tan hermosa y alucinante como *La obediencia nocturna*, y lo que me has leído de *La rueca de Onfalia* es estupendo.

—Dices, Pepet, pero no te creo.

—Digo, Juan Vicente, y lo creo.

—Te aburrí lo que te leí, se te notaba.

—Me apasionó.

—Mentira.

Por un largo rato se encerró en un ceñudo silencio, y cuando ya sobrevolábamos Esmóxico City me miró de reojo desde un resentido perfil y:

—Ya sé, me van a meter a Nutriología, cabrones.

—Nada de eso, te vamos a hacer un fiestón de cumpleaños.

—Te tengo calado Pepet, mientes mal.

—Brincos dieras de calarme, Juan Vicente... Te vamos a hacer un fiestón, con todos tus amigos y a todo beber, a todo bailar, a todo vivir, ya verás.

—No me engañas, Pepet. Me van a encerrar en Nutriología.

Discutimos, pero yo me desenmascaraba de palabra en palabra, y al fin:

—Pues sí, Juan Vicente, no nos dejas de otra.

—No me dejaré encerrar, primero muerto.

Y cuando el avión descendía a la ciudad capital, de pronto, ya vencido si bien no convencido, musitó como si no fuese sólo para mí:

—Está bien cabrones, *pero mi fiesta de todos modos me la hacen*.

Tragué saliva, me sentí un traidor.

Pasó cinco días alojado en casa de Juan García Ponce, donde se complacía en conducirlo en la silla de ruedas, y se le internó en Nutriología, donde permaneció una semana sin resultados notorios, pero al día siguiente de llegar le habíamos cumplido lo del fiestón. Lo celebramos, desde la temprana noche hasta el alba con todos los amigos disponibles por teléfono.

Y mientras se charlaba y se bailaba y se cantaba y “el alcohol florecía entre las almas” (frase de Verlaine inventada por Andrés Marceño), Juan Vicente bebía hipotéticos últimos tragos y estaba parlanchín, bailarín, gracioso: el jarochón de siempre. A veces gritaba el nombre de uno de nosotros y cuando nos volvíamos a mirarlo nos enviaba una sonrisa que se pretendía irónica pero daba lástima, y murmuraba:

—Papacitos cabrones, ya sé, ya sé... **U**

# La función de T. S. Eliot

Edgar Esquivel

“La poesía empieza, diría yo, con un salvaje tocando el tambor en una selva y re- tiene siempre ese elemento esencial de la percusión y el ritmo”. Este genial lance concluye una revisión personal sobre los desprendimientos del quehacer poético, enfáticamente tres siglos de poesía inglesa, que el poeta Thomas Stearns Eliot ofreció en la Universidad de Harvard a propósito de su designio como titular de la cátedra Charles Eliot Norton en el invierno de 1932 y 1933, y brinda además una lección perdurable y provocadora sobre cómo se asimila, vive, contempla, estudia y proyectan determinadas tradiciones poéticas y de crítica que suman diferentes contextos: las peculiaridades del tiempo, el espacio y los sentidos adquieren dimensiones libres y alternas a la luz de la creación y la interpretación en contraposición a la razón o el poder que buscan imposición.

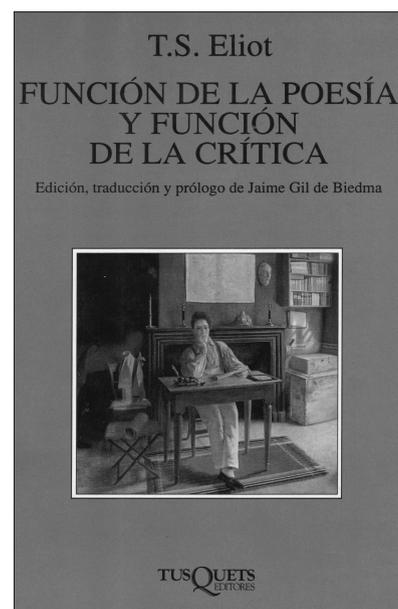
*Función de la poesía y función de la crítica*, el libro que agrupó esas lecturas que hablan “más de la crítica de poesía que de la poesía misma”, forma parte del ámbito ensayístico en el que Eliot se movió con ágil lucidez hasta alcanzar las zonas profundas de aquellas certezas y pasiones de poetas y críticos consagrados en el mundo anglosajón.

“Un poema no es lo que el poeta se propuso ni lo que el lector concibe, ni su función queda por completo restringida a la que el autor se proponía o a la que realmente cumple cerca de los lectores”. Las apariencias y supuestos se desmenuzan, lo mismo que las tradiciones, y puesto que dentro de toda labor creativa ese acto de desentrañar enigmas adquiere un sentido mayor, T. S. Eliot —poeta y crítico, americano y europeo— sale en defensa de la crítica necesaria y no precisamente por un

acto de conmisericordia: alguien tiene que velar porque de vez en vez se descubran o insinúen los senderos más propicios que nos conduzcan a apreciar mejor la percusión y el ritmo del tambor de ese salvaje que sabe desafiar, imaginar, fantasear, hechizar.

“De tiempo en tiempo es deseable la aparición de un crítico que emprenda una revisión de la literatura del pasado y establezca un nuevo orden de poetas y poemas”. ¿Será que solamente podemos cambiar la realidad de cualquier panorama literario (para no hablar de otros más o menos complejos) a través no de una nueva lectura sino del desconocimiento, o el olvido, de nuestros autores contemporáneos? Si es así, ¿cómo, por dónde o con quién empezar? Tal vez se llegue a descubrir o aceptar que hay un consenso permanente en cada etapa de la historia sobre lo que no marcha bien en literatura: la crisis de cada generación parece acumularse en la siguiente, del mismo modo que los apologistas de lo que puede no perdurar (el tiempo y sus aliados son los que deciden) en el lenguaje poético, o narrativo, crecen sin echar raíz. ¿Debemos conformarnos con reformadores —prestidigitadores— de la mucha literatura en vez de ilusionarnos con la idea de que los revolucionarios aún no se han extinguido? ¿Quién prenderá la luz de la nueva era? ¿Quiénes podrán incendiar la virgen pradera?

“Acaso el estudio de la crítica como un proceso de readaptación, y no como una serie de azarosas conjeturas, nos ayude a extraer alguna conclusión acerca de lo que es permanente en poesía y lo que es la expresión del espíritu de una época, y descubriendo lo que cambia, y cómo cambia y por qué, acaso lleguemos a aprehender lo que no cambia”.



Los momentos en que es necesario, por no hablar de “deber”, renovar nuestras corrientes literarias nunca llegan tarde ni podemos evitarlos —pese al dilatado reconocimiento crítico y popular—, lo que tampoco supone que los nuevos criterios para hacer literatura surjan cual generación espontánea o puedan decretarse o acelerarse al emprender sobre nombres y obras de nuestro pasado no tan lejano los cuestionamientos no previsibles que los erradiquen del lugar común para situarlos bajo perspectivas inéditas. La crítica es ante todo “un proceso de reajuste entre poesía [o narrativa] y el mundo en el cual y para el cual se produce”; sin embargo, es deseable que la crítica no encuentre lo que busca, pues quizá no sabrá qué hacer con ello después. Menos aún la crítica derivada de la “buena conciencia”, del desapego afectivo o de la ausencia de rigor incentivará las nuevas letras. Principio inamovible: “no acepto ninguna teoría erigida sobre meros fundamentos psicológicos individuales”.

Pocos son de la estirpe de T. S. Eliot (1888-1965), corresponsales de lo clásico capaces de cernir en una frase o en un verso, a un tiempo, manifiesta erudición y talento, que aúnan la creación y crítica verdaderas a favor de una tradición que incite emerger al canon literario en ciernes y al próximo que ya se piensa. ¿Por qué entonces no decir adiós, desde ahora, a los que genuinamente no desean trascender? “Se aprende lo que es poesía leyéndola”. **U**

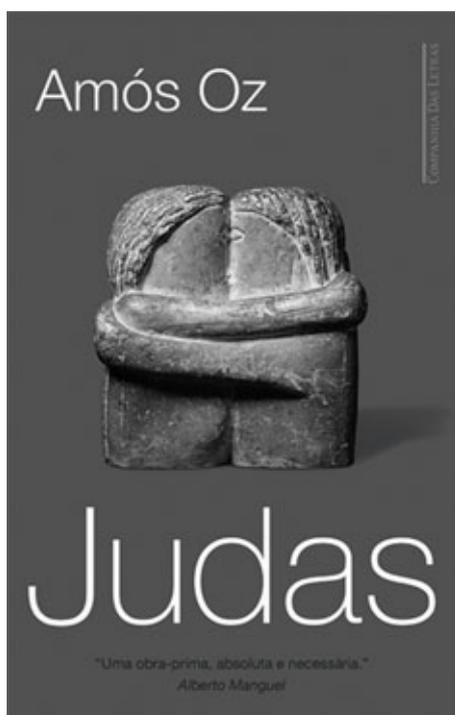
# Judas, de Amós Oz

José Gordon

Para Ignacio Solares

“Me han llamado muchas veces traidor en mi vida”. Así comienza la novela *Una pantera en el sótano* (Siruela, 1995), de Amós Oz, sobre un niño de doce años que es acusado de simpatizar con el enemigo a finales de la ocupación británica de Palestina, en 1947. En esos días en que los grupos judíos luchan por su independencia, el protagonista aprende la lengua del sargento inglés mientras él, a su vez, le enseña el idioma hebreo. El pretexto de este acercamiento es que el niño está espiando a los ingleses, le está sacando la “sopa” al oficial extranjero. Sin embargo, sus compañeros de juego se dan cuenta de que entre ellos existe una corriente de afecto que representa una herejía: fraternizar con el enemigo. El niño es declarado traidor por sus amigos.

Este relato tiene referentes reales en la vida de Amós Oz. Cuando era niño fue acusado por simpatizar con un sargento británico. Y, en efecto, muchas veces en su vida el novelista ha sido llamado traidor. En una entrevista que realicé con este escri-



tor que nació en Jerusalén, me comentó: “Simpatizar con el enemigo es una especie de tabú. Entender al rival y sus puntos



de vista es romper un tabú. Una polifonía como tal es una transgresión en un tiempo en el que la historia tiene la atmósfera de una marcha militar”.

La postura de Amós Oz sobre la necesidad de tener dos Estados para dos pueblos, el palestino y el israelí, ha sido calificada por los fundamentalistas como un acto de traición. Amós Oz se resiste a llevar esa etiqueta. En la novela referida, la madre del niño dice: “La persona que ama no puede ser traidora”. Este tema sigue obsesionando al escritor. En su novela más reciente llamada *Judas* (Companhia das Letras, 2014), que en este año aparecerá en español y en inglés, Oz aborda el problema de la traición a través de uno de los personajes que la encarnan en su máximo grado en el imaginario colectivo.

La novela se sitúa en una casa de piedra de Jerusalén, a finales de 1959 en un



Amós Oz

invierno lluvioso y frío. Un estudiante que vive una profunda crisis se encuentra en una cafetería con un anuncio que dice: “Propuesta para un contrato personal: Se solicita estudiante soltero del área de las ciencias de humanidades, sociable e interesado en historia. Tendrá la oportunidad de habitación gratuita y también de un modesto pago mensual por ser acompañante, durante cinco horas cada noche, de un inválido de setenta años, hombre ilustrado y de gran cultura. El inválido, en general, es capaz de cuidar de sí mismo y necesita, más que asistencia, de un interlocutor”. La invitación termina con una exigencia: el candidato debe comprometerse por escrito a guardar todo en secreto.

Así comienza una relación, que incluye a la atractiva nuera del viejo (ella es viuda), en la que todo gira alrededor de conversaciones fascinantes sobre el amor, la traición y la soledad. De una u otra forma, todos los protagonistas, tanto los vivos como los muertos, han sido traidores o han sido traicionados. Uno de los temas sobre los que platican se relaciona con un trabajo de posgrado del estudiante titulado *Jesús en la visión de los judíos*. Vale la pena señalar que aquí hay un guiño de

Amós Oz a un libro del investigador y periodista francés Salomon Malka que lleva el nombre: *Jesús mirado por los suyos* (Albin Michel, 1999). En este texto uno de los personajes entrevistados por Malka es precisamente Amós Oz. El novelista habla de los estudios que hizo su tío abuelo Joseph Klausner en el libro *Jesús de Nazaret: Su vida, su época, sus enseñanzas* (Paidós Ibérica, 2006). Paradójicamente, Klausner fue visto con recelo tanto por judíos como cristianos. De alguna manera ambos grupos se sentían traicionados. En la entrevista de Malka queda clara la admiración que Amos Oz tiene por la figura de Jesús. Lo considera como parte de la cultura judía. Oz no es creyente pero ello no le impide apreciarlo: “Lo acepto totalmente. Está cercano a mi corazón y ha ejercido una influencia sobre mí [...]. Cuando pienso sobre este hombre, cuando leo sus palabras en el Nuevo Testamento, reconozco el temperamento, la concepción, el estilo, las emociones, y veo en él a uno de nuestros hermanos. No tengo ninguna duda sobre ello”.

Por eso no me sorprendió la aparición de una novela de Amós Oz sobre Judas. Se trata de un drama que lo toca de cerca. ¿Judas traicionó a Jesús? El escritor trata de

internarse en el personaje y propone una visión que no es la usual. Dice Amós Oz: “Judas Iscariote se convirtió en Judas el Nazareno, fue la primera persona en el mundo que creyó con todo el corazón en la divinidad de Jesús”. Desde esta perspectiva, Judas fue el más fiel de los discípulos de Jesús. Creía que el destino de la crucifixión no lo dañaría. Amós Oz explora lo que no le cuadra en la historia tradicional:

“El enigma de Judas Iscariote me ha acompañado desde una edad temprana, por ello he buscado las respuestas. Hace muchos años averigüé, por ejemplo, qué tanto eran treinta monedas de plata. Eso es lo que se supone que se le pagó a Judas por su traición. Sin embargo, treinta monedas de plata, en esa época, era lo que costaba en promedio un esclavo. Difícilmente eso sería una tentación para un hombre pudiente y acomodado. ¿Por qué de pronto tendría que vender a su maestro y mentor por treinta monedas de plata?”. Amós Oz sigue haciendo preguntas de novelista que construye a un personaje: “Asumamos que lo hizo. ¿En esa misma noche se ahorca a sí mismo? No me suena. Y hay algo más que no me suena: el famoso beso en la historia, el beso del traidor. El beso de Judas Iscariote. Cuando llegan a arrestar a Jesús, ¿por qué tenía que besarlo? ¿Para que los que lo van a detener supieran que era él? Por principio, Jesús nunca negó que era Jesús. Todos en Jerusalén ya sabían cuál era su rostro. Él recorría la ciudad, volcaba las mesas. Era conocido”.

Lo que plantea Amós Oz es que a veces —no siempre— los que son llamados traidores son los más idealistas, devotos y amorosos creyentes, son los que se atreven a cambiar, los que se atreven a abrirse a los otros. Dice uno de los protagonistas de la novela *Judas*: “Quien desea cambiar siempre será considerado como traidor ante los ojos de aquellos que son incapaces de algún cambio y que están aterrados ante la faz del cambio. No entienden el cambio y odian cualquier transformación”. Detrás de toda esta reflexión siguen vibrando silenciosamente las palabras que una madre le dice a un hijo, implícitas en la mirada de Jesús: “La persona que ama no puede ser traidora”. **U**



Giotto di Bondone, *El beso de Judas*, Capilla de lo Scrovegni, Padua, Italia, 1305